

IATROGENIA

LA MEDICINA DE LA BESTIA

Enric Costa i Verger

TERCERA EDICIÓN REVISADA

IATROGENIA:

LA MEDICINA DE LA BESTIA

Enric Costa i Verger



Iatrogenia: la medicina de la Bestia

Diseño y maquetación: Elia Poma

Revisión: Ana Cachafeiro, Enric Costa, Abraham Navarro, Jon Ortega y María Luisa Sánchez.

Primera edición: mayo 2019
Segunda edición: junio 2020
Tercera edición: enero 2021, Murcia

www.cauac.org

ISBN: 978-84-940264-0-9
Depósito legal: MU 408-2020

“La medicina ha avanzado tanto en los últimos tiempos que ya todos estamos enfermos”.

Aldous Huxley. Médico y escritor.

ÍNDICE

NOTA EDITORIAL

La presente obra fue originalmente escrita y autoeditada por el autor en la primavera de 2019. Antes, por tanto, de que estallara la crisis del COVID-19, poniendo al mundo entero patas arriba y ante una encrucijada de magnitud histórica. La tempestad nos sorprendió en mitad del proceso de revisión para la segunda edición del libro, especialmente porque todo lo que en él se advierte, explica y denuncia se manifestó a unos niveles que jamás habríamos imaginado: la *mentira que mata*, el miedo a los microbios, la iatrogenia o *medicina de la Bestia*... de la noche a la mañana adquirieron una presencia y un protagonismo inéditos en nuestra vida. De pronto, este libro era más necesario que nunca. De una clarividencia pasmosa ha resultado el subtítulo del capítulo 10: “Los virus y el triunfo total de la paranoia”. Bajo el título que reza “El inicio de la iatrogenia total”.

Durante las fases finales de la revisión el propio Dr. Enric Costa introdujo algunas notas y referencias a la presente crisis, principalmente en el epílogo pero también en otras partes del libro.

La versión final quedó lista para finales de mayo de 2020, coincidiendo con el final del encierro domiciliario impuesto a toda la población de nuestro país. Un momento crítico en el que mucho depende de nuestra toma de consciencia como personas y como colectivo. En nombre de todo el equipo de edición, con toda nuestra gratitud y reconocimiento al Dr. Costa y agradeciendo que este trabajo pueda ver la luz ahora, deseamos que os pueda resultar de ayuda.

El equipo editorial

PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN

Por Jesús García Blanca[1]

Se dice que los chinos dicen:
"*El médico corriente cura la enfermedad, el médico bueno cura a la persona, el médico excelente cura a la comunidad*".

Son muy pocas las ocasiones en las que se tiene la suerte de encontrarse con un Maestro en el camino de la vida. Este ha sido mi caso con el Dr. Enric Costa.

Cuando en 1994 preparaba un debate sobre sida que me habían pedido los chavales de mi clase, me topé con su libro *Sida: juicio a un virus inocente*, que no solo me dio una perspectiva crítica sobre el VIH y el sida, sino que cambió radicalmente mi forma de concebir la salud y la enfermedad y, en consecuencia, la medicina... y la vida en general.

Un año después Enric y yo nos conocimos personalmente cuando asistíamos en Barcelona a un curso sobre el VIH impartido por el Dr. Stefan Lanka y organizado por Plural-21 (entonces Asociación COBRA) y conectamos inmediatamente. Desde entonces nos hemos mantenido en contacto, aunque a veces con largos paréntesis. Y en 2015 volvimos a retomar con intensidad nuestra relación a partir del caso del chico fallecido en Olot, que nos impulsó a escribir sobre las vacunas y a compartir nuestras reflexiones y análisis en un libro que entendimos necesario y que ahora nos parece imprescindible: *Vacunas: una reflexión crítica*, publicado en castellano por

Ediciones i y en catalán por Llibres de l’Índex, y del que se extrajo también un capítulo para una colección de libros breves de la editorial italiana Macroedizione.

Enric Costa no solo ejerce como médico natural y tradicional en el viejo sentido de estas palabras tan desgastadas hoy; no solo se entrega a una profesión y un arte que ama profundamente tratando a las personas que acuden a él de modo holístico, procurando abarcar lo físico, lo mental, lo emocional, lo energético, lo espiritual... sino que tiene el atrevimiento, la honestidad, la coherencia, de denunciar la inquietante transformación que ha sufrido la medicina en los últimos cien años, denigrándose hasta quedar convertida en un conjunto de protocolos inspirados por la industria que apenas atiende a los síntomas más inmediatos y superficiales y que está al servicio de los grandes grupos de poder que controlan las instituciones, los medios de comunicación de masas y las publicaciones especializadas, la enseñanza, las sociedades médicas y a los responsables políticos.

Pero sobre todo, Enric Costa hace veinticinco años que viene analizando, estudiando, advirtiendo de las consecuencias, las terribles consecuencias que esa deriva está teniendo en la salud del planeta y sus habitantes.

Desde comienzos del siglo XX, dos procesos paralelos consiguieron poner patas arriba la medicina tradicional que se practicaba hasta entonces: la imposición de la falsa teoría microbiana, que culpa a los microbios de causar enfermedades, y el desarrollo, especialmente tras la Segunda Guerra Mundial, de la gigantesca y poderosa industria farmacéutica.

A partir de ahí, el poder académico, el económico y el político fueron de la mano. Declararon la guerra a los microbios, sentando así las bases para la inducción de pánico mediante falsas epidemias y pandemias —de la cual el ejemplo más

terrorífico es la falsa pandemia del coronavirus, que en estos momentos está dando los últimos coletazos—, consiguieron imponer un modelo médico en el que la gente quedaba convertida en pacientes obedientes sometidos a la autoridad o el paternalismo médico, transformaron la atención médica tradicional en un suministro estandarizado y constante de tóxicos y convirtieron la prevención, que antes tenía que ver con la adopción de hábitos de vida saludables, en una especie de entrenamiento bélico para que nuestro supuesto ejército interno pudiera derrotar a las huestes de la noche, los microbios que ahora sabemos que son la clave de la vida y de la salud.

Como el Dr. Costa analiza y explica con detalles —aunque de un modo perfectamente didáctico—, las consecuencias de esa guerra, que el profesor Máximo Sandín llamaba "autodestructiva", han sido nefastas: millones de personas afectadas por lo que la medicina moderna denomina "enfermedades raras", trastornos autoinmunes, enfermedades crónicas y degenerativas, y lo que puede ser más dramático: un deterioro biológico que ha convertido a la mitad de nuestros jóvenes en incapaces de reproducirse de modo natural.

Vivimos tiempos aciagos, oscuros, apocalípticos. Los que somos conscientes de ello y tenemos hijos y nietos estamos sumidos en una desazón que nos impide abandonarnos a la disolución final del Kali Yuga. Estamos atrapados en una contradicción: por un lado, sabemos, con la certeza de la intuición sagrada de que esto no da para más, que nos queda muy poco; pero, por otro lado, nos cuesta resignarnos, conservamos aún cierto impulso, cierta inercia de nuestros años de batallas contra los de Arriba.

Así que, pacientemente, continuamos escribiendo libros o artículos o participamos en las redes sociales o nos tomamos un tiempo para responder a quienes acuden a nosotros y

compartimos lo poco o lo mucho que hemos aprendido sobre la condición humana, sobre los peligros que nos acechan, sobre quienes ya se enfrentan a ellos con mejores recursos que nosotros y quizá con otro ánimo y renovada esperanza.

Este libro contiene parte de ese aprendizaje, de esos conocimientos perseguidos que la gente necesita compartir, esas cosas que no se aprenden en la escuela, ni en los institutos ni en las universidades, que no salen en los medios de manipulación de masas, que la mayoría ni siquiera sospecha, acorazada en su aislamiento de la naturaleza, de la vida y de la verdad.

En estos momentos, en los que vivimos las postrimerías de una agresión global a millones de personas del planeta mediante una campaña de manipulación, mentiras y terror que ha acabado encerrándonos, maltratando a muchos, enfermando gravemente a otros y matando a quienes no han podido aguantar el envite, se hace aún más necesario comprender las graves consecuencias del dogma de la infección que Enric Costa desmonta en este y en el resto de sus libros, el dogma que nos esclaviza a las decisiones que las instituciones sanitarias y políticas quieran imponernos en nombre de una falsa “salud pública” y se convierte en excusa para un control cada vez más temible que hace palidecer las más siniestras novelas distópicas de los últimos cincuenta años.

Mis últimas palabras, antes de que el lector se adentre en esta obra durísima y necesaria, incómoda para muchos, desafiante para el poder, desestabilizadora para un régimen de poder que confía en seguir actuando impunemente, clarificadora para quienes intuyen que las cosas no son como nos las quieren vender... mis últimas palabras, digo, quieren ser de complicidad y calor: considero a Enric Costa mi maestro, mi

médico, mi amigo, y por supuesto, y es un honor sin paliativos, mi compañero de lucha contra la *Bestia*.

INTRODUCCIÓN

Este trabajo de divulgación médica es la síntesis de otros ensayos publicados con anterioridad en los que hemos desarrollado una crítica racional, biológica e histórica a la teoría de la infección, intentando mostrar su falsedad y su falta de criterio biológico. Lo hemos hecho con argumentos lógicos y apoyándonos en los últimos avances en microbiología. También hemos explicado y denunciado la enorme importancia que ha tenido esta falsa teoría en la creación, y gran expansión, del negocio de la industria farmacéutica. Además hemos advertido, y vamos a insistir en ello, que la medicación que hemos estado consumiendo contra nuestros microbios comporta una serie de riesgos y problemas tóxicos; estos han ido apareciendo a lo largo de todo el siglo pasado y el actual, y han sido denunciados con valentía por algunos médicos disidentes; aunque hay que decir, por los pocos resultados obtenidos, que esas denuncias no han tenido demasiada repercusión entre la población debido a la censura oficial, que, como explicaremos, ha tenido y tiene un gran poder para manipular la información que llega a los ciudadanos.

Esta crítica que hemos estado haciendo contra la teoría de la infección se basa en las propias observaciones que ha podido realizar la mismísima microbiología durante la segunda mitad del siglo XX. El lector puede comprobar con facilidad, por medio de internet, que en el momento actual (primer tercio del siglo XXI) tenemos suficiente información sobre nuestros microbios como para saber que no son agresivos, como ha dicho durante décadas y sigue diciendo esa falsa teoría, sino que son importantes colaboradores nuestros.

Repetimos la afirmación que acabamos de hacer porque estamos seguros de que habrá sorprendido mucho al lector: se sabe, desde hace décadas, que nuestros microbios no son agresivos sino que forman una comunidad biológica que vive en perfecta simbiosis tanto en la superficie como en el interior de nuestro propio organismo. A esa comunidad de microbios que viven con nosotros se le denomina **microbiota humana** desde los años 60 del siglo pasado. Acerca de ella, repetimos, el lector puede encontrar mucha información en internet y en mucha bibliografía actual. Pero, a pesar de que se sabe que nuestros microbios son simbiontes nuestros y que realizan funciones beneficiosas en nuestro organismo, de manera incomprensible, la medicina oficial sigue manteniendo vigentes unos postulados de mediados del siglo XIX y principios del XX, que afirman que nuestros microbios son entidades agresivas y que nos causan enfermedades como la difteria, la tos ferina, la meningitis o el cólera. El sistema oficial de salud sigue negando la evidencia, demostrada por la microbiología más reciente, de que nuestros microbios no son enemigos, sino amigos que viven en simbiosis armónica con el resto de células normales de nuestro organismo.

En este ensayo queremos explicar o, mejor dicho, denunciar que la insistencia de seguir presentando a nuestros microbios simbiontes como entes agresivos y causantes de enfermedades, como las que hemos nombrado, va en contra de toda la evidencia de las últimas observaciones en biología humana. Nos hace sospechar seriamente que el mantenimiento pertinaz de esa visión paranoica, obsoleta y desfasada obedece a intereses espurios de carácter comercial. Es decir, es un fraude sostenido en el tiempo que solo beneficia a las multinacionales farmacéuticas.

La existencia de esta falsa teoría biológica no tendría demasiada importancia si, como tantas otras teorías científicas actuales, se hubiese quedado en una afirmación teórica. Pero no ha sido así, y nuestros microbios han sido acusados de causar epidemias productoras de muerte masiva. Con esta afirmación, se ha provocado una de las paranoias de muerte más grandes y mantenidas en el tiempo que haya conocido la humanidad, y como consecuencia de ese terror colectivo y masivo llevamos más de un siglo consumiendo, e introduciendo en nuestro organismo, sin ningún motivo real ni biológico, una gran cantidad de medicación tóxica con la finalidad de eliminar a esos microbios acusados de ser agresivos. Ese consumo continuado de productos industriales tóxicos no ha sido un acontecimiento baladí o de carácter neutro, sino que ha producido, como era de esperar y como efecto colateral no deseado, la aparición de una serie de enfermedades nuevas que son desconocidas por la propia medicina. Es muy posible que lleven a la población occidental a la cuasi extinción en pocas décadas, debido a su gravedad extrema y a que se están presentando de manera exclusiva entre los ciudadanos más jóvenes de los países más modernos e industrializados. Nos referimos a **las enfermedades raras, las cada vez más frecuentes enfermedades autoinmunes y a la esterilidad de las generaciones más jóvenes**.

En este ensayo vamos a mostrar que todas estas nuevas enfermedades, desconocidas por la medicina clásica, tienen un origen iatrogénico[2]. Es decir, están causadas por las medicaciones de origen industrial y de carácter tóxico que han consumido, sin tener necesidad de ello, los ciudadanos de la "sociedad del bienestar" tratados por la medicina industrial o medicina moderna. La única medicina de la historia y del mundo que reconoce como "realidad" dogmática, que no admite

discusión, a la teoría de la infección. Como consecuencia ha utilizado y utiliza medicaciones tóxicas (antisépticos y antibióticos entre otras) contra nuestros microbios. La **iatrogenia** generalizada y exclusiva que padece la población de la “sociedad del bienestar” es consecuencia de ese consumo continuado y masivo de productos industriales tóxicos, practicado durante más de 60 años con la intención de defendernos de unos microbios que fueron identificados como agresivos, pero que en realidad son nuestros socios biológicos, viven en simbiosis armónica y trabajan para nosotros en el interior de nuestro organismo.

Queremos decirle al lector que escribir este ensayo que le presentamos para su atención y reflexión no nos produce ningún tipo de satisfacción ni ninguna alegría. Tampoco nos sentimos orgullosos de hacerlo y, en realidad, nos produce una enorme tristeza, puesto que no nos sentimos libres de culpa. Este médico que escribe ha practicado y cometido durante algunos años de su vida profesional los mismos errores que se dispone a describir, analizar y denunciar en estas páginas. Fue educado, junto a sus compañeros de promoción en la facultad de medicina para creer, como todos, en la falsa teoría de la infección, y efectivamente se la creyó y la asimiló con entera confianza en sus maestros, al igual que los demás aprendices de médico. Por ello ha recetado vacunas y antibióticos con la misma buena voluntad e intención con las que lo han hecho todos los médicos del siglo XX y los actuales médicos en activo involucrados en este error.[3]

Por tanto, el autor de este libro ha sido partícipe, como todos sus compañeros, y ha contribuido de manera inconsciente a este gran fraude que ahora se dispone a analizar, describir y denunciar.

Preferiría mil veces no tener que escribir lo que me siento obligado a explicar en este ensayo. A nadie le resulta agradable reconocer en público sus propios errores y los de su gremio profesional. Ni confesar que ha sido cómplice de un envenenamiento masivo de su propia gente. Pero la gravedad y urgencia del asunto obligan a este viejo médico a denunciar esta peligrosa situación, de la que depende la supervivencia de todo un mundo al que pertenece y la salud de una gente que es la suya; sabe muy bien que no hay tiempo que perder y que no puede permitirse callar por más tiempo.

Por otra parte, soy perfectamente consciente de que quizá sean pocos los que me escuchen y me crean. No soy el primero que intenta denunciar esta realidad, ni el único al que intentarán y lograrán acallar. También sé que no voy a recibir ningún premio académico por escribir lo que voy a escribir, ni ningún tipo de muestra de gratitud por parte de mi gremio profesional, la prensa o el gobierno, sino todo lo contrario. Como ha pasado con otros médicos veraces anteriores a mí, sé que voy a recibir unas críticas feroces, seré señalado como un médico traidor, como un lunático o loco renegado y quién sabe si alguna cosa más. No me importa; soy ya mayor y mi vida de médico ha sido larga e intensa. Hace años que combato en esta guerra, estoy acostumbrado a la derrota, a la difamación de mi persona y de la medicina que practico. Y todo eso que me espera me servirá de penitencia por mis pecados y equivocaciones. No me seduce, pues, mi futuro profesional y no espero el reconocimiento social: hace mucho tiempo que perdí la ingenuidad y sé que decir la verdad en esta sociedad comporta un precio que estoy dispuesto a pagar. También sé que reconocer el error no conduce al éxito ni al reconocimiento; por tanto, ante tan pobre e ingrato panorama de futuro, ¿por qué escribo este ensayo? Lo hago a pesar de la poca satisfacción que me produce y la tristeza

que siento y sin esperar nada grato ni provechoso a nivel personal, porque ahora sé que, después de esta larga vida, me pondré ante la presencia de Dios. Quisiera poder decirle que cumplí con el deber que me exigía mi antiguo oficio de médico y que, aunque sabía que me traería problemas, opté por decir la *verdad que cura*. Escribí la verdad para que alguien la leyera y la comprendiera, y con ella pudiera escapar de la *mentira que mata*. Espero que esa hoja de servicios alivie la carga de mis debilidades, errores y pecados ante el gran y misericordioso Juez.

Después de muchos años de aciertos y equivocaciones, este viejo oficio de médico se ha convertido en mi mejor maestro. Me ha enseñado que la verdad siempre es curativa, da vida y disipa la locura y el miedo. Por eso quiero y tengo que decir la verdad, aunque me duela a mí mismo y moleste a muchos otros que no la aceptarán. Ese viejo maestro que me ha acompañado, mi oficio de médico, me ha enseñado que la verdad es difícil de aceptar por la mayoría de los humanos y que, por norma, estos se sienten más atraídos y confortados por la mentira. Pero que a pesar de ello hay que insistir en decir la verdad, ya que siempre hay algunos, muy pocos, que son valientes y veraces por naturaleza, que no la temen, sino que la aman por encima de cualquier cosa. No les satisface otra cosa que la verdad y son capaces de mirarla a la cara, aceptarla y beneficiarse de ella. A esos que la buscan, por pocos que sean, va dirigido el esfuerzo, nada grato, de escribir este libro.

Enrique Costa Vercher   Doctor Nadie   Enric Costa i Verger

CAPÍTULO 1.
LA MEDICINA MODERNA Y LA IATROGENIA

MEDICINA Y IATROGÉNESIS EN LA SOCIEDAD DEL BIENESTAR

Este libro o ensayo de divulgación científica va dirigido a la atención no solo de los médicos y estudiantes de medicina sino también, y sobre todo, a la de todos los demás ciudadanos, puesto que el objeto de nuestro estudio y análisis crítico va a ser la **medicina moderna**, es decir, la medicina que todos conocemos, practicamos y consumimos y que, además, es valorada como la única medicina sin discusión posible por la gran mayoría de la población, por todos los políticos, gobiernos, organizaciones nacionales e internacionales y universidades del mundo occidental[4]. Se considera así por unanimidad abrumadora no solo como la mejor de todas las medicinas que haya conocido la humanidad, sino además como la única que debe ser considerada medicina como tal y la única que debe enseñar la docencia médica universitaria oficial en todo el "primer mundo". Es, también, la única medicina que respaldan y permiten los poderes sociales y organismos oficiales encargados de velar por la salud de todos los ciudadanos de Occidente, y por ello la única que posee, incluso, capacidad legislativa y poder punitivo para lograr imponerse por obligación legal sobre la población. Por eso los ciudadanos de muchos países de Occidente, en el momento actual, estamos padeciendo un "arresto domiciliario" sin precedentes en la historia que nos obliga a permanecer encerrados en nuestras casas[5] a causa de un supuesto "virus nuevo" llamado coronavirus, que según las autoridades sanitarias provoca un catarro de las vías

respiratorias. La obligación es inapelable y no se tienen en cuenta otras opiniones médicas que discutan la versión oficial ni la libertad de cada ciudadano para arriesgarse, por su cuenta, a desafiar la supuesta “infalibilidad” faraónica del sistema de salud. El poder legal y punitivo de la medicina moderna es tan grande que le permite violar los derechos fundamentales de libre circulación y de reunión de los ciudadanos e, incluso, el derecho fundamental de su libertad de disponer de su propia vida; algo inédito que seguramente sería difícil de creer por nuestros antepasados, que lucharon por conseguir los derechos fundamentales del hombre.

El carácter indiscutible de **medicina única** motiva y “justifica” su imposición obligatoria sobre la población en todos los países de nuestro entorno europeo, que, no obstante, se definen como democráticos y defensores a ultranza de la libertad del individuo y del derecho que este tiene de disponer sobre su propia vida. Sin embargo, de manera inexplicable y negando ese derecho básico que se afirma defender, se puede forzar y someter a los individuos o a sus hijos nada menos que a un arresto domiciliario de varias semanas, a campañas de vacunaciones obligatorias o a seguir un tratamiento por quimioterapia en un moderno hospital en contra de la voluntad personal. Este flagrante e insoportable abuso sobre la libertad individual viene practicándose recientemente en España y otros países occidentales, donde los partidos políticos quieren imponer por la fuerza de la ley las vacunas obligatorias a todos los ciudadanos, a pesar de que esa libertad individual hacia la propia vida es el derecho humano del que presumen y en el que pretenden basarse las políticas y las legislaciones de todos esos países que se consideran avanzados, civilizados, democráticos y libres. En los últimos tiempos, los políticos europeos en general, aunque se jactan de democráticos y liberales, están llevando a cabo

políticas que sonrojarían a los mismísimos Hitler y Stalin y que violan, en nombre de esa medicina única, la libertad que tiene toda persona para dar crédito o no a cualquier posible hipótesis científica y, desde luego, para elegir qué médico prefiere que le atienda a ella y a sus hijos y qué tipo de tratamiento o de medicina le satisface más o le merece mayor confianza.

En este ensayo vamos a mostrar al lector que todos esos políticos, junto a las universidades del primer mundo y junto a todos los demás organismos oficiales (OMS, CDC…) que se encargan de la salud en Occidente, están al servicio o bajo el poder de influencia de las multinacionales de farmacia y sacando leyes que favorecen en exclusiva a la medicina industrial, aunque para ello tengan que violentar, e incluso suprimir, los derechos humanos básicos de todas las constituciones de nuestras democracias; derechos de los que todos los políticos presumen y a los que dicen defender. Pero, además de denunciar esa contradicción política que viola de una manera flagrante y descarada la libertad de los ciudadanos, queremos mostrar al lector que el carácter tóxico propio de esta medicina moderna de obligado acatamiento, en realidad, es uno de los factores o causas más importantes en la génesis y aparición de un fenómeno biológico nuevo en la historia de la humanidad occidental, de una magnitud formidable y debemos decir que muy grave: enfermedades nuevas de características desconocidas y una enorme gravedad que están llevando a la población actual nada más ni nada menos que a una situación de probable extinción. No exageramos ni mucho ni poco, puesto que, como vamos a explicar, aunque no sea un tema que le interese mucho a la prensa, estamos asistiendo o, mejor dicho, padeciendo en todo el mundo moderno o “sociedad del bienestar” un fenómeno de iatrogénesis tóxica que se inició en los años 50 o 60 del siglo pasado y se va intensificando de

manera acelerada, haciéndose cada vez más evidente y afectando a más gente, sobre todo jóvenes, a medida que pasan las décadas.

Podemos afirmar sin riesgo a equivocarnos que la medicina moderna es la causa de este fenómeno de iatrogénesis general, precisamente por su carácter obligatorio, exclusivo y de medicina única impuesta de manera nazi-stalinista en esta sociedad. Si el lector quiere comprobar que no exageramos lo más mínimo en nuestras afirmaciones, tiene la posibilidad de acceder a las estadísticas oficiales del propio Ministerio de Sanidad, y podrá comprobar la aparición reciente en los últimos 20 o 30 años de unas enfermedades desconocidas anteriormente por la medicina que se están propagando de forma masiva y a una formidable velocidad, y además se están presentando de manera exclusiva, precisamente, entre la población de ciudadanos jóvenes del primer mundo, es decir, entre la población donde la medicina moderna se ha aplicado desde el comienzo de su vida con carácter exclusivo y obligatorio[6].

La frecuencia con que se están presentando estas nuevas enfermedades entre los niños y jóvenes de la sociedad moderna es tan elevada que están dando lugar a la mayor pandemia conocida por la historia de la medicina: nos referimos a la pandemia de las enfermedades raras, que según el propio Ministerio de Sanidad español está afectando a más de 3 millones de niños y jóvenes en nuestro país y a más de 36 millones en la comunidad europea.

Además de esa pandemia terrible y gigantesca que asola a las nuevas generaciones de ciudadanos de la sociedad del bienestar, han aparecido al mismo tiempo otras alteraciones de salud o insuficiencias biológicas, que abordaremos en este ensayo. En especial, una deficiencia biológica grave de reciente aparición y

que, como en el caso de las enfermedades raras, tiene unas dimensiones pandémicas y afecta también de manera exclusiva a las generaciones de ciudadanos jóvenes que se han criado bajo la tutela obligatoria de la única y exclusiva medicina moderna: nos referimos en este caso a la gran cantidad de jóvenes estériles o castrados químicamente (por efectos secundarios de la medicación industrial) que hay en nuestra sociedad desde hace unos 30 años. Si el lector visita las estadísticas de los ministerios de sanidad de los países avanzados, podrá comprobar que la infertilidad o esterilidad alcanza al 50% de la población de jóvenes europeos y norteamericanos (son datos del año 2000) y, además, se observa que esa esterilidad va en aumento a medida que pasan las décadas; es decir, en la actualidad (2020), con otro período de 20 años más de intoxicación iatrogénica, hay que suponer que esa infertilidad entre los jóvenes ha podido casi duplicarse.

Queremos llamar la atención del lector para decirle que todas estas cifras, tan elocuentes por lo exageradas, no son nuestras. No son el resultado de ninguna investigación nuestra ni mucho menos, y por eso decimos que no exageramos ni podemos hacerlo, puesto que las cifras no las aportamos nosotros; para tener acceso a ellas, simplemente puede recurrir a internet e introducirse en los datos y estadísticas oficiales de su propio ministerio de sanidad (el de cualquier país europeo) o en los del Instituto de Estadística y comprobar que son datos oficiales. Al mismo tiempo, podrá comprobar que la aparición de esta pandemia de enfermedades raras y del brutal fenómeno de esterilidad que afectan a nuestros jóvenes, como vamos a demostrar, tienen una causa y un origen principalmente iatrogénico y artificial, ya que se observa claramente que son un fenómeno totalmente nuevo y desconocido hasta la fecha, producido en un período corto de tiempo que abarca,

aproximadamente, unos 30 años, coincidiendo con las primeras generaciones de jóvenes nacidos cuando la medicina moderna ya se había consolidado como la medicina única y exclusiva en la "sociedad del bienestar". Con estos datos, que, repetimos, se pueden comprobar en las estadísticas oficiales, la lógica más elemental tiene que hacer pensar al lector y llevarle a la siguiente conclusión: si a una población determinada se le ha aplicado una única medicina exclusiva y esa misma población presenta, en exclusiva, una serie de enfermedades y problemas de salud que no afectan a otras poblaciones, ni afectaban en el pasado a esa misma población antes... es necesario concluir, por lógica, que debe existir una relación altamente probable de causalidad entre la aplicación y consumo de esa medicina nueva y exclusiva y la aparición simultánea de esas nuevas y exclusivas enfermedades en la población; la lógica y el sentido común llevan a no poder descartar esa muy probable relación de causalidad.

En este ensayo nos proponemos mostrar al lector que esta medicina moderna que es de obligación legal para toda la población ha sido, si no el único, sí uno de los factores más importantes con diferencia que han llevado a los ciudadanos de la "sociedad del bienestar", creyendo estar atendidos por la mejor medicina de todos los tiempos, a una situación totalmente nueva y desconocida por la historia de la medicina de auténtico peligro de extinción o aniquilación masiva; precisamente por el carácter tóxico e iatrogénico que posee por su propia naturaleza industrial y por la dinámica generalizada y exclusiva de su aplicación.

LA MEDICINA MODERNA NO ES MEDICINA SINO INDUSTRIA

Vamos a exponer a lo largo de los próximos capítulos que esta iatrogenia o mala praxis generalizada es consecuencia de que, en realidad, lo que llamamos medicina en el primer mundo es algo muy diferente de lo que se ha entendido y practicado como medicina desde siempre por todos los pueblos, tanto en Oriente como en Occidente. Explicaremos que la actividad conocida también con el nombre de "medicina" que se practica en nuestra sociedad moderna es un sucedáneo desnaturalizado que ha transformado el conocimiento médico en una actividad totalmente desconectada del latido de la naturaleza e, incluso, totalmente enfrentada a las leyes del cosmos, y que, precisamente, de esa separación le viene el carácter iatrogénico que le es intrínseco y que la caracteriza. Vamos a explicar, también, cómo la mentalidad comercial y la cultura industrial que impregnan a la medicina moderna en Occidente han transformado a los médicos tradicionales (que ejercían su antiguo oficio de una forma artesanal y siempre de acuerdo al orden cósmico, a las leyes de la naturaleza y a la moralidad) en los actuales médicos modernos, que, en realidad, son técnicos comerciales que por haber sido engañados por el sistema de salud colaboran e inciden en el consumo global de productos industriales (tóxicos) y biotecnología, y que, al contrario que sus antecesores médicos del pasado, desprecian los remedios naturales y actúan en contra de las propias leyes genuinas de la naturaleza. Es decir, tienen y practican una medicina industrial, que como toda actividad industrial es contranatural, antiecológica y en general sola y exclusivamente motivada por y para la obtención de beneficios económicos por encima de cualquier otra consideración. Para conseguir dinero no le importa ni le puede importar que sus métodos y resultados tengan un carácter contranatural, y precisamente en ese

carácter contranatural reside el efecto espurio e iatrogénico que caracteriza a la medicina moderna.

Nunca antes, en la docencia y la práctica de la medicina tradicional de Occidente y de las demás culturas, los médicos de siempre se hubieran permitido la desfachatez de actuar de manera contranatural; sin embargo, en la medicina moderna la mayor parte de la práctica médica se basa en actuar, aplicar métodos y administrar productos industriales para obtener efectos contranaturales. No tiene ningún temor a actuar contra las propias leyes de la naturaleza en general y de la naturaleza humana en particular, y esta acción irreverente y en contra del orden cósmico es una de sus notas mas características y exclusivas, lo que nos lleva a afirmar que no se parece, en nada, a lo que siempre se ha entendido por medicina ni en la tradición occidental ni en las demás tradiciones del mundo. En todas ellas este arte se ha basado en un exquisito respeto por las leyes y ritmos de la naturaleza, puesto que siempre y en todo lugar esta ha sido contemplada como reflejo del orden (cosmos) universal diseñado por la Divinidad, y por tanto, para todos los científicos y médicos anteriores a la “Ilustración e industrialización”, ese orden natural era considerado como imposible de superar en ritmo, armonía, belleza y perfección. La naturaleza que nos rodea y en la que vivimos, por ser obra de la Divinidad, era considerada como sagrada e inteligente y, debido a esa visión tradicional y universal, la medicina de todos los pueblos nunca ha basado ni su actividad ni su conocimiento en ir en contra del diseño perfecto del cosmos, como ocurre en la actualidad. Es verdad que siempre ha habido excepciones o actuaciones heterodoxas en casos particulares de algunos individuos que han utilizado su arte médico de manera un tanto contranatural (brujos y hechiceros), pero nunca ha sido la conducta ni la enseñanza médica general y ortodoxa, ni mucho menos, sino

que eran excepciones en la conducta general de los médicos en toda la milenaria historia de la medicina tradicional.

En clara contraposición a esta visión tradicional de total armonía y respeto por el orden natural que practicaba la medicina de todos los pueblos y de todos los tiempos, la medicina moderna, la única medicina que gobierna y dirige con mano de hierro la salud de Occidente, se basa y fundamenta la mayoría de sus acciones precisamente en alterar las leyes de la naturaleza con productos industriales y biotecnología; en otras palabras, la medicina moderna y su carácter industrial e intención comercial actúan con la convicción falsa, pero totalmente asumida, de que puede alterar impunemente el orden cósmico y las leyes naturales con su tecnología, y además esa actividad contranatural es, precisamente, en lo que basa su supuesta superioridad sobre la medicina natural y tradicional y, sobre todo, en lo que se sustenta su carácter industrial y comercial, del que extrae su inmenso y formidable poder económico y social.[7]

Vamos a mostrar al lector en este ensayo por qué esa actividad industrializada que llamamos **medicina moderna**, en realidad, no es ni puede ser llamada medicina sino industria y negocio[8], y como tal, no da ninguna importancia a su carácter tóxico y contranatural, que produce necesariamente un nefasto efecto iatrogénico sobre la población a la que se le aplica. El efecto venenoso no tiene importancia para la medicina industrial y lo único que le importa es su capacidad de ganar dinero: esa misma filosofía mercantilista y lucrativa es la que inspira a toda industria, sea la que sea, y por tanto también a la industria médica. Vamos a explicar cómo ese "sucedáneo" ha usurpado el papel de lo que verdaderamente fue la auténtica medicina y que se practicó aquí en Occidente durante miles de años, y explicaremos también el cómo, cuándo y por qué la medicina

moderna o medicina industrial ha alcanzado, gracias al poder económico, un dominio social y legislativo tan formidable como el que tiene y que le asemeja de manera inquietante a una “religión” de carácter faraónico, o a una dictadura sin escrúpulos. En realidad se ha convertido en una pseudoreligión que además tiene un claro carácter **fundamentalista** y, como tal, posee un enorme poder jurídico punitivo que le permite encarcelar a médicos “herejes” y a padres y ciudadanos que libremente eligen tratar a sus hijos al margen de la “doctrina médica oficial” o que se resisten con tozudez a sus métodos industriales y no consumen sus productos.

No deja de ser curioso, por contradictorio y paradójico, que una medicina que es hija del pensamiento liberal y positivista de la ciencia moderna, que nació para abolir los dogmas religiosos, que nació en una sociedad que se definía como liberada por fin de dogmas de obligado acatamiento, se haya transformado en menos de un siglo en una “religión” tan dogmática que se permite la aplicación obligatoria sobre los ciudadanos de una particular *sharía* fundamentalista para imponer por ley su única doctrina de salud. Los políticos “demócratas” y “progresistas” españoles y europeos se camuflan como abanderados de la libertad a pesar de ser unos déspotas y dictadores al servicio de los intereses de las multinacionales.[9]

CAPÍTULO 2.
LA MEDICINA INDUSTRIAL

VICTORIA CURSUS ARTIS SUPRANATURAM

La mentalidad respetuosa y sumisa ante la naturaleza propia y característica de la ciencia y medicina tradicionales fue puesta en entredicho por primera vez por el filósofo británico Francis Bacon a finales del siglo XVI en Europa. Podríamos decir que fue el primero que introdujo la semilla del pensamiento ilustrado en la consciencia colectiva de los científicos europeos. Esa nueva forma de entender el mundo era un desafio intelectual y un hito del pensamiento que se oponía de manera frontal al pensamiento de humildad y de sumisión ante la naturaleza que habían profesado los filósofos tradicionales desde la noche de los tiempos. Tal concepción "ilustrada", aunque novedosa y extraña para la ciencia tradicional, con el transcurso de unos pocos siglos se iba a convertir en un dogma científico que, unos siglos después, daría origen y nacimiento nada menos que a la civilización industrial, que transformó nuestro mundo de manera total. Ese pensamiento novedoso o idea introducida por Bacon afirmaba que el hombre mortal y de efímera existencia, el pequeño humano de toda la vida, aunque lo había estado ignorando durante toda su milenaria historia, en realidad, poseía en su naturaleza humana nada menos que "**el fuego de los dioses**".

El inglés Roger Bacon pensó que todos los antiguos sabios y filósofos anteriores a él eran unos pobres ignorantes que no se habían enterado de que, en realidad, eran unos dioses demiurgos que desconocían el poder que tenían de crear

mundos a su medida y superar, con su actividad, a la propia naturaleza. Para Bacon los científicos preilustrados como Aristóleles, Hipócrates, Heráclito, Ptolomeo, Alberto Magno... eran unos oligofrénicos que, por desconocer que poseían “el fuego de los dioses”, practicaban esa sumisión ancestral, ese respeto y esa “estúpida” reverencia por la naturaleza y el orden cósmico que les caracterizaba. Para este filósofo el verdadero hombre con luz o “ilustrado” era aquel que, con su acción inteligente, su voluntad y su tecnología se atrevía a proclamarse dios demiurgo y se sentía capaz de transformar, e incluso, superar y mejorar el diseño cósmico genuino y natural. El hombre ilustrado era capaz de mejorar el cosmos con el fin de ponerlo a su servicio para el propio uso y disfrute, es decir, capaz de asumir su papel de “verdadero” dios creador de mundos. Plasmó su atrevido y revolucionario pensamiento en aquella frase famosa que podemos leer en los libros de historia de la filosofía y que dio inicio al novedoso pensamiento ilustrado: “*victoria cursus artis supranaturam*”, que quiere decir algo así como: “la actividad humana es capaz de superar a la naturaleza”.

Esa atrevida idea ilustrada tardó varios siglos en ser asimilada por los científicos y médicos que seguían aferrados a su oficio artesano y aceptaban con humildad tradicional la idea de la perfección intrínseca y absoluta de la naturaleza, y por tanto insuperable por el ingenio y la industria humana. Pero pasaron los siglos y el hombre ilustrado siguió progresando tecnológicamente y creyendo cada vez más que, efectivamente, la tecnología permitía al hombre desafiar a la naturaleza con un grado cada vez mayor de impunidad. El pensamiento de Bacon llegó a su cénit en las mentes de los europeos en la época de los siglos XIX y XX, cuando los nuevos avances científicos y técnicos en física, química o ingeniería acabaron de convencer a la mayoría de europeos de que la actividad industrial y tecnológica

del hombre (*cursus artis supranaturam*) era muy superior al poder de la naturaleza, y que por tanto el nuevo hombre ilustrado, a diferencia de sus antepasados, podía superar y mejorar al propio cosmos con el poder titánico y demiúrgico que albergaba en su mente prodigiosa, apoyado por su industria de humano iluminado e inteligente.

El hombre europeo asumió esa revolucionaria "visión ilustrada" y, desde entonces, toda la literatura, la enseñanza y la cultura de la civilización europea u occidental ha estado exaltando y predicando a lo largo de los dos o tres últimos siglos la certeza y realidad de esa supuesta capacidad real de supremacía del humano sobre el cosmos. Había nacido un "luminoso hito" del pensamiento que, como vamos a explicar al lector, inició una época de la historia de la humanidad que bien podríamos llamar "la edad de los hitos históricos" o "la edad de las revoluciones", que continuó con la Revolución Industrial en el "siglo de los inventos" y culminó en la actual "sociedad del bienestar" gracias a la sucesión de hitos científicos, inventos y revoluciones que se iniciaron entonces y que nos han traído hasta nuestro tiempo actual.

Desde la Revolución Industrial, el hombre ilustrado, ebrio de poder tecnológico, por primera vez en la historia está convencido de que puede enfrentarse a la naturaleza y vencerla; hasta ese tiempo, el punto de vista tradicional de absoluta sumisión ante Dios y el cosmos tenía un carácter universal y no solo era propio de Occidente sino de todas las tradiciones milenarias del mundo. Como muestra de que ese respeto sagrado por la naturaleza era una creencia universal, podemos leer en el *Tao-Te-King*, libro sapiencial del taoísmo, la siguiente sentencia en el poema XXIX:

Quien intente conquistar el mundo (el cosmos)

y modelarlo a su antojo difícilmente lo logrará.
El mundo es un vaso sagrado que no se puede manipular.
Tratar de manejarlo es deformarlo y agarrarlo es perderlo...

Este poema taoista resume la visión intelectual que tenían los científicos y médicos tradicionales de Oriente y Occidente, que desapareció del consciente colectivo europeo con la llegada y el predominio exclusivo del pensamiento ilustrado e industrial afanado, durante los 200 últimos años, en cambiar, transformar, remover, invertir, contaminar ese mundo que durante miles de años se consideraba sagrado, perfecto y que no podía tocarse puesto que era obra del Creador; un cosmos insuperable según las creencias de nuestros antepasados de todas las culturas del orbe.

Ha pasado el tiempo y nosotros, los ciudadanos de la "sociedad del bienestar" en el tercer milenio, por experiencia personal y colectiva podemos afirmar que el pensamiento irreverente y atrevido de Francis Bacon ha sido llevado a la práctica sobradamente y, desde luego, ha transformado nuestro mundo de manera evidente. Somos testigos de que el poder de transformación que afirmaba Bacon que tenía el humano ilustrado era cierto y creemos que ha quedado bien demostrado, es innegable e, incluso, irreversible. Pero, ante la realidad de esa transformación, los actuales descendientes de aquellos primeros ilustrados tenemos que preguntarnos: esas transformaciones cósmicas evidentes, algunas irremediables, ¿han sido para mejor? En realidad, la civilización industrial de poco más de dos siglos ¿ha mejorado la calidad de nuestro planeta? ¿Nuestro planeta es un lugar más adecuado para la vida? Los ciudadanos actuales tenemos serias dudas de que haya sido así, e incluso nuestros naturalistas y científicos actuales (geólogos, biólogos, oceanógrafos...) no dejan de informarnos de que nuestro

planeta y la vida que hay en él se han deteriorado gravemente como consecuencia de nuestra civilización industrial y su actitud irreverente ante la naturaleza. Los tataranietos de aquellos ilustrados pioneros y creadores de la civilización industrial estamos siendo testigos del deterioro y la contaminación grave de los océanos, de la atmósfera, de la tierra... Ahora nos estamos percatando de que quizá el *Tao-Te-King* tenía razón al advertirnos de que "el mundo es un vaso sagrado que no se puede manipular; tratar de manejarlo es deformarlo y agarrarlo es perderlo...". Sí, ahora los ciudadanos actuales podemos comprender que deberíamos haber respetado el orden cósmico. Pero quizá, ahora que lo sabemos, es demasiado tarde.

Durante todo este tiempo en que el científico ilustrado, el industrial y el ingeniero han sometido a tantos cambios y transformaciones catastróficas e irreversibles a nuestro **macrocosmos**, o sea, a nuestro planeta y su medio ambiente, logrando contaminarlo y hacerlo casi inhabitable, los médicos ilustrados e industriales, imitando a sus colegas ingenieros, han llevado a cabo otros tantos cambios y transformaciones novedosas sobre nuestro **microcosmos**, es decir, sobre nuestros organismos, y como ha pasado con nuestro planeta, nosotros los humanos nos hemos contaminado exactamente igual, de la misma manera catastrófica y por las mismas causas.

Ahora que tenemos los resultados de esa metamorfosis sobre el micro y macrocosmos nos estamos enterando, los descendientes actuales de aquellos pioneros que se creyeron demiurgos, de que esa manipulación autocomplaciente del hombre ilustrado sobre el orden natural no ha sido ni es una acción exenta de impunidad, sino que se ha acompañado de unos efectos de deterioro de las genuinas condiciones naturales planetarias y humanas tan evidente que es imposible que pasen desapercibidos para nadie.

Y esa realidad de la que nos estamos enterando al ser testigos directos de los desastres medioambientales, biológicos y climáticos es una prueba bastante elocuente que demuestra que aquel respeto y sumisión ante la perfección intrínseca de la naturaleza, el respetuoso temor que los antiguos científicos y médicos sentían y que les impedía manipular el diseño inteligente con el que la Divinidad la había dotado, obedecía a una visión sagrada y perfecta del mundo natural. Para ellos, la transgresión y la manipulación contranaturales eran un “sacrilegio” contra el orden divino y cósmico que de ninguna de las maneras podría quedar impune. Nosotros, los últimos descendientes de los primeros profanadores de la naturaleza, somos los que vamos a pagar el precio, los depositarios del castigo a tanta arrogancia e irreverencia, los que estamos aprendiendo y vamos a aprender que tal profanación de la naturaleza no puede, efectivamente, quedar impune.

UNA CIENCIA Y UNA MEDICINA “LIBERADAS” DE LA NATURALEZA Y DEL ESPÍRITU

En el siglo XVIII, cuando las nuevas ideas ilustradas estaban dando sus primeros resultados y no se podía prever, ni de lejos, cómo acabarían la historia de la civilización industrial ni la contaminación planetaria y humana actuales, salió a la arena de la intelectualidad europea un filósofo influyente que escribió muchos libros de lógica de marcado carácter ilustrado: se llamaba Immanuel Kant, era de Prusia oriental y estaba muy contento y autocomplacido de haber nacido en la época de la Ilustración. Con júbilo escribió aquella famosa sentencia: “El hombre ilustrado ha alcanzado la mayoría de edad con el uso de su razón”. Desde entonces somos y nos sentimos humanos

“mayores de edad” y tenemos como héroes del pensamiento a todos los filósofos y científicos ilustrados que rechazaron la ciencia tradicional porque esta se sentía incapaz de superar a la naturaleza. Y no solo se creyeron con el poder de emanciparse de la naturaleza y de profanarla con irreverencia creyéndose los dueños y señores de la creación, sino que, envalentonados, se creyeron con el poder humano y demiúrgico suficiente como para emanciparse de Dios… Desde entonces, nos sentimos orgullosos descendientes de todos aquellos atrevidos “demiurgos” descreídos y ateos que desafiaron a Dios y a la Naturaleza, y bajo la consigna kantiana de “atrévete a saber por ti mismo” (*sapere aude*), los nuevos hombres ilustrados y “mayores de edad” iniciamos la gran aventura de querer transformar, con nuestro “saber hacer” de simples mortales, nada menos que la mismísima realidad cósmica. Nos dispusimos a vivir nuestra existencia totalmente emancipados de la ley de Dios y de las leyes naturales, sin el sentimiento de respeto y sumisión que sentían los antepasados ante el Padre y Creador y con la sensación del hijo que abandona el hogar porque está convencido de haber alcanzado la mayoría de edad y poder decidir sobre su destino, gastando a su antojo la herencia (la naturaleza) que su Padre le había legado.

Una vez asumida la idea de que la naturaleza era propiedad del nuevo hombre “mayor de edad” y que podía ser superada y domesticada a voluntad por la industria humana y su tecnología, los científicos desdeñaron para siempre los antiguos conocimientos sobre las leyes que regían el cosmos y se recluyeron en laboratorios y fábricas con el objetivo de experimentar y descubrir nuevos materiales, nuevas sustancias sintéticas, potentes explosivos, nuevos objetos tecnológicos, nuevas máquinas que les permitieran la mejor transformación y sometimiento de esa misma naturaleza a las necesidades del

hombre industrial y moderno. Incluso se puede decir que, junto a ese convencimiento de supremacía sobre el mundo natural propio de los ilustrados europeos, estaba también la idea o el convencimiento de que aquella naturaleza tan venerada por los antiguos, esa herencia perfecta, ese cosmos sagrado, en realidad y bien pensado, desde la nueva posición del pensamiento humano ilustrado, no era tan sagrada, ni tan maravillosa, ni tan perfecta ni tan venerable cosa... sino que, más bien, era un verdadero coñazo en la práctica e, incluso, un mundo bastante desagradable y hostil. En efecto, para los nuevos humanos europeos e ilustrados el cosmos se presentaba como un hábitat salvaje, molesto y peligroso: demasiado frío o caliente, demasiado árido o húmedo, demasiados animales peligrosos, demasiadas plagas, demasiadas inundaciones, demasiados búfalos, lobos y otras alimañas, demasiados bosques y desiertos, demasiados indígenas salvajes... El macrocosmos o mundo natural, es decir, nuestra realidad planetaria y su funcionamiento genuino aparecía, para la mente de los nuevos ilustrados y civilizados europeos, como un caos hostil en el que había que imponer un nuevo orden. Ese nuevo orden cósmico que había que imponer o diseñar para que fuera "perfecto" iba a ser el de la civilización industrial, que desde entonces está empeñada en transformar el planeta y convertirlo en una gran cantera de donde extraer materias primas, en una productiva factoría y/o en un parque de atracciones y, como el lector puede comprobar, en la actualidad todos somos testigos de que esa transformación se ha conseguido en gran parte.

Para convertir el mundo en una gran factoría industrial, la naturaleza salvaje y genuina ya no iba a ser el modelo de perfección a seguir sino el caos bárbaro que había que someter. Ya no se procuraba seguir e imitar sus leyes sino que era mucho más interesante y productivo conocer el modo de cómo

neutralizarlas, cambiarlas o transformarlas, y, con ello, sacar beneficio industrial. El conocimiento científico y médico se apartó del latido y del ritmo de la naturaleza, y el interés de la nueva ciencia positivista estaba en industrializar el mundo, profanarlo y explotarlo sin ningún tipo de miramiento: sustituir los bosques por monocultivos, los animales salvajes por ganadería industrial[10], convertir los ríos en embalses, las montañas en canteras, saquear los océanos y domar los ríos… Y para ello el nuevo científico, hijo de la Ilustración, creó y diseñó poderosas máquinas capaces de arrasar bosques y abrir canales, construyó laboratorios de síntesis de nuevas sustancias y fábricas de nuevos materiales y explosivos capaces de enfrentarse a la naturaleza y someterla al nuevo orden ilustrado.

La ciencia moderna, y por tanto también la medicina, al adoptar ese carácter "ilustrado", tecnológico e industrial, no solo se han emancipado del ritmo y latido de la naturaleza, es decir, no solo ignoran y desdeñan el "estar de acuerdo al cosmos" que practicaban los científicos clásicos de los últimos miles de años, sino que también se han desprendido de cualquier consideración sagrada y están totalmente alejadas de los dioses, o de Dios o, por decirlo de una manera general, de la Divinidad en cualquiera de sus acepciones. La civilización industrial y su medicina moderna se han emancipado también de cualquier vinculación con el mundo trascendente de lo sagrado, del mundo espiritual, de la ley natural y de la moralidad religiosa; vínculos estos que eran fundamentales para los antiguos científicos y médicos artesanos de la antigüedad clásica, de la Edad Media y del Renacimiento. Todos ellos eran creyentes y la mayoría eran religiosos o clérigos, y no solo respetaban las leyes de la naturaleza sino que, además, tenían una fe grande en Dios y una moral religiosa que les impedía la práctica de cualquier acción médica **contranatural**.

En contraposición clara a la visión tradicional de la medicina de todos los pueblos y de todos los tiempos, que estaba preñada de moralidad, espiritualidad y trascendencia, la carencia de visión espiritual y de sentido moral es característica y exclusiva de la medicina moderna o industrial, la única a la que tiene acceso el nuevo ciudadano de la "sociedad del bienestar" y, como vamos a explicar al lector, esa falta absoluta de moralidad y de respeto a la naturaleza es la que permite en la actualidad la experimentación humana y animal, y otras prácticas contranaturales propias y exclusivas de la medicina industrial. La carencia absoluta de moralidad religiosa y de ética natural es otra nota característica que hace de la medicina moderna un tipo de "medicina" que no se parece a ninguna otra que haya practicado la humanidad, ni en Oriente ni en Occidente.

Esta doble emancipación de Dios y de la Naturaleza por parte de la medicina moderna le ha permitido una conducta y un modo de operar carente de valores morales y unos métodos de terapia totalmente antinaturales, atrevidos, sin escrúpulos y sin sentido biológico alguno, pero con un gran potencial económico e industrial que ha conseguido crear en cien años una poderosísima industria que no habría existido sin esa "liberación" ilustrada de las leyes naturales y morales. Esta pérdida de conexión con el espíritu y la naturaleza ha sido de gran importancia, como veremos repasando la historia de los últimos ciento cincuenta años, en el proceso de transformación y cambio esencial por el que la medicina ha ido abandonando su carácter sagrado o moral, cósmico, holístico y artesano, es decir, dejando de ser medicina para convertirse en una actividad "humana" de carácter industrial, contranatural y tóxico; en una palabra, en un gran negocio que está bajo el dominio y dirección del poder más grande que impera en esta civilización contranatural, descreída e industrial: **el poder del dinero**.

LA MEDICINA EXPERIMENTAL

Aunque, en la actualidad, el pensamiento ilustrado de Bacon, Hume, Kant o Comte sea norma cultural e incluso dogma intelectual (no solo para científicos sino que incluimos a políticos y demás ciudadanos), aunque convenza incluso a gente creyente, tenemos que decir que desde que se afirmó por primera vez hasta que se ha impuesto como pensamiento único fue necesario el paso de más de tres siglos de enfrentamientos, discusiones y revoluciones intelectuales contra la mentalidad de los médicos tradicionales, que se resistían a despojar su oficio o arte médica de la fuerte carga de moralidad religiosa que tenía, o a renunciar a su respeto por la naturaleza y atreverse a profanarla. Pero por fin, en el siglo XIX, el siglo de la Revolución Industrial, de los hitos científicos, técnicos y sociales, de los inventos, máquinas y artefactos, el nuevo hombre "*victor supranaturam*" y "mayor de edad" consiguió emanciparse ya de la naturaleza y de la moral. Creyó definitivamente que con la tecnología había adquirido "el fuego de los dioses" y estaba convencido de que ese poder demiúrgico que tenía le capacitaba sobradamente para mejorar al propio diseño natural. Y con esa convicción empezó la remodelación de un nuevo cosmos que él, con su poder tecnológico, iba a ser capaz de recrear según sus necesidades.

Pero para hacer posible ese nuevo proyecto de *cosmos a la medida* que se proponía el hombre-demiurgo ilustrado, por tratarse de una nueva "creación", todo tenía que ser un campo de nuevas experiencias, es decir, un **experimento continuo**. El hombre ilustrado se dispuso a crear un nuevo cosmos y una nueva sociedad donde todo iba a ser novedoso y distinto a lo

natural, todo estaba por rediseñar y hacer, por experimentar, por ensayar y por redefinir según los nuevos parámetros y nuevas visiones de lo que podría ser mejor para la nueva civilización.

En ese nuevo diseño que iba a ser recreado o estrenado, tanto el macrocosmos como el microcosmos deberían comportarse como una máquina industrial y ser productivos y obedientes. La civilización ilustrada no lo dudó y, en menos de un siglo, ha industrializado toda la existencia y la actividad humana (agricultura, ganadería, pesca, enseñanza, oficios...) y por extensión el planeta entero. La medicina ilustrada, como el resto de la actividad humana, no pudo escapar a este pensamiento único y, dejando de ser una actividad artesana, se ha industrializado y, con esa transformación, ha creído obtener el poder de cambiar y, por supuesto, "mejorar" con la tecnología y la industria al propio microcosmos humano.

Si consideramos toda la larga historia conocida del hombre, la industrialización del viejo oficio de médico es un acontecimiento reciente. Apenas tiene un centenar de años desde sus inicios, incluso menos, desde el punto de vista de la práctica del consumo masivo, puesto que, como vamos a contar al lector, la medicina industrial, con su aplicación casi total sobre **toda** la población occidental, tuvo su comienzo real hace apenas cincuenta o sesenta años, en las primeras décadas que siguieron a la Segunda Guerra Mundial. Hasta esa fecha, aunque ya había médicos adictos a la industria médica, la gran mayoría de ellos rechazaba de plano esa industrialización feroz y apresurada de la medicina que proponía el progreso industrial. Muchos de los médicos del siglo XIX y principios del XX, a diferencia de otros científicos expertos en disciplinas más mecánicas y materiales (ingenieros, químicos, físicos...), seguían siendo fieles al pensamiento tradicional, que consideraba a la naturaleza y sus leyes como insuperables, y les costó asimilar y dar crédito a ese

poder demiúrgico que el nuevo hombre industrial afirmaba tener. Esta reticencia tozuda de los médicos tradicionales a la industrialización de su oficio protegió a la mayor parte de la población nacida antes de la Segunda Guerra Mundial de la iatrogénesis industrial generalizada que se desarrollaría a partir de los años 50, y así la mayoría de aquellas personas se libraron de convertirse en cobayas de la nueva medicina industrial y experimental. Esa resistencia de los médicos anteriores a la Segunda Guerra Mundial les permitió seguir siendo humanos normales de los de siempre, es decir, siguieron siendo miembros o ejemplares de la milenaria especie de los *Homo sapiens*.

Sin embargo, en ese tiempo de posguerra durante los años 50 y 60 del siglo pasado, la coyuntura económica, industrial y comercial permitió la primera transformación tecnológica del microcosmos humano a gran escala en la historia, puesto que la industrialización de *toda* la actividad humana en su conjunto (producción, potencia de transportes, telecomunicación, velocidad...) permitió en esa época iniciar la distribución masiva y casi total entre la población occidental de una enorme cantidad y variedad de productos médico-industriales (medicamentos y vacunas) que nunca antes habían sido aplicados en toda la historia biológica del ser humano. Repetimos, nunca antes estos productos de nueva creación y diseño industrial habían entrado en contacto con los individuos de la especie *Homo sapiens* de una forma tan masiva.

De modo que hay que tener en cuenta, para poder analizar y conocer la realidad del estado actual de los humanos de la "sociedad del bienestar", que esa reciente y novedosa incorporación masiva afecta, desde los años 60, a la casi totalidad de la población de Occidente. Hay que tener en cuenta también que todas estas sustancias de origen industrial, extrañas a nuestra biología hasta el momento de ser incorporadas de

forma masiva sobre la población, por el hecho de ser nuevas y desconocidas tienen necesariamente un carácter experimental, y por ser todas ellas tóxicas tienen todas potencial iatrogénico; es decir, por ser nuevas y desconocidas hasta el momento de ser "in-corporadas", no era posible saber nada *a priori* o por anticipado sobre sus efectos sobre el organismo, puesto que en todas las experiencias novedosas, lógicamente, solo se tiene acceso al resultado bueno, malo o regular *a posteriori* o con posterioridad, es decir, cuando se hayan podido constatar y analizar los efectos producidos; y en efecto, esa comprobación de los efectos se ha podido constatar unas décadas después de haber iniciado la distribución y el consumo masivo entre los primeros ejemplares humanos que se sometieron a la nueva experiencia de incorporar esos productos industriales de carácter experimental; y podemos decir que no ha sido lo satisfactoria que se esperaba en un principio.

Para analizar bien cuáles han sido los resultados de ese proceso experimental al que se sometió nuestra sociedad desde los años 50 y 60 del siglo pasado, pedimos la atención del lector para poder explicarle cuáles son las posibilidades de cualquier experimento humano[11]: se producen básicamente dos tipos de efectos y de resultados, a saber: **los efectos inmediatos o a corto plazo**, que son aquellos que se producen inmediatamente o en los días que siguen al momento inicial del experimento, es decir, en el momento inmediatamente posterior a tomar o inyectar la medicación, y por otra parte están **los efectos retardados, tardíos o a largo plazo**, que son aquellos que se producen meses, años o incluso décadas después de la administración del medicamento.

Pues bien, los efectos que más nos interesan en nuestro análisis sobre la presencia y naturaleza de la iatrogenia general que sufre nuestra sociedad moderna son precisamente los

efectos a largo plazo, puesto que, además de afectar a los propios individuos que han consumido los productos experimentales, pueden afectar también a sus hijos años más tarde, como así ha sido. De hecho, en la descripción de las enfermedades raras y sus causas que vamos a presentar al lector, analizaremos y describiremos los efectos iatrogénicos de esas medicaciones industriales de carácter experimental que después de unas décadas han incidido sobre la calidad genética, porque estas nuevas enfermedades raras, y podríamos sin duda añadir terribles, resulta que se están presentando exclusivamente en los descendientes de esos primeros humanos cobaya que se sometieron a este gran experimento de la medicina industrial en los años 60, 70, 80 y 90. Podemos, pues, constatar que los efectos secundarios a largo plazo de muchas sustancias experimentales que se consumieron masivamente se han presentado décadas después, es decir, se han comportado como si fuesen bombas con espoleta retardada.

Por desgracia, esos efectos secundarios han sido constatados *a posteriori* y cuando ya no hay remedio para la población que ha actuado de grupo cobaya; están siendo puestos en evidencia por la aparición en los últimos 30 años de las diversas pandemias de enfermedades raras, la castración química de las parejas jóvenes y las enfermedades autoinmunes que se están cebando sobre la población joven y descendiente de los primeros ciudadanos cobaya de la “sociedad del bienestar”. Aunque la prensa apenas habla de esta terrible realidad, resulta muy evidente para todo aquel que se pare a analizarlo que estas enfermedades nuevas muy probablemente son los efectos a largo plazo de aquel gran experimento que inició la medicina industrial en los años 50 y 60 del siglo pasado. En resumen, los ciudadanos que se dejaron inocular toda aquella gran cantidad de novedosa medicación industrial de carácter experimental han sido y son una población

cobaya; todos ellos sin excepción han sido y son consumidores de una enorme cantidad de productos que, por ser nuevos, tienen necesariamente un carácter experimental, y por ser tóxicos en su gran mayoría les están produciendo unos efectos secundarios que están dando origen a la situación de iatrogenia más grande de la historia de la medicina. La intoxicación general es tan grave que, si no se corrige pronto, causará sin ninguna duda la extinción por aniquilación iatrogénica de la actual población de la “sociedad del bienestar” en un margen de pocas décadas.

CAPÍTULO 3.
LA FALSA TEORÍA DE LA INFECCIÓN

EL MIEDO A LOS MICROBIOS Y EL COMIENZO DE LA IATROGÉNESIS MASIVA

Aunque hemos explicado al lector que la situación general de iatrogenia total y definitiva de la población occidental de humanos cobaya se llevó a cabo a partir de los años 50 del siglo pasado, es bueno saber que ese fenómeno de iatrogénesis empezó a iniciarse como una práctica médica, inédita hasta entonces, a finales del siglo XIX y principios del XX. Al mismo tiempo en que se iniciaba esta medicina moderna, la Revolución Industrial empezaba a tomar dimensiones importantes y fue la época de los grandes inventos y descubrimientos científicos, cuando la ciencia positivista y la tecnología empezaban a seducir el pensamiento y la vida humana en su totalidad. Fue el tiempo en que toda la actividad de la población occidental empezó a dejar de ser artesana y se fue transformando en una actividad industrial en todas sus facetas y campos de acción.

De entre los grandes inventos tecnológicos, hubo uno que de manera indirecta dio origen a una nueva teoría médica desconocida hasta la fecha y que cambiaría para siempre el concepto de enfermedad: el microscopio. Este artefacto mostró por primera vez en la historia a los biólogos y médicos de la época que existía todo un mundo invisible de criaturas vivas que había pasado desapercibido a todos sus predecesores. A esas criaturas vivientes desconocidas hasta entonces se les dio el nombre genérico de **microbios** y ese hallazgo, curiosamente,

dividió a la clase científica en dos bandos o grupos de opinión sobre la misma realidad.

El primer grupo, el más numeroso en esa época, lo formaban los científicos que pensaron, con la lógica más elemental, que si esos microbios estaban en el cuerpo humano y lo habitaban, debían de estar ahí desde siempre y, desde luego, desde antes de que el microscopio los hubiese hecho visibles; y si eso era así, debían ser inofensivos, puesto que nunca los habían tenido en cuenta ni para explicar las causas y la evolución de las enfermedades y ni mucho menos para curarlas; y si llevaban miles de años entendiendo y curando las enfermedades sin tener en cuenta la existencia microscópica de esas criaturas era porque, quizá, esos microbios recién descubiertos eran **connaturales**[12] a la fisiología humana y cumplían algún tipo de función biológica desconocida hasta la fecha pero que sin duda se descubriría en el futuro contando con más tiempo y experiencia para observarlos.

El segundo grupo de científicos, encabezados y dirigidos no por un médico sino por un industrial en química llamado Louis Pasteur, afirmaba que esos microbios encontrados en el cuerpo humano eran, con toda seguridad, ajenos o alienígenas a la fisiología humana y, además, debían ser agresivos por necesidad y, por tanto, causantes de enfermedades.

Hay que advertir al lector que en esos primeros tiempos ninguno de los dos grupos de científicos tenía, ni podía tener, experiencia previa sobre las novedosas criaturas y, como consecuencia de esa circunstancia, todo lo que podían afirmar unos y otros no podían ser más que hipótesis que deberían ser comprobadas en el futuro contando con más observación y experiencia. Por tanto, esperar a tener más experiencia sobre los nuevos invitados para emitir teorías con cierto grado de veracidad hubiera sido el proceder normal y de acuerdo con la

ciencia y, podríamos decir también, de acuerdo con el sentido común… Pero no ocurrió así. Desde el principio, el segundo grupo de médicos e industriales presentaron a los microbios como entes *alienígenas*, extraños al cuerpo humano[13], enemigos y productores de enfermedades; al igual que los científicos del primer grupo, no tenían ninguna experiencia sobre los recién descubiertos microbios, no obstante empezaron a ganar terreno dentro de la clase médica europea. Incluso, como vamos a explicar al lector, aunque en esa época los médicos que afirmaban que los microbios debían ser inofensivos eran la inmensa mayoría, resultó que los que afirmaban que eran agresivos acabaron imponiendo su opinión y crearon una nueva teoría médica desconocida e inédita hasta la fecha: **la teoría de la infección**.

Esta nueva teoría afirmaba que antiguas y conocidas enfermedades como las cistitis, las anginas o difteria, las bronquitis, las sinusitis, las gastroenteritis, etc. no eran el resultado de alteraciones y desequilibrio de los humores orgánicos, ni eran producidas por agresiones climáticas como el frío o la humedad, como habían creído los médicos hasta la fecha, sino que en realidad las causaban esos nuevos microbios que recién había hecho visibles el microscopio. Y con esta afirmación totalmente prematura, y con la imposición igualmente prematura de esta hipótesis sin confirmar, nació una nueva teoría médica: la teoría de la infección, que resultó ser una novedosa y revolucionaria manera de entender la naturaleza de la enfermedad. Una manera desconocida hasta la fecha y que, como vamos a explicar, daría lugar también a una nueva medicina, la medicina industrial, y además dio nacimiento a un nuevo tipo de enfermedades desconocidas hasta entonces: las enfermedades infecciosas.

Esta novedosa teoría médica que culpabilizaba a nuestros microbios de nuestras antiguas enfermedades se implantó a toda prisa sin saber todavía casi nada de la propia biología de estas recién descubiertas criaturas microscópicas, sin disponer de la suficiente observación y con una tecnología y unos microscopios primitivos que fueron superados décadas más tarde. Por tanto, esta nueva teoría de la infección se introdujo apresuradamente, sin ninguna experiencia sobre los microbios, en contra de la opinión de la mayoría de los médicos de la época y sin datos suficientes en la realidad médica del siglo XIX, y a pesar de todos estos elementos en contra se impuso a lo largo del siglo XX y sigue en vigor en la actualidad del siglo XXI... Pero entonces cabe preguntarse: ¿cómo pudo imponerse esa nueva teoría de la infección? ¿Por qué logró imponerse a la opinión mayoritaria de los médicos y biólogos de la época? La respuesta a estas preguntas es de lo más prosaica y elemental para la sociedad actual: la novedosa teoría de la infección se impuso no porque sea verídica o real, puesto que es falsa, sino porque, como vamos a explicar, fue una teoría científica muy simpática para la industria y el dinero y, desde luego, podemos decir que se implantó porque ha resultado ser un formidable negocio muy rentable hasta el día de hoy. De hecho, podríamos afirmar que la idea de que nuestros microbios eran agresivos y había que defenderse de ellos fue el origen de la medicina industrial, o incluso nos expresaríamos más claramente diciendo que el invento de la teoría de la infección ha sido el origen y principal motor de la gigantesca y próspera industria médica y farmacéutica.

En este ensayo nos vamos a detener en analizar algunos aspectos de esta falsa teoría de la infección, porque ha sido y sigue siendo un fraude formidable que se mantiene en el tiempo a pesar de su falsedad, imponiendo a los ciudadanos la

necesidad falsa de medicarse, con medicación tóxica, contra nuestros microbios desde los primeros momentos de nuestra vida hasta el día de nuestra muerte, y por tanto es la causa más importante, con diferencia, del consumo masivo de medicación industrial por la población actual y por ello de la iatrogénesis generalizada que padece nuestra sociedad moderna. Y de paso ha sido también el principal motor para la creación y desarrollo de la *totipotente* industria farmacéutica.

Para comprender lo que acabamos de asegurar, hay que saber ver que la diferencia entre afirmar que nuestros microbios son inofensivos, como hacía el primer grupo de médicos, y afirmar que son agresivos y productores de enfermedades, como hacía el segundo grupo, en efecto es una diferencia enorme desde el punto de vista de la industria y los negocios; y estamos seguros de que el lector podrá apreciarla:

— **Si se afirma que son inofensivos**: no hay necesidad de combatirlos, no hay ninguna necesidad de producir ni de consumir productos para eliminarlos ni para protegernos de ellos (vacunas, antisépticos, antibióticos, desinfectantes…), no hay que utilizar productos reactivos para detectarlos… En definitiva, no se necesita fabricar nada ni consumir nada de nada. No hay posibilidad de hacer negocio ni producción industrial. Con esta visión de la naturaleza y de la función biológica real de nuestros microbios, que, repetimos, era mayoritaria entre los médicos del siglo XIX, no habría existido necesidad ni posibilidad de crear la industria farmacéutica.

— **Si se afirma que son agresivos y productores de enfermedades**: entonces resulta necesario, para protegerse de ellos, la producción industrial y el consumo masivo de productos que nos defiendan de su agresividad. Se crea la necesidad apremiante de producir nuevos productos industriales desconocidos hasta la fecha que sean capaces de combatir a

esos nuevos enemigos, y para eso ha hecho falta la creación y desarrollo de la potente industria farmacéutica.

Estamos seguros de que el lector comprenderá que esta teoría falsa de la infección ha sido un buen negocio para las multinacionales farmacéuticas, y de que también le resultará muy fácil comprender que, por haberse impuesto la opinión del segundo grupo de médicos e industriales, los ciudadanos de esta sociedad moderna e industrializada nos hemos medicado con productos industriales tóxicos durante toda nuestra vida, y que, además, seguimos consumiéndolos y dándoselos a nuestros hijos. Nos hemos intoxicado y les estamos intoxicando. Si se hubiese impuesto la opinión del primer grupo de médicos, no nos hubiésemos criado con la necesidad falsa de tener que consumir productos industriales tóxicos, y en consecuencia, no estaríamos intoxicados nosotros ni nuestros hijos.

El lector debe saber, y para eso hemos escrito este ensayo, que los que realmente tenían razón eran los médicos del primer grupo, es decir, aquellos que afirmaban que nuestros microbios eran inofensivos y que quizá cumplían funciones en nuestro organismo que en aquel momento se desconocían. Pero su opinión fue arrasada y vencida por la fuerza pujante del gran negocio y el gran poder económico y mediático del dinero y la industria, que han sido capaces de crear y mantener en el tiempo la teoría de la infección. La industria farmacéutica lleva ya más de cien años fabricando una serie de productos industriales contra los microbios que todos, absolutamente todos los ciudadanos de Occidente consumimos, y como consecuencia de ese consumo masivo y sin excepción, nos han convertido en una población de cobayas enfermos que, tras unas cuantas décadas, ha alcanzado unos niveles de contaminación críticos que amenazan de una manera ya bastante seria nuestra supervivencia personal y colectiva.

LA MICROBIOTA Y EL MICROBIOMA HUMANO

Ha pasado el tiempo desde aquellos días de mediados del siglo XIX en que se introdujo el hito histórico de las enfermedades infecciosas como una novedad en la historia de la medicina, y como la tecnología no ha dejado de avanzar, resulta que a lo largo del siglo XX mejoraron los microscopios y, a la vez, se fue adquiriendo más experiencia y conocimiento sobre ellos y sus funciones. Como consecuencia de todos estos avances, se ha visto claramente que aquel primer grupo de médicos que tenía la opinión de que nuestros microbios debían ser inofensivos, que no causaban ninguna enfermedad y que no necesitábamos consumir productos industriales para combatirlos... en realidad eran los que estaban en lo cierto y tenían la razón.

Aunque el lector se pueda sorprender mucho, esto que acabamos de afirmar sobre el carácter inofensivo de nuestros microbios es sabido desde hace décadas por médicos y biólogos que han estado interesados por la microbiología a pesar de que, extrañamente, no sea conocido por la mayoría de los médicos actuales en activo, ni por los estudiantes de medicina, ni por los ciudadanos convertidos en cobayas. Efectivamente, el lector puede comprobar a través de internet que la biología actual, con ventajas tecnológicas evidentes sobre la decimonónica y habiendo tenido mucho más tiempo de observación de la conducta biológica de nuestros microbios, ha descrito y definido unos nuevos conceptos en biología que eran desconocidos por aquellos pioneros y paranoicos naturalistas, biólogos e industriales de principios de siglo.

Uno de los nuevos conceptos es el de **ecosistema o hábitat natural**, que se definió en los años 50 como el espacio cósmico

donde habitan varias especies en armonía y manteniendo un equilibrio vital estable entre ellas. Estas especies que habitan un ecosistema colaboran entre sí realizando diversas funciones que se complementan unas con otras, dando a todo el sistema una existencia autónoma, armónica y estable. A esta colaboración complementaria entre las distintas especies de un ecosistema se le llama **simbiosis**.

La biología del siglo XX, sobre todo desde los años 50 en adelante, ha comprobado infinidad de veces y por tanto ha asimilado bien que todos los seres vivos pluricelulares, desde las medusas y pólipos, pasando por invertebrados, vertebrados y humanos, en realidad somos ecosistemas de múltiples especies microscópicas (algas, hongos, bacterias…) que viven en el interior de nuestros organismos en simbiosis armónica en estado de salud total y perfecta.

En 1958, el genetista y microbiólogo Dr. Joshua Lederberg[14] junto con su esposa la microbióloga Dra. Esther Miriam Zimmer estudiaron varios ecosistemas ubicados en distintos sistemas orgánicos del cuerpo humano y pudieron describir detalladamente el conjunto de gérmenes o microbios que viven en su interior. A ese conjunto de especies microscópicas lo bautizaron con el nombre de **microbiota** y al conjunto de sus genes le llamaron **microbioma humano**. Y el lector debe saber que este conjunto de gérmenes descrito por Lederberg y Zimmer, y antes y después de ellos por muchos otros microbiólogos, bautizado con el nombre de microbiota, incluye, sin exclusión alguna, a todos aquellos microbios que fueron identificados como agresivos y causantes de enfermedades como la difteria, la meningitis, la neumonía, el cólera, etc. por los primeros cazadores de microbios de principios del siglo XX.

Lo repetimos para que el lector se entere bien y no crea que está alucinando: en los años 50 y 60 del siglo pasado se supo de

manera objetiva e innegable que todos esos microbios que habían sido presentados como asesinos y como causantes de terribles epidemias, en realidad, no son enemigos sino amigos y socios nuestros y, además, viven en simbiosis armónica formando una comunidad de especies microscópicas a la que se le puede llamar, desde 1958, con el nombre de microbiota humana… ¿Qué tal? Toda esta información, aunque parezca increíble, es desconocida incluso por la mayoría de los médicos en activo y estudiantes de medicina, puesto que ha sido censurada y ocultada por el sistema de salud, como vamos a explicar en este ensayo.

Los escasos médicos y microbiólogos que durante el siglo XX fueron comprobando que nuestros microbios eran inofensivos lo pudieron conseguir debido a la mejor tecnología con la que contaron y que les proporcionó un mayor acceso a la observación de aquellos microbios que habían sido acusados de producir enfermedades; concretamente, contaban con muchos más aumentos en sus microscopios (incluso tenían el microscopio electrónico), con los tests y pruebas reactivas inmunológicas desconocidas a principios de siglo XX, con mejores materiales de siembra y cultivo… y resultaba que toda la información que obtenían sobre nuestros gérmenes no cesaba de evidenciarles la realidad innegable de que no eran enemigos peligrosos, como habían afirmado prematuramente los primeros “cazadores” de microbios, sino que formaban una extensa comunidad de seres simbiontes viviendo en armonía en el lugar exacto que les corresponde según su propia naturaleza, en su propio ecosistema…, que resulta y no es otro que el organismo humano[15]. Incluso vieron y comprobaron con total certeza que algunas de esas especies simbiontes no tienen otro hábitat que nuestro organismo y, por tanto, son endemismos nuestros; esto significa que solo pueden vivir en el interior del organismo

humano desde su nacimiento hasta su muerte y, además, está comprobado que esas especies endémicas, cuyo único hogar en el cosmos es nuestro organismo, son una herencia saludable que transmiten las madres humanas a sus hijos en el momento del parto. Todo eso se ha ido sabiendo a lo largo de todo el siglo pasado y se sabe ahora, y sin embargo estas especies endémicas habían sido (y todavía lo son) acusadas de causar enfermedades como la difteria, la meningitis, la gonorrea... Pero esta información, que estamos seguros sorprenderá al lector, demuestra claramente que todos los humanos, sanos y enfermos, poseemos todas esas especies microscópicas porque son elementos propios de nuestro propio patrimonio biológico, de la misma manera que los árboles, arbustos, mamíferos, peces y aves de una cordillera forman parte del patrimonio biológico de ese lugar.

Por tanto, ante la evidencia de la realidad de nuestra microbiota, vamos a explicar al lector a lo largo de este ensayo la falsedad de la teoría de la infección y le vamos a contar la verdadera historia de una industria que vio en los microbios una oportunidad de hacer negocio induciendo a los científicos a verlos y describirlos como una amenaza alienígena y hacerles la guerra. La industria médica y sus médicos industriales nunca quisieron, ni les interesó, tener en cuenta la opinión de los médicos que intuían la posibilidad de que, en realidad, eran una parte de nosotros mismos. Después del enfrentamiento que se mantuvo durante la primera mitad del siglo XX entre el primer y segundo grupo de médicos, finalmente se impuso la novedosa y falsa teoría de la infección de una manera dominante e indiscutible a partir de los años 50 del siglo pasado y, desde entonces, como resultado de esta guerra civil contra nosotros mismos, con el consumo de productos tóxicos no solo han resultado perjudicados nuestros gérmenes sino que también

hemos salido intoxicados la totalidad de la población de humanos de Occidente.

Por tanto, vamos a mostrarle al lector que la teoría de la infección ha sido y es la principal causa y motor de una iatrogenia generalizada que, después de más de 60 años, está llegando a un punto de no retorno que va a significar la aniquilación de la población de la “sociedad del bienestar”, esa población cobaya y confiada que cree estar en manos de la mejor medicina de la historia, es más, en manos de la única medicina.

CAPÍTULO 4.
UN DOCTOR NADIE ANTE UNA ALUCINACIÓN COLECTIVA

TERROR EN EL SENO DE LA “SOCIEDAD DEL BIENESTAR”

Hace casi cuarenta años hizo aparición en la escena pública una de esas nuevas enfermedades graves propias de la población cobaya como consecuencia de la iatrogenia general, conocida con el nombre de sida. El autor de este ensayo, que por entonces era un joven e ingenuo médico, se las tuvo que ver junto a los demás médicos de la época para afrontar la nueva amenaza que la prensa de todo el mundo afirmaba que se cernía sobre la población de la “sociedad del bienestar”.

En esos días estábamos todos, médicos y ciudadanos, asustados y sorprendidos ante la inesperada aparición, en pleno corazón del primer mundo, de una nueva y desconocida enfermedad que por entonces era catalogada de mortal y con carácter fulminante (según la prensa del momento mataba en un período de 4 a 6 meses a partir del contagio). La prensa médica oficial y todas las demás prensas del mundo mundial contaban que se trataba de un desconocido y sorprendente síndrome de inmunodeficiencia adquirida[16].

Ante semejante situación algunos se preguntaron: ¿cómo era posible que pasara eso en nuestra avanzada sociedad y a unas generaciones de individuos que habían recibido (por primera vez en la historia) todos los cuidados de la avanzada y moderna medicina? ¿Por qué afectaba a tanta gente joven? ¿Cuál era la causa de la deficiencia de los sistemas inmunitarios de una población que pertenecía, supuestamente, a una raza superior

de ciudadanos mejorados mediante las modernas vacunas y programas preventivos inéditos? Durante unos pocos años no hubo respuesta a estas inquietantes preguntas y todo lo que se comentaba en la prensa eran especulaciones de lo más variadas y pintorescas; pero he aquí que, a mediados de la década de los ochenta, la **comunidad científica internacional**[17] (a la que nos referiremos con las iniciales C.C.I. a partir de ahora) resolvió el misterio.

Resolvió el misterio e informó a la prensa y a la docencia de todo Occidente que la verdadera causa de ese extraño, repentino y masivo colapso general de unos sistemas inmunitarios que deberían ser más que simplemente normales o buenos (en virtud de que habían sido supuestamente "perfeccionados" por las campañas de vacunación y profilaxis llevadas a cabo desde unas décadas antes) era un nuevo y desconocido virus que con su ataque era capaz de inutilizarlos y dejarlos inservibles en un santiamén.

La mayoría de los médicos que estábamos en activo en esos tiempos aceptamos, con confianza, esa explicación oficial propuesta por la susodicha C.C.I., puesto que confiábamos en ella, era la explicación que se daba en todas las publicaciones científicas de prestigio, era lo que salía continuamente en todo tipo de prensa ya fuera escrita o televisiva, lo que se publicaba y enseñaba en las universidades y lo que se repetía sin cesar en todos los organismos y entidades oficiales del estado: escuelas, ejército, hospitales... Todo el mundo mundial quedó mucho más que bien informado de cuál era la "verdadera" causa de esa nueva enfermedad del sistema inmunitario, el sida. Nadie tuvo duda, ante tal cantidad de "información"[18], de que la única causa indiscutible de la nueva y terrible realidad era que había aparecido, no se sabía todavía de dónde, un nuevo virus capaz de echar por tierra todo el esfuerzo médico-industrial que se

había realizado sobre unas generaciones de humanos para mejorar, precisamente, ese sistema inmunitario. Ahora que supuestamente debería ser el mejor que hubiera tenido jamás el *Homo sapiens*, inesperadamente se había vuelto deficiente, torpe y obsoleto; ya no estaba cumpliendo con su función de mantener el equilibrio interno frente a las agresiones exteriores porque estaba siendo atacado y aniquilado por ese repentino, desconocido y puñetero virus que hacía caer en saco roto todos aquellos planes de prevención llevados a cabo con modernas vacunas y todo el formidable gasto invertido por la nueva y avanzada medicina industrial desde hacía 20 o 30 años.

La terrible y desconcertante noticia nos volvió a meter en el cuerpo a todos el ya casi olvidado **miedo a los microbios**, y además nos descorazonó porque estábamos acostumbrados a escuchar cómo la prensa anunciaba desde hacía años, con toda convicción, la supuesta mejora de la inmunidad lograda por las campañas masivas de vacunación iniciadas en los años 50 y 60. Todos los ciudadanos dábamos por verídicas las proclamas de la prensa anunciando que antiguas enfermedades como la rabia, la viruela o la polio habían sido erradicadas de la sociedad occidental; y al mismo tiempo la C.C.I. enseñaba a los aprendices de médico en las facultades de medicina una realidad “innegable” y totalmente asimilada como cierta que afirmaba, sin ningún género de dudas, que los ciudadanos de la nueva “sociedad del bienestar” vacunados y protegidos por la medicina industrial eran superiores en capacidad inmunitaria si los comparábamos con sus antepasados humanos (sin conservantes ni colorantes), a los que nunca antes se les habían inyectado productos industriales con el propósito y el fin de mejorar su sistema inmunitario.

La mayoría de ciudadanos, médicos y estudiantes estábamos totalmente convencidos de que nuestro mayor nivel de salud e

inmunidad era una “realidad incuestionable” y ganada a pulso, y nos sentíamos completamente seguros bajo esa protectora cúpula de tecnología médica de última generación con la que contábamos; pero de repente a principios de los años 80 saltó la alarma, desapareció la tranquilidad, volvieron los viejos fantasmas y el terror a la muerte se adueñó de la confiada e indolente población cobaya de Occidente. La prensa anunciaba que un nuevo y desconocido virus, el VIH, se había saltado esa supuesta campana de protección de la que disfrutaban las jóvenes generaciones de la “sociedad del bienestar”, burlando su sistema inmunitario supuestamente superior, y, como en los viejos tiempos, un “nuevo microbio” se disponía a atacar y aniquilarnos.

Reclamamos la atención del lector en este punto para que se dé cuenta de la siguiente circunstancia: para la C.C.I. y su prensa era muy importante que quedara bien claro y fuera de todo debate que el sida, aunque era una enfermedad propia del sistema inmunitario, con toda seguridad no tenía, ni podía tener, ninguna relación directa ni indirecta con la “manipulación” de ese mismo sistema inmunitario operada y provocada unos años antes por la introducción e incorporación masiva de vacunas y demás medicación industrial de carácter experimental sobre la misma población que ahora presentaba inmunodeficiencia. Cualquier relación de causalidad entre el hecho de manipular experimentalmente el sistema inmunitario con productos industriales y que este se estropeara no tenía posibilidad alguna de que se pudiera siquiera plantear, y por tanto la C.C.I. afirmaba en todos los medios que el sida se trataba de una nueva y desconocida infección totalmente inédita. Y, como en toda infección, existía la posibilidad de contagio, sobre el cual pronto informaron que tenía lugar por vía sanguínea, sexual y parenteral. En resumen, el lector debe apreciar que, si se

afirmaba y se convencía a los ciudadanos y a la clase médica de que el sida era una infección por un nuevo y desconocido virus, se descartaba que hubiese relación alguna con un mal resultado de la manipulación experimental realizada sobre el sistema inmunitario unos años antes.

Debido a las características morbosas del contagio y a la circunstancia de que algunos de los primeros afectados fueron míticos actores y gente famosa del espectáculo (Rock Hudson, Freddie Mercury...), la prensa de todo género (seria, amarilla, rosa, científica...) estuvo explotando el tema del sida durante más de una década; y con todo ese megaesfuerzo informativo que hacía negocio mediático del miedo, del terror y de la ansiedad de los ciudadanos que buscábamos información desesperadamente, al mismo tiempo y por el mismo precio, se iba creando y reforzando una auténtica "realidad" mediática a partir de la idea oficial (aunque falsa) de que una nueva infección causada por un nuevo virus amenazaba la vida de los ciudadanos.

El muy explotado recurso del miedo al microbio enemigo que aguarda el momento de atacar al humano civilizado fue hábilmente utilizado de nuevo por la prensa para hacer negocio y ganar audiencia, sin darse cuenta de que con su formidable poder demiúrgico, con sus numerosas tertulias llenas de "enteraos" y sus numerosos documentales y noticias, estaba dando "realidad" y "existencia" virtual o mediática a un virus que, en realidad, era y es un "artefacto" inventado y creado como excusa, que ni siquiera tenía, ni ha tenido ni tiene, existencia real.

UNOS POCOS MÉDICOS AL MARGEN DE LA ALUCINACIÓN

A pesar de esa falsa aunque abrumadora y constante "información" terrorífica que inundaba el aire de todos los ámbitos y que contribuía a crear "virtualmente" la realidad paranoica de que nos encontrábamos ante una epidemia infecciosa causada por un nuevo virus, en casi todos los países surgieron algunos médicos, muy pocos, que al enfrentarse a la nueva enfermedad y empezar a atender a los primeros enfermos se percataron claramente de que no se trataba de una infección sino de una intoxicación.

¿Cuál es la diferencia? La diferencia es grande desde todos los puntos de vista, pero los más importantes son los del tratamiento y la prevención, puesto que, si en realidad se trataba de una enfermedad tóxica y por tanto no era una enfermedad infecciosa, para empezar no podía existir el contagio entre personas, como se anunciaba oficialmente, ni por contacto sexual ni por ningún otro medio. A pesar de que se celebrasen juicios con condenas reales sobre personas que supuestamente habían contagiado a otras, a pesar de la cantidad de parejas y matrimonios que se rompieron por el hecho de que uno de ellos estuviera supuestamente contagiado, de las personas que salían continuamente en la prensa afirmando, en su alucinación y por intereses o motivos variadísimos, haber contagiado o haber sido contagiadas por otras, a pesar de toda la alucinación colectiva televisada y cinematografiada, llevada a las novelas y comentada en todas partes, a pesar de toda esta apabullante información distorsionada, exagerada y sensacionalista..., para esos pocos médicos disidentes que se enfrentaban a la nueva enfermedad, el sida no podía ser, ni es, ni lo ha sido nunca, una enfermedad infecciosa provocada por un virus, y por tanto no existía la posibilidad de contagio, como afirmaba la C.C.I. y pregonaba la prensa en todas partes y a todas horas.

Pero lo más importante, lo más grave y que preocupaba sobremanera a esos pocos médicos disidentes era la siguiente circunstancia: como no se trataba de una infección sino de una intoxicación y, por tanto, el diagnóstico era erróneo, como consecuencia lógica el tratamiento y la prevención que se estaban aplicando a los ciudadanos no estaban siendo los adecuados, siendo de consecuencias fatales, puesto que el producto que la C.C.I. había propuesto para matar al inexistente nuevo virus era extremadamente tóxico, e incluso podemos afirmar que directamente letal para los pacientes. Se trataba de una iatrogénesis mortal de necesidad, una intoxicación a la que no hubiese podido sobrevivir ni el mismísimo Superman: la C.C.I. había propuesto una medicación antiretroviral experimental, el **AZT-Retrovir**, cuyo efecto antimitótico impedía la reproducción de las células del organismo, lo que resultaba en una quimioterapia de carácter letal que hacía realidad el paradójico dicho popular de que "peor es el remedio que la enfermedad"[19].

El lector, con su sentido común y su simple lógica, y sin necesidad en absoluto de ser médico, se dará cuenta enseguida de las consecuencias que puede comportar que, en una situación de intoxicación donde ya hay un grado elevado de grave toxicidad, aumentemos por confusión en el diagnóstico todavía más la carga tóxica, ya que con ello no hacemos otra cosa que no sea agravar la situación. Esto es lógica elemental y evidente que cualquier persona puede entender.

Por estas razones el número de muertos se contaba por cientos de miles en todo el mundo, y por ello era capital para estos pocos médicos disidentes hacer saber al resto de la clase médica que la verdadera naturaleza de esa nueva enfermedad era tóxica y no infecciosa,[20] y con esta aclaración intentar detener la grave, incluso, sin duda, mortal iatrogénesis tóxica a

la que estaban siendo sometidos millones de ciudadanos identificados como seropositivos con el falso pretexto de que estaban siendo atacados por un nuevo virus que, en realidad, no existía ni ha existido nunca.

El autor de este ensayo fue uno de esos pocos médicos que se percataron de esa diferencia de naturaleza de la nueva enfermedad: con los casos de seropositivos que había atendido en su propia consulta y una simple toma de datos en cuatro hospitales de su entorno, vio claramente que aquello a lo que se enfrentaba no eran casos de infección sino que eran casos flagrantes de intoxicación[21]. Bastaba, para darse cuenta de que se trataba de casos de intoxicación grave, atender a la historia clínica y los antecedentes de los pacientes, puesto que todos eran grandes consumidores de drogas intravenosas (heroína, cocaína, popper…, con sus componentes de adulteración) o bien enfermos crónicos consumidores, durante años, de antibióticos, inmunosupresores, corticoides…, o se trataba de ambos casos a la vez, es decir, drogadictos y enfermos crónicos. No había, pues, gente sana en los primeros casos de neumonías por inmunodeficiencia en ningún hospital en donde el joven médico había recogido información.

Con la evidencia de esta realidad que él había comprobado en los primeros casos que atendió, y con la ingenuidad que caracteriza a la juventud, este médico corrió a comunicar a los académicos que habían sido sus maestros de medicina en la facultad el error de diagnóstico y, por consiguiente, el todavía más grave error de tratamiento que, desde su humilde opinión de médico de familia o de simple médico internista, se estaba cometiendo.

Ante los argumentos y datos objetivos presentados a sus maestros de la facultad, las únicas respuestas que recibió este

ingenuo médico fueron, en realidad, dos preguntas por parte de ellos; la primera era: **¿quién se cree que es usted?**

El médico de pueblo, tratando de responder a la pregunta, afirmó ser un simple médico de familia, un médico internista, que simplemente intentaba hacer bien su trabajo y que, en su hacer cotidiano, se había enfrentado con varios casos de pacientes diagnosticados de sida, había prestado atención y había realizado una pequeña investigación epidemiológica en los hospitales cercanos. Como consecuencia de ese simple proceso, había observado con relativa sencillez que no se trataba de una infección sino de una intoxicación, y ante semejante situación simplemente había acudido a ellos para comunicárselo, con el único fin de cumplir con lo que creía que era su deber de simple médico y sin ninguna otra pretensión. Les dijo también que se extrañaba de que nadie se hubiese dado cuenta, puesto que era muy evidente que no se trataba de una infección sino de una intoxicación; y que, ante la ausencia de reacción oficial, pensó que era su deber advertir del error que se estaba cometiendo, puesto que era de mucha importancia la diferencia de tratamiento entre una enfermedad tóxica y una enfermedad infectocontagiosa. Le parecía de suma importancia que se tuvieran en cuenta esos datos epidemiológicos que él aportaba y que podían ser comprobados con facilidad y rapidez por ellos mismos, a los que consideraba sus superiores inmediatos y les respetaba sinceramente dado que, unos pocos años antes, habían sido sus maestros en medicina moderna.

El joven médico de pueblo no tenía ninguna pretensión personal, estaba satisfecho con su trabajo de médico de familia y no tenía ninguna vocación académica ni quería competir con nadie, estaba bien como estaba y no les hubiese ido a “molestar” a la facultad si no lo hubiese considerado de suma importancia y gravedad, ya que oía las noticias de la gran cantidad de muertos

y, sobre todo, conocía el tratamiento iatrogénico y altamente tóxico que se les daba a los pacientes. Como ya hemos dicho, estaban siendo tratados erróneamente con productos antivirales, y todos los médicos, incluidos sus maestros y jueces de la facultad, admitían la realidad innegable de que esa medicación que se daba (el AZT-Retrovir) era altamente tóxica.

En vez de refutar los argumentos y datos que ese joven médico presentaba, respondieron con la segunda pregunta: ¿usted cree que puede venir del pueblo a enseñarnos a nosotros nuestro trabajo e, incluso, a contradecir a toda la comunidad científica internacional?

Después de estas dos preguntas de escasa naturaleza científica y sin ningún argumento técnico ni médico para rebatir lo que este médico presentaba, añadieron con mirada despectiva una afirmación categórica: **¡usted no es nadie!** Que es la forma española de negar dos veces. En realidad, lo que afirma esa expresión es que ese médico de pueblo era **nadie** y sus datos y sus explicaciones... eran nada.

Esos profesores de la facultad admitían el título de doctor de ese **Doctor Nadie**, ellos mismos se lo habían otorgado hacía unos pocos años, le llamaban así desde que se licenció en medicina y cirugía; tanto la universidad como el colegio de médicos y el propio Estado español le llamaban doctor, pero para ellos, sus maestros de la facultad, ese título que le habían dado era un paripé o una simple formalidad sin ningún valor que simplemente le capacitaba para recetar medicación industrial tóxica y para seguir los protocolos médicos iatrogénicos con total impunidad pero que, por supuesto, no le otorgaba ningún derecho a hacer observaciones y ni mucho menos a hacer críticas al protocolo y a los dogmas y definiciones de la C.C.I. ni a ellos mismos. En realidad, para sus antiguos maestros ese joven médico no era nadie, solo un médico de pueblo sin avales

académicos…, un doctor nadie. Y lo despidieron con desprecio, no sin antes advertirle seriamente que tuviera cuidado con lo que hacía y decía al respecto.

CAPÍTULO 5.
UN MÉDICO AL QUE NO SE LE PODÍA CREER

EL MENSAJE IMPOSIBLE DE UN DOCTOR NADIE

El médico de pueblo, ante la falta de argumentos científicos y racionales que le hubiesen debatido los suyos propios y ante la amenaza y la presión, decidió asumir su realidad de ser nadie y volvió a su casa con una sensación de gran frustración, decepcionado y con cierto cabreo. Sus antiguos maestros de facultad ni siquiera se habían molestado en mirar sus datos. Pero lo que más le impresionó fue descubrir en la cara de esos maestros suyos, a los que había admirado durante años, una mirada robotizada e indolente alejada del deseo de conocer la verdad científica, una actitud de autosatisfacción fría y distante de la gravísima tragedia de iatrogénesis y muerte masiva que acaecía sobre la población y, en definitiva, una carencia desoladora del deseo, propio de todo verdadero científico, de saber la verdad y de buscar la bondad; deseo que el joven médico daba por supuesto que ellos, sus maestros de medicina que le habían estado enseñando, poseían..., pero le demostraron que nada de eso era real. Se decepcionó al escuchar de sus bocas unas palabras vacías de sentido lógico y científico y aprendidas sin ningún criterio. Se dio cuenta de que ya era tarde cuando les fue a visitar; la alucinación colectiva que impregnaba el aire ya les había contagiado, ya no podían pensar. De repente se dio cuenta de que esos antiguos maestros suyos hacía años que ya no eran médicos sino que se habían convertido en otra cosa: eran especialistas y técnicos de sus respectivos sectores dentro del engranaje del sistema de salud, conocían bien el

protocolo que debían seguir y lo seguían a rajatabla sin hacerse preguntas; eso les permitía cobrar sus estupendos sueldos y tener la posición social que tenían. Comprendió que, estando aislados en sus parcelas de especialistas, nunca habían tenido contacto con el sida y no sabían ni podían saber nada sobre el tema en cuestión; por tanto, creían y sabían lo que todo el mundo creía y sabía por la prensa y no querían ni les interesaba saber nada más. No atendían a hechos y razones científicas, se sentían a gusto en sus parcelas de especialidad dentro de la medicina industrial, estaban a gusto y bien pagados, vivían sumidos en la aceptada e indolente confianza de que el engranaje del sistema sanitario al que pertenecían era insuperable y funcionaba como debía. Eran ciegos que conducían a otros ciegos hacia una muerte segura; es más, eran ciegos que no querían ver.

Poco tiempo después ese doctor nadie empezó a vislumbrar por primera vez la tremenda realidad que se le presentaba: él estaba seguro de saber la naturaleza real de esa nueva enfermedad; no le cabía duda posible puesto que había comprobado todos sus datos una y otra vez... y otra. Ya había asumido sin demasiado esfuerzo por su parte que era un doctor nadie, ya que nunca había pretendido ser más que lo que era: un médico de pueblo. Pero, aunque no fuese nadie y no quisiera discutir con quien no quiere saber y, desde luego, no tuviera la mínima intención de demostrar a nadie nada personal, él era médico, un doctor nadie, pero médico..., y aunque se quiso apartar del tema en cuestión y volver a su agradable rutina diaria de siempre, no podía dejar de oír en su interior la llamada ancestral de su antiguo oficio que no le dejaba tranquilo ante la realidad que estaba viviendo. Asistía con resignada dificultad al espantoso espectáculo de la gran matanza que acontecía a su alrededor, y no soportaba saber que esa matanza estaba siendo

ocasionada por una situación de iatrogénesis mortal que acontecía ante la insoportable indolencia médica de sus antiguos maestros.

Las noticias de cada día, las numerosas tertulias televisivas, las advertencias de los organismos oficiales, la enorme cantidad de comentarios sobre el sida en todas partes y la cantidad de muertos..., toda la distorsionada realidad que se veía obligado a vivir en el ambiente social de aquel tiempo era como una película de terror macabro, fantasmal e interminable, y no disponía de un interruptor que pusiese fin al espectáculo dantesco de tal realidad insoportable e imposible de digerir. El sentimiento de impotencia era completo y desolador al contemplar cómo estaba tomando “realidad”, cada día más, toda esa locura que estaba ocurriendo en su ciudad, en su país y en su mundo... ¿Por qué no conocía a ningún otro médico que viera lo que él veía?... Siendo tan evidente para él, ¿por qué sus superiores no mostraron ni el más mínimo interés? Esos mismos que le habían estado enseñando que la ciencia no tiene dogmas y que se basa en datos y comprobaciones, en hechos reales y objetivos, ¿por qué no habían atendido a otro científico que les presentaba hechos reales y datos objetivos que hubiesen sido comprobados con extrema facilidad y sencillez? ¿Qué estaba pasando? Y lo que más le turbaba de sus maestros era... ¿por qué le habían amenazado? ¿Por mostrarles unos datos y comprobaciones que desmentían lo que afirmaba la prensa a todas horas y en todas partes? ¿Qué intereses podían tener sino era el de curar a los enfermos? El joven médico era un perfecto ingenuo antes de descubrir las respuestas a estas preguntas, lo cual acontecería tiempo después. Y, curiosamente, no serían la ciencia ni la biología las que le iban a ofrecer esas respuestas que le harían comprender lo que de verdad estaba pasando.

Por otra parte, la prensa no dejaba de aterrorizar a la población y de esparcir la idea falsa de la presencia “real” de una nueva epidemia infecciosa. A todas horas y en todas partes se escuchaban noticias, documentales y tertulias sobre el sida. El joven médico, aunque lo procuraba, no podía escapar ni olvidar el tema; en todas partes se hablaba de contagio y de muertos famosos, en todas partes se escuchaba la amenaza de un apocalipsis de terror y muerte[22]; pero él no era nadie y no podía hacer nada, no le habían escuchado y no lo iban a hacer. Su alma de médico ardía de dolor, impotencia y rabia ante la alucinación colectiva de muerte que se vivía por todas partes. Lo que estaba experimentando era una pesadilla constante que nunca acababa, y que para colmo solo padecía él y no la podía contar a nadie sin que su interlocutor pensara que estaba loco o que, sencillamente, era un imbécil.

Sabía que si escribía y publicaba sus conclusiones nadie le creería, pero tenía que intentarlo, tenía que gritarlo al mundo, tenía que proponerlo a los estudiantes de medicina, tenía que llamar la atención de la prensa…, pero ¿cómo hacerlo? Recordaba las amenazas de sus superiores: le habían advertido en serio y sabía que tendría problemas si los desafiaba. En sus noches, se levantaba inquieto y a veces pensaba que tenía que escribir y publicar lo que sabía y a veces pensaba que no. Lo empezaba y lo dejaba. Sabía que su vida se iba a complicar si escribía lo que estaba pasando pero, al mismo tiempo, no podía olvidar que él era médico y que, si publicaba lo que sabía, quizá algún médico o estudiante o enfermo lo leyera y comprendiera, quizá alguien más lo viera, quizá alguien se librara de la macabra alucinación. Por otra parte, era muy improbable que un médico desconocido como él escribiese un ensayo en contra de la alucinación general y que alguien le escuchara. No sabía qué hacer; era como si un náufrago de una isla lejana enviara un

mensaje en una botella; sus posibilidades eran mínimas y lo más probable sería que el mensaje se perdiera en el océano. Pero su instinto se removía en su interior, su necesidad emocional o su deber de médico no dejaban de gritarle día y noche que debía hacer algo, que debía mandar una señal para que alguien escuchara..., y un día decidió escribir un libro y lanzarlo a modo de mensaje sin esperanza a ese océano de información distorsionada y tóxica.

El médico de pueblo tuvo que seguir soportando el espectáculo de ver morir por efecto de la medicación retroviral a muchos de sus pacientes, conocidos y amigos que ante el terror mediático se prestaban a hacerse los análisis y caían en la alucinación de muerte que invadía el aire. Ese joven doctor Nadie les quiso informar, les quiso zarandear y, a veces, incluso les gritó para que despertaran de la alucinación, para que vieran y comprendieran la realidad, para que no se dejaran matar..., pero todos tenían demasiado miedo y quizá quisieron creerle pero no podían porque la "información" oficial y de la prensa era apabullante, y además él no era nadie. No era un catedrático, ni profesor, ni un médico famoso y estaba solo; tanto, que cada día él mismo se preguntaba si lo que estaba viviendo era real o era una alucinación. Sin embargo, él no se sentía enajenado y fuera de la realidad, su relación con la gente era normal y nadie le decía que estuviera loco (si no tocaba el tema); para compensar sus dudas y su dolor, y para ayudarle a pensar que, a pesar de todo, muy probablemente tenía razón, algunos pocos pacientes suyos le creyeron, no tomaron la medicación tóxica y, aunque pasaban los meses y los años, se mantenían sanos, y finalmente sobrevivieron a la alucinación y lo pueden contar en la actualidad, más de 35 años después. Pero esos pocos pacientes que creyeron y entendieron su explicación fueron la rara excepción, puesto que la mayoría tomaron a ese doctor Nadie

como un loco excéntrico o un lunático que les hacía señales desde otra realidad incomprensible para ellos; un médico desautorizado, o un fantasmón que quería llamar la atención y hacerse famoso. Casi nadie de entre sus propios pacientes pudo creerle porque el miedo no se lo permitió. Como era el único que les decía tal cosa, pensaron que no podían estar todos equivocados excepto aquel doctor que, al fin y al cabo, no era nadie: solo un pobre médico de pueblo sin reconocimiento y sin fama. Por “sentido común” despreciaron sus explicaciones y sus llamadas a la reflexión lógica, y se trataron con el letal AZT-Retrovir. Y, como no podía ser de otra manera, todos ellos **sin excepción** murieron en unos pocos meses.

EJERCER LA MEDICINA FUERA DE LA LEY

El médico apócrifo siguió con dificultad el ejercicio de su oficio durante un tiempo, pero pronto fue consciente de que para ejercer su cometido, para actuar como médico siendo fiel a la realidad que conocía y que había comprobado, y teniendo consciencia de que no estaba loco, tenía que convencer a sus pacientes de que todo lo que anunciaba la C.C.I. y la prensa mundial a todas horas y en todas partes... era mentira. Tenía que quitarles de la cabeza la idea y la fuerte convicción de estar infectados por un virus mortal que les iba a matar sin remedio. El joven médico se tuvo que enfrentar a un fenómeno del que no le habían hablado sus maestros de la facultad: **el miedo iatrogénico** o el miedo que los médicos pueden introducir en la mente de sus pacientes, y su efecto letal. En alguna ocasión había leído algo sobre el poder psicológico del fenómeno vudú en África y lo había tomado como un exótico fenómeno poco probable, pero pronto descubriría que la sentencia de muerte

impuesta por la “ciencia médica” o por el médico sobre una persona que confía en esa ciencia y en ese médico se puede convertir en realidad. En la facultad de medicina nunca le habían enseñado nada sobre la realidad del efecto vudú, y quizá sus maestros en psicología no creían que existiera tal cosa; pero ahora que se enfrentaba al miedo comprobó su poder letal cuando se adueña de la mente humana, e iba a comprobar que luchar contra ese miedo y vencerlo era una ardua, difícil y muchas veces imposible tarea. En efecto, fue testigo de cómo el miedo iatrogénico introducido en la mente de los seropositivos era perfectamente capaz de producir la muerte de los pacientes. El joven e inexperto médico aprendió que la iatrogénesis no es solamente una cuestión química o de mala medicación sino que, además, existe la **iatrogenia psíquica** inducida o introducida “a traición” desde su posición de confianza por el propio médico, que, en este caso, actúa como si fuera un brujo africano que aplica el vudú.

El médico internista comprobó el efecto vudú del miedo cuando tuvo la experiencia de atender a muchos pacientes que en el momento de hacerse los análisis del sida estaban completamente sanos y sin síntomas, pero si el análisis les salía positivo[23] la vida les cambiaba de un momento para otro, el mundo se les venía abajo y entraban en un estado de paranoia asfixiante: la prensa diaria, el cine, la televisión, su médico, su madre, su novia..., todo el mundo les decía, les convencía y les recordaba, a todas horas y en todas partes, que tenían en su sangre un virus mortal que les iba a matar al menor resfriado, a la menor diarrea; la gente les temía y les marginaba, y ellos, ante la información oficial y mediática constante, estaban cada vez más convencidos, por efecto vudú o por efecto de la inducción psíquica, que es lo mismo, de que lo que tenían en su interior les iba a matar sin remedio. Y, por si eso fuera poco, muchos de

ellos además se entregaron a la medicación tóxica (el AZT) y murieron envenenados por la mezcla mortal de iatrogenia psíquica y química.

El médico de pueblo que, además, no era nadie, tenía que convencerles de que ese peligroso virus no existía, que no debían creerse que estaban condenados a morir por necesidad y que, en realidad, estaban sanos y lo único que debían hacer era cuidarse como todo el mundo y no creer en toda la información que les llegaba por todas partes y a todas horas. Tenía que intentar protegerles del efecto vudú con razonamientos lógicos. La tarea era verdaderamente difícil, e incluso imposible en la inmensa mayoría de casos. Además, debía convencerles también de lo tóxica y peligrosa que era la medicación oficial que les había prescrito el sistema oficial de salud y lo importante que era que la dejaran de tomar para poder conservar la salud y salvar la vida.

Con esta conducta médica rebelde ante la doctrina oficial y mediática que le exigía su conocimiento y su consciencia de saberse cuerdo, el médico disidente fue perfectamente consciente de que, por primera vez, ejercer su oficio con responsabilidad era enfrentarse a una "alucinación colectiva" y, además, era oponerse al tratamiento oficial en todo el mundo occidental. Lo que tenía el deber de decir y hacer era ir en contra del dogma indiscutible y oficialmente asumido que proponía la C.C.I. y, por si fuera poco, pronto se iba a enterar de que la ley le iba a tomar por un peligroso delincuente al que poder perseguir y castigar por oponerse a esa alucinación colectiva.

Supo que se estaba metiendo en la boca del lobo cuando empezó a recibir amenazas legales de familiares de pacientes que querían demandarle por inducirles a dejar el tratamiento tóxico oficial, y esto le hizo comprender que no solo se enfrentaba a sus superiores académicos sino a algo más grande:

empezó a darse cuenta de que en realidad se estaba enfrentando a un poder formidable que dominaba y dirigía **todo**, a **todos** los niveles, en **toda** la “sociedad del bienestar”. La universidad, la legislación, la prensa, los gobiernos… Todo el entramado social estaba bajo el poder de algo indefinido, algo así como una mente única, un alguien que tenía un carácter inequívocamente macabro, malvado y satánico que no podía definir con exactitud, pero era algo o alguien que había creado el fraude del sida y le interesaba mantenerlo. Ese *algo o alguien* estaba ejerciendo un efecto vudú sobre toda la sociedad moderna, provocando un fenómeno de iatrogénesis general en gran parte de la población.

La situación real que tenía delante este médico disidente era totalmente insoportable y abrumadora, y en algún momento pensó en abandonar y alejarse del tema, o en apuntarse a los Médicos sin Fronteras y desaparecer; cada día tenía más ganas de descansar de la pesadilla que estaba viviendo y alejarse. Quiso pensar que el tema del sida no era su responsabilidad y que nada podría hacer, pero ese genio interior que le había llevado a ser médico desde muy joven no le dejaba tranquilo; finalmente se decidió a ejercer su oficio costara lo que costara, y escribió sus experiencias y sus datos en un ensayo con la esperanza de que alguien comprendiera y, con ello, tuviera la posibilidad de librarse de la alucinación colectiva y de esa muerte tóxica que se extendía sin cesar por toda la sociedad.

Unos meses después de la publicación del libro[24], ese algo o alguien que manipulaba a toda la sociedad y había creado la alucinación colectiva fue a buscarle y llamó a su casa. El colegio de médicos decidió abrir al médico rebelde un expediente disciplinario en febrero del año 1994, y recibió una carta donde se le comunicaba que tenía que someterse a un tribunal interno que podría expulsarle del colegio de médicos, inhabilitarle

profesionalmente o denunciarle ante la ley por atentar contra la salud pública.

Este Doctor Nadie, que, además, estaba y se sentía absolutamente solo, era plenamente consciente de que, dado el estado hipnótico general de paranoia y ante la gravedad con que la prensa presentaba el sida, ningún colega, ninguna asociación, ningún organismo, ningún sector de la prensa le iba a creer, y mucho menos a defender. Se dio cuenta de que vivía en tierra hostil, de que estaba en el terreno del enemigo y nadie le iba a tener como uno de los suyos. Todo el mundo estaba convencido de la visión oficial, todos estaban bajo los efectos de la alucinación colectiva y a todos los que le conocían les parecía que ese doctor nadie estaba loco o era un excéntrico peligroso. El joven médico de pueblo se dio cuenta en pocos meses de que estaba perdido; era un forajido sin guarida para refugiarse y sin camaradas que le apoyasen. Se había enfrentado a la *única medicina* y por ello sus días estaban contados. Ese *algo o alguien* había ordenado a los guardianes del dogma oficial de la C.C.I. que acabaran con él, y el colegio de médicos, obediente al mandato de ese algo, se dispuso a cumplir la orden y a aplastarlo como a un bicho y con todas las de la ley. El médico disidente se sentía atrapado en una realidad horrorosa y sin solución posible, como si se hubiese convertido en un personaje de pesadilla propio de una novela imposible de Stephen King.

Pero la Providencia tuvo el detalle de ayudar a ese médico acorralado porque, dos semanas después de haber recibido la carta del colegio de médicos, salió en todas las televisiones de España una noticia inesperada que todos los locutores de todas las cadenas leyeron muy serios, con cara y actitud de evidente y expresivo asombro[25]; la extraña e inesperada noticia era que el premio Nobel de Bioquímica del año anterior (1993), Dr. Kary Mullis, afirmaba con toda claridad ante la prensa, en un

congreso de biología molecular celebrado en Toledo, **lo mismo** que aquel insignificante doctor nadie al que iban a borrar del mapa para siempre. Su afirmación era clara y sin equívocos: el Dr. Mullis declaraba ante los medios que el sida no era, ni podía ser, una enfermedad infecciosa causada por el famoso virus VIH. Esa noticia y el revuelo momentáneo que causó entre los médicos y biólogos que la oyeron paralizó de momento a los jueces del colegio de médicos, puesto que Kary Mullis[26] era un Nobel en biología molecular y, como tal, él sí era alguien, y además de los grandes dentro de la propia C.C.I. Esta circunstancia quizá llamó a la prudencia a los inquisidores que querían aniquilar a ese médico de pueblo insignificante y molesto, y gracias a esa actitud de prudencia ante la extraña y providencial noticia que había salido en todos los telediarios decidieron esperar novedades al respecto, puesto que ellos, en realidad, no sabían nada del sida ni del famoso virus VIH. Los jueces del colegio de médicos eran *especialistas* en sus respectivos campos y no sabían, ni podían saber, si el sida era una infección o una intoxicación. En realidad no sabían ni podían saber nada de nada; su información sobre el tema, como ya hemos dicho, era solo mediática, como la de cualquier ciudadano, y ante tan inesperada noticia no sabían a qué atenerse. Pensaron que era mejor esperar a ver cómo acababa la cosa y pospusieron el tema.

El joven médico disidente, muy consciente ya de que vivía en tierra hostil y de su precaria situación legal y profesional, aprovechó esa indecisión y desapareció del mapa, él mismo, durante varios años. Se despidió por carta de sus pacientes, cerró su consulta médica y dejó de pagar cuotas al colegio de médicos, cortó toda comunicación y desapareció de la circulación durante años. Pensó en ausentarse hasta que las aguas se calmaran, puesto que se había visto verdaderamente

apurado y empezaba a tener una constante sensación de asfixia por la presión académica y legal, y sobre todo por la insoportable vivencia emocional que se veía abocado a aguantar.

Una vez fuera del sistema y "liberado" de toda esa experiencia surrealista y macabra vivida en pocos años, el ingenuo médico de pueblo, que, a pesar de todo, había podido conservar bastante intacta su cordura, inició una recapitulación de todo aquello que había pasado, de todo lo que le había sorprendido, de todo lo que le había decepcionado. Aunque se percató de que también era mucho todo lo que había aprendido de manera dolorosa. Sí, el dolor había sido fuerte y constante, pero el aprendizaje que había adquirido iba a ser muy importante para su madurez como médico. Había observado fenómenos sociales y personales que nunca creyó que fueran posibles: había conocido de primera mano el efecto vudú que posee el miedo iatrogénico sobre los enfermos, y ahora sabía que la iatrogenia creada por el miedo era capaz de matar. Había visto cómo o de qué manera la propia prensa era capaz de producir una "realidad" fantasma o una alucinación colectiva, simplemente con el formidable poder hipnótico de las imágenes y los comentarios repetidos de los medios de comunicación. Había comprobado que eso que se llama C.C.I. no es un grupo de ancianos venerables e insobornables a quienes les interesa el conocimiento científico, la bondad y la salud de los ciudadanos, sino que eran un conjunto de intereses económicos con capacidad para convertirse en los creadores o los guionistas de unas alucinaciones colectivas "reales" y de carácter satánico, aunque con posibilidad de ser muy rentables para la industria médica. Esa C.C.I. estaba al servicio de las multinacionales farmacéuticas, y para hacer negocio era capaz de imaginar y de crear cualquier realidad paranoica sin necesidad alguna de que fuera real, puesto que la prensa cómplice era perfectamente

capaz de proporcionarle verdadera “existencia” y hacerla o convertirla en verdadera “realidad” con toda la facilidad del mundo. Pero lo que le espantó fue empezar a vislumbrar que toda esa alucinación de terror, intoxicación y muerte colectiva obedecía a un plan monstruoso que había diseñado una entidad extraña y desconocida que estaba por encima de esa C.C.I. y que la dirigía.

El médico de pueblo intuía que había un algo o alguien que, de manera solapada y secreta, era quien en realidad mandaba, con mano de hierro, sobre todos los estamentos, estructuras y organismos oficiales de esta sociedad moderna: la industria, la prensa, la C.C.I., la docencia, los gobiernos, la legislación... Intuyó la existencia de un elemento desconocido y misterioso, como una “entidad” difusa y confusa que estaba empeñada en propagar la mentira y el veneno entre la población de Occidente. No sabía, no podía imaginar y no se podía explicar qué cosa era ese algo o alguien, pero había notado su presencia y su poder de manipularlo todo en esta “sociedad del bienestar”. Incluso había notado el aliento de ese algo en su propio cuello, y también que había estado a punto de asfixiarle. El joven médico no sabía qué o quién era en concreto... pero estaba a punto de saberlo.

CAPÍTULO 6.
LA SOCIEDAD DE LA BESTIA

UN AMABLE Y LUMINOSO MENSAJERO EN MITAD DEL CAMINO

Durante los años sabáticos que este médico disidente y rebelde se vio obligado a vivir con la finalidad de desaparecer del mapa, como no hay mal que por bien no venga, tuvo tiempo de viajar, estudiar y cambiar de aires. Durante todo ese tiempo no dejó de aprender y responderse a preguntas. Entre las respuestas que encontró, una de las más importantes fue la de saber con certeza qué era *ese algo o alguien*, esa entidad o poder capaz de manipular la realidad, capaz de regir o dirigir con autoridad indiscutible todos los estamentos de nuestra sociedad, crear alucinación colectiva, mentir a toda una sociedad e, incluso, conducir a toda esa sociedad hacia su aniquilación total. El conocimiento o descubrimiento de la existencia real de tal cosa o entidad no se la proporcionó la medicina ni la biología, sino que fue el resultado de unas curiosas y luminosas conversaciones con un personaje con el que se encontró "casualmente" mientras hacía el Camino de Santiago.

El personaje en cuestión fue un viejo sacerdote católico con el que se tropezó en la ciudad castellana de Burgos: el padre Ignacio. Ocurrió que el joven médico rebelde en ese momento estaba en el papel de peregrino a Compostela, aunque hacía el camino con una intención o carácter deportivo y lúdico y sin ningún propósito religioso. El encuentro se produjo cuando el médico tuvo que hacer un receso de tres días en esa hermosa ciudad castellana debido a unas ampollas que le habían salido

en los pies por la caminata. Allí se encontró con el P. Ignacio, otro peregrino que, en su caso, sí lo era con pleno carácter devoto y religioso, y que se ofreció amablemente al médico lisiado para ponerle un ungüento a base de extracto de árnica, raíz de consuelda y aceite de hipérico que el propio sacerdote se había fabricado. El viejo y amable cura se ofreció a darle unos masajes con su ungüento artesano y calmante, además de ofrecerle una agradable conversación. Era mayor, de unos sesenta y muchos años, y según le contó al joven médico había dedicado su vida a su vocación sacerdotal y, como tarea secundaria, a dar clases de historia en un colegio de bachillerato. Al jubilarse de su tarea de profesor había decidido hacer su peregrinación a la ciudad del apóstol Santiago, y, en aquel momento de su encuentro con el médico en Burgos, el cura peregrino ya la había completado y se encontraba ya haciendo el camino de regreso a su tierra y a su vida cotidiana.

Al principio de la relación entre los dos peregrinos, el lisiado médico no tuvo ningún deseo ni intención de hablarle al cura de su situación personal, ni de su exilio laboral ni de su frustrante y desesperada realidad profesional. No quería hacerlo puesto que estaba cansado ya de que casi nadie creyera en su extraña historia y de que le tomaran por loco o por un excéntrico si contaba su visión sobre el asunto del sida. Estaba cansado de que le hiciesen muecas y comentarios de incredulidad y que, en el mejor de los casos, le expresaran su perplejidad o le acusaran de necio imprudente y, por todo eso, decidió guardar silencio en el rato en que el sacerdote le imponía el ungüento y trataba de darle conversación. Pero el viejo sacerdote poseía una gran intuición y, a pesar de que la conversación parecía concentrarse en el estado del tiempo o en la política del país, intuía o adivinaba que algo gordo estaba atormentando la mente y el

ánimo de aquel joven médico y, finalmente, se ofreció con amabilidad a ayudarle.

Al atardecer del segundo día después de su encuentro, el viejo cura dijo al médico:

— “Usted perdone, doctor, pero presiento que hay algo que perturba su mente y le preocupa sobremanera; hay una expresión en su rostro que delata que existe un grande y profundo dolor en su ánimo. Yo soy un viejo confesor y estoy acostumbrado a escuchar a la gente sin extrañarme de nada; quizá pudiera ayudarle y, si usted quiere, puede contarme qué es aquello que le preocupa”.

Hizo una pequeña pausa y continuó diciendo:

— “Aunque en su caso no se trate de una confesión formal, por mi larga experiencia sé que hablar en confianza de nuestras preocupaciones y problemas calma la mente y disipa la angustia, temporalmente al menos. Yo, quizá por deformación profesional, si a usted le parece bien estoy dispuesto a escucharle con atención”.

Ante estas palabras y ante la actitud inocente y amable del cura, el joven médico se dispuso a contarle su experiencia, aunque sin ninguna esperanza de que aquel improvisado y voluntario confesor le comprendiera lo más mínimo y mucho menos le creyera; pero pensó que al menos no le insultaría ni le recriminaría con demasiada dureza su extraña vivencia y su excentricidad. Por otra parte, hacía ya bastante tiempo que no hablaba del tema con nadie y, en efecto, su experiencia frustrante y cargada de historias tristes y numerosos casos de muerte de tanta gente joven a la que había conocido y tratado suponía y comportaba una gran sensación de pena y un inmenso dolor que le pesaban en su ánimo. Los últimos años estaban cargados de vivencias que le habían llenado de desconcierto, desesperanza y dolor, y pensó que quizá tenía

razón el cura al decirle que aquel estado mental se le veía en el semblante y afectaba a su expresión corporal. Decidió descargar su mente contando su historia a aquel peregrino al que no conocía de nada y que lo más probable fuera que nunca más volvería a encontrarse con él; y, por esas características, quizá fuera el tipo de confidente más idóneo para un caso como el suyo.

Contrariamente a lo que esperaba el médico, su interlocutor demostraba con su actitud escucharle con aparente interés y sin muecas expresivas que denotasen sorpresa e incredulidad, como así había ocurrido tantas veces con todos los interlocutores que le habían escuchado con anterioridad. Es más, cuando acabó de hablar el médico, su interlocutor le aseguró que no solo le creía sino que tenía una explicación que le haría comprender al médico la causa o motivo de todo lo que había vivido, pero que esas explicaciones se las daría el día siguiente, ya que la charla había sido larga e intensa, hacía rato que había anochecido y era tarde para un viejo cura como él, puesto que estaba acostumbrado a tener un rato de oración antes de retirarse.

Al día siguiente, a eso de las nueve horas, el cura ya había celebrado su misa y acudió al encuentro concertado el día anterior. El médico le estaba esperando e invitó al cura a desayunar y se fueron a un bar cercano al albergue de peregrinos. Allí, después de pedirse unas tostadas y un café con leche caliente, iniciaron una conversación con la que el cura intentó explicar a su joven interlocutor cuál era la verdadera causa de la alucinación colectiva con la que el médico se había enfrentado, y también le hablaría de otras alucinaciones y errores que el mundo actual y la ciencia estaban sufriendo:

— “Querido doctor, yo tengo una explicación a toda esa situación de confusión y engaño que está usted viviendo dentro

de su profesión, aunque tengo que advertirle que esa explicación no es de naturaleza científica o biológica sino que es una explicación histórica y, cómo decirlo, es también una explicación de un carácter moral y religioso, todo lo cual no es de extrañar, puesto que yo, como usted ya sabe, soy un profesor de historia y un sacerdote. No obstante, estoy seguro de que usted, aunque no sea religioso, podrá comprender parte del sentido que tiene esa explicación que le voy a dar, puesto que usted se ha topado directamente con una situación que le es difícil comprender, ya que esa extraña vivencia que ha experimentado no tiene una explicación de naturaleza científica. Usted acaba de tener un encuentro pero no se ha tropezado con una cosa concreta sino con una situación extraña que se caracteriza por un comportamiento anómalo, extraño y sin ningún sentido lógico de toda una sociedad o de todo un mundo. Eso sí, se trata de una sociedad o un mundo que es el suyo y no comprende por qué se comportan así tanto sus colegas médicos como la prensa y los ciudadanos en general. Usted no comprende esa situación que le ha tocado vivir pero, como usted mismo dice, se ha dado cuenta, o por lo menos tiene la intuición, de que esa situación es producida o provocada por un "algo" indeterminado; una fuerza inespecífica, irracional y desconocida que es capaz de manipular a todo ese mundo o esa sociedad y hacerla enloquecer sumiendo a todos dentro de una alucinación colectiva o de una mentira que está llevando a mucha gente joven al envenenamiento y a una muerte masiva... ¿No es así como me lo ha descrito?".

El médico asintió con un sentimiento de satisfacción y descanso, puesto que así se lo había transmitido el día anterior, después de una larga explicación que, en efecto, le produjo un saludable desahogo.

— “Pues bien, yo sé qué es ese “algo”, o puedo decir también, yo se quién es ese *alguien* que usted ha intuido, esa fuerza o esa entidad confusa, difusa e indeterminada capaz de confundir con la mentira a todo el mundo y crear una situación general de alucinación mortal en toda la sociedad... A ese algo yo le llamo ***la Bestia***, y es un “personaje” de naturaleza o esencia psíquica cuya aparición en el seno de la sociedad está predicha o profetizada hace cerca de 2.000 años por un autor cristiano, el apóstol san Juan, en su conocido libro del *Apocalipsis*”.

El cura, de repente, paró ahí su relato; dejó de hablar paralizado ante la expresión facial con evidentes signos de incredulidad que le presentaba el joven médico. A este se le había puesto un semblante de decepción y desagrado ante las primeras palabras del sacerdote y se recostó sobre el respaldo de su silla con un gesto de evidente escepticismo. El médico rebelde sintió que esta vez se habían cambiado las tornas y, al contrario de lo que solía pasar, era él mismo el que ante las palabras de su interlocutor se mostraba escéptico y, además, ponía cara de incredulidad y cierto hastío ante el relato que el viejo cura le estaba empezando a ofrecer. Quiso ser sincero con aquel cura que le había estado tratando con tanta amabilidad y le dijo:

— “Padre Ignacio, el problema es que yo no creo en la existencia real de personajes míticos, ni creo en la posibilidad de profecías, ni en los libros religiosos, ni en la existencia de ángeles ni de demonios”.

Esto fue lo que afirmó el médico con un sentimiento de decepción ante el inicio de la explicación del cura. Quiso aclararle al cura su escepticismo intelectual y su falta de fe religiosa puesto que, por entonces, el médico hacía tiempo que ya no era creyente religioso sino un perfecto y aséptico agnóstico sin llegar a ser ateo. En realidad, el médico se tenía a

sí mismo como un personaje racional y positivista, de mentalidad moderna y escéptico, y desde luego muy alejado de sus antiguas creencias religiosas, que, eso sí, había tenido y practicado en su infancia y en el seno de su familia hasta su llegada a la universidad, donde adquirió el pensamiento materialista y descreído que le había formado su mentalidad actual y su visión moderna de la realidad, que sin duda consideraba superior a la que le había ofrecido su antigua fe familiar. Desde el tiempo de sus estudios universitarios él se consideraba un científico racional, realista, moderno y totalmente liberado de todo rastro de pensamiento religioso, que, sin duda alguna, consideraba como necia superstición propia de mentes primitivas. El padre Ignacio, después de escuchar al médico escéptico, sonrió con una sonrisa afable y comprensiva, soltó un largo suspiro que denotaba un ejercicio de gran paciencia y comprensión, se relajó y con voz serena y amable le dijo:

— “No se preocupe, doctor; hace poco que nos conocemos y, sin embargo, es muy evidente para mí que usted no es creyente en Dios ni practica ninguna religión, aunque lo fue y lo hizo en su infancia y primera juventud; por tanto, voy a procurar no darle demasiados argumentos religiosos para explicarle lo que le voy a explicar. En realidad, los argumentos y los hechos que voy a utilizar en mi exposición intentaré que sean de carácter psicológico, sociológico, histórico e incluso, dentro de mis posibilidades, científico o antropológico. Doy por supuesto que usted no cree en personajes míticos ni en los demonios porque está acostumbrado a la imagen antropomórfica popular que todos tienen de ellos y quizá se los imagina con cuernos, con rabo y que huelen a azufre, como los que aparecen en el arte pictórico y en la tradición popular, y al nombrarle a la *Bestia* quizá se la ha imaginado como un dinosaurio con varias cabezas que

exhalan fuego por sus bocas. Ni yo mismo creo en esos seres tal y como usted se los imagina; los “personajes” a los que yo me refiero y, concretamente, este al que llamo *la Bestia* no manifiestan su existencia de una manera “corporal” o “física”, y desde luego no huelen a azufre; este personaje no es una entidad física, no es un ser concreto de carne y hueso sino que es de naturaleza psíquica. Su “cuerpo” no está formado de materia física, como el suyo o el mío, sino que está formado por un conglomerado de conceptos e ideas que dan forma y estructura a la manera peculiar de pensar de toda nuestra “civilización” actual. Su esencia está formada por una manera de ver la realidad que es común o predominante en nuestra sociedad occidental. La *Bestia*, podríamos decir también, es el “consciente colectivo” dominante en esta cultura moderna propia del primer mundo de la que nos sentimos tan orgullosos. Como entidad de naturaleza psíquica es una forma agnóstica o atea de “pensar y ver la realidad” de acuerdo a unos axiomas falsos, aunque totalmente aceptados por la mayoría de los ciudadanos actuales. Un tipo de pensamiento o de consciencia colectiva y consensuada que incita a la inmensa mayoría de ciudadanos de nuestro tiempo a creer en unas verdades que no son verdaderas y a tener una escala de valores invertidos y, en definitiva, una forma de vivir la vida propia de la cultura moderna o contemporánea que es esencialmente una forma tóxica y aniquiladora, tanto de las personas como de los animales y del propio paisaje. En esta forma de pensar propia de nuestra cultura actual, que podríamos llamar la “mentalidad de la *Bestia*”, la conducta valorada como buena por el ciudadano moderno está enmarcada dentro de unos márgenes que van desde lo legal a lo políticamente correcto, y todo ello sometido de manera indiscutible al poder del dinero o a lo económicamente más rentable y donde la vida humana no tiene

valor ni dignidad. Tal forma de pensar o “consciente colectivo”, tal “mentalidad” propia de la modernez y que domina la conducta humana a todos los niveles no es una entidad física, como usted puede entender, pero se puede decir que es una entidad de naturaleza psicológica y sociológica que habita en la mente de la mayoría de los miembros de nuestra sociedad moderna, sobre todo en la mente de los líderes políticos, culturales y económicos que dirigen el mundo. Pues bien, ese conglomerado de ideas y conceptos modernos que forman esa manera de pensar o ver la realidad, ese “consciente colectivo” o ese “consenso” mental inmoral, eso es la *Bestia*.

Espero que pueda entender, pues, que la *Bestia* no es como un monstruo de carne y hueso, sino una entidad real cuya cabeza es el dinero y cuya naturaleza está hecha a base de esas ideas consensuadas, de esos anhelos y motivaciones egoístas que nos hacen competir ferozmente a los unos con los otros, de esas filosofías materialistas, utilitaristas… que mueven un mundo que valora mucho más al dinero que al amor, y de esa escala de valores propios de la cultura dominante. La *Bestia*, por tanto, es esa “cultura moderna” que compartimos todos, que parasita nuestro pensamiento y dirige nuestra conducta tanto a nivel personal como colectivo y que, por todo ello, domina y dirige a la “sociedad del bienestar”, donde el dinero es el dios supremo.”[27]

El médico cambió de postura y de actitud cuando creyó empezar a comprender a qué se refería el cura al explicarle cuál era la verdadera naturaleza de la *Bestia*, y, para avisar a su interlocutor de que estaba empezando a comprender su explicación, dijo:

— “Padre Ignacio, lo que me está usted tratando de decir es que ese “personaje” es una entidad cuya realidad o existencia está formada por los pensamientos, convicciones, normas

sociales, ideas predominantes, intereses indiscutibles y visiones de la realidad que son mayoritarios en nuestra sociedad y que conforman y lideran nuestra cultura moderna. Según su descripción también podríamos decir que la *Bestia* habita nuestra mente y nuestro consciente colectivo, y desde ahí dirige nuestra política, conducta social y personal, y en general el sentido de nuestra vida en nuestra cultura y sociedad actual".

— "Lo ha entendido usted perfectamente, doctor; le felicito" –contestó el cura con una sonrisa de satisfacción.– "Y habrá comprobado que en toda la descripción y en toda la explicación no he utilizado casi ningún concepto ni palabra religiosa ni he apelado a la fe cristiana para explicarle la verdadera naturaleza de la *Bestia*".

El cura, viendo el cambio de actitud del médico y el cambio de semblante que se producía en su cara, prosiguió su explicación.

LA BESTIA EN LA HISTORIA

— "Permítame presentarle unos párrafos del libro del *Apocalipsis* donde se habla del "tiempo de la *Bestia*", para poder explicarle, como historiador, cuándo y cómo hizo su aparición en la historia de Europa esa *entidad psíquica* o manera de pensar a la que nos referimos con el nombre de la *Bestia*" –dijo el cura mientras daba un sorbo con el que pretendía finiquitar su taza de café y tomaba una postura cómoda y relajada, como para iniciar una larga explicación.

— "En el *Apocalipsis* de san Juan se dice claramente que esa *Bestia* estaría presa durante 1.000 años y que, transcurrido ese período, sería soltada para parasitar la mente de los hombres... Entonces, ¿qué período de la historia corresponde a esos mil

años durante los que la *Bestia* iba a estar encadenada y qué período corresponde al tiempo en que iba a estar suelta?

Como historiador que soy, en mi humilde opinión, yo identifico ese período de mil años en que la *Bestia* ha estado encadenada con el tiempo transcurrido entre el siglo IV, cuando el cristianismo fue instaurado como religión oficial en Occidente por el emperador Constantino, hasta el siglo XIV, cuando fue abolida la Orden del Temple. Es decir, para mí el período en que la *Bestia* estuvo presa y bajo control y, por tanto, sin poder ejercer su influencia y su dominio maléfico sobre la sociedad fue el tiempo de la Edad Media. Como usted quizá sabe, ese período de la Edad Media fue el tiempo en que Europa se llamó la Cristiandad, y no es por casualidad que ese tiempo medieval sea definido y descrito por los modernos intelectuales, profesores de universidad y periodistas, todos ellos adeptos a la doctrina de la *Bestia*, como una época de "obscurantismo" y de "barbarie" y como un período de ignorancia y superstición felizmente superado por la aparición de la "Ilustración". No es casualidad porque los historiadores modernos pertenecen a la cultura de la *Bestia* y, al fin y al cabo, siguen y son admiradores de su doctrina y sus postulados; hay que recordar que esta estaba bajo control y por tanto sin poder imponer su influencia durante la época medieval puesto que, como usted seguramente sabe, en aquel tiempo la moralidad religiosa propia del cristianismo, predicada y aconsejada por la Iglesia, regía la conducta personal y colectiva de los pueblos de la Cristiandad, o lo que es lo mismo, regía e inspiraba la cultura medieval en su totalidad. No hay que olvidar que en la Edad Media el poder social y político de los papas era enorme; los reyes y nobles que regían a los pueblos se sentían vasallos del poder espiritual de los papas, tenían un gran concepto de la moral cristiana y la legislación se inspiraba en las

enseñanzas y preceptos de las sagradas escrituras. Era casi una sociedad teocrática”.

El profesor de historia hizo una pequeña pausa para comprobar si el médico seguía su relato histórico, y además le hizo una pregunta:

— “Doctor, ¿le gusta o le interesa a usted la historia como curiosidad intelectual o como conocimiento cultural? ¿Lee usted algo de historia en sus ratos libres?”.

A lo que el médico contestó con ganas de explicarse:

— “No soy un profesor como usted pero puedo decir que soy un gran aficionado a ella; me encantan los libros y los documentales de historia. Además de mis estudios en el bachillerato, me ha interesado siempre y he tenido mucha curiosidad por la historia del mundo y, por ello, he leído bastantes libros e incluso puedo decirle que me encanta la novela histórica y, por esa afición personal, puedo seguir su explicación con facilidad y reconozco que en la Edad Media, en efecto, la doctrina cristiana regía toda la cultura y la conducta social de los pueblos de Europa y los reyes y nobles se sentían vasallos del papa, por lo menos hasta finales del siglo XIII, cuando empezaron a enfrentarse”.

El cura, tranquilizado y satisfecho con el comentario del médico, siguió argumentando y exponiendo su explicación histórica:

— “Bien, pues si es aficionado a la historia seguramente sabrá que en esa supuesta época “obscura” de la Edad Media, el dinero, esa cabeza principal de la *Bestia*, estaba bajo el férreo y riguroso control de la moralidad cristiana que practicaban todos los reyes y pueblos de Europa. Ese control sobre el dinero llegaba hasta tal punto que estaba totalmente prohibido por la Iglesia el cobro de intereses por aquellos que hacían préstamos, es decir, estaba prohibido el negocio bancario, y por tanto la

usura y la especulación en la que se basa la visión capitalista de la vida actual. Los negocios y las inversiones especulativas no existían o eran mínimos, por lo que no operaban ni regían la vida económica en la Edad Media. Por otra parte, los reyes y los nobles controlaban a los burgueses con impuestos y con el precio de los productos, y el poco dinero que existía (ya que no se podía especular con él) se utilizaba bajo el control de clérigos y nobles para construir catedrales, monasterios y castillos, o para hacer hospitales, que, por cierto, entonces eran gratuitos, lugares donde se atendía a pobres y a peregrinos. De esta manera, con el control de la producción y la distribución del dinero por parte de la Iglesia y el control que sobre él tenían los reyes cristianos de la Edad Media, se impidió totalmente el nacimiento, la creación y existencia del capitalismo, el mercado libre y la especulación de una manera total y efectiva durante 1.000 años. Es decir, durante la "obscura" Edad Media se tenía controlada la cabeza de la *Bestia*, o sea, estaba controlado el dinero, que es tanto como decir que la *Bestia* estaba encadenada. De hecho, el negocio de la banca se inició en el Renacimiento italiano, entre los siglos XIV y XV, con el nacimiento de las primeras repúblicas burguesas en Italia y Holanda, que lograron zafarse de la influencia de la Iglesia. Precisamente fue en ese tiempo cuando la Iglesia empezó a perder poder social y político, y su influencia sobre la sociedad empezó a ser reemplazada por el poder del dinero, que, poco a poco, se liberaría de las cadenas y le iría ganando terreno a la Iglesia hasta lograr vencerla unos siglos más tarde. Por cierto, doctor, en la Edad Media la medicina era ejercida por monjes y clérigos que atendían gratis a los enfermos y no hacían negocio, y desde luego no existían las empresas farmacéuticas, por lo que la medicina no era, ni tenía posibilidad de ser, un gran negocio ni una de las cabezas de la *Bestia* como lo es ahora. Con toda esta

legislación medieval inspirada en la moral y la doctrina de la Iglesia, como usted comprenderá, era bastante improbable que el dinero, la especulación y la industria, principales cabezas de la *Bestia*, tuviesen alguna posibilidad de dirigir el mundo como pasa ahora.

Ante este panorama histórico en que primaba la moral cristiana y estaba prohibida la cultura del dinero, se comprende que sea de lo más normal que ahora desde la cultura de la *Bestia*, donde sabemos que el dinero es el valor más importante y la máxima motivación para todo, donde el consumo de bienes, cosas y artefactos se considera cultura, progreso y civilización, donde la producción de basura es sinónimo de alto nivel de vida y donde la moral cristiana es tenida como un retraso mental... se piense en la Edad Media como una época de falta de libertad, de obscurantismo y de barbarie. Y es que, durante el tiempo en que Europa se llamó la Cristiandad, el dinero estaba atado con cadenas y la cultura del consumo no estaba presente y ni siquiera se conocía. Era una sociedad completamente distinta de la actual y con valores y principios totalmente diferentes... porque la *Bestia* estaba atada con cadenas en el fondo del abismo. La Edad Media, para las escasas personas como yo y con la misma escala de valores, es decir, para gente que apreciamos la pobreza en lo que vale, practicamos la austeridad y el desapego como virtudes muy queridas y valoradas y no trabajamos ni nos afanamos por dinero, era un tiempo de mucha más bondad y mucho más humano que esta época moderna. Comprenderá usted que los que no formamos parte de la cultura de la *Bestia* ni creemos en sus “valores” modernos no cataloguemos aquella época medieval como una época obscura y bárbara sino todo lo contrario: un tiempo luminoso de justicia, orden social y caridad cristiana donde no se permitía comerciar ni hacer negocio con las necesidades humanas. El

tiempo en que el dinero, cabeza principal de la *Bestia*, todavía estaba bajo control de la moralidad cristiana y por eso *ella* permanecía encadenada en los abismos, como relata el profeta San Juan".

El joven médico, que como había dicho tenía alguna noción de historia, escuchaba al cura con verdadero interés a medida que se extendía en la explicación, a sabiendas de que aquello que le explicaba sobre el control del dinero por parte de la Iglesia en la época medieval era verídico y conocido por él mismo, y por ello, aunque nunca había visto la historia desde ese punto de vista, le pareció coherente y con sentido lo que le contaba. En realidad el médico era de los que catalogaba a la Edad Media como una época obscura y de barbarie, pero tenía que admitir que lo que le contaba el cura historiador era innegable desde el punto de vista de la realidad histórica. El cura, viendo el cambio de actitud del joven, continuó con la explicación.

— "Al final de la Edad Media, los reyes europeos que habían estado aceptando la supremacía legislativa, moral y religiosa de la Iglesia se rebelaron contra la autoridad espiritual de los papas y tomaron el poder de los pueblos de Europa. Se levantaron en armas contra el poder religioso sometiéndolo a su propio y particular poder político y militar, y, una vez emancipados de la autoridad espiritual, decidieron servir al dinero antes que a Dios para agrandar y mantener su poderío militar y económico. Con esta usurpación del poder por parte de los reyes, se permitió desde entonces la actividad bancaria y el cobro de intereses. Reyes y nobles decidieron quitarle las cadenas y liberar a la principal cabeza de la *Bestia*".

"Los pueblos de Europa se emanciparon de la influencia de la Iglesia y olvidaron la doctrina cristiana, que enseña que no se puede servir a Dios y al dinero, y la nobleza, la burguesía y su

capital fueron tomando el poder y engordando cada vez más y más, aparecieron los préstamos y los intereses bancarios y con la creación del capitalismo se dio prioridad, máxima libertad y autoridad al poder económico, que sustituyó al poder espiritual. Finalmente, se le dio adoración al dinero. La *Bestia* había sido liberada por la rebelión de los primeros reyes europeos que se levantaron contra el poder de la Iglesia. Cuando los papas perdieron el poder social y el control sobre el dinero, los reyes se apoderaron de él imponiendo grandes impuestos a los burgueses que lo tenían y, como consecuencia, se hicieron ricos y con ello adquirieron gran poder; pero años más tarde, los burgueses y comerciantes se rebelaron contra los reyes y los guillotinaron en la Revolución Francesa o les quitaron el poder en posteriores revoluciones y reformas liberales, y, desde entonces y hasta el día de hoy, tanto nobles como burgueses como el pueblo llano, es decir, todo el mundo mundial, ante la elección entre Dios y el dinero no tienen la menor duda en la elección: ¡el dinero!”.

El joven médico se pidió otro café y recostó su espalda sobre la silla del bar en un gesto de relajación que acompañó con una mueca de asentimiento que dirigió al viejo cura para comunicarle que le estaba escuchando con atención y que estaba comprendiendo todo el relato sobre la lucha de poder entre la Iglesia y el dinero en la historia de Europa, y que en principio estaba de acuerdo en la explicación sobre la aparición de la *Bestia* en el pensamiento, en la cultura y en la mente de los modernos europeos. Vio claro que, en efecto, los cambios políticos que se produjeron al final de la Edad Media, en los tiempos del Renacimiento, fueron los responsables directos de la creación y la introducción de la cultura del capitalismo a la que después le siguió la economía de mercado de Adam Smith y la Revolución Industrial, que llevaron directamente a la supremacía

total y exclusiva del dinero por encima de cualquier otro poder, y a la cultura industrial de la producción y consumo de productos que desembocó en el capitalismo salvaje que rige el mundo actual bajo la autoridad indiscutible del dinero. Tras una pequeña pausa, el cura siguió con su explicación histórica:

— "Con esa *Bestia* recién liberada, después empezaron los mil años del dominio y poder soberano del dinero, que ya sabe usted que es la cabeza principal de la *Bestia*, la cual para ir tomando realidad o "encarnándose" en la mente colectiva se sirvió de una serie de hitos del pensamiento o nuevas ideologías que produjeron cambios sociales y culturales muy reconocidos por los historiadores modernos como épocas de "progreso", "adelanto" y "despertar" intelectual y social: el Renacimiento, la Ilustración, la Revolución Francesa, el liberalismo, el utilitarismo, el mercantilismo, las distintas revoluciones industriales, el socialismo, el positivismo científico..., que podríamos decir que forman el "cuerpo" de la *Bestia*. En ese cuerpo de la *Bestia* se fueron asentando lo que podríamos llamar las distintas "cabezas" de la *Bestia*, con las que domina y reina sobre esta "sociedad del bienestar"; la principal de todas ya le he dicho que es el dinero y hay otras como la industria, la ciencia y la medicina, la moda, el capitalismo, el comunismo, el consumismo, el erotismo, la educación moderna, etc.; con ellas la *Bestia* reina con dominio absoluto sobre esta sociedad moderna que no tiene ni practica ningún interés por la moralidad personal o social, la espiritualidad o la transcendencia del hombre, ha desterrado de la cultura humana el amor y la compasión por las criaturas y ha sustituido todos los valores tradicionales que se practicaron en la Edad Media por los valores de la *Bestia*: el dinero, la avaricia, la competencia desleal y el consumo; y, por eso, lo único que motiva e interesa es obtener el beneficio inmediato, aquí y ahora, por medio del dinero.

Conseguir y dominar el capital económico es lo único que se considera sensato y digno de interés desde que la *Bestia* se ha "encarnado" en la mente de los modernos ciudadanos y, por tanto, dirige toda la conducta personal y social en la "sociedad del bienestar".

El médico aprovechó la pausa que hizo el profesor de historia y, queriendo confesarle su opinión personal, dijo:

— "La verdad es que nunca había pensado en la historia de Europa desde ese punto de vista que usted me expone pero, en general, podría decirle que entiendo el sentido que tiene su exposición y podría decirle que estoy bastante de acuerdo con su curiosa interpretación de la historia, aunque tengo que confesarle que yo soy de esos que siempre han pensado en la Edad Media como en una época de obscurantismo y que para mí los tiempos modernos, con esas transformaciones y revoluciones sociales, esas filosofías modernas y adelantos tecnológicos propios de lo que se ha llamado civilización ilustrada y que usted identifica como el "cuerpo" y las "cabezas" de la *Bestia*, han supuesto un verdadero despertar con cambios sociales y culturales liberadores que nos han traído la civilización moderna y el "progreso", nos han sacado del "obscurantismo" medieval y han mejorado la vida de los europeos. Lo he creído y, a pesar de su explicación histórica y de la coherencia de su relato, lo sigo creyendo. Aunque reconozco que su exposición histórica me ha impresionado y me ha sorprendido, y puede estar seguro de que su punto de vista me ha resultado muy inquietante y desafía seriamente mis convicciones. Le tengo que admitir que, ciertamente, hay algo de evidente y de coherente en su relato histórico sobre el nacimiento y desarrollo metafórico de la *Bestia* al final de la Edad Media; hay algo de verdad en todo lo que me ha explicado sobre su naturaleza, su significado, su papel y su influencia en la historia de Europa.

Puede estar seguro de que todo lo que me ha contado sobre lo que para usted es la *Bestia* me va a hacer reflexionar bastante en el futuro" –admitió, algo a regañadientes, el médico moderno.

El cura, cuando escuchó el comentario del joven, sonrió y luego realizó un suspiro como expresando su paciencia y su comprensión y acto seguido, con amabilidad, respondió:

— "No me extraña su comentario en defensa y a favor de los tiempos modernos y del "progreso" y la "civilización" propios de la modernez, es decir, en defensa de lo que yo llamo o identifico como la cultura o la civilización de la *Bestia*. En realidad no me esperaba otra cosa; usted es una persona moderna que, como la mayoría, piensa en la Edad Media como un período obscuro, puesto que es un admirador de la *Bestia* y de su civilización "ilustrada", y seguramente no puede evitar serlo por ahora; pero me tranquiliza que me diga que reflexionará en lo que le he dicho. Si lo hace, es posible que dentro de algún tiempo deje de ser un admirador de la modernez o, lo que es lo mismo, un adepto a la doctrina de la *Bestia*".

El padre Ignacio dijo esto e hizo un ademán con las manos como para disculparse por lo que acababa de decir y, temiendo ofender a su interlocutor, añadió rápidamente:

— "Perdóneme, querido doctor, por haberme referido a usted como un adepto a la doctrina de la *Bestia* o, como yo la llamo, la modernez; lo he dicho por no faltar a la verdad y, desde luego, sin ánimo de ofender; pero usted mismo se ha identificado como hombre moderno y admirador del "progreso" y la "civilización" moderna, y me acaba de expresar su desdén por la Edad Media; y además me ha dicho que no es creyente religioso, aunque no niegue con rotundidad la existencia de Dios, que no sigue una moral religiosa sino una ética personal, que no piensa ni cree ser poseedor de un alma inmortal y, seguramente, tampoco cree en absoluto que Dios pueda juzgar su conducta después de su

muerte…, y podría seguir enumerando una gran cantidad de ideas tradicionales o medievales en las que usted no cree, y por supuesto está convencido de que esas creencias forman parte de la superstición de mentes un tanto primitivas y poco “civilizadas”, como la mía o la de sus padres y abuelos. Por otra parte y al contrario, podría enumerarle otra gran cantidad de ideas propias de la modernez en las que estoy convencido que sí cree, como por ejemplo: seguramente es usted evolucionista y se cree descendiente de los simios, cree ser un animal superior y más evolucionado que los demás animales, cree que sus antepasados desconocían el fuego y que desde ahí han ido evolucionando hasta la época actual, que manejan cohetes a la luna; acaba de afirmar, con cierta vehemencia, que cree que ese “progreso” humano y esa “civilización” tecnológica e industrial, propia de los tiempos modernos, ha sido positiva y beneficiosa para el hombre europeo, y que todas las neofilosofías modernas han “liberado” al hombre ilustrado del obscurantismo y la superstición medieval; y estoy seguro de que se cree muy afortunado, e incluso es posible que se crea superior a sus antepasados por el simple hecho de vivir en el seno de una cultura “avanzada” tecnológica e industrialmente. Su visión de la realidad, querido doctor, coincide con la de la mayoría de los demás ciudadanos modernos. Por eso es por lo que le he dicho que no me extraña su opinión, siendo además una persona que se define como agnóstica, que no practica ninguna religión ni cree en la transcendencia del alma humana. Por todo ello, querido y joven doctor, podemos afirmar que su admiración por la civilización de la *Bestia* tiene sentido y coherencia en su caso. Es más, pensando lo que piensa y creyendo en lo que cree, y por estar convencido de todo ello, tiene mucho sentido su opinión a favor de la modernez o civilización de la *Bestia*, y precisamente porque tiene sentido yo le presento mis respetos aunque,

naturalmente, yo no comparta esa admiración por esta civilización moderna. Su caso y su opinión no son de extrañar. Sin embargo, le voy a confesar la extrañeza y la desazón que me produce que mucha otra gente que se definen como creyentes en Dios, e incluso sacerdotes y obispos cristianos, compartan con usted esa admiración que a veces se acerca a la adoración por el "progreso y la civilización" modernas. En el caso de estos creyentes actuales a los que me refiero, no les tengo el mismo respeto que le tengo a usted, puesto que no veo ninguna coherencia ni ningún sentido lógico en que un creyente en Dios comparta a su vez, sin problemas de ninguna clase, su devoción y su admiración por la "modernez". Esa actitud ambivalente que practican muchos cristianos europeos modernos es como "encender una vela a Dios y otra al diablo". Para un viejo cura tradicional y medieval como yo, la contradicción de los creyentes que se consideran "modernos" sin ver ningún tipo de incompatibilidad entre ser cristianos y modernos a la vez, o lo que es lo mismo, en ser cristianos y adorar, o mejor dicho, idolatrar a algunas "cabezas" de la *Bestia*, como hace usted o cualquier otro ciudadano moderno, muestra un grado elevado de ignorancia y necedad. Esa conducta tan extendida entre la población cristiana actual es idolatría barata y es una muestra del despiste existencial de mis propios correligionarios que soporto con dolor y cierta dificultad personal".

El viejo cura hizo una pequeña pausa y lanzó un suspiro con cierto sabor a paciencia y resignación cristiana por el sentimiento de decepción que le producía esa admiración por el "progreso" por parte de sus correligionarios, los cristianos "modernizados". Después de esto continuó con su explicación:

POR SUS FRUTOS LOS CONOCERÉIS

— “De todas maneras, tengo que reconocer o entender que esa admiración generalizada por la “civilización moderna” y el “progreso tecnológico y social” que profesa la mayoría de ciudadanos, ya sean ateos, agnósticos o creyentes, se debe a la poderosa capacidad que tiene la *Bestia* de mimetizarse y esconder su maldad intrínseca y su verdadera naturaleza satánica, mostrando una falsa apariencia de bondad, de progreso, de liberación, de civilización y buenos augurios. La *Bestia*, desde su liberación al final de la Edad Media, no ha cesado de ofrecer nuevos y llamativos hitos científicos y tecnológicos, como las máquinas de vapor, el motor de explosión, la nueva química y física, la electricidad, los combustibles fósiles, la aviación, la Revolución Industrial…, y otros hitos de carácter social, como la igualdad, la democracia, los derechos humanos… Todas estas novedades intelectuales, sociales y tecnológicas fueron presentadas por la *Bestia* como grandes “adelantos” o como “regalos” para la humanidad. Usted mismo piensa que así es y está convencido de que, en efecto, todos estos hitos han mejorado la vida del hombre civilizado; lo acaba de afirmar con vehemencia. Sin embargo, todos esos acontecimientos, inventos y adelantos sociales, en realidad, son “lobos vestidos con piel de cordero”, como afirma la frase evangélica. La *Bestia* ha tenido la habilidad de presentarlos camuflados como corderos y por eso todo el mundo los tiene como tales; todo el mundo cree, incluso los cristianos, que han sido hitos beneficiosos para la humanidad, pero en realidad son verdaderos “lobos depredadores” que, una vez han adquirido el tamaño y la importancia a la que aspiraban en la actual “sociedad del bienestar”, van a acabar con dicha humanidad”.

— “Qué tremendo y exagerado que es usted, padre Ignacio” – comentó el médico con actitud escéptica y una sonrisa sarcástica

y burlona mientras apuraba el dulzor residual del fondo de la taza de su segundo café.

— “No me sorprende que usted me encuentre exagerado e incluso anticuado; ya le he confesado que para un hombre como yo la Edad Media fue un período envidiable y humanamente luminoso; ¿conoce a alguien que sea de la misma opinión? Seguro que no, pero si me sigue escuchando le demostraré que no soy tan exagerado y pesimista como le parece sino que, en realidad, soy un realista empedernido y sin remedio.

Hay otra frase evangélica que puede ayudarnos a descubrir a esos “lobos disfrazados de corderos”, que, como le estoy diciendo, son aquellos hitos revolucionarios que nos ofreció la *Bestia* y que forman el meollo o el “precioso” y apreciado contenido de la civilización moderna a la que usted y todos los demás admiran sin paliativos. La frase evangélica a la que me refiero y que nos servirá de clave en nuestro análisis es aquella en la que Jesús advierte que “por sus frutos los conoceréis”, puesto que esa sentencia o consejo es muy útil y esclarecedor para descubrir a los verdaderos lobos camuflados de bondad que campan y dominan en todos los ámbitos de la actual sociedad, es decir, los falsos “mitos indiscutibles” de la modernez.

Usted mismo, doctor, por lo que me ha contado sobre la historia del sida parece que está empezando a descubrir que esa medicina moderna a la que usted tenía o consideraba como la mejor de las medicinas posibles, y la catalogaba, hasta hace poco, como un adelanto de la civilización o una verdadera bendición para la humanidad, está empezando a ver, digo, que no es todo lo positiva que usted creía o pensaba. De hecho, usted me ha confesado el dolor y la decepción que en su experiencia personal con el sida le ha producido esa medicina moderna a la que usted tanto admira. En realidad, esta

experiencia que ha tenido usted le ha hecho descubrir la parte obscura y satánica de esa medicina y le está mostrando que, en realidad, la medicina en la que usted confiaba y que estudió con tanta confianza e interés, en lugar de curar y salvar vidas está causando miles de muertes como resultado de un diagnóstico equivocado y un tratamiento muy tóxico. Según usted mismo me ha contado, la aplicación de esa medicina está matando a todos aquellos que, confiando en que es un "cordero", se entregan a sus cuidados con entera confianza. Usted mismo me ha contado que todos los que aceptan el tratamiento oficial mueren sin remedio porque, en realidad, esa medicina oficial no es el "cordero" que parece ser sino un "lobo" en la práctica real..., una "cabeza" de la *Bestia* disfrazada de bondad y progreso.

El médico frunció el ceño y se removió en su asiento con una sensación de incomodidad, ante el impacto personal que le había producido lo que acababa de oír. El cura le había tocado donde más le dolía con su último comentario; sin embargo, esa sensación no pasó desapercibida para el viejo cura, que se apresuró a pedirle disculpas, diciendo:

— "Perdóneme la estocada, doctor, pero no hago más que recordar sus propias palabras, con las que ayer usted me contaba y afirmaba que la medicina moderna y la industria farmacéutica estaban "asesinando" con impunidad a miles de jóvenes que, como usted mismo hasta ahora, confiaban en la bondad y buena intención de esa medicina, de esa C.C.I. en la que usted creía y de esa industria médica a la que admiraba, y le pongo de manifiesto la terrible realidad de que, como le pasaba a usted antes del caso del sida, esos jóvenes creen estar en manos de la mejor medicina del mundo y de la historia pero, sin embargo, esa medicina les está matando de manera inmisericorde y cruel. Esos jóvenes, como le pasaba a usted antes, creen y confían en una prensa, en un gobierno y en un

sistema de salud que en vez de decirles la verdad les están engañando y conduciendo hacia una muerte segura. Confían en unos médicos que en vez de protegerles y curarles les engañan y les envenenan, les meten el miedo en el cuerpo y les entregan a unos intereses industriales que les matan; ¿no es toda esa situación que usted me ha confesado algo parecido a la metáfora de confundir a los lobos por corderos? Si usted reflexiona sobre lo que acaba de vivir, podrá ver que la adelantada y sofisticada medicina moderna es una verdadera “cabeza” de la *Bestia* camuflada de pomposidad pseudocientífica”.

Al médico le costaba admitir las palabras que estaba escuchando; su postura ya no era relajada, estaba tenso y quería protestar, pero no sabía cómo negarle al cura unas evidencias que el propio médico le había relatado el día anterior. El cura, de manera astuta, estaba utilizando su propio relato para explicarle y convencerle de que todo lo que el médico había vivido en los últimos años, en realidad, había sido un combate contra una de esas cabezas de la *Bestia* con aspecto de bondad, camufladas de verdaderas bendiciones, que el cura quería destapar y hacerlas evidentes a los ojos del médico. El cura, sin dejar de mirar a los ojos al joven, prosiguió su explicación como si estuviera disecando a un cadáver.

— “La experiencia que usted ha tenido con el sida ha sido su encuentro personal con la *Bestia*, camuflada de buena medicina en esta ocasión. De este encuentro doloroso y frustrante que acaba de tener, usted seguramente aprenderá que en nuestra sociedad moderna hay muchos más lobos camuflados de corderos que ese que acaba de conocer; pero, ahora que sabe que existen los lobos vestidos de cordero, sepa que también se les puede llamar “cabezas” de la *Bestia* y que abundan en nuestra sociedad; en realidad, están presentes en todos los campos de

nuestra existencia cotidiana pero sepa, también, que se les pueden descubrir con facilidad aplicando la frase evangélica que le he recordado hace un momento: la de “por sus frutos los conoceréis”.

Le pondré algunos ejemplos de los “frutos” que ha producido la *Bestia*, que en realidad son muy evidentes para todo aquel que se ponga a observar el mundo actual por debajo del disfraz y, además, tenga tiempo y tranquilidad para poder reflexionar. Podríamos hablar de los nefastos “frutos” que ha dado la civilización de la *Bestia* a nivel espiritual y moral, que para mí han sido los más relevantes, pero ya hemos quedado en que me abstendré de los aspectos religiosos y voy a cumplir con mi compromiso, aunque a cambio nos podremos centrar en los “frutos” que a nivel psicológico, familiar y social han producido las diversas revoluciones sociales y las novedosas filosofías modernas, como el materialismo, el evolucionismo, el existencialismo, el ateísmo o el positivismo científico, que, como usted sabe, son ideologías nuevas propias de la modernez. Todas ellas han sido y son “lobos camuflados de cordero” que se han presentado en forma de hitos del pensamiento que se supone pretendían “despertar” al hombre europeo de su sueño obscurantista medieval y “liberarle” de la superstición... Sin embargo, los “frutos” que han producido en nuestra “sociedad del bienestar” han sido y son verdaderamente nefastos, y utilizo el adjetivo de nefastos con la seguridad de que lo son tanto para usted, que es un hombre de mentalidad moderna, como para mí, que soy de mentalidad medieval. La clave que usaremos para este análisis ético y antropológico sobre lo que pueda ser considerado como bueno o malo de manera común entre dos mentalidades tan distintas como la suya y la mía será la sentencia de Jesús de Nazaret que hemos mencionado: “Por sus frutos los conoceréis”.

El médico asintió con un gesto de cabeza que denotaba que aceptaba el reto que le proponía el cura, aunque dudando que pudieran llegar a un acuerdo sobre el bien y el mal de la sociedad moderna. Continuó hablando el cura:

— "Le voy a hacer unas preguntas sobre la "cosecha" concreta y real o "los frutos" objetivos y comprobados que a nivel psicológico, sociológico o antropológico ha producido, en poco tiempo, la modernez o esta cultura moderna a la que usted admira y en la que vivimos; la primera pregunta es: ¿sabe usted que el suicidio es una de las mayores causas de muerte entre los jóvenes en los países más avanzados o más civilizados o con mayor nivel de vida y de cultura moderna?".

Se hizo una breve pausa… y el médico, después de una resistencia mental que se le notó en la cara, asintió con un gesto de cabeza.

— "¿Sabe usted que el alcoholismo, la adicción a la droga y el consumo de medicación ansiolítica y antidepresiva, junto con el consumo de opiáceos, son verdaderas pandemias propias y exclusivas de la sociedad moderna e industrializada? ¿Sabe usted que las depresiones, los síndromes de ansiedad y las enfermedades psíquicas en general baten récords año tras año, sobre todo en las sociedades más avanzadas?".

Hubo otra pausa… y el médico volvió a asentir con cierta resistencia con otro gesto de cabeza.

— "¿Sabe usted que en la sociedad moderna se baten récords cada año en el número de abortos, familias destruidas y asesinatos de mujeres y niños por violencia entre sexos? Y, como consecuencia de toda esa violencia familiar y de pareja, ¿sabe usted que la soledad es una situación que ha adquirido una dimensión totalmente extraordinaria y desconocida entre la población europea de más de 40 años?".[28]

Pausa y silencio contenido…, y siguió diciendo el cura:

— “Estos datos concretos, reales y comprobados por la estadística oficial de los países modernos, ¿qué opinión le merecen? ¿Son frutos buenos o malos para su criterio y para su sentido de moral personal?”.

Hubo otra pausa, pero esta vez sin ningún gesto por parte del médico, que miraba fijamente a los ojos del cura; este continuó…

— “¿Qué opina usted sobre la realidad innegable y muy evidente de que estos “frutos” sean pandemias de esta cultura moderna, y de que se produzcan de manera exclusiva y en mayor cantidad e intensidad cuanto más “avanzadas” y “modernizadas” son las sociedades?”.

El médico bajó la mirada ante la realidad de las cifras que el cura le estaba presentando puesto que, además, aunque se consideraba un hombre moderno y había afirmado no creer en el bien y en el mal como ideas abstractas y dogmáticas, compartía con el cura medieval el sentido de tragedia, de maldad y de gravedad que desde el punto de vista psicológico o antropológico tenían aquellos fenómenos o realidades sociales que el cura le exponía, puesto que no tenían nada de positivo: no eran realidades positivas o buenas ni visto desde un punto de vista medieval ni desde el punto de vista moderno. Se tomó unos instantes para responder y finalmente dijo:

— “La verdad es que reconozco que los datos que está usted diciendo son ciertos e innegables, y que no son abstracciones ni entelequias sino una realidad concreta de carácter inquietante, e incluso desastroso y deprimente. No estoy muy enterado, pero he leído algo sobre la epidemia de suicidios de jóvenes, e incluso he visto recientemente en televisión algún programa informativo donde se afirmaba y se reportaba esa situación catastrófica sobre la alta tasa de suicidios en los países más desarrollados, y creo recordar que se daban datos recogidos en USA, Japón, Inglaterra, Suecia y otros países “adelantados” que ponían los

pelos de punta. Recuerdo que cuando vi el último documental, hace unos meses, me quedé un tanto impresionado por el número tan grande de suicidios en gente joven en Occidente[29]. Me impresionó, me hizo reflexionar y me produjo una sensación de inquietud durante unos días..., aunque todo quedó ahí y le tengo que reconocer que luego lo olvidé y le he prestado poca atención al tema. Ahora que lo comenta usted, tengo que admitir que, en efecto, me resulta muy extraño y perturbador; recuerdo que cuando vi ese documental no pude dejar de pensar durante un tiempo que ese alto índice de suicidios era una paradoja un tanto inexplicable, ya que precisamente los jóvenes, que se supone que reciben todas las atenciones, que no pasan hambre, que disfrutan de la mejor medicina y reciben la mejor educación..., son los que mayor índice de suicidios presentan. Desde luego que es una paradoja incomestible que no sabría cómo explicarle; lo reconozco".

Se produjo un silencio tenso de unos segundos, y después el médico continuó su comentario sin cambiar un semblante que revelaba su sentimiento de incomprensión:

— "También he leído y visto documentales recientemente sobre el formidable consumo de ansiolíticos y la gran dependencia de opiáceos que existe entre los ciudadanos de los países más desarrollados. Concretamente, hace poco vi uno sobre el consumo de opiáceos en USA e Inglaterra y reconozco que esa pandemia es una muestra evidente de la angustia generalizada, de la tristeza desoladora, del hastío existencial y de la falta de sentido de la vida que hay en nuestra sociedad moderna, y que todo ello contribuye a su vez al aumento de suicidios. Tengo que reconocerle, padre Ignacio, que toda esta desazón colectiva y general es otra paradoja inexplicable para mí. Al igual que tampoco me explico que en este tiempo, donde hemos logrado la igualdad entre el hombre y la mujer y donde

las mujeres se han “liberado” por fin y pueden vivir con más expansión su vida, se haya dado como resultado paradójico e inexplicable esa relación caótica y violenta entre los hombres y las mujeres, violencia entre sexos desconocida en otros tiempos y que motiva y produce ese número de asesinatos totalmente inédito y desconocido en la historia. Tengo que admitir y reconocer estas realidades paradójicas, aunque muy a mi pesar... Como usted dice, padre Ignacio, la cosecha de esos “frutos” y su carácter inequívocamente perverso y malvado en nuestra “sociedad del bienestar” es tan evidente como inexplicable; son fenómenos de un carácter pésimo y no sabría cómo explicarlos, pero muy a mi pesar tengo que reconocer que los números están ahí, no se puede negar la evidencia”.

Respondió el médico con un sentimiento de haber quedado desbordado por las preguntas del padre Ignacio, que por su realidad incuestionable no dejaban ninguna duda sobre el gran fracaso de lo que él llamaba “la modernez”, es decir de la “civilización moderna”, cuyas supuestas y tan cacareadas bondades, ventajas y adelantos quedaban en entredicho precisamente ante la evidencia de “los frutos” tan nefastos como evidentes y concretos que había producido. Con esa realidad innegable sobre el número de suicidios junto al alto índice de infelicidad y ansiedad de sus ciudadanos, resultaba del todo evidente que la llamada “sociedad del bienestar”, a pesar de lo que sugería su nombre, era incapaz de dar a sus hombres y mujeres el suficiente grado de felicidad, coherencia y sentido de la vida indispensable como para vivirla. Quedaba claro que el nombre que se daba a sí misma esta “sociedad del bienestar” era un eufemismo totalmente falso, y que esos datos estadísticos innegables evidenciaban un mal que no tenía nada de abstracto sino que era un mal concreto y real, tanto para una mente medieval como para una mente moderna.

El viejo cura pudo ver en la cara del joven médico una expresión que denotaba que había comprendido y asimilado el sentido de sus preguntas, y también un sentimiento de tristeza o quizá de decepción existencial ante la evidencia y la dura realidad que le mostraban las palabras de su interlocutor. Este continuó con su explicación:

— "Como veo en su semblante, querido doctor, que las preguntas que le acabo de hacer le harán reflexionar en los próximos días sobre la calidad de los "frutos" de la civilización de la *Bestia* y sobre el grado de infelicidad y locura que es capaz de ofrecer a sus "afortunados" ciudadanos modernos, le voy a hablar ahora de los "frutos" de la modernez no a nivel psicológico o emocional, tampoco a nivel sociológico o moral, sino a un nivel "terrenal" o, por decirlo de otra manera, le voy a traer a su atención los frutos de esta civilización al nivel elemental o material y físico-químico de las cosas, de los animales y de los paisajes:

Volviendo a la frase evangélica de "por sus frutos los conoceréis", estando como estamos en el cenit de la civilización industrial, somos testigos directos de los "frutos" también muy evidentes que han producido dos de las cabezas más importantes de la *Bestia*: la industria y el comercio del mercado libre o capitalismo. Esta civilización moderna de la que usted está tan orgulloso, siempre motivada por la obtención de dinero rápido y fácil, ha industrializado y comercializado toda la actividad humana, y esa industrialización fue presentada y recibida como una verdadera bendición o, en el lenguaje metafórico que estamos utilizando, como un "corderito" de lo más amable y generoso; los políticos modernos con euforia y confianza aplicaron el método industrial a todo el campo de la actividad humana, por ejemplo, a la agricultura: empezamos a utilizar fertilizantes, herbicidas e insecticidas que están

acabando con numerosas especies de insectos, como las abejas y escarabajos polinizadores, y que han contaminado la tierra y el agua hasta los niveles actuales, donde usted y yo sabemos que muchos de los productos de la agricultura industrial que consumimos son tóxicos. La maquinaria y el diseño industrial agrícola deforestó, y lo sigue haciendo, las selvas y las sabanas del planeta, llenando la Tierra de monocultivos industriales que desplazan y exterminan a muchas especies vegetales y animales y a los propios pueblos indígenas que los han habitado durante milenios y que, finalmente, han desaparecido y en la actualidad siguen desapareciendo. La agricultura y la ganadería industrial han hecho desaparecer a agricultores y pastores tradicionales, que han abandonado los bosques y los campos y se han visto obligados a convertirse en obreros industriales y en "carne de cañón" para las industrias, que los utilizan mientras ganan dinero y les lanzan al paro y la miseria de la noche a la mañana si de repente no hay ganancias. Siempre con la intención de ganar dinero industrializamos la ganadería y medicamos a nuestros animales con antibióticos, hormonas y piensos sintéticos y antinaturales, y ahora la carne que comemos es tóxica y es un elemento que, según usted mismo, está contribuyendo por acción de esos químicos y hormonas a la esterilidad de nuestros jóvenes y otras enfermedades como el "síndrome de las vacas locas".

En resumen, la industrialización de la agricultura y la ganadería y el mercado libre y su libre competencia para obtener dinero han logrado que nuestros alimentos sean tóxicos debido a los químicos fertilizantes, herbicidas, insecticidas, hormonas y antibióticos que se les administran tanto a los animales como a las plantas. Según las noticias y organizaciones ecologistas como Greenpeace, la pesca industrial ha arrasado nuestros mares en pocos años y exterminado especies

milenarias, y además no hay manera de parar esa depredación, puesto que cuanto menos queda más se encarecen las especies de siempre[30]. Es decir, después de dos siglos de cultura industrial hemos contaminado nuestros alimentos, estamos a punto de aniquilar a más de la mitad de las especies animales y vegetales que había antes y no pararemos mientras haya dinero que ganar. No podemos parar la depredación industrial, puesto que existe el mercado libre o el capitalismo, que tiene autoridad máxima para dirigir la política del mundo mundial. Todo eso lo hemos hecho en un período muy breve de tiempo histórico en el que la *Bestia* anda suelta y rige el destino de la humanidad… ¿En cuánto tiempo más habremos acabado con todo?

Para mantener esta producción y este consumo intensivo necesitamos quemar grandes cantidades de combustibles fósiles, que, como usted sabe, producen gases industriales que contaminan el aire que respiramos y están calentando el clima del planeta. Algunos científicos expertos están advirtiendo que, hoy en día, quizá hayamos sobrepasado el punto de no retorno, pero, aunque sepamos esto, sin embargo no podemos permitirnos parar la maquinaria industrial, porque los ciudadanos de la modernez somos “adictos” al dinero y al consumo de cosas y artefactos que este permite y no podemos permitirnos parar la máquina. En consecuencia, estamos obligados a aumentar cada vez más la industria, el capitalismo y la quema de combustible.[31] No podemos dejar de producir para consumir y por eso hemos llenado de basura tóxica, plásticos y sustancias químicas venenosas todos los océanos del planeta e, incluso, las altas montañas; los países adelantados exportan grandes cantidades de basura electrónica a los países pobres con la esperanza de alejar la basura de la puerta de sus casas, pero ignorando la cruda realidad de que todos vivimos en el mismo planeta; y, para colmo, hemos industrializado la guerra

y en menos de un siglo hemos sufrido dos guerras mundiales de carácter industrial que han sido, con gran diferencia, las dos matanzas más gigantescas de la historia. Estas dos guerras mundiales imagino que usted no tendrá ninguna duda de que se llevaron a cabo por motivos de dominio económico e industrial del mundo, es decir, por dinero. Además de estas dos grandes guerras y “gracias” a nuestro ingenio industrial y científico, hemos sido capaces de fabricar las armas atómicas capaces de acabar varias veces con la vida sobre el planeta; desde que las fabricamos por primera vez, se han realizado más de 2.000 pruebas nucleares y, como consecuencia de ello, hemos ensuciado de radiactividad nuestra atmósfera y también hemos contaminado con bidones de residuos radiactivos nuestros océanos, hay varios submarinos nucleares hundidos con todo su arsenal nuclear de una potencia satánica que son una amenaza terrible aunque nadie hable de ello, hemos sumergido miles de toneladas de armas tóxicas en los océanos... Toda esa contaminación la hemos logrado en menos de cien años de vorágine industrial, de modernez o de civilización de la *Bestia*, y lo peor de todo es que las superpotencias necesitan seguir armándose para no perder su supremacía y su poder en esta sociedad moderna regida por la *Bestia* y su “ley del más fuerte”. Las naciones tienen que seguir produciendo, consumiendo y contaminando para mantener y si es posible elevar su riqueza, su “nivel de vida”, su “producto interior bruto”, su “crecimiento económico”... Tienen necesidad de adorar a las principales cabezas de la *Bestia*: al poder militar, a la industria, al consumo y al dinero.

Usted no es tonto, querido y joven doctor, y es imposible que no se dé cuenta de que, con la doctrina de la *Bestia* presidiendo nuestra mente, dirigiendo la política y, en definitiva, liderando todos los ámbitos de nuestra moderna “civilización”, no

podemos ni siquiera pensar en permitirnos parar esta vorágine industrial, y usted lo sabe… Lo sabemos todos… Y, aunque "por sus frutos deberíamos haber conocido a la *Bestia*", sin embargo, ahora que por fin algunos empezamos a conocerla y a experimentar sus nefastas consecuencias, resulta que nos tiene atrapados y dependemos de ella, y lo más irónico y paradójico del caso es que usted, querido doctor, y la inmensa mayoría de ciudadanos actuales incluidos mis correligionarios, todavía y a pesar de todo, están convencidos de que esa "civilización de la *Bestia*" a la que llamamos la civilización del "progreso" ha mejorado la vida de los humanos actuales, esos ciudadanos satisfechos y convencidos de que gracias a ella viven en la "sociedad del bienestar".

Se hizo un silencio denso que casi se podía cortar con cuchillo mientras el cura miraba a los ojos al médico, que tenía entrecortada la respiración y miraba fijamente a los ojos del sacerdote. Este, con un movimiento rápido, se llevó las manos a las orejas y dijo:

— "¿No oye la risa de la *Bestia*? Querido doctor, ¿no escucha usted su fuerte y sonora carcajada? ¡Escuche!… ¡Escuche!".

El médico saltó en su asiento ante la repentina maniobra del cura; este continuó con su explicación.

— "La *Bestia* se ríe a carcajadas porque sabe que les ha convencido a todos de que es un "corderito". Se ríe a boca abierta porque les tiene engañados, les ha hipnotizado y les hace sentirse en deuda con ella, y todos ustedes los modernos están más que convencidos de que tienen que darle las gracias por haberles traído la "civilización" y haberles "liberado" del obscurantismo medieval. Se ríe porque todo el mundo, incluidos los creyentes y usted mismo, mi querido doctor, creen que la *Bestia* es lo mejor que les ha pasado en su vida y que les ha convertido en humanos "mayores de edad"; creen que ha sido y

es la personificación de la bondad, el progreso y civilización, pero no es verdad... No hay más que ver los frutos que ha producido y está produciendo. Lo que pasa es que la *Bestia* es una gran actriz y domina el arte del disfraz, anda vestida de buen pastor llenando el mundo de "lobos vestidos de corderos", y usted y la mayoría de ciudadanos modernos creen en la candidez de su disfraz; hipnotizados por la falsa bondad de la *Bestia*, les resulta difícil ver que lo que tienen delante no tiene nada de bueno sino que es una manifestación de Satán, el adversario de Dios, el depredador insaciable".

Se hizo otro instante de silencio y un estremecimiento recorrió la espalda del joven y le impedía decir cualquier cosa. El viejo profesor de historia alargó la mano y le agarró el brazo al joven, le dio un apretón suave y luego añadió, con una sonrisa amable y con un brillo intenso en los ojos, el último comentario:

— "Pero tiene usted suerte, querido doctor, puesto que se acaba de encontrar con la mismísima *Bestia*, cara a cara; se la ha encontrado en su campo profesional de la medicina y está a punto de darse cuenta de que la medicina moderna, en realidad, es un "lobo disfrazado de cordero" creado por la *Bestia*, como todos los demás hitos que nos ofrece la civilización moderna. Y le digo que tiene suerte porque ha sobrevivido al encuentro con la *Bestia* sin haber resultado muerto y sin haberse vuelto loco, y aunque haya salido del encuentro un poco apaleado, se ha llevado una cierta sensación de certeza de que hay algo extraño y perverso en el ambiente, y ha intuido la presencia de la *Bestia* habiendo podido escapar por los pelos. Tiene suerte, porque en el futuro tendrá tiempo para reflexionar, y llegará a tener plena consciencia de que ese algo al que se ha enfrentado sin ser consciente de a quién se enfrentaba y que le ha obligado a exiliarse y a cogerse un tiempo sabático y a abandonar su consulta..., esa fuerza siniestra que ha estado a punto de

eliminarle es la *Bestia*. Y ese encuentro y, sobre todo, el conocimiento que sacará de él le permitirán librarse de ser un colaborador inconsciente de su siniestro plan, le librará de forma radical de cooperar con la *Bestia* y de trabajar para ella, y, después de liberarse de la alucinación colectiva que casi todos los demás padecen, llegará a comprender el sinsentido y la locura de toda esta “sociedad del bienestar” que se encamina confiadamente, bajo la dirección de la *Bestia*, hacia su propia aniquilación. Aunque le advierto que, aun conociendo la verdad de lo que pasa y siendo consciente de la presencia real de la *Bestia*, usted no podrá hacer nada para detener su influencia satánica, porque está escrito que nadie puede hacerle frente y vencerle; nadie puede parar a la *Bestia*. Pero al menos a partir de ahora podrá soportar mejor el dolor que está sintiendo y el que sentirá, puesto que comprenderá qué es lo que está pasando y por qué, y tiene suerte porque, estando obligado a vivir en la sociedad de la *Bestia*, caracterizada por el dominio de la mentira, el egoísmo, la rapiña, la aniquilación..., quizá pronto llegue a saber que la única salida válida para usted es tener fe en Aquél que nos avisó con la consigna esclarecedora de “por sus frutos los conoceréis” , y deseará con toda su alma seguir su doctrina de amor, su mensaje de compasión o de verdadera filantropía, como quiera usted llamarlo; en definitiva, comprenderá que el amor a la Verdad y, como extensión, a la humanidad por encima de toda otra consideración y el desapego personal a los “bienes” que puede procurar el dinero es el único camino que existe para dar sentido a nuestra vida y ser feliz en esta sociedad farsante y seducida por el amor al dinero y al consumo. No intente enfrentarse a la *Bestia*, puesto que usted no puede vencerla, ni yo, y ni siquiera podríamos vencerla juntos; nadie puede vencerla, puesto que se le ha dado todo el poder. Lo único que puede y debe hacer usted, como yo mismo, es amar a las

criaturas y ayudarlas como médico que es; ame sin cesar, ame sin medida, ame y cuide a quien acuda a pedirle ayuda y no tema ni se impaciente ni pierda la esperanza porque, tarde o temprano, la *Bestia* morirá por sí misma, ya que, como le ocurre a todo parásito, se extinguirá cuando acabe con su propia presa, es decir, cuando acabe de fagocitar a toda esta civilización moderna, engreída y alucinada, que, sin ser consciente de ello, vive para ella y la adora sin saber que en realidad es su presa y su alimento..., ya que lo que se llama "la sociedad del bienestar" es, en realidad, la sociedad de la *Bestia*".

El médico quedó boquiabierto y totalmente sobrepasado ante la exposición del viejo cura. La explicación que le había ofrecido el viejo profesor de historia sobre la existencia y la verdadera naturaleza de la *Bestia* no era una teoría científica ni biológica, ni siquiera racional... En realidad, era una explicación metafórica, parabólica y casi irreal, pero eso sí: se había servido de unos hechos, unos datos y unas situaciones psicológicas y sociológicas que, sin duda, sí eran reales y evidentes, y que mostraban con claridad meridiana cuáles eran los "frutos nefastos" de la civilización industrial, y desde luego no había duda de que esas dramáticas realidades psicológicas, sociológicas y medioambientales llevaban la marca inconfundible del mal. No era una explicación científica, pero le sirvió para hacerle reflexionar sobre la existencia real de la *Bestia* y para mostrarle que, en realidad, lo que llamábamos hitos y avances del progreso y de la civilización eran "lobos vestidos con piel de cordero", en palabras del padre Ignacio "cabezas de la *Bestia*" hacia las que todos los modernos, incluidos los creyentes, profesan una "adoración" sin paliativos por ignorar su verdadera naturaleza satánica.

Al día siguiente, el médico se despidió del padre Ignacio con un abrazo de agradecimiento y admiración por la lección y el

cariño recibido. Siguió su camino a Compostela sin quitarse de la mente el relato, la luminosa exposición de la realidad explicada en forma de metáfora que el viejo cura le había ofrecido, y, a medida que profundizaba más en la explicación que le había hecho el padre Ignacio, más clara se le hacía la existencia real de la *Bestia*.

Al regresar de Santiago de Compostela hubiese querido reencontrarse con aquel viejo y sabio cura, pero cayó en la cuenta de que este apenas le había hablado sobre su vida personal; no le había dicho su apellido, ni donde vivía, ni de dónde venía; solo que era sacerdote y que había estado dando clases de historia, hacía unos años, en un colegio de bachillerato que nunca nombró ni ubicó. Aquel personaje había hecho presencia en la vida del joven médico como una persona anónima cuya individualidad no tenía la menor importancia, como un mensajero providencial que se le había presentado para darle un mensaje luminoso, una explicación que no olvidaría jamás y que, aunque no era una explicación científica, sería la clave que le haría comprender gran parte de la realidad que estaba viviendo y que viviría en el futuro. Aquel ángel mensajero había compartido con él tres días, le había curado sus ampollas, le había iluminado con sus palabras y había desaparecido detrás de la última curva del camino. Se fue de la misma manera que había aparecido, sin dejar rastro, y nunca más le volvería a ver, ni a escuchar su amable voz, ni podría hacerle unas cuantas preguntas que le habían surgido después de reflexionar durante días…

El joven médico buscó el nombre de Ignacio en los libros de los albergues donde se anotan los peregrinos que pasan por ellos, pero no encontró ni rastro del cura; había desaparecido de la manera en que se desvanecen los sueños y el médico llegó a plantearse si aquel encuentro había sucedido en realidad…, pero

nunca olvidaría la lección aprendida. Ahora sabía que la *Bestia* existía y mandaba en esta sociedad, y que él se había enfrentado a ella sin tener consciencia de ello. Supo también que ya no había marcha atrás para él y que el resto de su vida iba a ser un decepcionante combate, perdido de antemano, contra la *Bestia*, como le había anticipado el padre Ignacio, y que nunca volvería a ser el mismo después de aquel encuentro con ese peregrino anónimo.

CAPÍTULO 7.
ENCUENTRO CON OTROS DOCTORES NADIE

COMPARTIENDO CON OTROS COLEGAS LA DERROTA CONTRA LA BESTIA

El joven médico siguió viviendo su exilio profesional y durante ese tiempo tuvo también, por fin, el placer de conocer a otros pocos médicos e investigadores, de aquí y de otros países, que compartían la misma visión sobre el sida que él y que habían llegado por separado a las mismas conclusiones: todos estaban de acuerdo en que el sida o síndrome de inmunodeficiencia adquirida no era una enfermedad infecciosa y, por tanto, no podía ser contagiosa, sino que era una enfermedad tóxica producida por acumulación de productos químicos e industriales en un cierto sector de la población joven de Occidente. Esa intoxicación generalizada era producto de una suma acumulada de tóxicos de carácter lúdico (drogas) y medicamentos industriales de carácter experimental (vacunas y quimioterapia), es decir, era producto de la drogadicción y de la iatrogénesis producida por la medicación que esos jóvenes habían consumido durante años. El consumo masivo y continuado de productos químicos había intoxicado sus sistemas biológicos, puesto que estas generaciones de ciudadanos habían recibido, desde los primeros años de vida, toda la cobertura médico-industrial que se había iniciado en los años 50 y 60 del siglo pasado. Eran generaciones de jóvenes que habían estado “disfrutando” del hito histórico del consumo masivo de las vacunas y antibióticos desde la infancia, presentado por la *Bestia* y su prensa a la sociedad moderna como una ventaja histórica;

pero el joven médico y los colegas que había conocido habían descubierto que esa cobertura médico industrial de la que presumía la medicina moderna era un “lobo vestido con piel de cordero”, como le había advertido el padre Ignacio unos meses antes.

El joven doctor nadie había estado esperando conocer a esos médicos que no eran tan insignificantes como él, sino que eran alguien dentro del mundo científico y académico y que, sin embargo, también se oponían con los mismos datos y razones científicas a la alucinación del sida y que, por fin, estaban ahí enfrentándose a la *Bestia*. Ese encuentro con los colegas le tranquilizó enormemente; fue un verdadero gusto puesto que, por fin, ya no estaba solo y ya se sintió más seguro de no estar viviendo su propia alucinación personal al margen de la realidad; ya se sentía seguro del todo de no estar loco... Había encontrado a compañeros de oficio que estaban, como él, libres de la alucinación que padecía el resto de la población y, como él, se habían enfrentado a la *Bestia*. La experiencia fue como encontrar un oasis de agua fresca y verde vegetación en medio del desierto justo antes de morir de sed.

Tuvo la sensación de que empezaban a pasar los malos tiempos cuando conoció a colegas como el nombrado premio Nobel Dr. Kary Mullis, el también nobel Dr. Walter Gilbert, catedrático de biología molecular de Harvard, el Dr. Peter Duesberg, miembro de la academia de las ciencias de USA y catedrático de biología molecular de California, el Dr. Harvey Bialy, director de la revista *Biotechnology*[32]... Ellos no eran simples médicos de familia como él, y el doctor nadie tuvo la esperanza de que, por fin, se iba a poder rectificar el discurso sobre la causa y verdadera naturaleza del sida, detener los tratamientos tóxicos iatrogénicos y rectificar el mensaje mediático, y con ello acabar con tanta matanza sin sentido...,

pero esa esperanza recién adquirida fue vana. El joven médico comprobó con estupefacción el verdadero poder de la *Bestia* cuando vio de una manera definitiva que, como le había pasado a él, todos fueron inmediatamente fulminados, refutados y desacreditados por la prensa mundial y por la propia C.C.I. a la que pertenecían hasta ese momento como miembros destacados. Todos descalificados y cesados de sus cargos por haberse enfrentado, con la verdad, a la opinión manipulada y los intereses de la totipotente *Bestia* y su C.C.I. De esa sencilla manera, no hubo discusión en los medios académicos, ni en las publicaciones, ni en la universidad; el formidable poder de la *Bestia*, simplemente, les silenció y borró del mapa para siempre, exactamente igual a como había acontecido con él. El doctor nadie aprendió que esa entidad todopoderosa a la que se habían enfrentado él y los demás doctores nadie no permite la discusión ni la disidencia; es como un antiguo faraón que dirige la salud y todos los demás campos en esta sociedad del bienestar. Comprendió que su poder satánico le iba a permitir mantener la falsedad del montaje del sida como si fuese una “realidad” científicamente comprobada y, lo que era más grave, podría crear en el futuro todas las alucinaciones “científicamente comprobadas” que se le ocurriese para crear confusión y hacer negocio. La *Bestia* tenía el poder de crear cualquier tipo de realidad amenazadora, fuera la que fuese, como así ha pasado en las últimas décadas con el ébola, la gripe A, el coronavirus…

La frustración que le producía la realidad era tan grande y dolorosa que su exilio se convirtió en su refugio personal. Con un gran sentimiento de derrota se retiró al campo y, con la panorámica de tiempo y de espacio que ofrece estar alejado del mundanal ruido, mientras trataba de digerir mentalmente toda la odisea de los últimos años, el doctor nadie se percataba, cada día con más claridad, de que eso a lo que se había enfrentado, la

Bestia, era una realidad que no admitía dudas de su existencia; era algo que dirigía con autoridad absoluta la sociedad, el pensamiento colectivo, la educación, la legislación y la conducta de los ciudadanos, indicándoles aquello en lo que debían creer y consumir y lo que era "real" o no lo era; y todo eso lo lograba sin que se percataran de que eran dirigidos desde ese "consciente colectivo" que todos compartían, y así vivían confiados y convencidos de la bondad de aquel depredador insaciable cuya existencia pasaba desapercibida para todos.

En definitiva, ahora ese joven médico conocía la existencia de la *Bestia* y su formidable poder de crear toda la "realidad" que la ciudadanía moderna puede vivir, comprender y "consumir" como real. Ahora veía claro que ese demonio (ya no le cabían dudas de que el diablo existe) no era una entidad concreta ni una individualidad, no se podía decir de ella que estuviera aquí o allá... Era una entidad psíquica que parasitaba el "consciente colectivo" de nuestra cultura y que tenía el poder de crear los problemas y las soluciones que considerara más convenientes, de dar existencia a cualquier realidad política, espiritual o científica que le resultase interesante para lograr sus fines. Tenía capacidad hipnótica suficiente para crear realidades dogmáticas indiscutibles, e incluso "científicamente demostradas", con solo chasquear los dedos, y, para colmo, ese poder de crear realidad de donde no la hay lo completaba con el poder de hacer desaparecer del mapa y eliminar cualquier otra realidad que le pudiera molestar, por muy real que fuese esta última; lo había hecho con todos los médicos disidentes que se le habían enfrentado con sus opiniones y sus datos objetivos y reales. El médico de pueblo, impresionado ante la realidad que estaba viviendo y relativamente a salvo en su exilio, quiso conocer y saber cuánto tiempo llevaba la *Bestia* entre nosotros, cuándo había llegado y cómo había logrado tanto poder, por qué pasaba

desapercibida para todos los ciudadanos y por qué había pasado desapercibida incluso para él mismo hasta la fecha.

Guiado por lo que le había dicho el viejo cura peregrino, buscó referencias de la *Bestia* en el *Apocalipsis* y pudo leer en el capítulo 13:

“Se le concedió hacer la guerra a los santos y vencerlos; se le concedió poderío sobre toda raza, pueblo, lengua y nación. Y la adorarán todos los habitantes de la tierra cuyo nombre no esté inscrito, desde el principio de los tiempos, en el libro del Cordero inmolado…”.

Esas palabras proféticas sobre la *Bestia* explicaban claramente el grandísimo poder que esta tenía. Supo entonces que era inútil luchar contra ella; se decepcionó creyendo que había llegado al final de su viaje y que no había nada que hacer, que tendría que acostumbrarse a ver morir a la gente atrapada por la mentira, el miedo y el veneno sin poder hacer nada de nada para evitarlo. Le vinieron a la memoria las palabras del padre Ignacio, que le había advertido: “usted no podrá hacer nada, pero saber lo que pasa y por qué le ayudará a aguantar el dolor…”, y antes de eso también le había dicho: “soporto con dolor y con cierta dificultad personal la necedad de los creyentes cristianos que veneran y admiran a esta civilización moderna”. El médico empezaba a comprender a aquel viejo cura y el dolor que sentía en el fondo de su bondadosa alma, puesto que también vivía su derrota permanente. De ahora en adelante, él mismo tendría que aprender a soportar la necedad creciente y sin remedio de esta sociedad que era la suya; la sinrazón, la mentira, la rapiña, la muerte sin sentido de tanta gente…, la visión de cómo el poder del dinero se imponía impunemente a través de la prensa y de la universidad. Finalmente, tendría que aprender a vivir en un estado de derrota inevitable y constante, soportando el espectáculo dantesco de la aniquilación final de esta sociedad,

que, al fin y al cabo, era la suya y a la que no podía dejar de amar.

Desde entonces el médico exiliado pudo identificar a esos “lobos camuflados” gracias a que ya sabía cómo solían ser las manifestaciones reales de la *Bestia*; había aprendido de las conversaciones con el padre Ignacio que la *Bestia* o el diablo no se presentaba como un ser concreto con rabo sino en forma de hitos del pensamiento ilustrado, de neofilosofías, de civilización y de progreso; había comprendido que la *Bestia* fue la musa que inspiró el pensamiento de Francis Bacon, Immanuel Kant, Hume, Adam Smith, Robespierre, Hegel, Marx, Nietzsche..., y que inició esa época en que el ciudadano europeo empezó a venerar a los hitos del pensamiento que le separarían de la espiritualidad, de la tradición ancestral y de la naturaleza. La *Bestia* inspiró ese pensamiento novedoso que empezó a convencer a toda la intelectualidad europea de que el hombre emancipado de Dios y de la Naturaleza había alcanzado el grado de “superhombre”.

LOS PRIMEROS CONTACTOS PERSONALES CON LA BESTIA

Una vez identificada la presencia de la *Bestia* en la historia de Europa por las reflexiones hechas desde la tranquilidad del exilio campestre, y queriendo profundizar más en el conocimiento de la *Bestia* y de sus poderes en la sociedad y en el tiempo actual, el médico de pueblo quiso recordar o quiso saber cuándo y dónde pudo haber tenido sus primeros contactos personales con ella antes de topársela en la crisis del sida, y para ello se tomó el tiempo de ensamblar el rompecabezas o puzzle de recuerdos de su pasado personal como ciudadano y como estudiante de medicina. Buscó en su memoria recuerdos de vivencias y personajes, de experiencias del colegio y la universidad, de

noticias y acontecimientos sociales que a lo largo de su vida habían ido formando su opinión y su visión personal del mundo en general, de la ciencia y de la medicina moderna. Recordando su propio pasado, poco a poco, fue apareciendo clara como el cristal la gran manipulación que la *Bestia* y su C.C.I. habían operado en su educación como joven adolescente de bachillerato, y pudo recordar e identificar los momentos y las formas que adoptó esa manipulación que la *Bestia* había operado en su vida; recordó la falsificación de la propia docencia médica que habían recibido él y todos los demás médicos modernos desde sus tiempos de estudiante hasta el día de hoy; reconoció en la memoria de su historia personal las estratagemas, apaños y planes de estudio de los que se había servido la *Bestia* a lo largo de su formación académica y que tenían la clara intención y el fin de distorsionar a propósito su formación como médico y la de los de su generación, para introducir e instaurar en la sociedad actual la medicina industrial. Se dio cuenta de que todo estaba diseñado para que los aprendices de médico de su época creyeran, sin vacilación alguna, en la veracidad y la validez de la teoría de la infección y que no supiesen nada de la existencia de otras opiniones médicas propias de grandes médicos del siglo XX que la refutaban con razones, argumentos y hechos lógicos y demostrables.

Con todos esos recuerdos llegó a comprender que la *Bestia* y su C.C.I. sabían muy bien que mantener la vigencia de la falsa teoría de la infección ha sido y es un factor de capital importancia para que él mismo, todos sus compañeros de promoción y todos los futuros médicos introdujeran en la sociedad moderna a la que tenían que servir tanto el mito del “miedo a los microbios” como la práctica y el consumo de la medicina industrial por primera vez en la historia, convirtiéndose

así en los auténticos distribuidores comerciales de todas las medicaciones contra nuestros microbios simbiontes durante los últimos sesenta años, y haciéndoles los responsables directos, aunque sin saberlo, de la gran iatrogénesis que afecta a todos los ciudadanos.

Hasta ese tiempo de obligado exilio y reflexión, el médico disidente no había imaginado la posibilidad de que la docencia que había recibido en la facultad había sido distorsionada y manipulada a propósito con el fin de implantar el gran negocio de la medicina industrial. Había recibido su formación como médico moderno con toda confianza en sus maestros de la facultad sin saber que estos estaban al servicio de la *Bestia*. Incluso hubiera estado dispuesto a discutirlo con cualquiera que afirmara tal posibilidad, pero, con todo lo que acababa de vivir en relación con el tema del sida, había conocido a la *Bestia* y a su C.C.I., y cuanto más las conocía más se percataba de que eran perfectamente capaces de haber perpetrado ese satánico fraude; fue consciente de que él y todos sus colegas habían sido engañados miserablemente y se habían convertido en esbirros de la *Bestia*.

Todo el aprendizaje sobre los microbios y su supuesta capacidad de agredirnos y producir las enfermedades que se les atribuían había sido y era un montaje irreal y fraudulento creado y mantenido en el tiempo por la *Bestia* y su C.C.I., que todavía se enseña en las aulas a los aprendices de médico de generación en generación y, como consecuencia, en las facultades de medicina de Occidente se sigue formando de manera distorsionada a unos médicos que se convierten en sus cómplices inconscientes desde el principio de su educación. Así se perpetúa la medicina industrial, que, como vamos a explicar, no es una medicina sino una falacia espuria sin otro objetivo que el crecimiento del floreciente negocio de la industria médico-

farmacéutica, que no para de crecer gracias a la formidable ganancia de dinero[33]. Al trasladar la memoria a sus tiempos de facultad, el médico en el exilio vio claramente que la teoría de la infección que le habían enseñado es un gran fraude histórico y monumental que, una vez creado e instaurado y por su misma dinámica interna, es capaz de producir múltiples y sucesivos fraudes como el sida, la difteria, la polio, el ébola o la gripe A, de una manera continuada, indefinida y oportuna para el beneficio económico creciente de la poderosa y lucrativa industria basada en el miedo a los microbios. En realidad, la teoría de la infección es un negocio que no tiene fin y permite la creación continuada de nuevas paranoias infecciosas cada año, como así ha sido desde entonces. Este mismo año 2020 estamos asistiendo a la creación paranoica del coronavirus, al que dedicaremos nuestra atención en el epílogo de este libro porque es la última paranoia creada por la *Bestia* por ahora.

En su reflexión, el médico exiliado tomó consciencia de que él y todos los médicos de su época y todos los actuales habían estado colaborando, sin ser conscientes de ello, como verdaderos técnicos o agentes comerciales en el mantenimiento y expansión de ese gigantesco fraude médico y en la perpetuación del mito de la infección durante décadas, que ha permitido y permite la creación de tantas historias de paranoias falsas de infección como las que ha habido y las que habrá; eso sí, ese rentable negocio se mantiene a costa de la salud y la vida de los ciudadanos de la sociedad del bienestar, que, confiados en que están atendidos por la única medicina que hay en el mundo, están metidos en un proceso de iatrogenia por envenenamiento producido por el consumo de medicación tóxica y carente de sentido biológico que les está llevando, de manera inmisericorde, a una situación de extinción o aniquilación fatal que no son capaces de imaginar.

CAPÍTULO 8.
LA VERDAD QUE CURA Y LA MENTIRA QUE MATA

LA PALABRA COMO MEDICINA O COMO TÓXICO

En el momento actual, el autor de este libro sigue siendo un simple médico de pueblo y, desde luego, al que no le importa ser un auténtico doctor nadie para la actual clase médica[34]. Además, ese nombre y condición de nadie quizá sea una ventaja que facilite su intención y su empeño en decir la verdad, puesto que al fin y al cabo, como no es nadie, no puede decir "nada" que pueda importunar a nadie; como no es de nadie, ninguna entidad u organismo oficial tiene posibilidad alguna de reprocharle nada; como no trabaja con nadie ni para nadie, en consecuencia, nadie le puede cesar o despedir y, por todo ello, no está en contra ni a favor de nadie, ni le debe lealtad a nadie, ni le despierta interés nada que no sea la verdad en cualquiera de sus grados. Eso sí, como solo le motiva y le atrae la verdad, desea serle fiel, y más ahora que se acerca al final de su largo camino de médico y por ello ya tiene poco que perder. En efecto, a estas alturas de su vida, la mentira le aburre y ya ha aprendido a aceptar su derrota continua y lo hace como ejercicio espiritual que le ayuda a soportar el dolor que le produce observar el panorama desolador que nos brinda la sociedad industrial. Todo está predicho y las cosas tienen que ser como tienen que ser..., y para este viejo médico el aceptar la realidad y el soportarla ha sido un ejercicio de humildad y de resignación que le ha hecho consciente de que, como se cita en el Evangelio, "es necesario que el escándalo ocurra...", y que, como anuncia la tradición hindú, vivimos una época obscura (*Kali-yuga*), donde la mentira y

el engaño son norma. Pero esa desolación que le ha tocado vivir no ha mermado su creencia y su fe en que la verdad existe detrás y más allá de tanta mentira; por eso ya nada le interesa ni le motiva sino la verdad, desde la verdad contingente y científica que intenta explicar en este ensayo hasta la más amada y adorada por este médico de pueblo…, la Verdad con mayúscula, la eterna, la absoluta… Dios.

He sobrevivido, gracias a la Providencia, a mi encuentro con la *Bestia*, he tenido mucho tiempo para reflexionar, la conozco bien y ya no la temo, también sé de cierto que no estoy loco y siendo un doctor nadie puedo permitirme el lujo de decir la verdad, y con ella seguir ejerciendo mi antiguo y sacerdotal oficio de médico. Además, no me han retirado el título de doctor, nombre que tiene etimología latina y deriva del verbo *docere* (enseñar) y significa "el que enseña"; por este título de doctor que no me han retirado, creo que es mi deber y mi derecho como doctor y médico enseñar sobre temas de salud a quien pueda y quiera oír y esté dispuesto a entender, y así liberarse de la iatrogenia química y mental generalizada con ayuda del sentido común, la lógica y la información veraz. Sé que no puedo vencer a la *Bestia* y que de una manera u otra este libro será censurado y eliminado tarde o temprano, pero, mientras tanto, alguien lo leerá o alguien contará a alguien lo que haya leído y quizá también comprenda el mensaje de salud que hay escrito en él y lo aplique a su realidad, y con ello salve o mejore la calidad de su vida y la de sus hijos; si esto ocurre, aunque sea en una sola ocasión, habré cumplido con mi viejo oficio de médico comunicando la **verdad que cura**, y, al final de mi odisea personal cargada de derrota permanente, mi alma de pecador llevará un poco de verdad y de bondad en sus alas, y con ellas quizá pueda volar en busca de la Ítaca eterna o reino de la luz y de la vida.

Vamos a hablar ahora de la **palabra que mata**, es decir, de la mentira, y para ello vamos a volver a la historia de cómo y cuándo nació en Occidente la medicina industrial, y por qué esta actividad humana a la que llamamos medicina moderna es mentira que sea eso: medicina. De lo que se trata en realidad es de un gran fraude de carácter económico e industrial que ha usurpado el lugar de ese antiguo arte sacerdotal al que se le conoció durante miles de años como medicina y que utilizaba la verdad y la palabra para curar, lo contrario de lo que hace la medicina industrial, que, como vamos a explicar, hace décadas que utiliza la mentira que mata, apoyada por la prensa falaz, para hacer negocio.

El origen o nacimiento de la **medicina de la *Bestia*** hay que datarlo, como ya hemos dicho, a mediados del siglo XIX, cuando, ante el formidable empuje de la civilización ilustrada, el progreso industrial y los nuevos hitos de la Europa imperial decimonónica, los principios y valores espirituales y morales en los que había creído el hombre preindustrial desaparecieron del mapa intelectual de la mayoría de los europeos. Desde entonces y definitivamente, el dinero y el consumo es, por pura lógica, la máxima aspiración humana en la sociedad de la *Bestia*, en esta cultura o civilización sin Dios donde el hombre ya no cree que nadie pueda juzgar su conducta después de la muerte y carece de moralidad; no cree en otra cosa ni ve más allá de las muchas necesidades animales o fisiológicas que tiene necesidad de satisfacer, donde ese hombre moderno está convencido de que lo único real es lo que puede vivir y disfrutar aquí y ahora, y tampoco siente ningún respeto ni veneración por la naturaleza. En realidad, en una sociedad como esta y a un hombre así, sin otros valores más allá de los materiales, animales y fisiológicos, ¿le puede interesar algo que no sea el dinero y el consumo? Lógicamente, no.

A partir del momento en que quedó claro que el único dios era el dinero, fue cuando la medicina occidental dejó de tener un carácter sacerdotal y artesano y adoptó una mentalidad mercantil e industrial que no había tenido nunca y se propuso, por primera vez en la historia de la medicina, la posibilidad de poder vender a gran escala, en cantidades industriales y como un producto de consumo más, nada más y nada menos que la mítica y legendaria **inmunidad**. Sí, sí, la inmunidad, ese estado fabuloso propio de semidioses y héroes narrado en leyendas y mitos que hace del personaje que la posee un ser invulnerable a los peligros, inmortal al lado de mortales, inaccesible al dolor y la muerte y, por tanto, un ser que no teme a nada ni a nadie. La inmunidad es una aspiración mítica que todo humano ha soñado poseer, una quimera que todo el mundo quisiera comprar para vencer al miedo existencial a la debilidad, al dolor y a la muerte que todos tenemos, un mito que se cuenta que poseen todos los héroes del pasado y los actuales: Aquiles, Sigfrido, Superman... Pues bien, queriendo hacer negocio con ese deseo mítico que todos los humanos compartimos, la medicina del siglo diecinueve se propuso, por primera vez en la historia, fabricar y vender cantidades industriales de elixires capaces de otorgar al humano mortal... la **mismísima inmunidad**. Por supuesto que era y es un fraude ofrecer realmente algún tipo de inmunidad, pero a la nueva medicina industrial no le importaba mentir si con ello lograba hacer negocio.

Para vender inmunidad industrial, que es el antídoto por excelencia contra el miedo, era indispensable crear primero una gran cantidad, precisamente, de este sentimiento de miedo entre la ciudadanía. Se le encargó a la prensa industrial, que es otra importante “cabeza” de la *Bestia*, la creación de una gran mentira que fuese capaz de crear una enorme y continuada

sensación de miedo entre la población. La prensa de la *Bestia* vio rápidamente que el reciente "descubrimiento" de los microbios logrado por la tecnología del siglo XIX era lo que se necesitaba para dar forma a una amenaza inédita y desconocida; presentar a los microbios como asesinos potenciales de niños y mayores era la mentira perfecta para crear miedo a escala mundial y, como consecuencia, poder vender inmunidad a niveles industriales.

No había tiempo que perder y la C.C.I. y la prensa, estas dos cabezas de la *Bestia*, diseñaron el plan y empezaron a darle forma y realidad práctica a esa paranoia a los microbios con su gran poder mediático y académico, y de esa manera motivar el consumo de inmunidad industrial. Desde entonces y hasta la actualidad, la C.C.I. valora mucho y otorga distinción y premios internacionales a todos aquellos científicos que descubren alguna supuesta amenaza o ente microscópico que aterrorice a la población. De hecho, durante los últimos años del siglo XIX y principios del XX, la mayoría de los premios Nobeles de medicina fueron médicos que "aislaron" e "identificaron" a los primeros gérmenes o microbios y que, además, les acusaron de manera inmediata de producir enfermedades. Era importante premiar a todos los científicos que propagaran el miedo a los microbios y, por eso, la prensa se encargó de dar a conocer a unos personajes que ahora todos conocemos y tenemos como ilustres científicos y médicos: Louis Pasteur, Robert Koch, Neisser, Hebert..., que fueron los primeros cazadores de microbios distinguidos por la docencia oficial y premiados y laureados como grandes benefactores de la humanidad.

Una vez instalada la mentira del terror al nuevo microbio recién descubierto, y después de premiar al médico o al industrial que había creado la alarma, el sistema médico-industrial premiaba y animaba a todo investigador que hallase

un producto que fuera posible fabricar por toneladas y presentarlo, con el poder de persuasión de una buena campaña publicitaria, como el producto que proporcionaba la deseada y oportuna inmunidad a todo aquel que lo consumiera. Si este ardid funcionaba, se convertiría en el mayor negocio de la historia…, y funcionó. La mentira que aterroriza y que mata, con la ayuda de la prensa y la docencia médica, se instaló en el corazón de la sociedad moderna, y con la influencia de la docencia médica se introdujo como un dogma en la medicina que iba a crear una floreciente industria y un gran negocio que se han mantenido hasta el día de hoy.

LOS DOCTORES NADIE DE TODOS LOS TIEMPOS

Resultó que, cien años después de la invención del fraude, algunos microbiólogos del siglo XX que contaban con mejores microscopios, mejor tecnología y, desde luego, mucha más experiencia acumulada, puesto que habían estado observando a nuestros microbios durante décadas, llegaron a tener muy claro su carácter inofensivo y simbionte. Uno de los más destacados de estos microbiólogos fue el ya mencionado Dr. Lederberg, premio Nobel de medicina del año 1958, que describió a nuestra **microbiota humana** o conjunto de todos nuestros microbios, es decir, todos los gérmenes que habitan nuestro organismo. Pero, a pesar de que se le concedió el premio Nobel por descubrir el carácter inofensivo de nuestros microbios (sin duda una buena noticia a la que, si se hubiese dado el eco que merecía en la prensa y la docencia universitaria, habría hecho desaparecer el miedo a los microbios y el consumo masivo de sustancias tóxicas), resultó que ni la persona del Dr. Lederberg ni su descubrimiento tuvieron la más mínima difusión académica y,

desde luego, careció de la más mínima referencia mediática en la prensa. De hecho, este premio Nobel es una persona totalmente desconocida para el lector y, con toda seguridad, para la mayoría de la población, que, sin embargo, conoce perfectamente a Louis Pasteur. Incluso se da el caso, verdaderamente curioso, de que el Dr. Lederberg fue también un perfecto desconocido para los estudiantes de medicina de mi generación en los años 70 y de las generaciones posteriores, y sus trabajos sobre el **microbioma humano**, que describe a nuestros microbios como simbiontes y, por tanto, como aliados beneficiosos, es una realidad biológica totalmente desconocida por los actuales médicos y estudiantes de medicina.

La *Bestia* y su C.C.I. se encargaron de que ese interesante trabajo y descripción de las funciones de la microbiota humana no tuviera demasiada repercusión mediática ni, por supuesto, académica. Naturalmente, el secuestro de esa información tenía la intención de convertir al Dr. Lederberg en un doctor nadie desconocido por todos, y, en efecto, nadie le conoce; porque, si se conociera su descubrimiento y el de otros muchos microbiólogos del siglo XX en los medios académicos y entre los estudiantes de medicina, o entre la ciudadanía en general, el miedo a nuestros microbios y el gran negocio de la inmunidad industrial carecería de sentido.[35] Es más, hubiese desaparecido totalmente de la mente de todos los médicos actuales en activo, y lo más importante es que hubiésemos dejado de envenenarnos con los antibióticos, vacunas y antisépticos que consumimos por toneladas.

Si los estudiantes de mi generación y los actuales conociésemos el trabajo de Lederberg y de otros médicos microbiólogos que descubrieron el carácter benéfico de nuestros microbios, se hubiese acabado la gran mentira y el gran negocio que ha supuesto el comercio de los millones de toneladas de

productos industriales que hemos consumido; pero el conocimiento de esa realidad, como comprenderá el lector, no hubiera sido del agrado ni interés de la *Bestia* ni la de su industria farmacéutica… Por eso, ese conocimiento fue y todavía es ocultado y sus descubridores ignorados y olvidados.

El conocimiento de la existencia de la microbiota y del microbioma humano y su sentido biológico es totalmente incompatible con la noción decimonónica de la teoría de la infección, y esa es la razón por la que la *Bestia*, su docencia y su prensa han estado muy interesadas y empeñadas en que todo el mundo, todos los escolares y todos los universitarios conozcan y hayan oído hablar mucho de Louis Pasteur, Robert Koch o Fleming; se han preocupado de que en nuestras ciudades haya calles y avenidas que lleven los nombres de estos creadores y difusores de la paranoia hacia nuestros microbios, pero, por el contrario, de que nadie, ni siquiera los estudiantes de medicina, conozcan a Lederberg ni a Antoine Béchamp, ni a Claude Bernard, ni a Linus Pauling…, ni a muchos otros médicos y microbiólogos que a lo largo del siglo XX describieron la existencia de nuestra microbiota, y que escribieron trabajos y artículos sobre el carácter inofensivo e incluso beneficioso y simbionte de nuestros microbios. En este sentido, hay que dejar bien claro, para que el lector lo sepa, que, aunque el microbioma y la microbiota humanos fueron descritos de manera metódica y exhaustiva por Lederberg a finales de los 50, eran una realidad perfectamente conocida por muchos médicos y estudiantes desde hacía décadas. El carácter inofensivo y simbionte de nuestros microbios era conocido desde los primeros años del siglo XX, como vamos a explicar, porque los primeros disidentes de la teoría de la infección y los primeros conocedores de la existencia de la microbiota humana aparecieron, precisamente, entre los médicos y estudiantes de la época en que la C.C.I.

comenzó a dar premios internacionales cada año a los creadores de la paranoia con el fin de implantarla de forma mayoritaria entre los médicos y en la sociedad, y de esa manera poder iniciar el fraudulento y falaz negocio de vender inmunidad.

El lector y los estudiantes de medicina deberían saber que a principios del siglo pasado, cuando hacía ya 30 o 40 años desde que se había presentado la mentira de la teoría de la infección y la *Bestia* y su industria estaba llevando a cabo su empeño de imponerla como una realidad totalmente establecida entre la clase médica, resultó que, debido a la novedad que suponía el hallazgo histórico de los microbios en el mundo de la biología, se empezaron a inaugurar laboratorios de microbiología por todos los países y se dotaron a todas las facultades de medicina de Occidente de los hasta entonces escasos y primitivos microscopios, que capacitaron, desde entonces, a los curiosos biólogos, médicos y estudiantes para explorar ese nuevo y fascinante mundo que ofrecía un ancho horizonte de nuevos descubrimientos.

Debido a la sencillez del método de cultivo de gérmenes, muchos médicos y estudiantes de medicina y biología tuvieron acceso relativamente rápido (diez o quince años después de que se presentara la teoría de la infección) al estudio de los microbios humanos por primera vez. Algunos de esos estudiantes y médicos se percataron rápidamente de la falsedad de la incipiente teoría que acusaba a los gérmenes de producir enfermedades y ser agresivos; ¿cómo se dieron cuenta tan rápidamente?... Pues porque es muy fácil y sencillo y los propios estudiantes, en las mismas prácticas de laboratorio, pudieron comprobarlo, puesto que tomaron muestras a sanos y a enfermos, realizaron cultivos y vieron con sencillez, ya en las primeras pruebas, que esas bacterias o microbios a los que se acusaba de producir enfermedades infecciosas vivían con

nosotros y dentro de nosotros, tanto en estado de enfermedad como en el de salud total. Por tanto, no eran un peligro, no eran una amenaza, sino que estaban ahí porque viven con nosotros desde siempre y para siempre, en la salud y la enfermedad, en la riqueza y la pobreza, de fiesta o de entierro… Viven con nosotros y forman parte real de nuestra naturaleza y realidad biológica, exactamente igual que los animales, arbustos y árboles forman parte de la naturaleza y la realidad de las montañas; por tanto, es imposible infectarse de ellos entre nosotros, puesto que cada cual tiene sus numerosos gérmenes formando su propia microbiota; en todo caso, lo único que puede acontecer entre humanos es un intercambio inofensivo, permanente e inevitable de gérmenes entre personas que tengan contacto.

Con estas evidencias, que, repetimos, se podían comprobar en las mismísimas clases prácticas de los laboratorios en las facultades de medicina de la primera mitad del siglo XX, algunos médicos e incluso estudiantes corrieron llenos de ingenuidad a publicar y enseñar al resto de compañeros y profesores lo que habían comprobado en sus primeros cultivos de gérmenes: todos los microbios que supuestamente causaban aquellas enfermedades anunciadas por algunos médicos industriales y la prensa, en realidad, no eran seres alienígenas y agresivos sino que estaban presentes en todos los humanos y eran inofensivos.

Creyeron que era muy importante que esa buena noticia sobre la nula agresividad de nuestros microbios la conociera el resto de estudiantes y médicos, y desde luego que lo era, porque si se hubiera tenido en cuenta se habría puesto fin, hace ya más de cien años, a la paranoia irracional hacia nuestra propia microbiota y se hubiese suprimido de manera total el consumo y distribución entre la población de los primeros productos industriales, productos muy tóxicos desde el principio, que se administraron para destruir a esos microbios que viven en

nuestro interior en perfecta y sana simbiosis. La *Bestia* y su industria farmacéutica no habrían tenido la oportunidad de iniciar la venta de la supuesta y quimérica inmunidad y no habría acontecido el nacimiento de la medicina industrial.

Aquellos **doctores nadie** de la primera parte del siglo pasado quisieron advertir del grave error que se estaba cometiendo pero, como le ocurrió a este doctor nadie autor de este ensayo, perdieron su ingenuidad de golpe al comprobar que sus observaciones y descubrimientos sobre el verdadero sentido biológico de nuestros gérmenes no eran atendidos ni valorados por la docencia ni la prensa de la *Bestia* y su C.C.I., que, además, les dejó bien claro que ellos eran unos perfectos doctores nadie; por eso en la actualidad nadie conoce sus nombres, ni siquiera los estudiantes de medicina, puesto que nadie nunca les habló de ellos ni de sus trabajos, observaciones, artículos e informes de laboratorio que discrepaban, con la verdad de los hechos, de la mentira de la teoría de la infección que predicaba la C.C.I. de forma dogmática.

Nosotros hemos escrito este ensayo para decirle *la verdad que cura* al lector. Para que sepa que, durante todo el siglo XX, existieron doctores nadie que se opusieron a *la mentira que mata*, al fraude médico y a la iatrogenia que se iniciaba, y lo hicieron con datos y observaciones objetivas que ellos habían obtenido con facilidad en las mismísimas clases prácticas y en los primeros métodos de sembrar y cultivar gérmenes. A diferencia de los doctores famosos que afirmaban la agresividad de nuestros microbios creando la paranoia a los microbios, estos doctores nadie nunca recibieron un solo premio, nunca tuvieron reconocimiento oficial; de hecho, no salen en los libros de historia que manejan los escolares, la prensa ni siquiera les nombró jamás y no tienen calles y avenidas que lleven su nombre. Fueron relegados al silencio y al olvido por la sencilla

razón de que sus hallazgos no asustaban a nadie, no podían servir para el negocio del miedo que recién se iniciaba, y tampoco pretendieron vender, ni vendieron, ninguna patente industrial; nunca fueron reconocidos por descubrir *la verdad que cura*, y por eso nadie les conoce.

A la *Bestia* y su C.C.I., que estaban construyendo *la mentira que mata* con la prometedora y próspera teoría paranoica de la infección, no les interesaba para nada el trabajo de esos científicos que afirmaban la buena noticia de que nuestros microbios son inofensivos. A la medicina industrial no le gustaban las buenas noticias sobre la posible función benéfica y simbionte de la microbiota humana, no quería que desapareciera la paranoia, no le interesaba que desapareciera el terror. Si era refutada la teoría de la infección, la C.C.I. y su floreciente industria perderían el gran prestigio que habían adquirido en pocos años, presentándose como las salvadoras del mundo contra los microbios; y, lo que es peor, desaparecería el terror a la muerte, que era la mayor motivación para consumir los productos médico-industriales, esos elixires de inmunidad que estaban fabricando y vendiendo masivamente a una población completamente convencida del peligro de muerte que suponían los recién aparecidos gérmenes o microbios.

Eso fue en los inicios de este gran negocio fraudulento y, como puede imaginar el lector, en el momento actual, una vez creado, agrandado y estabilizado todo este gran poder industrial, económico, académico y mediático del que disponen la *Bestia* y su industria, no están dispuestas a perderlo y no lo van a consentir; para eso han puesto en marcha una inquisición despiadada contra todo aquel médico, biólogo o periodista científico que pregone la verdad y ose poner en duda la gran mentira que mata y que, sin embargo, tanto necesita para vender sus productos, presentarse como salvadora del mundo y

seguir con el gran negocio del miedo. La *Bestia* y su C.C.I. harán todo lo posible para acallar la verdad que cura, para ocultar que esa microbiota, esos microbios nuestros, no son ni han sido nunca la amenaza que durante más de cien años han estado diciendo que eran.

La *Bestia* domina la prensa, la política y la docencia de Occidente y, por ello, su poder de mentir y de disimular la verdad es grande y lo han conseguido hasta la fecha, pero no podrá impedir que médicos con verdadero instinto y consciencia, buscadores de la verdad y la bondad, los doctores nadie de todos los tiempos, tarde o temprano, aquí y allá, ayer, hoy y mañana... lleguen a conocerla. Y cuando lo hagan, si son médicos auténticos, tendrán la necesidad emocional y el deber moral de proclamarla para cumplir su cometido existencial: curar las enfermedades y velar por la salud de la gente. Estos médicos honrados y auténticos han existido durante toda la historia de la infección y, aunque fueron mayoría hasta la primera mitad del siglo XX, en la actualidad todos ellos son tenidos por doctores nadie y no tienen la menor influencia en la ciudadanía ni, mucho menos, en los círculos académicos. Pero existen. En la actual realidad paranoica impuesta por la única medicina oficial ejercen su oficio y función de manera casi clandestina y a veces en contra de la ley, es decir, jugándosela. Son médicos que anuncian *la verdad que cura*, aunque son muy pocos y están en grave peligro de extinción ante la persecución de la *Bestia*.

CAPÍTULO 9.
FRAUDE Y MANIPULACIÓN EN LAS AULAS

BORRAR LA MEMORIA Y PROGRAMAR LOS NUEVOS CEREBROS

Para el mantenimiento del mito recién creado de la teoría de la infección entre la clase médica, es decir, para seguir con el próspero negocio de la venta industrial de inmunidad, ha sido necesario que la *Bestia* y su C.C.I. hayan manipulado durante todo este tiempo y hasta límites insospechados la formación científica que han impartido a los y las aprendices de médico desde los años 50 hasta hoy. Este médico que escribe, al recordar su época de estudiante desde la perspectiva que le proporcionaba el tiempo de exilio y, sobre todo, libre ya de ingenuidad por haber conocido a la *Bestia*, comprendió que, efectivamente, su educación como médico en los años 70 y la de todos los de su generación y posteriores había sido y seguía siendo manipulada. Podemos explicar al lector que, con el tipo de información distorsionada que se imparte en la facultad hasta el día de hoy, los estudiantes no pueden ser conscientes de que se les oculta el conocimiento de la microbiota humana y, por ello, ha sido posible mantener en vigencia, y sin posibilidad de discutirla, una teoría médica totalmente **falsa, obsoleta y superada**, desmentida por la propia realidad científica y por muchos microbiólogos anónimos a lo largo de todo el siglo XX.

Los médicos actuales que conocen la existencia y naturaleza de la microbiota y que, por tanto, no creen en las enfermedades que se le atribuyen son, como decimos, bastante escasos; pero el lector debería saber que la mayoría de los catedráticos y médicos en activo de la primera mitad del siglo XX sí conocían,

perfectamente, la existencia de la microbiota, aunque todavía no la llamaran así; por ello, aunque le parezca sorprendente al lector actual, hasta la Segunda Guerra Mundial la mayoría de ellos eran conocedores del carácter inofensivo de nuestros gérmenes y, por eso, se opusieron frontalmente a la teoría de la infección y al consumo ilusorio y falaz de inmunidad industrial, consumo que la *Bestia* y su C.C.I. proponían con insistencia por medio de una gran presión publicitaria a través de la prensa y con la concesión de muchos premios internacionales a los médicos que insistían en el peligro que representaban los microbios. Toda esta propaganda fue ganando terreno lentamente para poder implantar la mentira o falso mito de la nueva teoría de la infección y poder iniciar, así, el gran negocio del miedo a nuestros propios gérmenes, que triunfó, de manera definitiva, a partir de los años 50 del siglo pasado.

Hay que agradecer a los mayoría de médicos de la primera mitad del siglo XX esa actitud empecinada en contra de la utilización de vacunas y químicos para combatir a nuestros propios microbios que proponía la incipiente medicina industrial. Esta posición contraria a la teoría de la infección protegió a gran parte de la población de esa época de la incipiente iatrogenia industrial y la libró de convertirse masivamente en una población de cobayas humanos, como ocurriría después. Hasta esas fechas, la sociedad occidental todavía estaba formada por humanos naturales sin conservantes ni colorantes, que de una manera mayoritaria nunca habían sido vacunados de nada ni tomaron antibióticos, ya que sus médicos no creían en la teoría de la infección ni tampoco que fuese posible otorgar inmunidad industrial a los seres humanos, por mucho que estos la desearan.

Pero el lector quizá se pregunte… ¿cómo se ha podido ocultar la existencia de la microbiota humana en los últimos 60 años?

¿Cómo ha podido desaparecer la opinión mayoritaria de los médicos de la primera mitad de siglo que conocían la naturaleza pacífica de nuestros gérmenes? ¿Cómo y por qué ha terminado dominando totalmente la visión paranoica sobre la visión más real, es decir, la de que nuestros microbios viven en nosotros en simbiosis armónica? ¿Cómo ha sido posible mantener esa gran mentira durante tantos años?

En realidad, la respuesta a todas estas preguntas lógicas ya se ha planteado de forma general en los anteriores capítulos, pero quizá es apropiado profundizar ahora un poco más: como dijimos, la C.C.I. y su docencia han hecho todo lo posible, manipulando la enseñanza en la facultad, para ocultar una realidad biológica perfectamente conocida por los médicos de la primera mitad del siglo XX, la noción de que nuestros gérmenes son inofensivos y viven en simbiosis con nosotros mismos.

Para explicar al lector cómo ha sido posible, vamos a relatar cómo fue y sigue siendo en la actualidad la docencia de los aprendices de médico. El autor de este ensayo y sus compañeros de promoción, al llegar al tercer curso de carrera, se encontraron con una curiosa asignatura que formaba parte del programa lectivo de ese año: historia de la medicina. Una asignatura sin contenido técnico ni biológico, pero que tenía sentido teórico e intelectual y, desde luego, sentido histórico. Durante décadas, la historia de la medicina de Occidente estuvo en uso en el programa oficial de estudios de medicina como asignatura que tenía el propósito de explicar el pensamiento teórico y los métodos de los médicos de la antigüedad y sus escuelas (Hipócrates, Galeno, Dioscórides, Avicena, Maimónides…), sus puntos de vista sobre la salud y la enfermedad, sus técnicas médicas y quirúrgicas y sus puntos de vista sobre los distintos aspectos. Todo este conocimiento histórico se consideraba importante para la preparación intelectual de los aprendices de

médico hasta los años 50, pero a partir de entonces se suprimió la enseñanza lectiva de historia de la medicina, aunque, extrañamente, las cátedras de esta asignatura no desaparecieron de la facultad y todavía existen en todas las facultades de medicina de España.

Los estudiantes valencianos de los años 70, desconocedores de esa extraña circunstancia, cuando acudimos a la primera clase nos llevamos una sorpresa que, en principio, nos resultó bastante simpática: el mismísimo catedrático Dr. José María Piñero en persona vino a comunicarnos que nos "amnistiaban" o nos "dispensaban" a todos los estudiantes del esfuerzo de preparar la asignatura de historia de la medicina, y que la razón de ello era que no se iban a impartir clases ni se iban a hacer exámenes de ella al final de curso, ya que se daba como aprobada en todos los currícula de los alumnos; y que, como la teníamos aprobada por "la cara", deberíamos aprovechar el tiempo que se nos regalaba y utilizarlo para preparar el duro programa lectivo que tenía el resto del curso que acabábamos de empezar. "¡Qué maravilla!", pensamos todos los educandos, pues se nos aprobaba una asignatura por nuestra cara bonita, sin tener que dedicarle ningún esfuerzo y, además, a principio de curso; ¿quién podría tener problema con ello? Como aplicados educandos que pretendíamos ser, aceptamos con confianza aquel "regalito" que nos hacían y, efectivamente, llenamos el tiempo que deberíamos haber dedicado a la curiosa asignatura extrañamente amnistiada con otros menesteres.

En aquel momento, como ingenuo estudiante, me alegré de que me aligerasen la carga de estudio, pero no comprendí ni me pregunté cuál podría ser la razón de que existieran cátedras de historia de la medicina en todas las facultades de medicina, si resultaba que esta asignatura no era obligatoria ni tenía ningún tipo de interés académico. Sabía, sin embargo, que, en décadas

anteriores a nuestra época de estudiantes en los años 70, sí que se impartían clases de historia. ¿Qué pasaba, entonces? ¿Por qué, de repente, no interesaba la historia en esa época nuestra?

La resolución del misterio se me hizo evidente muchos años más tarde, cuando ya tenía consciencia de la existencia de la *Bestia*. Efectivamente, desde mi exilio y ya sin ingenuidad, comprendí cuál era la intención oculta y espuria de habernos suprimido esta asignatura: impedir que los estudiantes tuviéramos la menor noticia de los fuertes debates y enfrentamientos académicos que se habían producido entre aquellos dos grupos de médicos a principios del siglo XX: los que negaban la teoría de la infección en contra de los que la afirmaban.

Suprimiendo la asignatura de la historia de la medicina, la *Bestia* y su docencia médica consiguieron que los estudiantes ignoraran las opiniones de eminentes médicos de finales del siglo XIX y principios del XX, como Rudolf Virchow, premio Nobel y padre de la teoría celular; Claude Bernard, catedrático de fisiología de París e introductor a la medicina experimental; el Dr. Antoine Béchamp, catedrático de biología; el Dr. Linus Pauling, premio Nobel de Bioquímica; el Dr. Brewer, catedrático de patología; el Dr. Otto Warburg, Nobel de Medicina... Todos ellos muy conocidos y admirados por profesores y alumnos de mi propia época, se opusieron con razones contundentes y científicas a las opiniones de Louis Pasteur (que además no era médico) y Robert Koch, grandes comerciantes e industriales (propietarios de las patentes de sus vacunas, las cuales les produjeron pingües beneficios), que defendían la novedosa y falaz opinión de que nuestros microbios eran agresivos y los causantes de las enfermedades infecciosas.

Al suprimirse aquella asignatura, los estudiantes valencianos de después de los años 50 nunca supimos que eminentes

catedráticos de nuestra propia facultad como el Dr. García Moliner y el Dr. Juan Bautista Peset y Vidal, entre otros muchos catedráticos españoles de esa época, habían escrito artículos criticando la utilización de vacunas y refutando la opinión de que nuestros microbios fueran productores de enfermedades[36]. Nunca supimos de las opiniones de estos médicos que se oponían a la teoría de la infección porque, simple y llanamente, nuestros profesores de historia de la medicina nunca nos impartieron clases y jamás hablaron de ellos ni de sus enfrentamientos con los creadores de la novedosa paranoia a nuestros microbios. Nunca nos contaron que, en Europa, la mayoría de médicos y catedráticos de la mayor parte de las facultades de medicina y biología se oponían a la novedosa, y tan interesante para la industria, teoría de la infección. Nada supimos de los debates y enfrentamientos entre médicos que habían tenido lugar unas pocas décadas antes.

Años más tarde, cuando ya conocía a la *Bestia* y sus intenciones y comprendí el verdadero sentido de aquel "regalito" que nos hizo más fácil el tercer curso académico, entendí que se nos había ocultado algo de suma importancia para la formación veraz y objetiva de los estudiantes de medicina[37]. La supresión "de facto" de esta asignatura desde los años 50 y 60 tenía entonces y tiene ahora el propósito claro de ocultar unos hechos históricos de la reciente historia de la medicina que, si hubieran sido conocidos por los propios estudiantes, por lógica y necesariamente les habría llevado a debatir y a cuestionar la teoría de la infección; por tanto, está claro que para imponer la falsa idea de la agresividad de nuestros microbios era capital que los estudiantes no tuvieran noticia alguna de ellos.

Hemos escrito este ensayo para llevar la atención del lector a la realidad que él mismo puede comprobar, buscando a los autores mencionados a través de internet y confirmar que la

mayoría de médicos anteriores a la Segunda Guerra Mundial conocían y consideraban que nuestros microbios eran benéficos para nosotros y vivían en simbiosis mutuamente beneficiosa. No los consideraban entes peligrosos y alienígenas ni les hacían responsables de enfermedades mortales, y, de forma casi unánime, la mayoría estaba de acuerdo con la sentencia del Dr. Claude Bernard que afirmaba: "**en la salud y la enfermedad, el microbio no es nada; lo importante es el equilibrio del medio interno**". Algunos biógrafos de Pasteur han dejado escrito que este doctor en química, y no en medicina, admitió en su lecho de muerte que Claude Bernard tenía razón y que, en realidad, el microbio no era nada y lo importante era el estado del medio interno o "el terreno".[38]

También hemos realizado este trabajo para denunciar que a la *Bestia* y su docencia médica no le interesaba que se supiera nada del verdadero sentido biológico de esos seres microscópicos que viven en nuestro interior, puesto que la verdad les habría impedido hacer el gran negocio que han hecho; por esa razón, ni este médico que escribe ni sus compañeros de promoción ni los que vinieron después tuvimos la más mínima oportunidad de saber que grandes médicos a los que admirábamos y la mayoría de catedráticos de todas las universidades de Europa se opusieron con ferocidad y con datos científicos a la teoría de la infección y a la introducción de las vacunas en la medicina anterior a los años 50.

Si a los estudiantes no nos hubiesen secuestrado **la memoria histórica** con ese regalito de aprobarnos la asignatura sin estudiarla, podríamos haber leído a esos maestros de medicina que se oponían a la teoría de la infección y conocido sus razones; habríamos discutido y comparado sus conocimientos con lo que se nos enseñaba en las clases teóricas sobre los microbios. Si hubiésemos sabido que se conocía la existencia de la microbiota

humana desde hacía décadas o, al menos, nos hubiesen informado de que al Dr. Joshua Lederberg le habían concedido el Nobel en 1958 por descubrirla y mostrar que nuestros microbios tenían una función de simbiosis, quizás nos habríamos abstenido de intoxicar a nuestra población con productos industriales antisépticos y antibióticos, no hubiéramos vacunado a nadie ni creído en la paranoia tóxica que la medicina lleva practicando desde hace más de 60 años.

La supresión de la historia de la medicina, ese apetitoso regalo que la *Bestia* hizo a los estudiantes, era otro "lobo vestido con piel de cordero" que les ha producido una laguna de memoria, una amnesia planificada de manera descarada, imposibilitando el acceso al conocimiento de la existencia y el verdadero sentido biológico de nuestra microbiota humana; como consecuencia de ese secuestro de la memoria, se han convertido en distribuidores comerciales de la floreciente industria farmacéutica y, gracias a esa colaboración, se ha podido mantener en el tiempo la lucrativa teoría de la infección, un negocio satánico que ha supuesto la iatrogenia despiadada de toda la población de la "sociedad del bienestar".

UNAS CLASES DE PRÁCTICAS MUY "PELIGROSAS"

Dentro de ese plan de manipulación y distorsión de la docencia médica introdujeron otra estratagema, otro "apaño" en la dinámica lectiva de los estudiantes de medicina de mi generación y generaciones posteriores hasta nuestros días. Nos hicieron otro "regalito" y para ello se suprimieron, dándose también por aprobadas, las clases prácticas de siembra y cultivo de gérmenes que se habían realizado en las aulas durante todas las décadas anteriores a los años 50 y en todas las facultades de

medicina de Europa; se suprimieron porque, como ya hemos contado, esas prácticas de siembra y cultivo fueron la causa que permitió a los alumnos de aquel tiempo conocer la realidad evidente de que todos poseemos, en estado de salud perfecta, todas las especies de microbios que, en las clases teóricas, estaban siendo acusados de producir enfermedades; y cuando decimos todas las especies de microbios queremos decir ¡todas!; también las que supuestamente causan la difteria, la meningitis, el cólera[39], la tuberculosis[40], la peste… ¡Todas!

La excusa que nos dieron para evitar o impedir que tuviéramos las clases prácticas de siembra y cultivo de gérmenes fue el supuesto peligro de infección entre los alumnos y para evitar la posible propagación entre la ciudadanía de enfermedades contagiosas; eso se nos dijo a los estudiantes que nos atrevimos tímidamente a solicitarlas. Ante semejante peligro con el que nos amenazaba la autoridad académica, aceptamos la orden por prudencia y confianza, y creímos lógico renunciar a la “peligrosa” manipulación directa de los gérmenes, dando por válidas las precauciones que nos pedían; por eso, ninguno de nosotros (médicos españoles en activo desde hace más de 70 años) tuvimos experiencia, ni poca ni mucha, en técnicas de siembra y cultivo de gérmenes; tampoco tuvimos nunca la oportunidad de cultivar nuestros propios microbios, como sí lo habían hecho los estudiantes de la primera mitad del siglo XX. Con la eliminación de las clases prácticas de siembra y cultivo, se nos privó descaradamente de saber, por nosotros mismos, que nuestros microbios son inofensivos, forman parte de nuestra realidad biológica y no nos causan ni pueden causarnos ningún tipo de enfermedad.

Desde entonces, toda la experiencia que tienen los estudiantes sobre nuestros gérmenes o microbios se obtiene por medio de fotografías, de preparaciones microscópicas

montadas previamente, imágenes de videos, dibujos, maquetas... que los profesores de microbiología les muestran; eso sí, añadiendo el mensaje verbal de que esas bacterias son, sin ninguna duda, productoras de las enfermedades correspondientes. Los aprendices les creíamos con toda la confianza, asentíamos y asimilábamos aquellas mentiras que los docentes de microbiología, verdaderos cómplices de la *Bestia*, nos ofrecían; falacias que se han seguido administrando de generación en generación hasta la de los actuales aprendices de médico, que creen, asienten y asimilan la misma formación falaz y distorsionada sobre la falsa agresividad de nuestros microbios.

Como había ocurrido con la asignatura de historia de la medicina, agradecimos que nos aligerasen la carga lectiva y celebramos que nos aprobaran por la cara las clases prácticas de microbiología, puesto que a nadie le amarga un dulce y confiábamos ciegamente en los "docentes" de la facultad.

Este doctor nadie, años después, al componer el puzle de sus recuerdos de estudiante, se percató de que la simpática y supuestamente prudente supresión de esas clases prácticas era totalmente imprescindible para que los estudiantes desconocieran la existencia de la microbiota humana y siguieran creyendo en la mentira de la teoría de la infección. Comprendió que la C.C.I. y su docencia sabían que precisamente las clases de siembra y cultivo de gérmenes habían hecho posible que casi todos los estudiantes y médicos de décadas anteriores a los años 50 se percatasen con extrema facilidad de que nuestros gérmenes son inofensivos, viven en carácter de simbiosis con los humanos y forman la microbiota.

Como consecuencia de ese nuevo secuestro de conocimiento y de esa mentira que mata, los estudiantes de mi generación y posteriores hemos pasado toda una larga vida de médicos recetando y aplicando, sobre nosotros y sobre los demás,

cantidades industriales de productos tóxicos con el fin de acabar con nuestra propia microbiota y, como resultado de esa conducta médica, hemos producido la mayor iatrogénesis de la historia de la medicina sobre nuestra propia población. El secuestro de la memoria histórica, del conocimiento y de la experiencia real y directa en los educandos en medicina desde los años 50 hasta nuestros días ha posibilitado la permanencia e, incluso, el carácter de dogma de una teoría paranoica y obsoleta.

Afortunadamente, esa carencia en la memoria y en el conocimiento práctico que sufren las generaciones de médicos de los últimos sesenta años se puede reparar de una manera muy fácil y sencilla, porque parte de la solución la estamos proporcionando en este ensayo, donde damos datos que se pueden comprobar aunque no se sea médico ni estudiante; la información que damos sobre el conocimiento de la existencia del microbioma desde principios del siglo XX está al alcance de todos en enciclopedias, hemerotecas o por medio de internet, donde se pueden encontrar publicaciones de la época, como por ejemplo las opiniones del Dr. Claude Bernard, o confirmar la concesión del premio Nobel al Dr. Joshua Lederberg en 1958 por el descubrimiento y descripción de la microbiota.

Por otra parte, el secuestro del conocimiento práctico de siembra y cultivo de gérmenes al que fuimos y son sometidos los estudiantes es, todavía, más fácil de solucionar para médicos, estudiantes, biólogos o naturalistas, incluido el lector más lego en estas técnicas, porque la siembra y cultivo de gérmenes es muy sencilla y fácil de hacer; tan fácil, sencilla e inofensiva que el lector podría llevarla a cabo en su propia casa: basta con obtener placas de cultivo que venden laboratorios especializados y/o por internet[41]; sobre esas placas de cultivo se puede esparcir el aliento o pasar suavemente los dedos, los cabellos o cualquier

otra parte del cuerpo; finalmente, hay que tapar la placa y ponerla en una estufa de laboratorio a unos 30° C, o, como lo ha hecho tantas veces el autor de este ensayo, en un rincón de la cocina si es pleno verano; si lo hace así, el lector o lectora podrá ver que, a los pocos días, aquellas placas de cultivo están llenas de manchas de diversos colores; esas manchas de colores son las diversas colonias que han formado sus microbios, y lo que aparece sobre las placas de cultivo es con toda propiedad el aspecto de su propia microbiota.

Si, además, dispone de un buen microscopio y los observa y compara con fotografías que puede encontrar en enciclopedias, en atlas de microbiología o en internet, se encontrará con que son los mismos gérmenes que han sido identificados como patógenos por la C.C.I., es decir, se encontrará con los famosos estreptococos, estafilococos, bacilos de la difteria, bacilos de la meningitis, de la tuberculosis..., ya que todas las personas sanas poseemos cientos de familias de estos gérmenes. Son los mismos que durante décadas han sido acusados de producir esas “graves”, “temibles” y “famosas” enfermedades que han llenado de historias de terror y muerte los noticiarios de la prensa a lo largo de todo el siglo XX y que, además, forman parte del entramado de numerosas películas y novelas que han sembrado el pánico a nuestros microbios durante más de cien años.

En cuanto a la excusa que se nos daba a los estudiantes para no impartir clases prácticas de siembra y cultivo aludiendo al peligro de contagio y epidemia, como todo lo demás, fue otra gran mentira para manipular nuestra información; la práctica de siembra y cultivo de gérmenes es tan inofensiva que hace unos meses, en el telediario de la mismísima primera cadena estatal de TVE, emitieron el reportaje de una pintora alemana o austríaca que utilizaba una técnica pictórica novedosa y original

basada, precisamente, en la simpleza de la técnica de siembra y cultivo de gérmenes, técnica que, sin embargo, teníamos y todavía tienen prohibida los estudiantes de medicina desde los años 50. Esta original pintora realiza cuadros sobre lienzos impregnados de material de cultivo y logra "pintarlos" tumbándose desnuda sobre ellos, exponiendo una zona de su cuerpo o esparciendo su aliento; al cabo de unos días aparecen figuras aleatorias y coloridas, de formas irreales y oníricas. El reportaje de tv mostró, sin ninguna medida preventiva ni aséptica, una exposición pública de ese tipo de arte a la que acudieron miles de personas sin mascarillas ni guantes y sin ninguna medida especial de asepsia, y nunca se supo de que algún curioso visitante se hubiese contagiado.[42]

Si los médicos y estudiantes formados en la segunda mitad del siglo XX hubiésemos conocido esta realidad, observable de una forma tan simple que a manera de "noticia curiosa artística original" nos mostraba la tv pública hace unos meses, no se nos habría ocurrido recetar antibióticos y antisépticos para matar a nuestros microbios, no habríamos puesto vacunas a los niños y niñas, no nos habríamos convertido nosotros y a los demás en cobayas. Pero a causa de todos estos trucos no tuvimos oportunidad, no tuvimos opción, fuimos engañados sin misericordia, se nos ocultó la verdad y nos secuestraron la memoria. Con nuestro "conocimiento" distorsionado, aceptamos y hemos practicado, durante nuestros años de ejercicio de la medicina, una obsoleta teoría que muchos de nuestros antepasados médicos de principios de siglo ya habían demostrado que era falsa.

El autor de este ensayo recibió la misma educación médica falaz y manipulada que nos dieron a todos y no fue consciente de ello hasta encontrarse con el fraude del sida. Aquel encuentro con la *Bestia*, que le obligó a exiliarse en un tiempo sabático, le

proporcionó la ocasión para recordar y reflexionar, y esas reflexiones le dieron la oportunidad de rememorar la manera en que la C.C.I. y su docencia médica estaban al servicio de aquella y le habían engañado cuando era un aprendiz de médico. Si nadie pone remedio, seguirán preparando a los médicos y médicas de este nuevo siglo XXI con la idea paranoica de que hay que luchar contra nuestra propia microbiota con productos industriales tóxicos. Si los aprendices y médicos actuales no tienen la oportunidad de enterarse de la existencia del microbioma humano y siguen recetando medicación tóxica, seguirán creando la mayor situación de iatrogenia de la historia.

CAPÍTULO 10.
EL INICIO DE LA IATROGENIA TOTAL

LOS VIRUS Y EL TRIUNFO TOTAL DE LA PARANOIA

Hasta aquí, querido lector o lectora, hemos relatado quién, cómo y por qué se creó la teoría de la infección como un hito en la historia de la medicina y se ha impuesto como un mito dogmático e indiscutible a pesar de ser una teoría completamente falsa que ha desplazado a la realidad biológica de nuestra microbiota. También hemos explicado las razones industriales que motivaron ese gran fraude y lo han mantenido en el tiempo dando nacimiento a la medicina industrial y al gran negocio de las multinacionales farmacéuticas.

Hemos explicado que la *Bestia*, su medicina industrial y su C.C.I. tomaron la autoridad indiscutible y la dirección de la salud de una manera definitiva y total en las décadas de los 50 y 60 del siglo pasado, y que impusieron la paranoia contra nuestra microbiota como pensamiento único y el consumo de medicación tóxica como práctica universal contaminando masivamente a la población con la excusa del peligro que representaban nuestras bacterias. En ese tiempo, además, acontecieron otros hitos "honestamente" dirigidos y controlados por la medicina de la *Bestia* que consiguieron elevar al máximo grado el sentimiento general de miedo paranoico a los "microbios" entre la población; como consecuencia de esa "amplificación" del miedo, se agrandó al máximo el negocio y el éxito económico de toda la industria farmacéutica, como era lógico esperar. Con el poder del dinero y los beneficios obtenidos, la medicina industrial se consolidó definitivamente en

el dominio absoluto de la dirección y el control de la política de la salud y de la docencia e, incluso, se llegó a manipular la legislación para que nadie pudiera discutir su doctrina **dogmática, única y obligatoria** para todos, como estamos comprobando con el histórico "arresto domiciliario" sumarísimo que padecemos los ciudadanos de muchos países considerados democráticos y donde se presume de respetar los derechos fundamentales de los ciudadanos. Como resultado de todo este abuso masivo y dictatorial, tanto el volumen del negocio como el grado de iatrogénesis sobre la población han alcanzado los altos niveles que tienen en la actualidad en la "sociedad del bienestar".

Seguramente, a estas alturas del ensayo, al lector ya no le quedan dudas de que el miedo a la infección o el miedo a los microbios ha sido y es una realidad totalmente asumida por el "consciente colectivo" que ha marcado gran parte de su propia vida cotidiana a todos los niveles y desde la más tierna infancia, y tendrá consciencia de que esa "cultura" del miedo a los microbios le ha hecho consumir toda clase de vacunas, antisépticos, antibióticos, sueros o desinfectantes. Esa educación familiar paranoica ha condicionado su vida y ha sido un elemento clave e imprescindible tanto en la creación como en el mantenimiento en el tiempo, generación tras generación, de toda esta mentira que mata que es la teoría de la infección. Pues bien, una vez creada esa novedosa y falsa teoría, introducida en la mente de la población como dogma indiscutible de la única medicina, y asegurada la formación de los aprendices de médico como adeptos a la "innegable" y "demostrada" agresividad de nuestras propias bacterias, la *Bestia* creyó que el mercado del miedo y la paranoia a los seres microscópicos se podía aumentar hasta límites insospechados si se ampliaba la mentira que mata y el terror.

Veamos cómo pudieron la *Bestia*, su C.C.I. y su prensa multiplicar la intensidad del miedo en la “sociedad del bienestar” justo antes de que la población actual se convirtiera de una manera total en una población cobaya integral por primera vez en su historia:

Ocurrió que a mitad de los años 40 la tecnología había introducido el microscopio electrónico en la práctica médica y este hito tecnológico había permitido ver en los tejidos de la planta del tabaco unas partículas subcelulares que parecían tener algún tipo de vida; se habían observado antes de forma más rudimentaria, pero fue en esta fecha cuando se les vio con el microscopio electrónico y se les bautizó con el nombre de virus. Eran mucho más pequeños que las células y que las bacterias, estaban compuestos por ADN, ARN, lípidos y proteínas, y se observó que todas estas sustancias eran similares e incluso iguales en su composición química a las que poseían todas las células y todas las bacterias conocidas. Esas partículas más pequeñas que las bacterias que había hecho visibles el microscopio electrónico eran algo desconocido hasta la fecha y, rápidamente, la “bienintencionada” y “honorable” *Bestia* y su C.C.I. no tardaron nada en ponerles el inquietante nombre de virus, puesto que creyeron que eran tiempos propicios para ampliar y afianzar la paranoia definitivamente. Por ello, médicos y ciudadanos fueron adecuadamente informados de que esos nuevos invitados que se acababan de descubrir, y de los que no se sabía nada todavía, eran, sin ninguna clase de duda, muy peligrosos y había que defenderse de ellos, costara lo que costara, con nuevos productos industriales.

La historia se repetía como en el siglo XIX, cuando las bacterias o microbios bacterianos se hicieron visibles en el microscopio óptico, solo que a esas alturas, años 50 del siglo XX, apenas quedaban médicos que se mantuvieran disidentes de la

teoría de la infección. Pero, aunque ya casi no quedaran médicos disidentes, quedó alguno todavía que, tímidamente, propuso unas cuantas posibilidades reales para poder explicar la realidad biológica de esas nuevas partículas subvitales que había hecho visibles el microscopio electrónico; dado que la composición química de los recién descubiertos virus era igual a la de las células y bacterias, algún médico con sentido lógico se preguntó: ¿podrían esos virus ser partículas formadas por restos de sustancias intracelulares que la célula estuviese eliminando? ¿Podrían ser mensajes o intercambios intercelulares de material genético? ¿Podría tratarse de estructuras de ADN y ARN utilizadas en un momento de síntesis proteica y desechadas al acabar el proceso? ¿Esas partículas de ADN o ARN recubiertas de lípidos y proteínas iguales a las de las propias células, podrían ser el resultado de una limpieza, depuración o renovación de material intracelular de esas propias células?

Por supuesto que estas preguntas no han sido investigadas ni poco ni mucho, pues, como hemos explicado al lector, la C.C.I. y su docencia[43] no está interesada en el conocimiento en sí del cosmos y en la verdadera naturaleza de los fenómenos naturales, y la única explicación que le interesa, por ser rentable, es la idea de que los virus tienen que ser peligrosos y agresivos, están ahí para matarnos y, por tanto, tenemos que consumir nuevos productos industriales para luchar contra ellos. Esa explicación es la única interesante para la medicina industrial, la única que presentó desde el principio sin discusión posible y la única explicación válida que admite en la actualidad, por ser la única rentable y comercial para emprender un buen negocio.

Con esta “buena” disposición los virus fueron descritos y presentados al público como elementos peligrosos por la “honesta” *Bestia* y su C.C.I. y, naturalmente, todos lo creímos y entramos en pánico por segunda vez en la historia de los

microbios. El miedo se volvió mayor o más amplio y, lógicamente, se sumó al que ya profesábamos ante las bacterias; en consecuencia, nos vimos motivados a consumir más vacunas y medicamentos desde entonces. Es otra prueba que demuestra que para la industria médica de la *Bestia* y su C.C.I. solo la paranoia es rentable; por tanto, hay que crearla y mantenerla a toda costa como dogma indiscutible, agrandarla al máximo y, si es necesario, utilizar el peso de la ley que la **medicina única** tiene para convencer a los incrédulos y contestones, o para callarles la boca por la fuerza, aunque esos incrédulos sean médicos y escasos.

La aparición de los virus no solamente multiplicó por diez la paranoia ciudadana y el volumen del negocio del terror sino que, además, se convirtió en "la gallina de los huevos de oro" para los años futuros. Los virus y su supuesto peligro han sido y continúan siendo utilizados por la industria médica para agrandar hasta el infinito la mentira que mata y el ya próspero y gran negocio de meter miedo y vender inmunidad industrial, ¡jugada perfecta para la industria farmacéutica!

Resultó que los virus tenían unas características "ideales" para convertirse en un negocio voluminoso e inagotable: eran y son muy dificiles e incluso imposibles de **ver, aislar, cultivar y estudiar** por alguien que no disponga de un centro carísimo y altamente sofisticado de alta tecnología, con unas instalaciones que permitan el funcionamiento de un microscopio con una complicada infraestructura electrónica que haga posible la biología molecular. Esas grandes dificultades técnicas no permiten, como hemos visto en el caso de las bacterias, que ningún médico, biólogo o estudiante pueda ver, sembrar y cultivar virus para estudiarlos por su cuenta. En definitiva, no es posible para nadie que no trabaje en un centro de biología molecular observar a ningún virus, como pudieron hacer los

estudiantes y biólogos con las bacterias cuando estas aparecieron en el panorama de la biología. Esta dificultad técnica ha sido y es una realidad que ha facilitado a la *Bestia* la creación y el mantenimiento del gran negocio del terror a los virus durante las últimas décadas.

Para poder ver a los virus es preciso ser especialista en medicina molecular y tener la suerte excepcional de trabajar en uno de esos escasos centros de virología[44] que hay en el mundo. Para todos los demás, seamos médicos en activo, estudiantes de medicina y biología o cualquier otro naturalista curioso, la única consciencia, conocimiento o experiencia que podemos tener sobre los virus es lo que la C.C.I., que, por supuesto, es la que controla en rigurosa exclusiva estos escasos centros de biología molecular, nos quiera decir o nos quiera mostrar en fotografías, en montajes de ordenador o en forma de bonitas y sugerentes maquetas tridimensionales[45]. Todos los demás científicos tenemos imposibilidad total, física y tecnológica, de comprobar todo aquello que la C.C.I. nos quiera decir sobre los virus; solo podemos recibir información indirecta y nunca hemos podido, ni podemos, tener experiencia directa y objetiva sobre ellos. Así las cosas, esas nuevas criaturitas resultaron “perfectas” para que la C.C.I., con el control total de los escasos centros de virología, pudiera manejarlas a placer y afirmar cualquier cosa, sin tener que enfrentarse en debate a otros médicos que puedan ponerla en duda y sin necesidad de dar explicaciones a nadie.

Si la *Bestia* y su C.C.I. han sido capaces de mantener en secreto la existencia de la microbiota humana durante más de cien años, si han sido capaces de engañar a generaciones de estudiantes que tenían acceso fácil al estudio de sus microbios con multitud de microscopios ópticos, como comprenderá el lector, en estas condiciones, la creación y mantenimiento de esta nueva

paranoia sobre enemigos que nadie, excepto la propia C.C.I., tiene potestad oficial de "ver" y de "estudiar" en modo exclusivo, está claro que es y ha sido un objetivo mucho más fácil. Desde esa época de posguerra, años 50, hasta nuestros días, la C.C.I. ha ido creando y sacando al mercado del negocio de la medicina industrial variados y oportunos nuevos virus "por la cara" y "a voluntad" y sin discusión alguna. Desde entonces ya no ha hecho falta acusar a ninguna bacteria de producir nuevas enfermedades infecciosas, sino que solo se ha utilizado a los nuevos virus como únicos causantes de enfermedades nuevas; afirmaciones gratuitas que, esta vez, nadie le puede contradecir y que, con la ayuda de una buena campaña de propaganda, aumentan el terror, imponen un ambiente de pánico y disparan el consumo de inmunidad industrial.

En la sociedad del bienestar regida por la *Bestia*, solo la C.C.I. tiene potestad y solo ella está "acreditada" para decir si los virus causan enfermedades o no, si están o no están, si son solteros o casados, si se van de vacaciones o si pagan hipoteca, y todo ello con la confianza de que ningún doctor nadie puede negar o discutir las ocurrencias y afirmaciones gratuitas que pueda hacer a voluntad desde los centros especializados y altamente controlados por especialistas bien pagados y adeptos comprometidos[46]; eso sí, siempre se trata de ocurrencias y afirmaciones que inciden provechosa y oportunamente en la próspera marcha y evolución del lucrativo negocio del miedo a los virus y la consecuente venta de inmunidad en cantidades industriales. ¡Negocio seguro y perfecto!

Con esta facilidad e impunidad de poder decir cualquier cosa sobre los virus sin temor a que nadie lo pueda contradecir, la capacidad de inventarse la realidad y de producir terror entre la población cobaya es ilimitada y la *Bestia* ha sacado provecho de su posición de ventaja absoluta. Desde entonces, no ha dejado

de sacarse nuevos virus de la chistera y de atribuirles graves y tremendas enfermedades; estamos en la era de las “pandemias” por nuevos e inéditos virus (polio, sida, ébola, sarampión, gripe A, coronavirus…), que, una vez presentados en sociedad por la C.C.I., pasan a ser inmediatamente “estrellas” de la prensa; los medios de comunicación durante un tiempo baten récords de audiencia, producen monográficos, tertulias televisadas y especiales informativos con los que logran dar “realidad” mediática al nuevo y oportuno virus. Con esta actitud de la prensa se le da “realidad” a la nueva pandemia, se logra con extrema facilidad agrandar la sensación de miedo que se convierte en paranoia colectiva, la cual a su vez se traduce inevitablemente en una demanda desesperada por parte de la ciudadanía de inmunidad industrial; un negocio redondo que es imposible que pueda fallar y por tanto no falla, pero se trata de un negocio iatrogénico y tóxico de consecuencias fatales.

Durante las últimas décadas de polución industrial del medio ambiente planetario, los virus le han servido a la C.C.I. para camuflar una enorme cantidad de desmanes tóxicos e industriales que se iniciaron al acabar la Segunda Guerra Mundial. Nos referimos al hecho de que en los años 50 los gobiernos compraron los excedentes de la industria bélica, es decir, adquirieron a módico precio líquidos y gases venenosos dorados, organofosforados, DDT o agente naranja empleados en la guerra química; estos venenos se utilizaron en las conocidas aspersiones aéreas y fumigaciones extensas de los años 50 y 60 para exterminar plagas de animales catalogados como indeseables para la agricultura industrial (conejos, topos, caracoles…) y para eliminar hierbas no productivas y plagas de insectos de varias clases. Se pusieron de moda las fumigaciones aéreas indiscriminadas, conocidas por todos los que tenemos más de 50 años, que han hecho desaparecer no solo a algunas

especies que eran el objetivo concreto del envenenamiento, sino también a otras muchas especies animales beneficiosas que, simplemente, estaban allí o compartían hábitat con las primeras.

Durante esos mismos años y coincidiendo con este envenenamiento masivo del aire, de la tierra y del agua de extensas zonas geográficas, curiosamente, fueron “identificadas” y anunciadas por la prensa de la *Bestia* varias epidemias, supuestamente producidas por virus, que afectaron tanto a animales como a humanos; nos referimos a la mixomatosis, diversas encefalitis, la misma poliomielitis o las hepatitis. En realidad, lo más probable y lógico hubiese sido relacionarlas con los efectos colaterales tanto de algunos medicamentos experimentales como de aquellos gases venenosos que se fumigaron de manera indiscriminada a la totalidad de los seres vivos de toda índole y condición, impregnando la atmósfera y las aguas del hábitat o región donde vivían, afectando necesariamente a todos porque los venenos que se esparcieron no eran inteligentes ni poseían el don del discernimiento.

Pero a la C.C.I. no le interesaba que estas epidemias inéditas y desconocidas se relacionaran con la práctica gigantesca, imprudente y venenosa de impregnar la atmósfera, las aguas y los alimentos con gases venenosos, aunque es innegable la coincidencia en el tiempo y en el espacio geográfico de esa práctica industrial tóxica e indiscriminada y la aparición solapada o superpuesta de esas epidemias “causadas” por virus. Resulta también elocuente la coincidencia en el tiempo de la desaparición de alguna de esas supuestas epidemias víricas con la prohibición de la fabricación y utilización de esos venenos; si se utiliza el sentido común y la intención de saber lo que ha pasado verdaderamente, no puede estar más claro. Pero la *Bestia* y su prensa, con todo el control sobre la información que consume el ciudadano de la “sociedad del bienestar”, han

logrado presentar a esas “epidemias” como el producto del ataque de nuevos virus, y su posterior desaparición como la consecuencia de las vacunas que se vendieron contra esas “epidemias”; ¡genial!

Con esa maniobra publicitaria, la industria químico-farmacéutica se ha librado de tener que dar otras explicaciones sobre lo que verdaderamente pasó y, además, ha hecho un gran negocio doblemente rentable tanto al principio como al final de la historia. ¡Jugada maestra! El dominio y control de los centros oficiales de virología y de la prensa permite a la *Bestia* y a su industria decir lo que quieran sobre la aparición y desaparición de nuevos y oportunos virus y ocultar la verdad para salvar y engrandecer el floreciente negocio de la intoxicación general. Admitir la verdad de lo que verdaderamente ha pasado, es decir, la realidad que estamos contando al lector y que este puede indagar, estudiar y comprobar en internet[47], habría obligado a la C.C.I. a asumir su responsabilidad de haber provocado esos envenenamientos masivos que han exterminado a numerosas especies animales y han provocado epidemias atribuidas falsamente a los virus. Pero admitir esa realidad es imposible para la C.C.I. y su industria química y ha sido más fácil, útil y rentable económicamente atribuir todas estas calamidades a la acción de virus de nueva creación y, con ello, seguir haciendo negocio aumentando la paranoia a los microbios y ampliando el mercado iatrogénico.

LOS ANTIBIÓTICOS… O… LOS CABALLOS DE TROYA

Durante ese tiempo de inmediata posguerra y de auge de la industria química y farmacéutica, se produjo otro hito (satánico) en la historia de la humanidad y de la medicina que, junto a las

vacunas, los sueros y los antisépticos que ya se consumían, iba a contribuir de manera especial y formidable al gran negocio de las farmacéuticas, a la iatrogénesis masiva y a la creación de la sociedad cobaya en que se ha convertido la población del primer mundo. Efectivamente, en aquellos años se introdujeron masivamente otras novedosas sustancias tóxicas que se iban a hacer "entrañables", en el sentido más literal de la palabra, para la totalidad de la población occidental: los antibióticos.

Fueron descubiertos por el microbiólogo escocés Dr. Alexander Fleming unos años antes de la Segunda Guerra Mundial, pero no fue hasta los años 50 que la industria farmacéutica fue capaz de producirlos y distribuirlos por toneladas; como ya era costumbre, estos nuevos fármacos industriales fueron presentados por la C.C.I. como la esperada panacea para tratar las infecciones bacterianas, es decir, como el arma ideal contra nuestros propios gérmenes o microbios simbiontes. Los antibióticos fueron presentados por la prensa, el cine y la literatura como un milagro de la ciencia y fueron recibidos por médicos y ciudadanos como verdaderos "corderitos". Se repartieron por toneladas con toda confianza entre la población de manera masiva y generalizada, y no sería hasta unas décadas después cuando algunos médicos se dieron cuenta de que, en realidad, esas nuevas medicaciones eran auténticos "lobos vestidos con piel de cordero".

Ya hemos dicho que en los años 50 y 60 la inmensa mayoría de los médicos y estudiantes eran ya adeptos convencidos al dogma de la teoría de la infección y no tenían la menor idea de que sus microbios podían ser inofensivos, ni conocían la existencia de su microbiota y microbioma humano, a pesar de que en 1958 le habían concedido el Nobel al Dr. Lederberg por descubrirlo y describirlo. Como esa noticia pasó desapercibida para médicos y estudiantes, siguieron sin tener noción de la

existencia de nuestra microbiota y, por tanto, aceptaron con confianza y satisfacción la nueva y "milagrosa" medicación antibiótica que mataba a nuestros microbios; los antibióticos fueron admitidos para tratar las muchas enfermedades infecciosas, que, a esas alturas, ya estaban descritas y "etiquetadas" con el novedosos adjetivo calificativo de infecciosas; concretamente, la mayoría de las enfermedades del repertorio médico y, desde luego, las más comunes y frecuentes: otitis, resfriados, tos, cistitis, anginas, flemones, acné, gastroenteritis, etc.; para todas ellas se daban y se dan en la actualidad antibióticos de manera protocolaria.

Los conocidos, consumidos y "entrañables" antibióticos, desde entonces y por primera vez en la historia del Homo sapiens, circulan por nuestras venas e impregnan todos nuestros tejidos orgánicos, nuestras células y nuestro ADN y ARN; hay que saber, además, que los antibióticos no solamente se han **in-corporado** en aquellas personas que los han consumido personalmente sino que están presentes también en los alimentos de origen animal (huevos, leche, carnes...), y desde ahí pasan a incorporarse, con la alimentación diaria, a nuestro organismo aunque no seamos consumidores directos. Todos los ciudadanos, sin excepción, estamos impregnados de estos productos en mayor o menor grado y, ahora que lo sabemos y no lo podemos negar, queremos llamar la atención sobre un detalle curioso que quizá haya pasado desapercibido: quien quiera que fuese la persona que le puso el nombre de antibióticos a estas sustancias parece que quería dar un mensaje semisecreto, algo así como que "el que avisa no es traidor", porque la etimología de esta palabra expresa claramente que se refiere a un "veneno vital" (anti-biótico).

Como veremos en los próximos capítulos, el aviso implícito en el nombre no fue en vano; fue una advertencia seria y de

importancia grave para las futuras generaciones. Para los genetistas serios y otros médicos actuales es muy evidente que el consumo masivo y continuado de antibióticos por parte de la población cobaya occidental, nacida a partir de los años 50, 60 y 70, es una de las causas que más peso objetivo ha podido tener en la iatrogenia general que se ha producido, afectando, sobre todo, a la salud genética o más concretamente a la calidad de los genes. Como consecuencia de ello, los populares antibióticos han sido uno de los factores tóxicos más directamente implicados en la dramática castración química o esterilidad que se ha cebado sobre los actuales jóvenes cobayas y también en la aparición, en exclusiva dentro de ese grupo de población, de la terrible pandemia de las enfermedades raras. Los antibióticos han sido un ejemplo inigualable de lo que llamamos "un lobo vestido con piel de cordero".

En este caso podríamos recurrir a otra metáfora griega mucho más expresiva y decir que los antibióticos han sido verdaderos "caballos de Troya" que hemos introducido con confianza y alegría en nuestro organismo de una manera masiva como si se trataran de un "regalo". Ahora que han entrado en nuestra intimidad orgánica o en nuestra "fortaleza biológica", como ocurrió con los guerreros aqueos que, escondidos en el vientre del caballo de madera, invadieron la fortaleza de Troya, los antibióticos han procedido a destruir, distorsionar y aniquilar la capacidad de reproducción celular; han alterado irreversiblemente nuestros genes y han dañado el mecanismo de transmisión del mensaje genético de nuestras células. Por todo ello, han sido la más importante causa de la situación general de esterilidad irreversible y de enfermedades raras de las jóvenes generaciones cobaya.

Para el observador sagaz y dispuesto a saber la verdad, resulta evidente que estas enfermedades de "nuevo diseño" y

desconocidas por la medicina anterior a los años 60 son los efectos secundarios, a largo plazo, del consumo masivo y continuado de antibióticos, ya que estos ejercen su acción, precisamente, distorsionando y destruyendo los genes de las bacterias, pero también de las células normales. Por tanto, esas nuevas enfermedades raras, que tienen un origen genético indudable y comprobado, son el resultado muy probable y lógico de haber intoxicado de manera grave e irreversible las moléculas de ADN de nuestro código genético por la acción de los antibióticos.

Además de los antibióticos, en esa época de "esplendor" médico-industrial, aparecieron en el mercado numerosas medicaciones sintéticas y de nuevo diseño; con el beneplácito de la *Bestia* y su C.C.I. y con la inestimable ayuda de los nuevos y convencidos médicos adeptos a la única medicina, se distribuyeron y se inyectaron en nuestro organismo como verdaderos caballos de Troya, de manera masiva y rápida debido a la gran capacidad de fabricación y distribución comercial propia de la época. Todos estos medicamentos de origen industrial se distribuyeron como un verdadero adelanto de la medicina por toda la "sociedad del bienestar"; como todos los productos eran nuevos y desconocidos hasta la fecha, lógicamente, tenían y tienen carácter experimental y, por ello, en pocos años, los habitantes de esta "afortunada sociedad" nos hemos convertido en los primeros cobayas humanos de la historia. Como, además, todos esos nuevos productos eran y son tóxicos[48], los nuevos cobayas están resultando ser jóvenes afectados por enfermedades nuevas y desconocidas. Pero ya es demasiado tarde, están dentro de sus células y de sus genes; esas nuevas medicaciones que la *Bestia* repartía como regalos del progreso humano han resultado ser auténticos "caballos de Troya".

Para entender todo este cambio social y antropológico que se produjo en la sociedad occidental inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial, es preciso tener en cuenta el hecho concreto de que, debido a la gran y rápida pujanza de la industria en esos años 50, las viejas y artesanales boticas y herbolarios fueron sustituidos, en poco tiempo, por las modernas farmacias, que expedían todo tipo de medicación industrial de síntesis, sustituyendo rápida y "perfectamente" a toda la medicación natural que se había utilizado hasta la fecha y que no tenía carácter experimental. La medicina natural no era nueva ni inédita sino que tenía miles de años de utilización conocida desde antiguo sobre sus espaldas; por tanto, se conocían sus efectos desde la noche de los tiempos y, además, tenía un origen natural, ecológico u orgánico.

La *Bestia* y su industria nos convencieron en pocos años para sustituir todos estos remedios ancestrales por productos industriales nuevos, totalmente inéditos en la larga historia de la humanidad y salidos de las fábricas: antipiréticos, analgésicos, calmantes, somníferos, hormonas, etc. Todo ese arsenal de medicación, que, por ser nueva y tóxica, necesariamente tiene un carácter experimental, repetimos, nos ha convertido en una total y auténtica sociedad de humanos cobaya[49] inmersos en un gran experimento; y, como todos los experimentos, tiene un carácter incierto y peligroso que nos ha llevado a una situación de serio peligro de extinción.

Al inicio de ese experimento, la *Bestia* y su prensa pregonaban (y lo siguen haciendo con plena impunidad y descaro) con gran autoridad y contando con la confianza de los gobiernos y la prensa que esos primeros humanos cobaya de la historia, sin ningún género de dudas, iban a ser mejorados por los nuevos productos médico-industriales, iban a experimentar un salto evolutivo perfectamente planificado y dirigido por la

nueva medicina industrial, iban a superar a sus antepasados *Homo sapiens* y convertirse en una raza superior al someterse a los nuevos y revolucionarios productos que se estaban inoculando en masa a toda la población, y por supuesto sin correr ningún riesgo. Todo el mundo aceptó la doctrina que se inculcaba y el reto de meter dentro de su organismo esos “caballos de Troya”, con plena confianza en la única medicina industrial. De esa manera, a partir de los años 50 empezó el gran experimento histórico con efectos secundarios sobre toda la población y, con él, se ha producido la iatrogénesis masiva más brutal de la historia de la medicina.

CAPÍTULO 11.
LA MEDICINA PREINDUSTRIAL

LOS ÚLTIMOS *HOMO SAPIENS* SANOS Y FÉRTILES

A estas alturas del ensayo, el lector seguramente será consciente de que él y toda la gente a la que conoce, familia, vecinos, e incluso mascotas, forman parte de esa nueva sociedad experimental de cobayas humanos y animales que dejaron introducir en su organismo los nuevos productos con la misma confianza con la que los troyanos introdujeron en el interior de su ciudadela el caballo de madera que los aqueos les habían regalado. El lector, además de reconocerse como un perfecto cobaya, seguramente también conoce algún caso de enfermedad rara entre sus familiares o allegados, o el caso de alguna pareja joven con deseos de tener hijos pero con graves problemas de esterilidad y, por tanto, con necesidad de acudir a algún centro especializado en infertilidad para tener hijos de una manera artificial o industrial.

Si miramos a nuestro alrededor o nos introducimos en las estadísticas del Ministerio de Sanidad, podremos comprobar que los casos de esterilidad y de enfermedades raras son muy frecuentes en nuestra "sociedad del bienestar" y que, por desgracia, a medida que pasan los años, se están haciendo tan frecuentes que se están convirtiendo en casos normales, es decir, va resultando de lo más "normal" ser estéril o tener algún hijo o nieto con alguna enfermedad rara, dado que todos hemos consumido muchos productos médico-industriales experimentales. Ahora sabemos que nadie ha podido escapar al gran experimento, aunque también es verdad que unos

individuos se han entregado más, o mucho más que otros, al consumo de medicamentos, y eso se hará notar. Pero casi nadie lo ha podido evitar, precisamente porque la medicina industrial es **única y excluyente** en el primer mundo desde hace sesenta años y esa situación de poder absoluto y de monopolio de mercado ha impedido la posibilidad de que alguien escapara, incluso que imaginara la simple existencia de otras medicinas. Ante esta realidad, cabe preguntarse: ¿existe o ha existido alguna medicina válida más allá de la que hemos conocido?, ¿hay alguna otra posibilidad de cuidar de la salud, sin los actuales productos industriales?, ¿cómo se trataba la gente de la especie *Homo sapiens* anterior a la Revolución Industrial y anterior a la nueva raza *Homo cobaya*?

Los humanos de toda la vida (egipcios, caldeos, hindúes, chinos, europeos...) durante miles de años han sanado sus enfermedades y calmado sus dolores sin necesidad de acudir a una farmacia ni a un hospital moderno, sin disponer de antibióticos, hormonas, somníferos... porque estos elementos apenas tienen 80 años de existencia. Esta realidad histórica innegable pone seriamente en duda el carácter de única, imprescindible y auténtica que se atribuye a sí misma la medicina moderna o industrial. Si fuese así, cabría preguntarse: ¿cómo ha podido sobrevivir la humanidad durante milenios sin conocer ni practicar la moderna medicina industrial? ¿Cómo hemos sobrevivido sin farmacias y sin el moderno y novedoso arsenal de productos industriales? Incluso, ¿cómo es posible que en la actualidad existan países como India, China, los países del sudeste asiático, Japón, Nepal, Tailandia o Vietnam con sociedades sanas y longevas donde millones de personas no utilizan la medicina industrial sino que se mantienen sanos utilizando una medicina tradicional milenaria y natural?

Dado que es innegable la historia milenaria de la humanidad anterior a la Revolución Industrial y a su medicación, ¿cómo hemos podido sobrevivir durante milenios sin la C.C.I., sin industria multinacional de farmacia, sin la OMS, sin conocer la “agresividad” y existencia de nuestros gérmenes, sin las “necesarias” vacunas, sin los “imprescindibles” antibióticos y sin los populares y muy consumidos antidepresivos y ansiolíticos?

La respuesta no puede ser otra: si toda esta cobertura que nos ofrece la medicina industrial fuera necesaria, como al parecer todo el mundo cree, los *Homo sapiens* no llevaríamos milenios habitando este planeta; sin embargo, hemos viajado a través del tiempo y aquí estamos. La humanidad ha vivido milenios sin comprometer su supervivencia, creciendo con salud y conservando su capacidad de reproducirse de manera natural y gratuita y, además, sin destruir ni contaminar su medio ambiente, como hemos hecho los modernos en menos de dos siglos. El *Homo sapiens* genuino y natural, sin colorantes ni conservantes, ha demostrado con su milenaria existencia ser un gran superviviente. Pero, contrastando grandemente con esa supervivencia milenaria del *Homo sapiens* preindustrial o humano de toda la vida, el *Homo industrialis* o humano modernizado y nuestra civilización de progreso tecnológico apenas tienen 200 años de existencia y, en ese cortísimo período de tiempo, nos hemos convertido con rapidez inusitada en *Homo cobayas* altamente contaminados, estériles, degenerados genéticamente y con una pandemia de enfermedades tan desconocidas y monstruosas que les hemos llamado enfermedades raras.

Al mismo tiempo e igual de rápido, hemos convertido nuestro planeta en otro cobaya altamente polucionado y enfermo, y nosotros, los tataranietos de los primeros hombres ilustrados que inventaron esta civilización, tenemos serias razones para

temer y esperar un final cercano de las actuales condiciones de vida en la Tierra, e incluso a veces nos parece inminente. Todo este desastre planetario y humano lo hemos logrado en menos de doscientos años de “ilustración y progreso”, que es el tiempo del esplendor de la civilización industrial.

LA MEDICINA POPULAR NATURAL PREINDUSTRIAL

Durante los miles de años en los que los humanos hemos vagado por este planeta, el tema de la salud fue un conocimiento y una práctica popular que formaba parte del patrimonio de la gente del pueblo en general; patrimonio popular que les servía para curar las enfermedades y paliar el dolor, tanto en Europa como en las demás partes del mundo. La gente curaba sus enfermedades más frecuentes y comunes, y los chamanes, médicos y sacerdotes solo eran requeridos en casos graves o difíciles que necesitaran dotes o conocimientos especiales.

Los métodos y técnicas que utilizaban los médicos tradicionales de todos los pueblos durante miles de años eran, en general, muy sencillos y de una lógica terapéutica aplastante, de manera que, salvo en casos excepcionales que requerían de técnica más sofisticada, como era el caso de algunas intervenciones quirúrgicas y el de enfermedades graves, la sencillez de las técnicas médicas tradicionales permitía que la gente del pueblo las aprendiera con facilidad y las pusiese en práctica en su vida cotidiana. Los propios médicos tradicionales hacían de maestros (doctores) y enseñaban a pacientes y familiares a preparar infusiones con plantas, a poner cataplasmas calientes o frías de hierbas o de arcilla, a preparar y

aplicar aceites y pócimas sencillas, a realizar vahos calientes, a aplicar purgantes y enemas, etc.

Las mujeres tenían un conocimiento médico de cultura popular muy útil y práctico que, una vez aprendido, pasaba de madres a hijas; ese bagaje de prácticas higiénicas les permitía conocer, por ejemplo, entre veinte y cincuenta plantas y raíces medicinales de su propio entorno, que ofrecían a sus hijos y familiares para corregir y curar una enorme cantidad de patología frecuente: resfriados, cistitis, gastritis, estreñimientos y diarreas, golpes y torceduras, insomnios y ansiedad, heridas y magulladuras, reumatismos, lumbagos y ciáticas... Para todos estos cuadros frecuentes de enfermedad, que en la práctica ocupan el 80 o el 90% de toda la patología aguda que padecemos y que en la actualidad se tratan con productos industriales tóxicos, se disponía de remedios en la propia casa y familia, sin necesidad de grandes estructuras sanitarias, pues bastaba con la práctica y el **conocimiento médico popular** que practicaban las madres y las abuelas. Los pocos médicos y hospitales que entonces existían se empleaban para los casos más complicados; en Europa, por ejemplo, los hospitales construidos por reyes, nobles y obispos eran atendidos por monjes y clérigos que conocían la medicina y curaban gratuitamente a los pobres sin familia o los casos de enfermedades más graves que no habían sido resueltos en primera instancia.

Las enfermedades comunes y estacionales, los dolores, las picaduras de insectos, las magulladuras, las inflamaciones y las enfermedades más frecuentes eran atendidas y curadas en la casa familiar; esta sabiduría y práctica generalizada de la medicina popular proporcionaba a la población una cobertura médica autónoma y casi gratuita, que ha ido desapareciendo en menos de cien años. Desprestigiada a propósito por la medicina

oficial y su prensa, ha sido substituida por el grandísimo negocio de los productos industriales tóxicos y las modernas farmacias. Este cambio se ha ido terciando, poco a poco, a lo largo del siglo XX, pero, como decimos, no fue hasta los años 60 cuando se produjo el cambio total que supuso un punto de inflexión que iba a diferenciar a los que llamaremos *Homo sapiens*, nacidos antes de estas fechas y que utilizaron esta medicina popular, de los *Homo cobaya*, nacidos después y que fueron tratados con productos industriales y experimentales desde su infancia.

Como el cambio ha sido tan radical y rápido, aún hoy algunas personas mayores de cincuenta años han conocido en su infancia este tipo de medicina popular y milenaria, como por ejemplo este doctor nadie que escribe y que nació en una zona rural a mediados de los años 50. En aquel tiempo, en todos los pueblos de España se practicaba, todavía, la medicina natural, familiar y milenaria, que con frecuencia era utilizada por madres y abuelas conocedoras de este tipo de remedios. Existían además, en toda la España profunda, personas que tenían cierta capacidad o habilidad natural (se decía que tenían "don") para curar golpes, torceduras y alteraciones de los miembros y eran requeridos por los vecinos porque con su habilidad curaban los dolores musculares, las luxaciones y los lumbagos tanto a personas como a animales domésticos; en realidad, eran los osteópatas y fisioterapeutas de la actualidad. Por su parte, las madres y abuelas españolas conocían gran cantidad de hierbas, cataplasmas y mejunjes varios con los que eran capaces de solucionar numerosas situaciones de enfermedad y dolor; por tanto, eran auténticas naturópatas domésticas y tradicionales de gran calidad.

En nuestros pueblos se practicaba también un tipo de medicina muy curioso y efectivo que se basaba en rituales de carácter religioso o piadoso que consistía en oraciones

aprendidas en “jueves santo” combinadas con genuflexiones y persignaciones, y que practicaban también algunas mujeres. Era común que en todos los pueblos hubiera una o dos de ellas que conocían el ritual y que eran capaces de curar y hacer desaparecer verrugas, tumores, papilomas, dermatosis. Como biólogo, no me atrevería a explicar “el mecanismo de acción” de estas formas piadosas de curación de la medicina popular que abundaban en nuestra España rural pero, aunque me sienta incapaz de dar una explicación biológica y ni siquiera lógica, no quiero privarme de decirle al lector o lectora que este médico que escribe ha podido constatar, por experiencia propia y ajena, la eficacia real y efectiva de aquella medicina “teúrgica” que se practicaba en todos los pueblos de España y que conocimos y experimentamos los españoles de mi generación en nuestra infancia y primera juventud; ¿era efecto placebo o sugestión?… No sabemos, pero funcionaba[50].

Desde entonces, he sido testigo directo de cómo el supuesto progreso de la modernez y el monopolio de la información por parte de la *Bestia* y su C.C.I. han ido desprestigiando y haciendo desaparecer de la práctica ese conocimiento médico popular tan útil y valioso que practicaban nuestros antepasados y que les mantenía vivos, sanos y coleando. Muchos españoles que en la actualidad tenemos más de cincuenta años conocimos esa medicina popular y puedo recordar que mis abuelas manejaban con soltura gran cantidad de plantas medicinales de su entorno, las llamaban por su nombre, conocían su mejor fecha de recolección, las guardaban en manojos aromáticos en la casa y hacían con ellas aceites e infusiones, vahos calientes, ungüentos y cataplasmas que utilizaban para sanar a sus familiares y vecinos de muchísimas afecciones comunes y frecuentes; sabían obtener extractos de plantas y fabricaban artesanalmente vinos y licores medicinales, conocían el valor terapéutico de caldos y

zumos de frutas y sabían cocinar pócimas y remedios con los elementos naturales de su entorno natural inmediato; en tiempos de mis abuelas, aunque ahora pueda parecer imposible, la gente sencilla del pueblo era su propio médico de cabecera y su propio farmacéutico, y no se conocían ni se necesitaban a las multinacionales.

Mi madre y las de mis amigos de infancia, unas décadas después, todavía conocían algunas hierbas y algunas maniobras y remedios populares y naturales, aunque muchos menos; fueron las primeras que, bajo la influencia de la doctrina de la *Bestia* y su "progreso", empezaron a utilizar los nuevos medicamentos industriales de las modernas farmacias. Unos años después, mi hermana, nacida a mediados de los años 40, en los inicios de la "sociedad del bienestar", cuando la sociedad española ya empezaba a estar llena de nuevos hitos industriales y de modernas farmacias, aunque había conocido la medicina popular tradicional en su infancia y juventud, ya no aprendió su uso ni llegó a conocer y a manejar ninguna planta medicinal o pócima natural, como hacían sus abuelas y su madre. Creció en los inicios de la implantación de la medicina única y moderna, lo que le ha hecho depender toda su vida de la esclavitud de los productos industriales farmacéuticos que ha tenido que consumir ella pero, sobre todo, sus hijos, que ya fueron medicados con productos industriales de manera exclusiva durante toda su vida; por eso, mi hermana y sus hijos, junto a los demás españoles de su generación, fueron los pioneros o primeros ejemplares de la nueva raza de humanos cobaya.

Esa pérdida de conocimiento médico tradicional que se transmitía de madres a hijas, y esa pérdida de patrimonio cultural, ha sido motivado y promovido por la industria médica, puesto que la *Bestia* y su C.C.I., con un gran esfuerzo económico y publicitario, ha logrado eliminar de la consciencia y de la práctica

de la población actual la medicina popular de sus madres y abuelas. Por eso, esta mujer de la tercera generación (mi hermana) y las demás mujeres de su tiempo ya solo pudieron acceder en parte a los remedios naturales y milenarios de sus abuelas, y años más tarde, cuando tuvieron hijos en los años 60 y 70, tuvieron que aprender y consumir, en exclusiva, medicación nueva y experimental; debido a ese cambio de medicina natural por medicina industrial, han vivido la mala experiencia de que algunos de sus hijos pertenezcan a ese grupo de jóvenes cobayas estériles que han necesitado reproducirse de manera artificial, y algunos de sus nietos han resultado víctimas de alguna enfermedad rara.

Ha pasado el tiempo como suele hacerlo, rápidamente, y durante el transcurso de unas pocas décadas aquel saber popular, aquel arte médico extendido y asimilado por la población fue, poco a poco, desapareciendo ante la próspera creación de farmacias y el enriquecimiento de la industria del medicamento. En el momento actual, llevamos más de sesenta años con el uso predominante, único y exclusivo, de la medicina industrial; casi nadie conoce las plantas medicinales, no las conocen ni utilizan las abuelas y ni siquiera los estudiantes de medicina las estudian. La *Bestia*, su C.C.I. y la docencia médica han dicho a los aprendices de médico actuales que ¡ni se les ocurra! y que lo que tienen que hacer es aprender los nombres comerciales y aplicar los protocolos de medicación industrial que se les presentan en las clases; les han advertido seriamente que la naturaleza ya no es fuente de salud y de conocimiento para el médico moderno; ahora todo el mundo tiene que aprender y memorizar los nombres de varias marcas comerciales de medicamentos (Nolotil, Aneurol, ibuprofeno…) que el mercado médico presenta en campañas de publicidad al consumidor. Todas estas medicaciones, repetimos, son nuevas y de carácter

experimental, y nos obligan a vivir dentro del gran experimento con la promesa de convertirnos en humanos superiores a nuestros antepasados.

Cabe preguntarse: ¿lo hemos conseguido 60 años después? ¿La nueva raza de humanos cobaya es superior biológicamente a los genuinos *Homo sapiens* de toda la vida? ¿Han mejorado los sistemas biológicos de los nuevos ejemplares sometidos a la acción "evolutiva" de los nuevos productos industriales? ¿Ha resultado positivo y beneficioso para la población cambiar aquella medicina popular de sus abuelos por la medicina moderna exclusivamente industrial de ahora? Y ¿a quién le ha interesado esta transformación y se ha beneficiado verdaderamente con este cambio de costumbres higiénicas? En los próximos capítulos responderemos a todas estas preguntas, pero ahora empezaremos por la última, pues es muy fácil ver que quien se ha beneficiado claramente de este cambio de costumbres higiénicas de la población y de la desaparición del patrimonio médico ancestral, es decir, la medicina natural popular, no han sido los ciudadanos, que se han convertido en una población de cobayas enfermos y degenerados, sino toda la novedosa industria farmacéutica y los que viven de ella.

CAPÍTULO 12.
INDUSTRIA MÉDICA Y MEDICINA INDUSTRIAL

HACERSE CON EL MERCADO DE LA COMPETENCIA

La *Bestia*, su industria médica y su C.C.I. se dieron cuenta, desde el principio de la Revolución Industrial, del enorme negocio que suponía apropiarse de todo el bagaje cultural milenario, ese saber y conocimiento natural, cósmico y gratuito que formaba parte de la medicina popular que utilizaba la gente para curarse, y sustituirlo por productos industriales. La *Bestia* y su industria se pusieron manos a la obra para cambiar las costumbres ancestrales de salud popular y para reducir a la nada el conocimiento médico popular y milenario de la población. ¿Cómo? Pues con el poder demiúrgico que, como ya sabe el lector, posee la *Bestia* para cambiar la realidad con la sugestión e hipnosis y con el poderío que le otorga la propiedad exclusiva, en forma de monopolio, de toda la información y a todos los niveles; su autoridad es tal que le permite dirigir a la prensa, la legislación[51], la educación, la universidad, la cultura… y la salud.

La *Bestia* y su C.C.I. vieron claramente que si querían hacer negocio tenían que apropiarse del patrimonio de sabiduría popular sobre la salud natural que poseía la gente y hacerlo desaparecer; solo así podrían abarcar todo el mercado de la salud y satisfacerlo con sus productos industriales. Para ello, lo primero que tuvieron que cambiar fueron los estudios de medicina para alejarlos del conocimiento tradicional; había que apartar la atención de los estudiantes del conocimiento de la naturaleza y dar importancia al método experimental y al

laboratorio industrial, es decir, en los estudios de medicina no tenía que haber nada de cosmología, ni de dietética, ni de psicología, ni de botánica. Había que alejar al aprendiz de nuevo médico industrial del latido y de las **leyes de la naturaleza** y cortar, de una vez por todas y de manera definitiva, con esa fuente de salud ancestral, natural y gratuita que había en la naturaleza y que conocía la gente. De esta manera, se obligaba a médicos y ciudadanos a depender para su salud, exclusivamente, de los nuevos productos industriales. Para que el nuevo y revolucionario negocio de la medicina industrial valiera la pena y produjera beneficios seguros, fue imprescindible hacer desaparecer de la faz de la tierra toda posibilidad de existencia de cualquier tipo, el que fuese, de competencia en el campo de la salud, y erigirse así en la única medicina que pudiese comerciar y operar sin restricción ninguna en la "sociedad del bienestar".

Para llevar a cabo ese **reduccionismo** científico que iba a empobrecer la formación antropológica, cosmológica y ética de los médicos y los iba a transformar en técnicos comerciales de productos industriales, se procedió a una reducción drástica de los temas de estudio y atención que debían aprender hasta la fecha; con esta disminución del campo o áreas de estudio, todo resultó más fácil y simple para el nuevo aprendiz de médico y mucho más comercial para la industria; esa facilidad en los estudios de medicina fue un regalito de la *Bestia* y todo el mundo quedó contento y satisfecho con el cambio de sistema educativo.[52]

A partir de entonces, ser médico se convirtió en algo bastante sencillo que estaba al alcance de cualquiera: no se necesitaban grandes conocimientos en cosmología, ni filosofía, ni botánica, ni de historia de la medicina y, por supuesto, carecía de importancia la ética aristotélica, la moral religiosa y otras

“zarandajas” morales o éticas que, en realidad, para la medicina industrial que se quería imponer, eran un inconveniente que dificultaba el progreso científico y la mentalidad experimental de los educandos; para los nuevos aprendices de médico bastaba con unos protocolos de actuación que eran bastante fáciles de aprender y recordar, y con eso era más que suficiente para poder distribuir, como buenos comerciales, los productos industriales que iban a ser la única medicación que utilizarían en la nueva y única medicina.

La nueva medicina industrial no necesita que sus modernos médicos conozcan y sigan las leyes del cosmos, ni que sepan las propiedades curativas de la arcilla, ni las del agua, ni las del fuego o calor, no necesitan saber que los alimentos mismos se pueden utilizar como remedios, no necesitan saber que se pueden hacer pomadas y ungüentos con plantas del jardín y del campo y, desde luego, al igual que los médicos, tampoco es necesario que la gente sepa curarse por sí misma; eso sería nefasto y arruinaría el negocio. A la *Bestia* y su industria médica le basta y le sobra con tener buenos comerciales (médicos modernos) convencidos y bien preparados para distribuir sus productos industriales y que, además y al mismo tiempo, critiquen y desautoricen con su categoría profesional de médicos a todas las abuelas y madres que sepan aplicar remedios naturales; así, acusándolas de locas alucinadas y viejas brujas, que olviden de una vez por todas el impresionante patrimonio de salud natural que poseían y hacían servir con asiduidad entre familiares y vecinos, y lo sustituyan por los novedosos y flamantes productos médico-industriales.

En efecto, los médicos que están en activo en la actualidad, desde los más jóvenes hasta los de mi generación, adoctrinados por la medicina industrial que les formó, se han dedicado a descalificar y denigrar todo ese arte médico popular y, para ello,

no solo han contado con su “prestigio y autoridad” académica como doctores, sino también con el poder inquisitorial de la legislación oficial, que, como ya sabemos, está en manos de la *Bestia* y a su entera disposición. En esta coyuntura social y legislativa se ha producido el dominio absoluto de la única medicina controlada por los “únicos médicos auténticos” de la historia, que, en realidad, son auténticos comerciales que han contado y cuentan con la propia legislación vigente para deshacerse de sus competidores, persiguiendo y encarcelando a todo curandero y terapeuta natural que les espante a la clientela; de esa sencilla manera, ha desaparecido del mapa toda una riquísima cultura médica popular y gratuita que, en nuestro país, se había practicado durante milenios.

LOS MÉDICOS DE LA NUEVA RAZA SUPERIOR

La transformación de la mentalidad médica no se limitó solo a dar a los médicos modernos una visión totalmente materialista y mecanicista del cosmos y de la naturaleza del hombre; tampoco se limitó a negar o a erradicar todo rastro de espiritualidad y de moralidad en la conducta médica y sustituirlo por un espíritu comercial e industrial que facilitara su transformación en técnicos comerciales; además de esto, la preparación o la educación “ilustrada” de los médicos modernos incluía también instaurar en ellos una mentalidad supremacista y paleta que les hiciese sentir y creerse los mejores médicos de la historia; qué digo los mejores, ¡los únicos médicos que habían existido! Los nuevos académicos de la Revolución Industrial se creían afortunados ciudadanos de una civilización humana muy superior a todas las que había conocido la historia y no solo eso,

sino superior también a todas las que pudiesen existir en todo el mundo mundial.

En realidad, los nuevos científicos y médicos europeos “ilustrados” y “modernos” tenían la “ilusión” de ser los primeros miembros de la historia de la única civilización humana que hubiese podido existir nunca y en todas partes; como diría Kant, tenían la “consciencia” plena de pertenecer a una civilización de humanos que, por fin, había alcanzado su mayoría de edad. Desde esa posición de tener la sensación de poseer una supremacía intelectual indiscutible, despreciaban a todos los filósofos, científicos y médicos tradicionales, que, según la misma doctrina kantiana, se habían quedado en la etapa de “humanidad infantil” propia de la Edad Media y de los milenios anteriores. Con este convencimiento totalmente subjetivo de creerse los más listos y guapos de la historia, arremetieron con críticas gratuitas y difamaciones falaces contra aquellos científicos y médicos tradicionales que, a pesar de ser “menores de edad”, les hacían la contra con serios argumentos científicos, con tratados coherentes de medicina milenaria, con sus creencias morales y normas deontológicas, con su devoción y fidelidad a las leyes de la naturaleza, con su empecinada resistencia a tragarse el supuesto “progreso” ilustrado y con su negativa a industrializar, a comercializar y a envilecer su arte médico. Efectivamente, con el objetivo de destruir a la competencia médica tradicional, la C.C.I. y su docencia emprendieron una campaña de desprestigio contra esos médicos antiprogreso industrial que se negaban a aceptar los nuevos conceptos mecanicistas y materialistas ilustrados, sus nuevos métodos experimentales y sus novedosas técnicas médicas realizadas al modo industrial, es decir, con rapidez, de manera indiscriminada y en cantidades industriales.

La *Bestia* y su C.C.I., a pesar de tenerlas todas a su favor, puesto que toda la cultura había aceptado el espíritu ilustrado y creía en el "progreso" de los nuevos tiempos, todavía conservaban el temor de que algunos médicos o estudiantes nostálgicos tuviesen la tentación de estudiar y conocer los criterios y certezas de la medicina tradicional o natural, se sintieran atraídos por la visión holística y natural del ser humano y, sobre todo, comprendieran las razones éticas del rechazo moral al experimento humano que tenían los médicos tradicionales y preindustriales. Temían que esa vuelta atrás ocasionara problemas éticos, mentales y operativos en los nuevos aprendices de médico y les impidiera creer y, sobre todo, comprometerse a colaborar en la nueva medicina industrial, que tenía un evidente e innegable carácter industrial y experimental por naturaleza y que carecía totalmente de moralidad o de manías éticas anticuadas. Ante esa posibilidad real, decimos, la C.C.I. inició una campaña de propaganda negativa contra la medicina tradicional y construyó una leyenda negra y una crítica desleal y llena de falacias contra la medicina natural que se había practicado en Occidente durante milenios, todo con el fin de que los nuevos aprendices de médico se sintieran superiores y miembros afortunados de una nueva raza de médicos "ilustrados" y, por todo ello, sintieran desprecio por los antiguos maestros tradicionales.

La nueva docencia ilustrada quería enterrar la nostalgia de los estudiantes por la medicina tradicional y sus normas éticas "anticuadas" y transformar el antiguo arte de la medicina de naturaleza artesana en la medicina moderna, que, como toda industria, necesita vender en cantidades industriales aquello que fabrica y, por tanto, necesita de buenos comerciales y de mucha publicidad. Había que adoctrinar muy bien a los nuevos educandos y convencerles de que el experimento humano que

rechazaban los médicos tradicionales no era una práctica tan abominable como pensaban aquellos viejos médicos carcas y que, en realidad, experimentar nuevos medicamentos en humanos era algo bueno, necesario e, incluso, imprescindible para el progreso de la nueva civilización ilustrada. Había que persuadirles, costara lo que costara, de que los nuevos médicos, a diferencia de los antiguos, tenían que tener agallas para asumir retos peligrosos, pues los médicos modernos eran "superiores" en todo a los tradicionales. Finalmente, había que convencerles de que someter a algunos pacientes sacrificados al riesgo de tomar medicación nueva y experimental valía la pena y era un precio a pagar de carácter inevitable y necesario. Porque si los nuevos aprendices de médico no estuviesen convencidos de su "categoría superior" y su supremacía intelectual, de la bondad del experimento humano y de la superioridad de los productos industriales sobre los naturales, la nueva medicina moderna propuesta por la civilización industrial no podría tener ningún futuro.

A la nueva docencia médica inspirada en la doctrina de la *Bestia* no le interesaba que los nuevos médicos tuvieran referentes anteriores, no quería que sintieran esa sumisión ante la naturaleza que profesaban sus antepasados, no quería que conociesen la ética médica tradicional ni las técnicas y las medicaciones naturales de autores históricos como Celso, Hipócrates, Galeno, San Alberto el Magno, Vesalio, etc. Por ello, se suprimieron los textos clásicos y nunca más se pudieron estudiar los interesantes tratados médicos de autores tan prolijos y competentes como el maestro romano Dioscórides, el hispano judío Maimónides o el hispano musulmán Averroes. Al desaparecer los referentes anteriores y suprimir la asignatura de la historia de la medicina, los estudiantes de los años 50 en adelante nada supimos de nuestros antepasados en el oficio; en

lugar de la verdadera historia de la medicina, se enseñó directamente a los estudiantes que los médicos que practicaban la medicina tradicional de los cuatro humores y de los temperamentos, la milenaria medicina hipocrática o galénica, eran unos enanos mentales sin paliativos, unos supersticiosos, unos farsantes, unos hipócritas que habían engañado a la población con sus trucos nada menos que durante miles de años; que recurrían a los espíritus y los fantasmas para explicar el origen de las enfermedades, que desangraban a los pacientes o los envenenaban con pócimas de sangre de lagarto, de mandrágora y de otras hierbas venenosas, que eran unos cochinos que no se lavaban; en fin, una enorme cantidad de anécdotas y leyendas entre macabras y pintorescas que, según la *Bestia* y su docencia, eran propias de aquellos descerebrados médicos tradicionales, que, por ser anteriores a la Ilustración de los tiempos de Kant y a la Revolución Industrial, se daba por supuesto que eran "adolescentes" intelectuales.

Toda esta leyenda negra sobre la medicina preindustrial con la que se instruía a los nuevos aprendices de médico, para ser cierta, necesitaba de una suposición que, aunque totalmente inverosímil, los instructores "doctrinarios" de la nueva medicina de la *Bestia* daban por cierta y probada; había que suponer que los humanos anteriores a la Revolución Industrial eran incapaces de saber algo tan simple como si la visita de su médico había sido provechosa o no; había que suponer que tanto médicos como pacientes eran oligofrénicos que no podían saber si una cataplasma les había quitado un dolor o si una infusión de plantas les había calmado una tos pertinaz o si les había inducido a un sueño reparador; para que los médicos tradicionales pudieran ser todo lo impostores y mentirosos que la *Bestia* y su C.C.I. afirmaba, los humanos preindustriales, hasta donde alcanza nuestra memoria histórica, deberían ser tontos

del bote e incapaces de saber algo tan simple como si sus médicos les curaban o les engañaban y si los remedios que les aplicaban les quitaban el dolor, la fiebre, la tos... o no.

Para que la leyenda negra que "imprimían" en nuestras mentes estudiantiles tuviese algo de sentido, había que suponer que emperadores como Julio César, Octavio Augusto, Adriano o Marco Aurelio eran ingenuos hasta la oligofrenia, por dejarse tratar por médicos farsantes que les aplicaban remedios que no les calmaban, y lo mismo había que suponer de filósofos e intelectuales como Sócrates, Aristóteles, Séneca, Erasmo de Róterdam, Descartes, Newton o Galileo, de escritores como Virgilio, Horacio, Shakespeare o Cervantes; es decir, los modernos académicos ilustrados e industriales formaban a los nuevos aprendices de médico sin memoria histórica, en la idea falaz y la suposición claramente imposible de que los grandes hombres del pensamiento occidental de todos los siglos anteriores a ellos habían estado alelados y sin criterio suficiente; es decir, eran subnormales y por tanto incapaces de darse cuenta de que sus médicos eran unos impostores.

¿Es posible pensar y dar por supuesto que el discernimiento humano, la sensibilidad al dolor físico y el sentido común hubiese hecho su aparición en la especie humana en el siglo de la Revolución Industrial y no antes? ¿Es posible admitir que la invención de la dinamita, la máquina de vapor o la ametralladora produjeran un repentino cambio evolutivo en la mente del humano que le dotase de la capacidad de "darse cuenta de las cosas" por primera vez en el siglo XIX? ¿Es posible dar por sentado que antes del descubrimiento del capitalismo, el materialismo y las fábricas el *Homo sapiens* careciese de sensibilidad y, por tanto, fuese incapaz de percatarse de si un dolor le había desaparecido después de la aplicación de una cataplasma o se le había calmado la tos después de tomar una

tisana? ¿El humano preindustrial era un imbécil incapaz de discernir si sentía o no sentía dolor, si estaba contento o deprimido, despierto y alerta o dormido?… Pues por inverosímil que sea dar por ciertas estas afirmaciones para cualquiera que haya leído algo de Dante, Cervantes, Marco Aurelio, etc., o haya leído algo de la propia historia de la cultura europea y tenga un poco de sentido común, la autoridad académica de la nueva medicina industrial, los modernos catedráticos y docentes de la C.C.I. impusieron esa visión imposible y contaban esa leyenda negra como si se tratara de una realidad innegable y felizmente superada con la "milagrosa" llegada de la Revolución Industrial.

Estos modernos estudiantes, por increíble que parezca también, se creyeron esa leyenda negra a pies juntillas en cuanto la escucharon, de manera que, con esa historia inverosímil, ellos y sus maestros estaban felizmente convencidos de su "superioridad" mental e intelectual, estaban convencidos del salto evolutivo que había experimentado el hombre moderno; aunque no se explicó el cómo y el porqué, la invención del motor de explosión, del aeroplano o de cualquier otro utensilio mecánico había sido capaz de provocar un "salto genético" y un repentino "golpe evolutivo" inexplicable y había podido crear un nuevo ejemplar humano con una "nueva" mente superior que ya no se dejaba engañar por médicos impostores y charlatanes y, de repente, ya era capaz de saber o darse cuenta de cuándo se curaba realmente y cuándo no. ¡Bravo por la magia de la Ilustración y la Revolución Industrial! Pero… ¿cómo se puede creer en semejante realidad?[53]

La verdad es que esa leyenda negra sobre la medicina tradicional resultó relativamente "fácil" de tragar para los jóvenes estudiantes a quienes se les había secuestrado la memoria histórica, precisamente, para manipular sus mentes. Con esta amnesia y con la consecuente falta de referentes

históricos, estos estudiantes alucinados por la nueva cultura tecnológica, por la literatura, por el cine, por la prensa y por los grandes inventos de la ingeniería, sucumbían al encanto y a la "ilusión" de pertenecer a un nuevo y maravilloso mundo nuevo e industrial lleno de maravillas y portentosos artefactos desconocidos por la historia. Esta explosión de "magia" tecnológica debió deslumbrar tanto a los nuevos educandos que les resultó fácil creerse esa imposibilidad histórica que se les contaba desde los púlpitos docentes. Además, se la tragaron con facilidad, ya que era una "perita en dulce" para el "ego" de cada estudiante, porque, gracias a esa **ilusión** aprendida de sus maestros, las nuevas generaciones de médicos industriales salían de la facultad convencidos e ilusionados, contentos y orgullosos de ser los mejores médicos que habían existido en la larga y milenaria historia de Occidente, los más preparados del mundo mundial e, incluso, los más guapetones; todo ello gracias a ser los afortunados miembros de esa "ilustrada" *civilización de civilizaciones*.

Decimos del mundo mundial porque, además de esta leyenda negra e imposible contra la medicina tradicional occidental, al mismo tiempo, con el mismo garbo y prepotencia, con la misma impunidad y por la misma autoridad académica, se adoctrinaba a los estudiantes de las facultades de Occidente con otra leyenda negra sobre lo farsantes y anticientíficas que eran otras medicinas contemporáneas de otras tradiciones y culturas actuales del resto del mundo: la medicina ayurvédica de la India, la medicina china y la acupuntura, la medicina tibetana, la medicina musulmana, que son medicinas tradicionales y milenarias de otras civilizaciones[54] y que también han utilizado y utilizan, en plena actualidad, remedios naturales milenarios. Es evidente que, para poder creer que las medicinas de otras culturas son un camelo, es necesario tener una mentalidad

supremacista y paleta para dar por sentado y suponer que los habitantes de esas civilizaciones eran y son en la actualidad unos tontos de remate. Es decir, se tenía que dar por cierto y comprobado que más de tres mil millones de ciudadanos y ciudadanas orientales, que se tratan con sus respectivas medicinas tradicionales, hoy en día, son tan subnormales y oligofrénicos como decían que lo fueron nuestros propios antepasados.[55]

Esa leyenda negra contra las medicinas de otras culturas también era falsa por imposible; sin embargo, se enseñaba y todavía se enseña con toda impunidad y descaro en las clases de medicina, sin que nadie ponga ningún reparo; es más, esta falacia se la creen las ministras de Sanidad actuales y el ministro de Cultura, y sigue en vigor porque los estudiantes carecían y carecen de cualquier tipo de información o señal de la existencia y eficacia de esas medicinas propias de otras culturas milenarias. Con esta carencia grave de referentes, los estudiantes no tenían ni tienen otra posibilidad que tragarse la única información que se les daba y todavía se les da; pero hay que reconocer que esa formación distorsionada, curiosamente, les hacía ilusión, era un verdadero “chute” para la autoestima, para el egocentrismo, para el supremacismo histórico y cultural, y para la vanidad necia de los educandos, que, como consecuencia de lo que se les predicaba desde la C.C.I. y su docencia, estaban encantados de creerse los primeros médicos auténticos de la historia y del mundo, los primeros que verdaderamente eran merecedores de tal nombre.

Para salir en defensa de la ingenuidad de esos educandos, hay que recurrir al popular dicho de: “Mal de muchos, remedio de tontos”, porque esa ridícula convicción de ser “los mejores de la historia de la humanidad” era, y todavía lo es en parte, una convicción general de toda la sociedad del Occidente ilustrado e

industrial. Esta apreciación subjetiva, propia de mentalidades paletas y supremacistas, se podría definir como una alteración mental colectiva nacida en la cultura anglosajona imperial, propia de la Ilustración y de la época de la Revolución Industrial y totalmente compartida por una mayoría de la población de la sociedad europea pasada y actual. Esta civilización industrial y moderna es patrimonio y orgullo de los países ilustrados e industrializados, que son los que se han denominado y reconocido a sí mismos, durante los últimos siglos, como los únicos civilizados y con derecho a civilizar a los demás, y consideran, sin ningún tipo de duda ni posible discusión, que son los que inventaron la **única civilización** digna de llamarse así. Como “de aquellos polvos vienen estos lodos”, de esa alteración mental deriva la creencia, todavía vigente en muchas mentes actuales, de que Occidente conoce y practica la única medicina auténtica de todos los tiempos y del mundo mundial.

Este sentimiento de supremacía cultural, propio de necios de cualquier tiempo, se podía observar también con frecuencia y con todo descaro en la literatura y el cine hasta los años 50 y 60 del siglo pasado, donde abundaban las películas en las que el hombre blanco o el chico de la película europeo o americano era siempre más inteligente, más guapo y más valiente que los nativos y “disfrutaba” de la supremacía cultural, por supuesto, muy por encima de todo indígena que apareciera en la pantalla. La superioridad del nuevo hombre europeo y civilizado era indiscutible hasta hace muy poco, aunque hay que decir que ese sentimiento de pretenciosa supremacía racial todavía se conserva en amplios sectores de mentalidad “paleta” de la sociedad occidental. Y con esta mentalidad supremacista la medicina industrial ha conseguido adueñarse de todo el mercado de la salud, ha hecho desaparecer la medicina

tradicional natural y milenaria y ha logrado erigirse en la única medicina sin discusión de la “sociedad del bienestar”.

LOS ÚLTIMOS MÉDICOS CON SENTIDO MORAL

En esa leyenda negra contra los médicos tradicionales, otro reproche que se les hacía por parte de los docentes del siglo XX era decir y predicar en las aulas que los médicos tradicionales practicaban una medicina estancada en el tiempo, que se basaba siempre en las mismas leyes y métodos, sin variaciones ni nuevos descubrimientos ni adelantos desde hacía miles de años. Los modernos catedráticos criticaban abiertamente que en la medicina antigua y tradicional no existía la investigación ni el progreso científico y, por supuesto, criticaban su sentido ético y su moralidad, que no les permitía ni pensar siquiera en realizar ningún tipo de experimento, ni en humanos ni en animales. Esta vez los docentes hablaban de manera veraz, aunque, eso sí, con la misma mala intención de desacreditar a los viejos maestros; efectivamente, la medicina tradicional se consideraba un conocimiento milenario ya en la época de Hipócrates y Galeno; por tanto, era una ciencia que no se nutría de nuevos descubrimientos ni de nuevas experiencias, pero no por falta de capacidad para hacerlo sino debido a que no estaba interesada en hallazgos revolucionarios ni buscaba nuevas medicaciones, nuevas patentes ni nuevos métodos. La medicina tradicional, como su nombre indica, era un conocimiento y una práctica que se trasmitía de generación en generación, y por ello se había mantenido constante de maestro a discípulos sin demasiadas variaciones, sin nuevos hallazgos, ni novedades, ni descubrimientos, durante miles de años.

Los modernos docentes hacían creer a los aprendices de médico que esta falta de “progreso” era la prueba palmaria que demostraba la oligofrenia de esa antigua raza de médicos, a la que debían despreciar y olvidar; porque su incompetencia para obtener adelantos y nuevos descubrimientos, para crear nuevos productos y medicaciones y, sobre todo, su incapacidad de enfrentarse a la Naturaleza y ser capaces de “vencerla”, de “transformarla” y de “mejorarla”, demostraba su inferior nivel intelectual con respecto a los modernos médicos industriales, que, siendo de una “raza superior”, sí se sentían capaces de enfrentarse a la naturaleza para mejorarla y progresar.

Ya hemos explicado que la Ilustración es un movimiento cultural que siempre se creyó con la capacidad de superar al propio **cosmos**. Todas estas explicaciones y arengas se daban a los educandos para meterles en la cabeza que, sin ninguna duda, eran superiores a sus antepasados médicos y que, por eso, estaban legitimados para experimentar sobre animales y humanos sin ningún remordimiento, que deberían sentirse orgullosos y agradecidos de vivir en una civilización ilustrada y moderna que amaba el “progreso”, la novedad y se permitía el experimento humano.

Con esta crítica malintencionada contra la falta de entusiasmo que los médicos tradicionales sentían por el “progreso” y su negativa radical hacia el experimento humano, los docentes ilustrados pretendían suplir el secuestro de la auténtica memoria histórica a la que habían sido sometidos los estudiantes. Estos no tenían referencias ni clases de historia que les hubiesen explicado y expuesto las razones de los antiguos maestros; sus mentes eran libros en blanco donde la docencia de la *Bestia* podía escribir con toda impunidad la leyenda negra de la medicina tradicional. Pero la verdadera explicación histórica de que la medicina tradicional careciera de la idea de

“progreso” y que, por tanto, no contemplara en absoluto la posibilidad de investigar y buscar nuevos métodos, nuevas teorías y nuevos medicamentos con sus respectivas patentes industriales era, precisamente, por no ser una industria sino una auténtica medicina tradicional.

El conocimiento tradicional, al contrario del moderno, se basa en la transmisión de información que se tiene por cierta, verdadera y contrastada, de generación en generación; porque si lo que se afirma como cierto verdaderamente lo es y se corresponde con la realidad objetiva, el tiempo no lo cambia ni lo puede cambiar; no existe ni puede existir ningún fenómeno natural ni ninguna ley física que haya cambiado a lo largo de la historia o de los siglos: la ley de la gravedad, las leyes del sonido, de la termodinámica, la fisiología humana, la expansión de los cuerpos por el calor..., todas las reacciones químicas y los fenómenos físicos en todo el cosmos actúan y se comportan de igual manera, siglo tras siglo y milenio tras milenio; la certeza matemática, física o filosófica no cambia con el tiempo; la realidad cósmica no sigue las modas: si un fenómeno natural es de una determinada manera, lo es para siempre y de manera constante.

Como ya hemos dicho, los médicos tradicionales se basaban en las leyes de la naturaleza y pensaban que, si los conceptos y métodos médicos de sus antepasados eran ciertos, habían demostrado funcionar y se basaban en la realidad cósmica y en sus leyes constantes e inamovibles, lo más inteligente era mantener ese conocimiento que se atenía a una realidad existencial constante o a una evidencia cósmica que no podía variar con el tiempo; además, ya hemos dicho que todos los científicos y, por tanto, los médicos preindustriales veneraban a la naturaleza como expresión perfecta e insuperable del poder creador de Dios y nunca se hubiesen atrevido a pensar siquiera

que podían superarla; pensamiento este propio y exclusivo de los científicos modernos.

Esta fidelidad al conocimiento de los antepasados sobre las leyes cósmicas permitía a los médicos tradicionales utilizar métodos y medicación que eran harto conocidas desde antiguo. No tuvieron necesidad de experimentar nuevas medicaciones en sus pacientes y ponerles en peligro; es más, detestaban esta práctica moderna por abominable. Habían hecho un juramento donde uno de sus primeros preceptos era "*primum non nocere*", que significa "lo más importante es no dañar (al paciente)" . En la escuela médica tradicional europea se seguían los consejos y sentencias de los antiguos maestros y esos consejos los podemos leer todavía, por ejemplo, en los aforismos de Hipócrates que han llegado hasta nosotros; podemos comprobar que todos los aprendices de médico leían en el primer aforismo: "La vida es breve y el arte es largo, el experimento peligroso y el juicio difícil". Los aforismos eran colecciones de consejos y sentencias que pretendían adiestrar a los estudiantes no solo en la práctica y la técnica del arte médico, sino también educarles en la moral y la deontología con la que todo médico debe ejercer su oficio.

Es curioso que mucha gente de nuestra época crea, y quizá nuestro lector también, que los médicos modernos actuales hacemos el juramento de Hipócrates al terminar nuestros estudios en la universidad e iniciar nuestro ejercicio de la medicina; queremos informar a nuestro lector que eso no es así desde hace siglos y que, en la actualidad, si algún médico conoce dicho juramento es porque es un aficionado a los libros de historia y lo ha podido leer en alguno de ellos.

Por otra parte, esa supresión de cualquier tipo de juramento la vemos totalmente coherente en nuestra sociedad, ya que para hacer un juramento y sentirse obligado a seguirlo se tiene que

ser creyente religioso, pues jurar es poner a Dios por testigo y juez último de que cumplirás aquello que afirmas bajo juramento. La mayoría de los médicos actuales no son creyentes sino agnósticos o ateos y no practican ninguna moralidad religiosa; por lo tanto, carecería de sentido y valor cualquier juramento que hiciesen.

Pero una cosa debe quedar clara para el lector: si en la actualidad los médicos hicieran el juramento de Hipócrates que hacían sus antepasados y, además, se sintieran obligados a cumplirlo, la única medicina moderna o medicina oficial o medicina industrial no podría existir, pues esta se basa, como hemos explicado, en una práctica prohibida por el viejo juramento, por considerarla una abominación indigna de ser practicada por un médico: el experimento humano. Y hay que decir, para ser fiel a la verdad, que toda la medicación moderna que el médico actual se ve obligado a utilizar es de origen industrial y, como tal, tiene un carácter experimental.

Los médicos tradicionales no aceptaron nunca el experimento humano porque no se podían permitir la posibilidad de que "eso nuevo y desconocido" o "esa nueva medicación salida de una fábrica" pudiera perjudicar al paciente; y, como eso no se puede saber hasta que se prueba, no se arriesgaban por respeto a la salud de su paciente y por el temor de causar daño a un inocente. Los médicos tradicionales tenían un altísimo grado de moralidad; creían que la Divinidad les pediría responsabilidad por el buen o mal hacer de su arte, puesto que habían hecho un juramento y eran creyentes. Consideraban una abominación el experimento sobre humanos y no fueron seducidos nunca por la novedad, la revolución científica ni por la búsqueda de nuevas sustancias experimentales; por todo ello, no eran aptos para los nuevos tiempos de Revolución Industrial y, como tenían esas restricciones éticas, fueron desprestigiados y acusados de

pseudocientíficos y sustituidos por los nuevos y flamantes “médicos” modernos, que, en contraposición clara, tienen una “ética” mucho más laxa y acomodada a los intereses industriales y económicos. Creen que poner en peligro la vida y la salud de los pacientes es un riesgo que pueden asumir y lo practican con naturalidad y sin ningún problema ético; los nuevos profesionales de la única medicina son adeptos y practicantes de la medicina industrial, que es, por su propia naturaleza y método, una medicina experimental en la que todos los pacientes tienen o se les aplica el papel de cobayas humanos.

Los médicos fieles a la tradición médica milenaria que utilizaba remedios conocidos desde la noche de los tiempos, y siguiendo las leyes naturales, nunca tomaron a sus pacientes por cobayas y, gracias a ese respeto, les mantuvieron como ejemplares genuinos, sanos y fértiles, humanos con todas sus posibilidades biológicas genuinas propias de la especie. Así fue durante milenios hasta la llegada de la medicina moderna con los nuevos médicos “ilustrados” y supremacistas que se creen mayores de edad y los primeros y únicos médicos de la historia y del mundo; además, no tienen ningún problema ético o moral que les impida la práctica del experimento humano sin ningún tipo de miramiento y sin ningún tipo de compasión hacia el paciente; precisamente, este nuevo hito de la medicina ilustrada, la administración de medicación nueva y experimental, práctica exclusiva de la medicina moderna, es lo que nos ha transformado a los ciudadanos de “la sociedad del bienestar” en los actuales *Homo cobaya* estériles y con enfermedades raras.

CAPÍTULO 13.
LA MEDICINA EXPERIMENTAL MODERNA

EL EXPERIMENTO COMO ELEMENTO INDISPENSABLE EN LA MEDICINA INDUSTRIAL

Los médicos modernos, como hemos dicho, hace siglos que no hacen el juramento de Hipócrates y, por tanto, no se comprometen a esa premisa de "*primum non nocere*". Esa moderna mentalidad, liberada de éticas "anticuadas"[56], les permite hacer pruebas de todo tipo sin importar lo desconocidas, imprevisibles y catastróficas que puedan ser las consecuencias. Por eso, por ese desparpajo ético y ese "pasotismo" verbenero, propio y exclusivo de la única medicina moderna, el **experimento humano** es la estrella en la medicina actual y su importancia es otra, una más, de las notas características que la diferencia de toda ciencia médica que se haya conocido y practicado en el mundo en la larga historia de Oriente o de Occidente.

Como vamos a mostrar en este ensayo, ese carácter experimental, del que tanto presume la medicina moderna, es lo que la invalida para ser precisamente eso: auténtica medicina. El experimento, por su propia naturaleza y por su propia dinámica, es incierto y aleatorio y, por ello, tiene un grado indeterminado de riesgo y de peligro. En consecuencia, no se pueden saber los verdaderos resultados hasta que todo se ha consumado y, si no son los deseados o programados, una vez obtenidos, resultan ya inevitables para el paciente. Los humanos solo tenemos un organismo para toda una sola vida; es algo elemental. A pesar de esa realidad incuestionable, hay que asumir que el

experimento, por su propia naturaleza azarosa e incierta, está desprovisto de seguridad alguna para el paciente cobaya; pero, a pesar de eso, la civilización industrial y su única medicina moderna lo tiene como método imprescindible para su progreso, que se basa en los nuevos hallazgos que se obtienen de los resultados experimentales, buenos o malos, observados en los propios pacientes a los que se les asigna, sin compasión alguna, el arriesgado papel de cobayas.

La medicina moderna se inició cuando los primeros médicos ilustrados se alejaron de la naturaleza, se creyeron capaces de superar las leyes cósmicas y empezaron a asumir que las creencias religiosas, los juramentos y la moral de sus antepasados eran deficiencias mentales o zarandajas éticas que el científico civilizado, moderno y con visión positivista de la realidad debía superar y descartar. Con ese tipo de mentalidad se introdujo la práctica del experimento humano por primera vez en la historia de la medicina occidental. En esa época, no solamente los médicos, casi toda la "intelectualidad" europea estaba mayoritariamente convencida del poder demiúrgico del hombre sobre la naturaleza. La cultura y el consciente colectivo se habían vuelto ateos, materialistas, utilitaristas, capitalistas, comunistas. Como consecuencia de todas estas neofilosofías, propias y exclusivas de la civilización europea supremacista, el dinero devino en la única "divinidad" y "autoridad", reconocida e indiscutible, que ordena y manda en la civilización de civilizaciones. Todos estos cambios en la escala de valores ocurrían en una Europa donde se podían escuchar voces de filósofos y científicos revolucionarios que gritaban por primera vez: "Dios ha muerto". "El cristianismo es una doctrina de esclavos", anunciaba Nietzsche. "No necesito a Dios para entender y explicar el mundo", afirmaba el positivista Comte. "La religión (y su moral) es el opio del pueblo", predicaba Karl Marx…

Hasta ese tiempo de grandes hitos, la medicina tradicional, y también la ciencia, había sido practicada en Europa por médicos y científicos creyentes en su mayoría, incluso por clérigos; aunque durante los siglos inmediatamente anteriores al XIX habían existido algunos científicos y médicos con ideas ateas, fueron la excepción. Todo esto cambió en ese siglo con los nuevos filósofos ilustrados que hemos nombrado y otros muchos, y, en efecto, Dios murió para la “intelectualidad” europea de los siglos XVIII y XIX. Con Él murió toda moral tradicional y toda ética médica; y, cuando la “intelectualidad” europea “enterró” a Dios, ocurrió lo que advertía el escritor ruso Dostoievski: “si Dios ha muerto, todo está permitido”, y ocurrió también que “a dios muerto, dios puesto” y desde entonces, en la Europa civilizada e industrial, el dinero ocupó el puesto que siempre le había correspondido a Dios.

Efectivamente, si no hay Dios, ¿quién puede juzgar los actos de los hombres? Si no hay una moral emanada de las leyes de Dios y de la naturaleza, si ya no sirve de nada jurar, si no hay moralidad que pueda castigar la mentira y el fraude, si el dinero hace que todos sin excepción te respeten y admiren, si lo único real es vivir la vida en las mejores condiciones o como mejor puedas y nada más, si no hay justicia en el más allá y lo único que cuenta es cómo sobrevives aquí, ¿qué más da cuál sea tu conducta? Si cada cual tiene su ética personal igual a la de cualquiera, ¿quién puede decir dónde está el bien y el mal? Si Dios ha muerto, ¿quién puede juzgar la conducta de los hombres? ¡Nadie! Por tanto, puedes hacer lo que quieras, siempre que te lo puedas permitir.

Para Nietzsche y la mayoría de filósofos, como Adam Smith, Robespierre, Comte, Hegel, Marx y para todos los modernos científicos, médicos e industriales, la muerte de Dios representaba una verdadera “liberación”. Desde entonces, ya no

había ni podía haber pecado, ni culpa, ni Juez. Después de enterrar a Dios, la respuesta moral a la conducta del hombre estaba en el poder personal de cada cual, o en el poder colectivo que las masas ofrezcan, otorgado por la posesión del *dinero y/o del control y posesión de los medios de producción*. El que tenía el dinero y/o el poder político se convertía en un superhombre, capaz de imponer y hacer realidad su voluntad por encima de los demás. Él solo obedecía a su voluntad sin límites y disfrutaba del privilegio de no estar sometido a la moral de todos, la moral tradicional. Disfrutaba de un tipo “especial” de moral, “descubierta” por Nietzsche y a la que denominó “la moral de los señores”. Quien podía permitirse optar a esa moral tenía el derecho de imponer su voluntad y sus intereses sobre los demás con impunidad total, sin ningún límite y sin tener que responder ante nada ni ante nadie. Los demás, los que por no tener dinero o poder político y económico no llegaban a ser superhombres, debían someterse a la voluntad de los primeros porque estaban obligados a seguir “la moral de los esclavos”. Podían ser utilizados y sacrificados en favor de la economía del “señor”, de su ciencia y del progreso de la “civilización”, puesto que estas eran propiedad exclusiva de los señores. Eso permitía a los grandes industriales la utilización inhumana y cruel de grandes masas de obreros, sometidos a la moral de los esclavos y que, por ello, podían ser explotados, ellos y sus hijos, de manera inmisericorde hasta la extenuación. Podían ser sacrificados, realizando tareas inhumanas en las nuevas fábricas y minas para proporcionar riqueza a sus indolentes y caprichosos dueños, los cuales tenían la suerte de ser superhombres y, por tanto, propietarios de la vida de sus esclavos. Además de servir de carnaza para la incipiente civilización industrial, y para satisfacer la indolencia sin límites de sus señores, los esclavos fueron inmolados con impunidad en las nuevas y terribles guerras

industriales donde millones de europeos, con “moral de esclavos”, sirvieron de carne de cañón para defender los intereses de los gobiernos de sus señores y para que el “progreso” y la “civilización” europeos siguieran su marcha triunfal.

Con este ambiente ilustrado y amoral, propio de la que se llamó la civilización de civilizaciones, no fue difícil que los médicos y científicos, sintiéndose del grupo de los señores, aceptaran la experimentación humana como un hito histórico que marcaba la diferencia entre el moderno “progreso”, propio de la civilización ilustrada, y la “barbarie” medieval, propia de los antiguos médicos y científicos, que abominaban de esa práctica moderna, y seguían la moral natural y cristiana tradicional, el respeto a la integridad humana y a la Naturaleza. Estos, los tradicionales, fueron despreciados por estrechos morales, maniáticos de la deontología médica, pseudocientíficos y contrarios al progreso de la ciencia y de la civilización. Su fe en una bondad y justicia divina, y el juramento que le habían hecho a Dios, les impedía practicar el experimento humano y poner en peligro la vida de sus pacientes.

La *Bestia* y sus filosofías convencieron a los “civilizados” europeos de su supremacía histórica y étnica, de la supremacía del dinero sobre Dios y de lo irrelevantes y fantasiosas que eran las antiguas creencias en un paraíso y un infierno en el más allá. Las neofilosofías afirmaban que lo verdaderamente real e interesante estaba en esta vida concreta y única, que lo de antes era pura superstición, propia de mentes medievales y obsoletas. Las modernas ideas materialistas, positivistas y ateas, que empezaban a dominar el nuevo mundo “civilizado”, ensalzaron, llevaron a la gloria y enriquecieron a los superhombres, que no tenían problemas éticos que les impidieran hacer experimentos humanos, que no tenían escrúpulos ante los resultados,

necesariamente inciertos, que se pudieran producir en la persona de los esclavos. Estos estaban predestinados a ser sacrificados como carnaza, en nombre del progreso humano. Estaban sometidos a la “moral de los esclavos”. Con este ambientillo de refinada civilización europea, el experimento humano se introdujo como otro hito importante y capital para el avance de la civilización industrial. Con el tiempo se ha convertido en una práctica habitual y necesaria para la medicina moderna; y, como ya hemos dicho, esa es otra nota característica que demuestra que la medicina moderna es algo distinto de lo que siempre se ha conocido por medicina.

LOS PRIMEROS MÉDICOS QUE UTILIZARON EL EXPERIMENTO HUMANO

Si el lector quiere hacerse una idea de lo importante y valorado que es, y ha sido, el experimento humano en los avances en medicina moderna y, concretamente, en la creación de la teoría de la infección, puede leer el libro del Dr. de Kruif, biógrafo oficial de los más famosos y reconocidos médicos con mentalidad de superhombres que fueron pioneros en la creación de la sociedad cobaya. En su libro *Cazadores de microbios*[57], escribe detalladamente y sin ningún tipo de rubor cómo se llevaron a cabo las primeras identificaciones de los gérmenes que iban a ser acusados de causar graves enfermedades. También cómo se iniciaron las distribuciones e inoculaciones de las primeras vacunas y sueros antiinfecciosos; es decir, de los primeros productos industriales que se utilizaron experimentalmente y que dieron nacimiento a la actual sociedad cobaya.

Se puede observar, leyendo las biografías de los grandes cazadores de microbios y creadores de las primeras vacunas,

que para triunfar en el nuevo mundo de la medicina era más importante tener estómago y agallas que escrúpulos éticos y moral. Era imprescindible tener mucha más ambición de triunfar, y de obtener dinero y gloria, que de practicar la compasión por los demás hombres. Era indispensable tener más fe en el progreso técnico e industrial que en la Divinidad. Para triunfar en la nueva medicina industrial era necesario tener mentalidad de superhombre y “moral de señor”. Llenos de esas modernas “virtudes” y con la nueva mentalidad industrial, todos los famosos cazadores de microbios, absolutamente todos los biografiados por el Dr. de Kruif, utilizaron con absoluta normalidad, y sin problemas mentales, a cobayas humanos en sus experimentos, sobre todo a niños de orfanatos y a soldados. En ninguna ocasión se les ocurrió experimentar sobre ellos mismos, lo que demuestra que eran unos médicos positivistas, supremacistas, desalmados y sin escrúpulos, pero que no eran tontos y practicaban la prudencia más estricta para sí mismos. No corrieron riesgos innecesarios; simplemente utilizaron sin compasión a gente indefensa, sometida a “la moral de los esclavos”, como cobayas humanos con el fin de alcanzar el éxito personal y probar sus nuevos medicamentos experimentales.

Podemos empezar por el primero de todos estos “honorables” creadores de las vacunas, el inglés Edward Jenner, el cual utilizó como “cobaya” al hijo de su sirviente. No es difícil imaginar el grado de libertad de un siervo en la Inglaterra de finales del siglo XVIII y su capacidad de elección para poder negarse ante su amo. El segundo “inventor”, e introductor real y definitivo de las vacunas, fue el conocido, famoso y laureado Dr. Louis Pasteur; él también utilizó, en 1885, a un niño como cobaya humano para su primera vacuna contra la rabia. Nos lo cuenta su biógrafo, Dr. de Kruif, con toda naturalidad. El biógrafo nos relata también la escena histórica en la que el suero

antidiftérico del Dr. Behring fue probado en niños de orfanatos berlineses; hubo varios muertos de inmediato, aunque el biógrafo no se detiene a decirnos la cantidad de cadáveres infantiles que resultaron de esa prueba. Lo que sí nos relata es que ese pequeño inconveniente, ese montón de cadáveres de niños indefensos, no tuvo demasiada importancia ni repercusión mediática y, desde luego, no paró el experimento. El mismo biógrafo afirma: "las fábricas alemanas ya habían producido toneladas de suero antidiftérico" y el progreso no se podía detener ante la muerte de unos pocos esclavos. El Dr. Behring, sin importar la cantidad de criaturas huérfanas sacrificadas, fue galardonado con el premio Nobel por haber descubierto y aplicado por primera vez semejante suero, y esos sueros antidiftéricos se sacaron al mercado y se distribuyeron por todo el mundo.

Aquí en España también tuvimos nuestros propios cazadores de microbios; médicos que igualmente se creyeron superhombres, con "capacidad mental", "ética personal", "estómago suficiente" y la carencia de escrúpulos necesaria para utilizar cobayas humanos indefensos. Nos lo cuenta con frialdad la Dra. María José Báguena, de la Cátedra de Historia de la Medicina de la Facultad de Medicina de Valencia. En su libro[58] relata que el Dr. Jaime Ferrán, en la Valencia de finales de mil ochocientos, utilizó como cobayas humanos, para probar su primera vacuna contra el cólera, a toda la población de un orfanato de Valencia, incluidas las monjas. El prestigioso médico positivista no tenía problemas de conciencia para experimentar sobre unos seres humanos indefensos; y, como era legal y se hacía en nombre de la ciencia, el progreso y la civilización, todo estaba en orden para él. Pero el experimento resultó un fracaso y cuenta la historiadora que murieron todos los niños y también las monjas del orfanato que se habían ofrecido como

voluntarias, seguramente, para dar ejemplo a sus niños y niñas. Nadie clamó ni reclamó por sus vidas; la historiadora dice que hubo cierto revuelo entre los médicos valencianos, pero se corrió un tupido velo sobre el asunto y Ferrán siguió con sus experimentos humanos en nombre del progreso y de la ciencia. Nunca tuvo el menor problema legal; todo lo contrario, Ferrán fue reconocido como superhombre ilustrado, laureado y galardonado por la Academia de Ciencias de París unos años después y tuvo muchos reconocimientos académicos. Creo recordar que tiene dedicado un busto de mármol en los pasillos de mi vieja Facultad de Medicina de Valencia y algunas calles dedicadas en los pueblos de mi tierra. Ya hemos dicho que, en ese tiempo, la *Bestia* y su industria tenían que hacer propaganda para introducir la paranoia de la teoría de la infección y el uso de los sueros, vacunas y demás medicación industrial.

A la *Bestia* y su C.C.I., y a la nueva medicina positivista, no le importaban los niños ni las niñas, con moral de esclavos, muertos. Los superhombres creadores de la paranoia tenían impunidad total, disponían de material humano y carta blanca para realizar experimentos; faltaría más. No había otra forma o método para lograr avanzar en la nueva medicina experimental. Debido a que los animales tienen fisiología distinta del humano y sus reacciones no son extrapolables o equivalentes, entonces ¿cómo saber los efectos de nuevos productos en el humano, si no lo utilizamos a él mismo de cobaya? Lógicamente, desde el propio método positivista científico, que se basa en el experimento lo más exacto posible y sus resultados, es imposible saber todo eso sin aplicarlo sobre el cobaya humano y observando tiempo después, a corto, medio o largo plazo, qué cambios y reacciones se presentan. El experimento es un elemento necesario e imprescindible en la más pura doctrina y

lógica operativa del positivismo científico; sin experimento no puede haber experiencia ni demostración. No cabe otra opción.

Si no hubiesen tenido impunidad total, estos nuevos médicos que administraron las primeras vacunas y los primeros sueros, todos, absolutamente todos, hubiesen terminado en la cárcel por homicidios múltiples. Los gloriosos creadores de vacunas y sueros, que fueron premiados con el Nobel y otros reconocimientos, ahora son ensalzados en los libros de historia y en las efemérides científicas y médicas, todos sin excepción. Si no hubiesen gozado de inmunidad legal y carta blanca para la experimentación en cobayas humanos indefensos, sin importar el resultado ni el número de muertos, les conoceríamos como psicópatas en serie.

Los médicos actuales saben que aquellos productos pioneros (vacunas y sueros) que fueron presentados como grandes remedios que "presuntamente" salvaron miles de vidas pueden ser mortales de una manera fulminante. Por eso han sido abandonados desde hace décadas. Si en la actualidad son catalogados de mortíferos y están totalmente prohibidos..., ¿cómo fueron presentados y utilizados como verdaderas panaceas en la primera mitad del siglo XX? ¿Puede darse la posibilidad científica de que algo que era maravilloso hace unos años ahora sea un tóxico mortal? La verdad histórica innegable es que la incipiente medicina industrial necesitaba de esos médicos capaces de seguir, sin problemas éticos, impulsando el progreso y el nuevo negocio. Médicos con agallas suficientes como para cargarse a niños de orfanatos y, sin embargo, pensar y sentir que estaban a favor del progreso humano y de la civilización, y, además, comprobar que estaban en el camino del éxito y del dinero. Y, si surgía alguna duda moral que les pudiese hacer vacilar, o tener algún remordimiento, ante lo que era "necesario hacer" en aras de la civilización, ahí estaba la *Bestia*,

que les iba a recordar y convencer de que, en realidad, eran superhombres “ilustres” con derecho a vivir “más allá del bien y del mal”, que poseían impunidad total y que merecían prestigio, dinero y que se les otorgaran los laureles de la gloria académica e histórica. Los nuevos médicos positivistas, y con moral de señores, pensaron que si la sociedad y la historia oficial les estaban reconociendo como héroes y salvadores de la humanidad, les estaban haciendo ricos y les llenaban de honorabilidad y reconocimiento, ¿quién más les podría juzgar y condenar?

CAPÍTULO 14.
IATROGÉNESIS GENERALIZADA EN LA SOCIEDAD COBAYA

LA SOCIEDAD DEL BIENESTAR Y SUS CIUDADANOS COBAYAS

Ya hemos adelantado al lector, en anteriores capítulos, que durante toda la primera mitad del siglo XX, y a pesar de que la *Bestia* y su industria hicieron una gran campaña para imponer la nueva teoría de la infección, esta no fue muy aceptada por la inmensa mayoría de médicos urbanitas y rurales, que eran los que, en realidad, se ocupaban de mantener la salud de la población de la sociedad civil. Durante ese tiempo, marcado por dos guerras mundiales y grandes expediciones militares a las numerosas colonias que tenía Europa, la novedosa teoría de la infección era un asunto que se practicaba, casi exclusivamente, en ambientes médicos militares, experimentales e industriales. El resto de la población civil quedó al margen de esa medicina antiinfecciosa porque, como hemos dicho, la mayoría de los médicos de la primera mitad del siglo XX no aceptaron ni la teoría de la infección, ni la novedosa medicación antiséptica industrial, ni las vacunas y sueros que proponía la industria.

La sustitución de estos médicos, escépticos y resistentes a aceptar y practicar la teoría de la infección, por los nuevos médicos, sin problemas éticos y adeptos a ella, se completó más o menos en los años 50 del siglo XX. Y, como hemos dicho que el tiempo es un elemento fundamental para nuestro análisis, rogamos al lector que retenga esta fecha. El cambio radical de visión y de actitud de los médicos que se produjo en esa época marca un punto de inflexión que distinguirá, claramente, a dos

tipos de poblaciones humanas: la que corresponde a los últimos *Homo sapiens* sin añadidos industriales, que se salvaron por los pelos del gran experimento por haber nacido antes de los años 50, y la de los auténticos *Homo cobaya*, que, por haber nacido después de los años 50, consumieron esos nuevos productos experimentales desde la más tierna infancia, incluso desde que eran fetos, puesto que sus madres ya eran consumidoras de las nuevas medicaciones.

Estas dos poblaciones humanas, que en la actualidad todavía viven juntas, se diferencian, entre otras cosas, en que la primera nació y creció en un tiempo en el que la mayoría de los médicos no creían, o creían poco, en la teoría de la infección y en la quimioterapia industrial. En la actualidad, está formada por individuos de más de setenta años; se puede decir que son los últimos ejemplares de *Homo sapiens*, hijos a su vez de otros *Homo sapiens* que todavía tenían sus sistemas orgánicos y su inmunidad genuinos y naturales. Esta población, hijos de humanos que no habían sido contaminados, se mantuvo exenta, en parte, de la contaminación industrial porque no participó, desde su mismo nacimiento e infancia, en el gran experimento social que se inició en los años 50 y 60. Por esa razón, no ha conocido nunca ni ha padecido ningún grado de infertilidad generalizada ni tampoco de enfermedades raras. Son los actuales octogenarios y nonagenarios que disfrutan de una sana longevidad, nacieron 10 o 20 años antes de que comenzaran las vacunaciones sistemáticas y la administración generalizada de los conocidos antibióticos; es decir, antes de que se iniciara el proceso de iatrogenia general que, como hemos repetido varias veces, empezó en los años 50 y 60.

La segunda clase de población que vive en la actualidad es la de los ciudadanos nacidos y crecidos después de los años cincuenta. A partir de los sesenta, aquí en España, la *Bestia* y su

C.C.I. dominaban toda la política y la docencia de salud, y la medicina industrial se había erigido ya como la única medicina. Todos los nuevos médicos, sin excepción alguna, estaban adoctrinados en la moderna creencia dogmática de la agresividad de nuestros microbios y en la convicción de la necesidad de utilizar quimioterapia y vacunas como única solución para enfrentarnos a ellos. Por eso utilizaron estos productos industriales con profusión sobre esta población desde el mismo momento de nacer y durante toda su infancia. Y esta realidad incontestable es la responsable de que todos los nacidos en España después de los años sesenta sean una población cobaya desde el mismo nacimiento, sin casi excepción alguna. Es precisamente en estos ciudadanos cobayas nacidos en los años 70, 80, 90 en adelante en la que se está detectando y presentando, en exclusiva, la incidencia y la proliferación de una nueva pandemia propia de la "sociedad del bienestar" desconocida por los anales de la medicina: la pandemia de las *enfermedades raras y la esterilidad o castración química* de sus jóvenes.

EL PODER DEMIÚRGICO DE LA PRENSA

Con ese programa experimental iniciado en los años 50, llevado a cabo de manera casi total sobre la población cobaya, y teniendo asegurado el futuro del negocio farmacéutico (gracias al control de la prensa y, sobre todo, al control y manipulación de la docencia médica, que instruía en el pensamiento único y en la única medicina), la *Bestia* y su C.C.I. pensaron que sería muy conveniente dar un buen golpe de "propaganda", para que la población de "la sociedad del bienestar" redoblara esa creencia ciega en el sistema de salud industrial. Para ello, decidieron

presentar los primeros “resultados positivos” del gran experimento que se estaba llevando a cabo sobre la población. Pensaron que sería muy provechoso que la prensa proclamara alguna noticia impactante, algún logro positivo, fuera real o imaginario. Se podría presentar como si se tratara de una “*realidad innegable*” y “*demostrada científicamente*”, sin ningún tipo de problema. Consideraron que debían adelantarse a las posibles dudas de los ciudadanos y darles “pruebas”, “hechos comprobados”, “estudios estadísticos”, “noticias oficiales”, “programas informativos”, que demostraran, sin lugar a dudas, que el gran experimento al que se habían sometido, y al que estaban sometiendo a sus hijos, estaba saliendo tan bien como se esperaba desde el principio. Que se estaban transformando en unos “humanos nuevos” y, por supuesto, muy superiores biológicamente a sus antepasados milenarios, los antiguos *Homo sapiens* de toda la vida. Así pues, se le encargó a la dócil prensa de la *Bestia* el anuncio de un “pelotazo” publicitario grande, para que tuviese un fuerte impacto emocional sobre el consciente colectivo. Comunicaría a bombo y platillo, y de una manera convincente, algún avance verdaderamente “objetivo” e “innegable”. Para ello, a la C.C.I. y su prensa se les ocurrió pregonar en todos los foros de comunicación nada menos que antiguas epidemias como la rabia y la viruela, y otras nuevas como la poliomielitis, habían desaparecido de la faz de la tierra gracias a las recientes, masivas y eficaces campañas de vacunación.

La OMS fue la encargada por la C.C.I. para dar la gran noticia dentro de la oficialidad médica. Pero, como vamos a explicar, era en realidad una afirmación inverosímil, un logro totalmente imposible. La prensa la vociferó en todas partes para que la población cobaya se convenciera, más si cabe, de que todo aquello que estaba consumiendo y administrando a sus hijos, las

vacunas, los antibióticos y demás productos químicos e industriales eran buenos y tenían mucho sentido. Que eran necesarios, *imprescindibles*, para estar sanos y tener un nivel de inmunidad y de vitalidad del que nunca antes habían disfrutado sus antepasados.

Esas noticias de la prensa, que anunciaban que se habían exterminado especies biológicas ultramicroscópicas que habitaban todos los rincones del planeta, eran imposibilidades puras y simples. Cualquiera que reflexione sobre ello lo puede ver, utilizando simplemente el sentido común. Pero la prensa lo anunciaba a bombo y platillo a los confiados ciudadanos, a los que, sin tiempo ni capacidad para reflexionar, les convencía fácilmente con sus complacientes y deseables noticias. Les hacía sentir seguros y les creaba la "ilusión" de que pertenecían a una raza superior que disponía y disfrutaba de la mejor medicina de todos los tiempos: la medicina moderna industrial. La que les había convertido en una nueva raza superinmune. Gracias al esfuerzo de la prensa, que se esmeró con entusiasmo, a la población de Occidente le resultó muy fácil de creer esa hazaña imposible de la medicina industrial. Les produjo la maravillosa sensación de ser los afortunados habitantes de la primera "sociedad del bienestar" de la historia. La prensa ganaba dinero explotando y dando a conocer "las maravillas y los avances" de la nueva y moderna medicina industrial.

La medicina industrial, decía la OMS y vociferaba la prensa occidental, era capaz nada menos que de erradicar especies microscópicas que habían habitado todos los rincones del planeta durante millones de años, y lo había logrado en un período breve de cinco o seis años de vacunación sistemática de la población; ¡increíble!, ¡formidable!... si fuese posible tal cosa, pero no lo es.

Esa hazaña inverosímil que pregonaba la prensa mundial era mentira como todo lo demás, pero la campaña de publicidad iba a convertir esa mentira en una “realidad dogmática”, que sin obedecer a ningún hecho real era asumida por todos como supuestamente demostrada y que, desde entonces, no dejan de esgrimir en todos los debates sobre vacunas los médicos y tertulianos televisivos “enteraos”, fieles adeptos a esa alucinación. Como si ellos fueran testigos presenciales de que las maravillosas vacunas han salvado a millones de personas y, además, que es algo perfectamente demostrado por la realidad de los hechos y contrastado científicamente.

Pero, si metemos la lupa de la lógica y analizamos este anuncio publicitario, veremos con claridad que no es más que eso: **un anuncio publicitario falso** que contradice el sentido común más elemental. Podría ser denunciado por su imposibilidad total de llevarse a cabo. Si se presta atención a la lista de enfermedades que la OMS afirmaba que habían desaparecido del planeta, se verá que todas ellas son supuestamente producidas por virus. Lo segundo que tiene que tener en cuenta el lector, como hemos explicado en párrafos anteriores, es que el avistamiento y estudio de los virus solo se puede hacer en pocos centros de biología molecular, que, por supuesto, están dentro del área de control de la C.C.I. Son escasos centros oficiales donde no puede haber disidencia ni oposición que ponga en peligro lo que afirme o niegue la indiscutible autoridad dogmática de la propia *Bestia* y su C.C.I. Como ya hemos revelado, los virus no son como las bacterias y no se pueden estudiar en otros ámbitos independientes de la C.C.I., como por ejemplo los laboratorios de las facultades o los laboratorios de biólogos particulares. En consecuencia, nadie puede desdecir o poner en duda lo que a la C.C.I. se le ocurra afirmar o negar acerca de la vida y costumbres de estas criaturas

ultramicroscópicas llamadas virus. Solo ella, la *Bestia* y su C.C.I., puede afirmar si un virus produce una determinada enfermedad; solo ella puede anunciar la repentina aparición e invención de nuevos virus. Cosa que no ha dejado de hacer en estos últimos años; solo ella puede decir que una especie de virus ha mutado, o ha cambiado de sexo, o dado nacimiento a otro virus. O afirmar, sin más, que una especie de virus ha desaparecido del planeta. La C.C.I. puede decir cualquier cosa sobre la vida y aventuras de los virus, puesto que nadie de fuera de la C.C.I. tiene acceso a ese tipo de instalaciones carísimas, de complicada y sofisticada tecnología, que están bajo su control. Debido a esa circunstancia insalvable, ella se lo guisa y ella se lo come, es juez y parte del proceso en debate, nadie puede interferir de manera oficial ni en sus afirmaciones ni en sus negaciones. Su opinión es fácil, indiscutible y barata, totalmente gratuita, y sus afirmaciones son siempre intencionadas. Pero el lector con sentido lógico y un grado normal de imaginación puede llegar a saber, con los conocimientos de biología a nivel popular, si es posible que sea verdad lo que la OMS afirma con autoridad absoluta y sin posibilidad alguna de que pueda haber debate. El lector, con sentido común, puede preguntarse: ¿es posible erradicar del planeta una especie biológica, ultramicroscópica y dificil de localizar que solamente es posible detectar en los escasos y sofisticados laboratorios de alta tecnología? Y, dadas estas características, ¿es posible conseguir su extinción planetaria en un período inferior a una década? La respuesta lógica es que, dada la extrema dificultad de aislar y localizar a los virus, tal cosa debería ser, y es, totalmente imposible.

Si fuera posible erradicar una especie viviente (virus) de extensión planetaria, que nadie ve ni siente, que solo es detectable en centros de biología molecular, y que ni siquiera se

puede ver con un microscopio óptico, debería ser mucho más fácil erradicar las plagas de piojos que castigan a nuestra infancia. O la abeja asiática que está invadiendo América y Europa, ocasionando destrozos entre las familias de abejas autóctonas. O sería posible, y mucho más fácil, acabar con los mosquitos que “supuestamente” causan la malaria. O aniquilar las especies de plantas foráneas que amenazan de muerte a nuestros campos, ríos y lagos. La enorme lista de fenómenos de invasión de especies foráneas, propios de nuestro tiempo, no los podemos solucionar, a pesar de estar ocasionando graves trastornos desde hace décadas. No podemos erradicar estas plagas y, al fin y al cabo, a estas criaturas se las puede ver a simple vista, cazar o agarrar con la mano. Es posible contarlas y comprobar, con facilidad visual, su desaparición total y seguir con el exterminio en caso de constatar, con los propios ojos, que quedan algunos individuos. La lógica más elemental, o sentido común, sugiere que, en estos casos en donde los seres a exterminar son visibles y ponderables incluso desde el aire, su exterminio debería ser más fácil que si fueran invisibles y difícilmente observables, como es el caso de los virus. Entonces, cabe preguntarse: si es imposible acabar con los piojos, que se ven y se sienten, ¿cómo es posible erradicar a tres especies biológicas de virus invisibles y de extensión planetaria? ¿Cómo comprobarlo, si para ello se necesitan instalaciones que por su coste y complejidad técnica son escasas? ¿Quién ha hecho esa búsqueda y exterminio total y cómo se ha podido verificar que esos virus, en el caso de que hayan existido en realidad, no están presentes en animales y hombres de la estepa asiática o en la extensa África o en cualquier tierra remota donde jamás se han tomado pruebas para poder analizar en sofisticados institutos de biología molecular?

Lógicamente, esa afirmación de la OMS es imposible que sea cierta y, técnicamente, imposible de llevar a acabo. Afirmarlo y publicitarlo le resulta completamente gratuito a la C.C.I.; no arriesga nada, tiene impunidad y "autoridad oficial" para poder hacerlo y no teme asegurarlo, puesto que sabe que nadie fuera de su control puede comprobarlo y negarlo. No es por casualidad que las tres epidemias que la C.C.I. ha dado por extinguidas y erradicadas del planeta estén causadas, según la propia C.C.I., por virus y no por bacterias. Y no es por casualidad que las modernas epidemias y pandemias que la propia C.C.I. y la prensa han ido presentando en las últimas décadas, como el sida, la gripe A, el ébola, y la última y más reciente del COVID-19... se las atribuyan a los virus, puesto que, al ser adjudicadas a estos, por las razones técnicas que hemos explicado, su existencia o inexistencia solo la puede afirmar la C.C.I.; nadie le puede contradecir. De las enfermedades supuestamente atribuidas a las bacterias, que, aunque invisibles también, son asequibles con la ayuda de un simple microscopio óptico a estudiantes de biología y médicos, la C.C.I. no se ha atrevido a decir que haya erradicado ninguna. Aunque lógicamente debería ser más fácil, al poder verse con un simple microscopio óptico perfectamente portátil y que se puede instalar en cualquier parte del mundo. Pero, con las bacterias, cualquier doctor nadie, o incluso cualquier estudiante de biología curioso, podría comprobar la falsedad e imposibilidad real de tal afirmación y, por esa razón, la OMS no se ha atrevido a anunciar la erradicación planetaria total de ninguna de las enfermedades supuestamente bacterianas, ni tampoco se le ha ocurrido adjudicarles ninguna nueva epidemia.

LA CASI DESAPARICIÓN DE ANTIGUAS EPIDEMIAS

En el caso de las enfermedades supuestamente bacterianas, que según la prensa llevaban décadas provocando epidemias mortíferas, producidas por nuestros propios gérmenes, como la difteria, la tosferina, el cólera..., la C.C.I. y su prensa no se atrevieron a anunciar que habían desaparecido y que, por tanto, estaban erradicadas del planeta. Tal cosa es imposible y, como ya hemos dicho, se podría comprobar fácilmente. Pero, si era arriesgado afirmar su erradicación total, no lo era tanto anunciar que habían disminuido drásticamente, hasta casi desaparecer del primer mundo. Esa "buena noticia" no era como la extinción total, pero algo es algo, y decir que habían casi desaparecido acrecentaría algo la confianza de los ya adeptos ciudadanos cobayas.

La prensa, siempre al servicio del dinero (cabeza principal de la *Bestia*), explicaba con júbilo e interés verdaderamente "didácticos" la disminución, hasta la casi desaparición, de todas estas plagas, supuestamente causadas por nuestros propios gérmenes, que habían ocupado tantas páginas y reportajes en los años y décadas anteriores. La C.C.I. y su prensa hacían proselitismo de las bondades y ventajas de las que estaban disfrutando las nuevas generaciones, que, por fin, habían logrado la tan prometida inmunidad, gracias a esa gran cobertura preventiva iniciada pocos años antes y que había significado la vacunación de más del 95% de la población infantil.

Según la C.C.I. y su prensa, esas nuevas criaturas, cobayas humanas, nacidas en los años 60 eran superinmunes; no estaban expuestas a esas históricas enfermedades (difteria, tétanos, etc.) que tanto terror habían ocasionado a la humanidad anterior. Para erradicar cualquier tipo de duda, ahí estaban las estadísticas oficiales, que mostraban todo el logro

obtenido. La prensa y la docencia explicaban, con confianza y autoridad, a todos los habitantes de Occidente, que esa nueva raza sería muy longeva. Incluso hoy en día hablan de ello los políticos y expertos; afirman que tal longevidad pondrá en peligro todo el sistema de pensiones en el futuro.[59]

Con este proselitismo a todas las escalas y en todos los niveles de comunicación en Occidente, y con una gran cantidad de estudios y gráficos estadísticos presentados en todas partes[60], la C.C.I. y su prensa han logrado convencer al ciudadano cobaya de la realidad de unos falsos mitos. Estos mitos están perfectamente asimilados por el consciente colectivo de toda la población del primer mundo, hasta el punto en el que ya nadie tiene ninguna duda sobre la bondad y necesidad imprescindible de esos productos industriales que han incorporado a su "ego" biológico genuino y natural por primera vez en la historia de la humanidad. Con esa fe pseudoreligiosa, toda esa población cobaya cree, y espera confiadamente, que el experimento al que se ha sometido y se está sometiendo le mejore su sistema inmunitario y le transforme, al final de la peregrinación, en una raza superior a la del *Homo sapiens* de la que desciende.

Pero, a pesar de ese convencimiento general de la población, todos esos anuncios publicitarios espectaculares que ha realizado la prensa de la C.C.I. son sencillamente falsos. Es imposible la erradicación de especies víricas, la desaparición durante décadas de las enfermedades clásicas como la difteria, la tosferina, la inmunidad superior de las nuevas generaciones, el mayor nivel de salud y de longevidad de los miembros de la nueva raza superior. Ante un simple análisis lógico son, sencillamente, falsos. Por muchos y trucados estudios estadísticos oficiales que hayan repartido por todas partes, las generaciones de ciudadanos y ciudadanas de la supuesta nueva

raza superior han padecido las mismas enfermedades que sus antepasados (difteria, neumonías, tosferina, etc.), aunque no tienen conciencia de ello, y en el siguiente capítulo explicaremos por qué.

Las generaciones de humanos cobaya tampoco tienen mayores niveles de salud ni van a ser más longevos que sus antepasados, sino todo lo contrario. Lo único que se puede mantener como cierto de todos estos falsos mitos de la medicina moderna es la afirmación de que los ciudadanos del primer mundo nacidos a partir de los años 50 y 60 son de una “nueva” raza. Podemos afirmar, con toda propiedad, que se trata de una nueva raza de humanos cobaya sobre los que se ha operado una **manipulación biológica**, con la aplicación de unos productos experimentales de procedencia industrial, con la intención teórica de mejorar el propio diseño natural de sus sistemas biológicos naturales. Y con la promesa prematura de que el experimento no podía ni puede salir mal. Dando por supuesto que toda esta “transformación” es producto del conocimiento científico y, por lo tanto, está bajo control y no puede fallar nada. ¿Nada?

Ha pasado el tiempo y ya tenemos cobayas de primera, segunda, tercera y cuarta generación. Los mayores ya tienen 60 o 70 años y han tenido hijos y nietos, les ha dado tiempo a vivir y a reproducirse, a enfermar y a morir. Ahora podemos respondernos objetivamente, con los datos reales en las manos, a las siguientes preguntas: ¿la nueva raza de cobayas que han sido transformados por la medicina industrial está presentando signos o datos ciertos que hagan pensar, o que muestren, alguna evidencia de superioridad biológica? ¿Poseen unos sistemas orgánicos mejores o más eficaces que los que tenían sus antepasados? ¿Han mejorado sus capacidades biológicas de

supervivencia y reproducción y han superado en salud, vitalidad y felicidad a los hombres y mujeres de siempre?

La C.C.I. y toda su prensa afirma, con toda la impunidad que le caracteriza desde el mismísimo principio del experimento, que todo está saliendo bien y que, aunque era la primera vez en la historia que se intentaba tal hazaña biológica, está siendo un grandísimo éxito sin paliativos. Que la nueva raza de *Homo cobaya* que está saliendo de esa nueva experiencia es mejor y superior a la antigua raza de *Homo sapiens*. Nadie les contradice y, como en el caso de la erradicación de enfermedades que hemos contado, ella se lo guisa y ella se lo come. Sin embargo, ya conocemos la frase evangélica que nos advierte que “por sus frutos los conoceréis”, y, después de unas décadas desde que se inició el gran experimento, ha llegado el momento de la “cosecha”. Con los frutos ya maduros en las manos podemos ser testigos y jueces, comprobar los *verdaderos resultados* y examinarlos.

Pues bien, con esta indagación racional que vamos a hacer con ayuda del sentido común, o la lógica natural propia de personas lúcidas, vamos a demostrar que los habitantes de la “sociedad del bienestar” o “nuevos humanos” que se prestaron como cobayas han sido engañados o estafados de manera miserable e inmisericorde. El simple análisis y exposición de la realidad más evidente demuestra que el experimento al que se sometieron, y están siendo sometidos, les está llevando a ser una nueva raza, de eso no hay la menor duda, pero para nada superior por muy convencidos de ello que estén, sino desgraciadamente muy inferior y enfermiza, distorsionada genéticamente hasta la monstruosidad, estéril y enferma desde la juventud, y por todo ello en serio peligro de extinción. Aunque, eso sí, la propaganda oficial anuncie lo contrario y la población cobaya se lo crea a pies juntillas y tenga la impresión

de estar bien cuidada y protegida. Para explicar al lector la falsedad del optimismo general y de la sensación de seguridad, vamos a exponerle las cosas tal y como son en realidad; vamos a demostrarle con hechos y acontecimientos que él mismo puede comprobar con facilidad a través de internet y, curiosamente, también por medio de las propias estadísticas oficiales del Ministerio de Sanidad.

CAPÍTULO 15.
LAS ENFERMEDADES QUE NUNCA DESAPARECIERON

EL PODER TRANSFORMADOR DE LAS PALABRAS

Como hemos comentado unos párrafos antes, la C.C.I., su prensa y sus ministerios de sanidad de todos los países anunciaron a bombo y platillo que las temibles enfermedades, supuestamente infecciosas, que habían asolado Europa en los años 20, 30, 40, como la difteria, el cólera, la tuberculosis, la tosferina… no habían sido erradicadas del planeta, pero sí se podía afirmar que habían disminuido hasta casi desaparecer gracias a las campañas de vacunación, casi totales, llevadas a cabo sobre la nueva población infantil desde los años 50 y 60. Esa casi desaparición de antiguas enfermedades se reflejaba en los diversos gráficos estadísticos y en las numerosas publicaciones y artículos, todos ellos oficiales y “de total confianza”, que estaban, y todavía lo están, a la libre disposición de ciudadanos, estudiantes y médicos.

Todo el mundo pudo ver muchos gráficos con líneas estadísticas de colores, leer muchos artículos de prensa y escuchar y ver numerosos programas informativos de radio y televisión, donde se afirmaba con claridad y rotundidad que la difteria, la tuberculosis o la tosferina llevaban años sin manifestarse entre la vacunada población cobaya de la “sociedad del bienestar”. Estas estadísticas y artículos, que todos parecían conocer, servían y sirven de poderoso argumento a favor de la vacunación y de la eficacia “indiscutible”, “probada estadísticamente” y “demostrada científicamente” de las

campañas de prevención con vacunas industriales que se habían emprendido hacía unas décadas.

Para lograr hacer realidad esa falsa desaparición de enfermedades conocidas y temidas, o mejor, para simularla, puesto que no es posible hacerlas desaparecer, la C.C.I. recurrió a un truco o ardid lingüístico ingenioso que le ha dado muy buenos resultados y que ha logrado convencer plenamente a la población y a la clase médica. Para quitarlas de las estadísticas, simplemente *les ha cambiado el nombre*. Para explicar esa astuta maniobra, vamos a contar lo que aconteció con respecto a la enseñanza médica de estas enfermedades en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial; o sea, en los años 40, 50 y 60 del pasado siglo, en las facultades de medicina de todo Occidente. Tomaremos el caso de la difteria como un ejemplo de lo que ocurrió con todas las demás enfermedades supuestamente infecciosas que iban a desaparecer de un día para otro, gracias a la supuesta mejora del grado de inmunidad de la nueva raza de cobayas por acción de las campañas de vacunación.

Con el fin de entender bien este juego de palabras, del que se ha servido la C.C.I. para dar por cierta y comprobada la desaparición de enfermedades como la difteria, es importante saber algo que los estudiantes de medicina desde los años 50 y 60 en adelante ignoraban precisamente porque no sabían nada de historia de la medicina y no la podían conocer, ya que no tenían clases lectivas de esta asignatura, como hemos explicado. El secuestro de la memoria al que estaban sometidos les impedía conocer que, desde la época de los griegos hasta los años 50 del siglo pasado, el nombre de difteria se aplicaba, de manera general, a todos los cuadros inflamatorios de los ganglios linfáticos de la garganta con placas de mucosidad. Es decir, durante miles de años la palabra *difteria* se utilizó para

denominar un cuadro patológico o enfermedad que, en la actualidad, todo el mundo conoce con el popular nombre de anginas o amigdalitis con placas fibromucosas. Así que los nombres de difteria, anginas y amigdalitis son tres sinónimos o tres vocablos diferentes pero totalmente equivalentes en su significado y que, por tanto, nombran exactamente el mismo cuadro patológico. Los tres sirven para designar la inflamación de los ganglios linfáticos de la garganta; por tanto, al decir amigdalitis decimos difteria, o lo que es lo mismo, anginas, y viceversa.

Estamos seguros de que esta información sorprenderá mucho al lector, e incluso sorprenderá a los propios médicos actuales y a los estudiantes de medicina y biología, puesto que todos ellos creen que la difteria es una enfermedad histórica, exótica y rara que nunca han conocido. Pero no es cierto; si han tenido o padecido alguna vez una amigdalitis, o unas anginas con placas de mucosidad o sin ellas, que no tengan duda de que han padecido la difteria. Este desconocimiento que sufríamos todos los aprendices de médico de mi época es una más de las consecuencias resultantes del secuestro de la memoria histórica, y que en la actualidad padecen, también, médicos y aprendices. Aunque parezca increíble, desconocen que estos tres sinónimos nombran el mismo cuadro patológico; lo desconocen desde que se suprimió la asignatura de historia de la medicina.

Efectivamente, si uno se toma la molestia de estudiar libros de patología de los primeros años del siglo XX o del siglo XIX y, por supuesto, libros clásicos de patología médica de Hipócrates, Galeno, Dioscórides… podrá comprobar que estos tres sinónimos se referían al mismo cuadro patológico desde la medicina de los griegos. Lo repetimos: durante miles de años la medicina designó con estos sinónimos al conocido y muy frecuente cuadro patológico de la inflamación de los ganglios

linfáticos de la garganta u orofaringe que la población conoce con el nombre de anginas o amigdalitis o adenoides. De estos sinónimos, el de difteria era el que había adquirido, en la época en que se implantó la idea de infección, la terrible fama de epidémica, infecciosa y mortal. Esta terrible reputación había sido creada y publicitada, a propósito, por la prensa de la C.C.I., con la intención de crear el negocio de vender inmunidad industrial. Para lograrlo se propuso esparcir el miedo y la paranoia entre la población, para motivarles a vacunarse y consumir sus vacunas y sueros antidiftéricos experimentales.

En los años 60, cuando ya se había instaurado la vacunación masiva contra esta enfermedad y, por tanto, la población debería haber quedado protegida de esa enfermedad, resultó que no. Seguían presentándose numerosos casos de inflamación de ganglios linfáticos de la orofaringe; es decir, la población, vacunada y no vacunada, seguía teniendo afecciones inflamatorias de garganta como las que se habían tenido siempre. Seguramente el lector, durante las pasadas décadas o hace poco tiempo, haya sufrido de amigdalitis alguna vez; es una afección muy frecuente. Si ha sido así, puede considerarse un caso, entre muchos, que atestigua realmente que la difteria no ha desaparecido, ni por asomo, de España durante los últimos 30 años, como afirma el sistema oficial de salud y "corroboran" y "demuestran" sus cuadros estadísticos "verídicos" y "científicamente comprobados".

Para asegurarse el éxito de la vacunación, la C.C.I. ingenió un ardid semántico que encubriría el nulo efecto de protección de las vacunas, velado gracias a que la amnesia histórica que padecían los estudiantes les impedía saber que, para todos sus antepasados en el oficio, la difteria era la misma enfermedad que la amigdalitis o las anginas. Propuso a todos los profesores de patología, de todas las facultades de Occidente, un cambio de

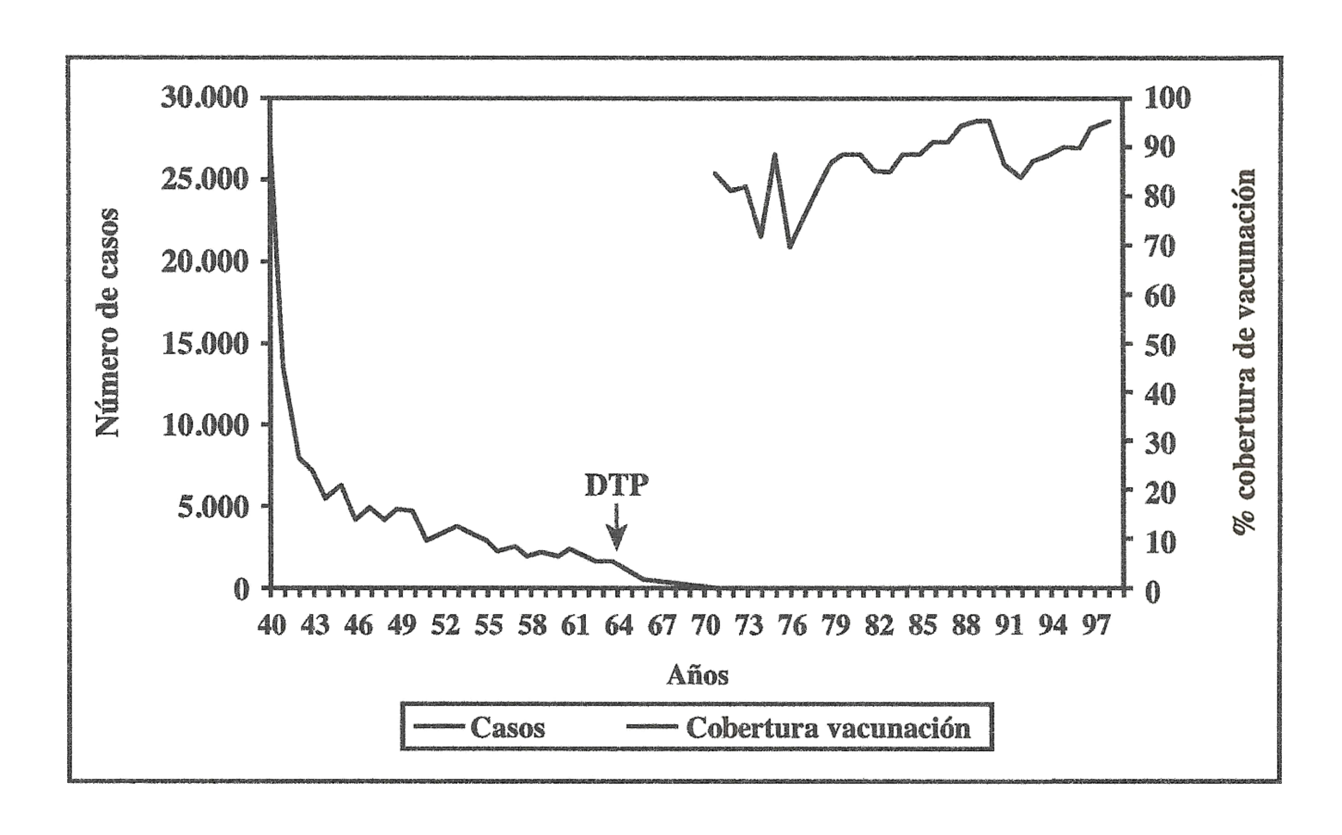
nomenclatura, por efecto del cual ya no debían llamar al cuadro de inflamación de los ganglios linfáticos del cuello con el nombre de difteria. Ni debería ser tratado con los peligrosos sueros antidiftéricos. En el futuro, y por orden expresa de la jerarquía docente de la C.C.I., los médicos en activo y los estudiantes aprendices de médico deberían llamar a ese frecuente cuadro inflamatorio por los nombres equivalentes de anginas, adenoides o amigdalitis, y desterrar de la sociedad el temible nombre de difteria.

Los médicos y aprendices de los años 50 en adelante obedecieron las indicaciones y empezaron a utilizar la nueva nomenclatura. Como consecuencia, a partir de esos años 50 y 60, los nuevos médicos que salían de las facultades dejaron de denominar con el terrorífico nombre de difteria a las inflamaciones agudas de garganta; se acostumbraron a llamarlas anginas, adenoides o amigdalitis. Dejaron de pronunciar la palabra *difteria*, y en poco tiempo la terrible difteria desapareció de España.

GRÁFICA 5

DIFTERIA: ESPAÑA. 1940-1999.

CASOS ANUALES Y COBERTURA DE VACUNACIÓN



Fuente: Centro Nacional de Epidemiología. Ministerio de Sanidad y Consumo.

Explicación del gráfico: en este gráfico estadístico, presentado por el propio Ministerio de Sanidad, se pueden observar dos momentos de la desaparición de la difteria en España. El primero y principal se produce en los años 40 y siguientes (años de la postguerra), ***donde no hay vacunaciones****. En estos años se produce una recuperación socioeconómica del país, se cambia el nombre de difteria por el de anginas y todo eso conlleva una enorme bajada en la incidencia de la enfermedad. En el año 64, cuando se introduce la primera vacunación y se administra de manera opcional,* ***no generalizada****, parece observarse una pequeña disminución de casos, aunque mucho menor si la comparamos con la que se produce en los años 40. La segunda administración de vacunas se realiza en los primeros años 70, con carácter casi obligatorio y por tanto generalizada, con una cobertura de más del 80% de la*

población, aunque ya no existían, oficialmente, casos de difteria. En realidad este gráfico, en vez de ser indicativo de la eficacia de la vacuna, lo que demuestra es la poquísima incidencia que ha tenido esta en la supuesta desaparición de la difteria en España.

Repetimos una vez más la explicación porque estamos seguros de que el lector se habrá quedado un tanto perplejo: no fueron las vacunas las que hicieron desaparecer la difteria en España, sino el cambio de nombre. El frecuente cuadro patológico de inflamación de las glándulas linfáticas de la garganta dejó de llamarse difteria y pasó a denominarse anginas o amigdalitis aguda. Esa transformación lingüística fue la verdadera causa de la desaparición de la difteria en España. Eso mismo ocurrió en todo el panorama médico y docente de las facultades de Occidente.

UN CAMBIO DE NOMENCLATURA QUE SALVÓ LA VIDA A MILES DE CIUDADANOS

Aquel ardid lingüístico no impidió que muchos españoles, que vivimos la niñez en esos años (50, 60 y 70), como es el caso de este viejo médico que escribe, padeciéramos la difteria (anginas o amigdalitis), aunque, afortunadamente para nosotros, ya no se llamara así en ese tiempo. Lo que nadie puede negar es que entonces y ahora, en España y en todo Occidente, seguían y siguen presentándose numerosos cuadros de inflamación aguda de los ganglios linfáticos de la garganta. Por eso somos cientos de miles, incluso millones, los españoles de mi edad, y de generaciones posteriores, a los que nos han extirpado las anginas en la niñez y pubertad desde la década de los 50 hasta nuestros días. Todos nosotros podemos decir, con propiedad y

corrección ortodoxa, que hemos pasado la difteria, aunque, gracias a Dios, en nuestro tiempo ya no se llamara así.[61] Todos los lectores que hayan tenido la desagradable experiencia de pasar un cuadro de anginas agudas, gordas, con placas, dolor y fiebre y, al ir al médico, este les haya dicho que tenían una amigdalitis aguda, o unas anginas inflamadas, y que su cuadro requería cama y antibióticos, deben saber que han tenido difteria. Y, si hubiesen presentado ese mismo cuadro en los años anteriores a los cincuenta, se les hubiera comunicado que tenían difteria, se les hubiese tratado con los altamente peligrosos sueros antidiftéricos y hubiesen tenido muchas posibilidades de morir por ello.[62]

De todo lo que acabamos de exponer se deduce que ese cambio de nombre, además de hacer "desaparecer" la difteria del mapa de Europa, salvó la vida de muchos europeos de las primeras generaciones cobaya. Aunque es verdad que los antibióticos son tóxicos y la extracción quirúrgica de las amígdalas es una operación exagerada y que, por eso, ha ido abandonándose con los años, la experiencia ha demostrado que la administración de antibióticos y la cirugía amigdalar no son tan tóxicas y peligrosas como lo fue la administración intravenosa de los históricos sueros *antidiftéricos*. Estos los prescribía el protocolo médico de antes de los años 50, cuando esta misma enfermedad se llamaba difteria y se consideraba mortal en la mayoría de los casos. Así pues, gracias al cambio de nombre y al consecuente cambio de tratamiento, los que padecimos la enfermedad a partir de los años 50 no fuimos tratados con esos peligrosos sueros, que muchas veces mataban a los desafortunados pacientes de manera fulminante. Fuimos tratados con antibióticos, antiinflamatorios y, en última instancia, con cirugía menor. Pudimos sobrevivir a la experiencia y lo podemos contar cuarenta o cincuenta años después.

Por tanto, debe quedar claro que lo que afirma el Ministerio de Sanidad[63] y pregona la prensa, en el sentido de que no ha habido difteria en España durante 30 años, es totalmente falso. Intencionadamente falso, ya que la difteria la hemos pasado millones de españoles ininterrumpidamente durante los últimos 30 años.

Hemos tomado y analizado el caso de la difteria como ejemplo de todas las enfermedades supuestamente infecciosas y declaradas oficialmente “desaparecidas” en España desde hace 30 o 40 años porque es un cuadro muy frecuente y son muchos los lectores que, por propia experiencia, pueden comprobar que lo que hemos descrito es verdad. Pueden reconocer que, efectivamente, en alguna ocasión fueron afectados de difteria en su niñez o adolescencia, aunque hasta ahora nadie se lo haya explicado y pensaran que nunca habían padecido esa histórica y famosa enfermedad. Y, una vez explicado el caso de la difteria, tenemos que informar que de la misma manera, con la misma intención y por el mismo truco lingüístico, se procedió a la “desaparición” oficial de las otras enfermedades, supuestamente infecciosas, que tenían fama de mortales y que habían protagonizado, según la prensa de la C.C.I., numerosas epidemias durante las décadas anteriores a la vacunación general. Enfermedades que eran muy temidas por la población cobaya y que hasta entonces se habían llamado con los conocidos nombres de tosferina, cólera morbo o tuberculosis, y que tenían fama de mortales. A todas ellas, más o menos en la misma época y por los mismos motivos y con la misma facilidad, se les cambió el nombre y desaparecieron del mapa.

Veamos algunas de las más conocidas: el cuadro patológico que puede presentar una inflamación de los bronquios y la tráquea. Es decir, un cuadro de tos intensa, constante y agotadora, con disnea o sensación angustiosa de asfixia, con

fuerte abatimiento y fiebre alta; se le podría denominar perfectamente, en nomenclatura técnica actual, como bronquitis aguda febril, bronquiolitis aguda, traqueobronquitis, bronconeumonía, incluso asma bronquial con fiebre. Pero ese mismo cuadro de tos aguda y febril podía ser llamado tosferina antes de implantar la práctica de la vacunación masiva en los años 60 y 70.

En ese tiempo de cambio de nomenclatura, y por indicación de la C.C.I., como había pasado con la difteria, los médicos y aprendices de médico dejaron atrás el terrible nombre. Nunca volvieron a llamar a ese cuadro con el nombre de tosferina, sino con los sinónimos que hemos señalado antes. Así, gracias a ese cambio, la temible enfermedad de la tosferina desapareció del mapa durante un período de más de cuarenta años. Y, como a esos cuadros se les sigue denominando con los diversos tipos de bronquitis que hemos señalado, la tosferina sigue desaparecida de Europa y del mundo occidental en general. Pero este médico, junto con todos los demás que hemos ejercido la medicina clínica, no hemos dejado de atender, durante estos últimos cuarenta años, cuadros de inflamaciones broncopulmonares como bronquitis agudas, bronquiolitis, traqueítis agudas imposibles de distinguir, ni clínica ni analíticamente[64], de aquel que pudiera haber sido, y era con frecuencia, denominado tosferina en los años treinta, cincuenta y anteriores.

El mismo proceso de cambio de nomenclatura que hizo desaparecer a la difteria y a la tosferina acabó con el cólera morbo. A partir de los años 60 los modernos médicos empezaron a llamarle con los sinónimos de gastroenteritis, diarrea aguda, toxinfección digestiva, salmonelosis… y, por el mismo arte de magia, por la misma transformación lingüística por la que la difteria se había convertido en anginas y la tosferina en bronquitis varias, el cólera desapareció de

Occidente. Desde entonces los afortunados ciudadanos cobaya ya no padecerían de cólera morbo sino, simplemente, de las conocidas y populares gastroenteritis, colitis agudas, disenterías y diarreas agudas.

Todo el mundo cree en el mensaje de la *Bestia* y su C.C.I., y todos están encantados de creérselo. Por eso le resulta fácil mantener completamente convencida a la población de que la medicina industrial ha erradicado esas temibles epidemias, al menos durante décadas. Y decimos durante décadas porque hace unos años (verano de 2015) apareció un caso de difteria en la ciudad de Olot. Un caso de difteria que, según Sanidad, rompía un silencio sin casos de difteria de más de treinta años en España. Naturalmente, todo el mundo se preguntó: ¿cómo se había podido producir ese único caso después de 30 años? ¿Dónde podía estar el foco de infección?

A estas preguntas lógicas nos proponemos responder en el próximo capítulo. Este misterioso caso nos servirá como ejemplo para demostrar la veracidad de lo que hemos afirmado en este capítulo, que el cambio de sinónimos, producido a partir de los años 50 para denominar estas enfermedades, ha sido el factor clave para explicar la supuesta, aunque falsa, desaparición de la difteria durante estos últimos treinta años en España.

CAPÍTULO 16.
EL EXTRAÑO CASO DE DIFTERIA EN OLOT[65]

UN CAZADOR DE MICROBIOS EN EL SIGLO XXI

Durante el verano del año 2015, una noticia inquietante rompió la tranquilidad que la ciudadanía española disfrutaba desde hacía treinta años según el propio Ministerio de Sanidad; se había localizado un caso de un niño infectado, nada menos que de la histórica difteria, al sur de los Pirineos, en la antigua ciudad catalana de Olot. Las autoridades sanitarias, la prensa y los padres del niño se asustaron. El caso salió a la luz inmediatamente y se difundió la noticia en todas las televisiones del país y del mundo entero. Se afirmó, con notoriedad y estrépito publicitario, que era el primer caso que se producía en España en treinta años. Todos se preguntaban lógicamente: ¿cómo se había producido un caso de una enfermedad contagiosa, en un país donde se consideraba erradicada?

El niño en cuestión no había salido de Olot, ni había tenido contacto con nadie que hubiese viajado a zonas donde todavía no hay vacunaciones sistemáticas contra la enfermedad.

¿Cómo se había infectado? ¿Había alguien a su alrededor que tuviera la enfermedad y no lo hubiera dicho? ¿Quién le había transmitido la enfermedad? ¿Dónde podía estar o estaba el foco de la infección?

Las autoridades sanitarias de la región tomaron el mando del asunto y empezaron a dar noticias de carácter oficial para tranquilizar a la población y solucionar el caso. De ahí, de esa información oficial a la que puede tener acceso el lector, por la voluminosa hemeroteca que produjo el caso, sacaremos los

datos que todavía se pueden encontrar en internet. Estas noticias de prensa y las declaraciones de los sujetos que participaron en los hechos son los datos que vamos a manejar para aclarar este misterioso asunto. Se trataba de una situación insólita, excepcional y, en principio, inexplicable. Según el Ministerio de Sanidad, se había roto la ausencia de la enfermedad de 30 años, y lo había hecho un solo caso de un niño, que no había salido de la zona y que había nacido y crecido en un país donde no existía la difteria. Entonces, ¿cómo había podido entrar en contacto con la difteria?, ¿cómo se había podido infectar? Era un misterioso asunto digno de excitar la curiosidad del mismísimo Sherlock Holmes. Sin embargo, con la información que ya le hemos proporcionado al lector sobre el cambio de sinónimos, es un caso sencillo de resolver. La clave reside, precisamente, en el gran poder transformador del lenguaje. La causa y el motivo real de la súbita reaparición de este caso de difteria en Olot fue también un cambio de sinónimos, pero con la diferencia de que esta vez, en el año 2015, se realizó en sentido inverso del que tuvo lugar en los años 50. Veamos cómo ocurrió: como hemos explicado, en los años cincuenta se abandonó la palabra *difteria* y se sustituyó por los sinónimos de amigdalitis o anginas y "desapareció" de manera oficial la difteria de España; en el verano de 2015, se volvió a utilizar la palabra *difteria* para nombrar a un cuadro común de anginas inflamadas o amigdalitis; y así, por la misma arte mágica, "reapareció" oficialmente la difteria en España. Para demostrar lo que decimos, recurriremos a los propios hechos que fueron relatados por las autoridades sanitarias y que transmitió la prensa de todo el país.

Empezaremos por analizar la personalidad y la conducta médica del primer personaje de esta extraña historia. Se trata del médico que realizó el "sortilegio" mágico responsable de la

reaparición de la histórica enfermedad, al volver a pronunciar, por primera vez en 30 años, el sinónimo que había sido abandonado. Es decir, la palabra *difteria* en una consulta médica española. Fue el médico que atendió al niño con amigdalitis que se iba a convertir en la fatal víctima de este desgraciado juego "mágico" de sinónimos. Este colega alemán, llamado Stephan Schneider, contó en una entrevista televisada que algún pariente suyo (su abuelo) había muerto de difteria histórica en la inmediata posguerra europea, allá por los años cuarenta o cincuenta. Es decir, antes de que se cambiara el nombre de difteria por el sinónimo de anginas o amigdalitis. Ese acontecimiento familiar fatal había dejado mucho dolor en la familia, y el médico en cuestión guardaba cierta fobia personal hacia la enfermedad de la difteria.

En el tiempo en que pasaron los acontecimientos, en el servicio de salud de Olot, Schneider llevaba años en Cataluña predicando con ímpetu germánico la gran importancia que, según su "docta" opinión, tienen las vacunas. Advertía seriamente del enorme peligro al que exponen a los propios hijos los padres, tercermundistas y salvajes, que no les vacunan y que, aunque son menos del 5% de la población, él consideraba una cantidad de casos intolerable. Llegó a acusarlos de asesinos irresponsables y, cómo no, empleó el mismo calificativo y la misma rabia contra los pocos doctores nadie que advierten a la población y le informan del nulo sentido biológico de las vacunas y de los posibles problemas graves que la inyección de esas vacunas, de vez en cuando, pueden presentar.

Resultó que este médico, adepto fiel y militante fanático de la visión paranoica hacia nuestros microbios, estaba de servicio en el centro sanitario cuando llevaron a un niño no vacunado, con una amigdalitis aguda de dos días. Si le hubiera atendido un médico español normal y corriente, seguramente le hubiese

prescrito antibióticos, cama y algún antiinflamatorio y/o antipirético. El niño se hubiera recuperado en unos días, como viene ocurriendo siempre en estos casos de anginas. Pero, en esta ocasión, a este niño con anginas no le atendió un médico español normal y corriente como los de cualquier consulta actual; le estaba esperando y le atendió el Dr. Schneider, que, como ya hemos dicho, era un médico adepto y prosélito, hasta la militancia, del poder de protección de las vacunas. Al enterarse de que el niño no estaba vacunado, el médico teutón entró en cólera y, además, se le despertó en su interior su agudo "ojo clínico". Vio con rapidez inusitada y con clarividencia propia de la pitonisa de Delfos que aquel preciso caso de amigdalitis, aquel caso de anginas aguda se trataba, sin ninguna duda, de un caso de difteria de las de antes, de las que no quedaban desde hacía más de 30 años, como la que había infectado a su difunto abuelo en los años de la posguerra alemana y lo había matado sin piedad.

El Dr. Schneider llevaba varios años de ejercicio de la medicina y, por supuesto, había tenido muchos casos de amigdalitis exactamente iguales al que se le presentaba ese día, pero en niños vacunados, que son más del 95% en España. Había visto innumerables casos de niños con anginas, que presentaban los mismos síntomas y que, sin embargo, no despertaron su ojo clínico ni hicieron vibrar su instinto. Pero ese niño no vacunado, ¡vaya, vaya, vaya!, ese niño no vacunado era otra cosa. Ese pequeño con anginas gordas y con mucosidad (como todas las demás), pero no vacunado. ¡Hum! Ese niño hijo de unos padres irresponsables y salvajes, ¡huum!, tenía que tener, necesariamente, difteria. Se lo gritaba, con inusitada fuerza, su alma y todo su agudo instinto de cazador de microbios.

Pero ya hemos explicado en los capítulos anteriores que es totalmente imposible diferenciar, por los síntomas que presenta

el enfermo, si se trata de una difteria histórica o de una amigdalitis aguda común y corriente. El Dr. Schneider, por supuesto, conocía esa imposibilidad si atendía a los síntomas e, incluso, si utilizaba toda la capacidad analítica de la que disponía el moderno y preparado centro de salud de Olot en el que trabajaba. Sabía que no podía afirmar, con los datos que tenía y de los que podía disponer, que ese preciso caso de amigdalitis era difteria histórica. Ante esa imposibilidad de hacer el diagnóstico diferencial y, seguramente, considerando que en España llevábamos treinta años sin casos de difteria, el Dr. Schneider se contuvo de hacer público su alarmante y deseado diagnóstico clarividente. Era un verdadero fastidio no poder demostrarlo, pero él estaba seguro, puesto que su ojo clínico y su olfato de sabueso cazador de microbios había detectado la presencia de difteria, eso sí, inmediatamente después de saber que el niño no estaba vacunado. Schneider no se atrevió a afirmar que se trataba de un caso de difteria y entendemos que no quiso exponerse a meter la pata y hacer el ridículo; hasta ahí, el médico alemán fue prudente y quiso asegurar el diagnóstico antes de llamar la atención de los medios y anunciar la extraña e inquietante noticia que rompía un silencio nada menos que de 30 años de esa enfermedad, en las consultas españolas[66].

Podemos ponernos en su lugar e imaginar que este médico, una vez seguro de lo que le decía su ojo clínico, se preguntara: ¿cómo demostrar que ese niño no vacunado no era un caso de anginas con placas común, sino que se trataba de la terrible difteria infecciosa? El médico alemán sabía que la localización de la bacteria en la garganta del niño no era una prueba suficiente, puesto que daba positivo en muchos, o en casi todos los casos, estuvieran sanos o enfermos. Cosa que se confirmaría días más tarde entre los familiares y compañeros de clase del niño, cuando muchos de ellos dieron positivo al análisis de bacterias

de la difteria. El médico alemán sabía también que los signos y los síntomas que presentaba el niño tampoco aportaban nada que diferenciase a una amigdalitis no diftérica de otra que sí lo fuera, puesto que, repetimos una vez más, la difteria y la amigdalitis son la misma enfermedad. Entonces, ¿qué podía hacer?, ¡qué fastidio!, ¿cómo podría convencer a sus colegas españoles de que aquel niño con anginas, no vacunado, en realidad no padecía una simple amigdalitis aguda, sino que presentaba un cuadro de difteria infecciosa?, ¿cómo demostrar el extraordinario poder de su ojo clínico, de su olfato de sabueso cazador de microbios? El Dr. Schneider se preguntaba con ansiedad: ¿habría alguna forma, en la actualidad, de demostrar científicamente que ese niño tenía difteria en lugar de un simple y vulgar cuadro de anginas agudas?

Quizá se puso a buscar en internet o quizá alguien de los que siempre está a la última le dijo que no buscara más, puesto que había solución a su difícil problema de diagnóstico diferencial. Le contó que, aunque es muy reciente y totalmente desconocida por la mayoría de médicos en activo, en la actualidad y desde hace más o menos una década, existe una posibilidad real de resolver el dilema que se le presentaba. Se trataba de la existencia de una prueba diagnóstica o test diagnóstico que solo se realizaba en el Instituto de Biología Molecular Carlos III de Madrid. Era un novísimo e inédito test que, según la docta e infalible C.C.I., es la prueba analítica definitiva y única que permite diferenciar unas anginas, o amigdalitis con placas, de una difteria infecciosa de manera oficial y homologada.

Aunque el médico alemán ya parecía tenerlo claro en su prodigiosa mente, y no tenía ninguna duda de que aquel caso era difteria infecciosa, envió unas muestras de la orofaringe (garganta) del niño al citado instituto de biología molecular. Allí, por fin, le confirmaron el diagnóstico de difteria.

Queremos que el lector preste atención al hecho que le vamos a exponer, puesto que es de suma importancia para el análisis del caso. Queremos que se quede con la siguiente realidad de esta historia: si no hubiera existido ese nuevo test que había sido introducido recientemente, el médico alemán que atendió al niño no hubiese podido averiguar si tenía una amigdalitis de origen diftérico o no. Seguramente no se habría atrevido a declarar la difteria en España después de treinta años de ausencia de esa enfermedad. Pero, con el recién incorporado test en la mano, con las pruebas oficiales realizadas por el Instituto Carlos III, ya no podía haber duda. El médico alemán, una vez recibida la confirmación oficial de difteria, se felicitó a sí mismo y a su instinto, y convocó a los medios de comunicación para anunciar su insólito y extraño hallazgo. Después envió al niño al moderno hospital de la Vall d'Hebron con el diagnóstico oficial y protocolario de difteria.

Insistimos en llamar la atención al lector sobre la circunstancia de que sin ese reciente y novedoso y, por eso, poco conocido test diagnóstico que se realiza exclusivamente en el Instituto de Biología Molecular Carlos III, el Dr. Schneider no hubiese podido llegar al diagnóstico de difteria infecciosa y se habría quedado con las ganas de montar el número y escándalo mediático que montó.

LA UCI DE VALL D'HEBRON Y EL FINAL DE LA CUENTA ATRÁS

Una vez realizado el sorprendente diagnóstico, con el inédito, nuevo y casi desconocido test de diagnóstico, el niño fue llevado con urgencia al hospital Vall d'Hebron. Resultó que en este moderno hospital nunca habían atendido un caso de difteria, puesto que se construyó hace menos de treinta años. Es decir,

cuando la difteria hacía años que ya no se llamaba así en España y, por tanto, no “existía” oficialmente y, en su lugar, solo habían conocido y se trataban muchos cuadros de amigdalitis o anginas agudas, con o sin placas mucosas. Ante la inesperada novedad, el sobresalto fue tan grande que decidieron ingresarle nada menos que en la UCI, unidad de cuidados intensivos, muy dotada de medios, desde donde se propusieron poder monitorizar todos sus sistemas y controlarlo lo mejor posible. Actuaron así ante una situación de urgencia motivada por esa “histórica” enfermedad infecciosa que, supuesta y oficialmente, estaba desaparecida desde hacía treinta años y, por ello, era totalmente desconocida para el personal médico actual.[67]

Podemos imaginarnos la sorpresa y el desconcierto del personal del hospital de la Vall d’Hebron. Si nos ponemos en su lugar y circunstancia, podemos figurarnos que el jefe de la UCI, ante semejante sorpresa y sobresalto, quizá preguntó a sus médicos si tenían alguna experiencia con la difteria. Para él, que era el jefe y el más mayor de todos, era el primer caso de difteria que veía en su larga vida profesional. Ante esta demanda surrealista del jefe de la unidad, seguramente sus subalternos se miraron entre ellos con cara de no entender nada y le responderían que carecían de la menor experiencia, ya que en España, según la realidad médica oficial, llevábamos treinta años sin un solo caso de esa enfermedad.

Todos ellos, eso sí, habían atendido muchas veces cuadros de inflamación de anginas de todos los tamaños y colores o, lo que es lo mismo, de amigdalitis agudas con placas o sin ellas y con fiebre exactamente igual al cuadro que presentaba el niño, pero nunca se plantearon, ni mucho menos, la posibilidad de que se tratara de la desaparecida difteria infecciosa. Nunca pidieron, ni tuvieron la oportunidad de pedir, ese nuevo test ante un caso de amigdalitis, puesto que existía desde hacía escasos diez años y

solo es conocido por superespecialistas. Tampoco nunca antes habían ordenado el ingreso de un caso de anginas en la UCI; siempre los trataron de manera ambulatoria y sin ni siquiera necesidad de ingresarlos en el hospital. Cuando todos esos médicos se prepararon en la facultad, ya hacía años que se había producido el cambio de sinónimos y a todos les enseñaron que ese mismo cuadro que presentaba el niño de Olot de dolor de garganta, con placas mucofibrosas, dificultad al tragar y fiebre, se llamaba anginas o amigdalitis, y se trataba con antibióticos, antipiréticos y cama. Hasta ese mismo momento, estos médicos de uno de los más modernos hospitales de Europa, desconocían la existencia de ese nuevo test.

Ante tan repentino e inesperado caso se preguntaron qué hacer, cómo tratar una enfermedad de la que no sabían nada, excepto algunas vagas referencias históricas que habían podido ver en alguna película o leer en alguna novela. No tenían noticia de la difteria más allá de que era una terrible e histórica infección erradicada hacía décadas en toda Europa. Ante el estupor inicial, alguien les debió sacar del apuro cuando recordó a los atónitos y desorientados médicos de la UCI que ellos eran médicos modernos y que, por tanto, no había mucho que pensar y, además, no necesitaban hacerlo, puesto que lo que debían hacer era aquello para lo que estaban entrenados: **aplicar el protocolo** sin más y sin hacerse preguntas.

"Sí, sí, claro, aplicaremos el protocolo", asintió con alivio el jefe de la UCI. Y se dispusieron a hacerlo. Pero resulta que, cuando se dispusieron a aplicar el protocolo, se percataron de que en los libros de patología actuales no hay información sobre la difteria histórica. Todos los protocolos actuales tienen un origen reciente y te hablan, precisamente, de los diversos cuadros de amigdalitis agudas de diversos orígenes, pero ni una palabra sobre tratamientos para la difteria infecciosa. Ante esta carencia,

seguimos imaginando la situación, tuvieron que acudir a tratados de terapias de los años cuarenta o cincuenta, para ver cuál era el protocolo de tratamiento que usaban los médicos españoles cuando había epidemias de difteria. O, mejor dicho, cuando a la inflamación de los ganglios linfáticos de la garganta se le denominaba con el sinónimo que peor fama tenía, el de difteria. Para desgracia del pequeño paciente, después de buscarlos, encontraron los protocolos del tratamiento de la difteria en libros de patología de hace más de 60 años. El protocolo oficial que indicaban estos tratados era la inyección intravenosa de los temidos y peligrosos sueros antidiftéricos, que habían sido abandonados en toda Europa desde hacía décadas.

Lo que estaba pasando en el moderno hospital era una situación totalmente insólita. No parecía real. Todos tenían una sensación extraña de distorsión temporal. De repente, como en la conocida película *El final de la cuenta atrás*,[68] en la moderna y sofisticada UCI del hospital Vall d’Hebron, la realidad existencial de los miembros que la formaban se había trasladado al pasado. Alguien había realizado un “sortilegio” pronunciando una palabra que hacía años no se pronunciaba, y el tiempo había retrocedido a los años cuarenta como por arte de magia. Los médicos del moderno hospital se vieron por primera vez delante de un caso de amigdalitis aguda que no era como los que siempre habían conocido y ya no era un cuadro de anginas sino de difteria, como hacía 60 años. Y, como entonces, en vez de antibióticos y antiinflamatorios, iban a utilizar suero antidiftérico de animales inmunizados. Es decir, se prepararon para utilizar una terapia abandonada en toda Europa occidental desde los años 50.

Una vez asumida por el personal médico, no sin cierta dificultad mental inicial, esa extraña “realidad” distorsionada en

el tiempo, se dispusieron a aplicar el ya olvidado protocolo de los sueros que habían sido retirados del mercado por su alta toxicidad hacía más de 60 años. Y, cuando ya habían tomado la decisión de seguir el anticuado y único protocolo, resultó que la cosa no era tan fácil. Debido a esa distorsión en el espacio y en el tiempo, había surgido un problema: no era posible conseguir los sueros. En toda Europa no había existencias de suero antidiftérico, al igual que en España, y, por las mismas razones que hemos explicado, llevaba desaparecida la difteria y los temibles sueros antidiftéricos desde hacía al menos 30 o 40 años. Era una medicación de otros tiempos y ya totalmente abandonada y que se había vuelto, de manera imprevista, la solución idónea y apropiada al problema. Así que había que conseguirlos, costara lo que costara. Finalmente, y después de mucho buscar, los encontraron en Rusia. Los habían utilizado, hacía veinte años, en unos brotes de supuesta difteria que se produjo a principios de los años 90.

Cuando ya tenían el suero antidiftérico, volvieron al manual de terapéutica de los años cincuenta y vieron que el protocolo ordenaba que había que inyectarlo intravenosamente. Otra vez se vieron en la situación de que nunca antes lo habían hecho, no sabían qué podía pasar, estaban inquietos y un tanto desconcertados. Tomaron todas las precauciones y monitorizaron todo; había que obedecer el anticuado y, para ellos, desconocido protocolo y no lo pensaron más. Era el único protocolo a seguir y así lo hicieron. El niño no mejoró; es más, fue empeorando, hasta que unos días después falleció[69].

Las autoridades y los técnicos que habían llevado el caso anunciaron a todos los medios que el niño había muerto de difteria infecciosa y que los padres eran los únicos responsables de ello por no haberle vacunado. No dijeron nada del empeoramiento de la situación después de tratarle con un

protocolo médico anticuado y haberle administrado un suero de caballo. Una terapia **que había sido abandonada hacía más de 60 años en toda Europa, precisamente por su carácter altamente tóxico**. No dieron ninguna explicación de cómo puede morir un niño, aunque sea de difteria infecciosa, en la unidad de cuidados intensivos (UCI) de uno de los más modernos y sofisticados hospitales de Europa.

CAPÍTULO 17.
LA PRUEBA DE LA VERDAD

UN BUEN CASO PARA SHERLOCK HOLMES

Mientras toda esa extraña tragedia ocurría, los técnicos buscaban de dónde diablos había surgido ese raro y excepcional caso de difteria; pensaron que debía existir un foco de infección en el entorno del niño. Tomaron muestras de las faringes de las personas de su entorno y las enviaron a Madrid para hacer el nombrado **test de biología molecular nuevo**. Los técnicos se llevaron una sorpresa, puesto que dio positivo en aproximadamente el 20% de las personas que acababan de hacer una excursión con el niño, incluido el monitor.

El test demostraba claramente que los amigos de excursión, **todos ellos vacunados**, también daban positivo de difteria en la primera y única prueba que les hicieron. De hecho, si alguno de ellos hubiese presentado un cuadro de amigdalitis, ese mismo test es lo que, de una manera oficial, hubiese demostrado y ratificado que esos amigos del niño padecían de difteria. Los técnicos, ante esta inesperada compañía de diftéricos asintomáticos, les denominaron con el paradójico nombre de ***portadores sanos*** y los identificaron como el posible foco de infección que habría contagiado al niño no vacunado, ya que no había otra explicación posible. Daban esta explicación al mismo tiempo que recalcaban, para reforzar el valor de las vacunas, que el niño fallecido no se hubiese infectado por contacto con esos portadores sanos si hubiese estado vacunado. Con esa sentencia y con la acusación de irresponsabilidad y de negligencia a los padres, dieron por cerrado el caso, aunque eso no pudo ni

puede explicar por qué esos “portadores sanos”, que vivían con el niño desde hacía años, no le habían contagiado la “difteria” en otras ocasiones en las que ese mismo niño no vacunado había tenido otros episodios de amigdalitis.

Pero, si dejamos aparte las afirmaciones poco lógicas de las autoridades sanitarias, lo más relevante, para realizar un buen análisis lógico y esclarecer la verdad, es prestar atención a un hito de la medicina moderna que, precisamente, conocimos por primera vez en esta historia y que desconocíamos casi todos los médicos españoles que estamos en activo: nos referimos a ese nuevo test de diagnóstico al que tuvo que recurrir el Dr. Schneider para hacer el diagnóstico diferencial entre la difteria y las anginas. Por eso hemos requerido tan repetidamente la atención del lector sobre este novedoso test diagnóstico en los párrafos anteriores, puesto que en la novedosa aparición y existencia de este test está la clave que nos va a explicar la imposibilidad y la mentira de que este desgraciado caso del niño de Olot haya sido un caso de difteria infecciosa.

La inmensa mayoría de los médicos en activo desconocíamos la existencia de ese test, por la sencilla razón de que apenas llevaba diez años en el panorama médico. Nos enteramos de su existencia a causa de haber estado atentos a este extraño caso de difteria. Nos mostró, por primera vez, la existencia de una prueba o test diagnóstico, único método válido y homologado por la propia C.C.I. para diagnosticar una difteria y “diferenciarla”, supuestamente, de unas anginas comunes con garantía de seguridad.

Esta información novedosa y de última hora, como hemos advertido, va a ser la clave que nos revele toda la verdad y la mentira del caso de difteria de Olot y, por extensión, de toda la *teoría de la infección* que nos hemos creído durante el último siglo; veamos el razonamiento: desde hace escasamente diez

años, la C.C.I. afirma tener un test oficial y homologado, único método seguro y fiable para diagnosticar la difteria; si esto es así, cabe hacerse las siguientes preguntas lógicas: si este nuevo test, con menos de 10 años de aplicación en microbiología, es el único método válido, ¿con qué criterio diagnóstico se declararon las epidemias de difteria que la prensa anunció en las décadas de los años 20, de los 30, de los 40 y 50? ¿Con qué criterio diagnóstico se han elaborado multitud de gráficas estadísticas "oficiales" que describían "verazmente" la aparición, el aumento, la disminución e, incluso, la "erradicación" durante 30 años de la difteria en España a lo largo del siglo pasado? ¿Sobre qué realidad objetiva se han basado los guiones de tantas películas y novelas, historias radiadas y televisadas, artículos de prensa y monográficos que hemos escuchado y leído durante casi cien años, y que nos han metido en nuestra alma colectiva el miedo y el terror a los microbios y a las epidemias?

Hemos visto que el Dr. Schneider, a pesar de contar con su personal "ojo clínico" extraordinario, tuvo necesidad de echar mano de ese novísimo test para hacer el diagnóstico diferencial en el caso de la amigdalitis del niño de Olot. Pero ¿nos podría explicar, este hábil médico, en qué prueba diagnóstica concreta y "válida" se pudo haber basado el médico que atendió a su abuelo y le diagnosticó la difteria infecciosa en los años 40 o 50?

El lector con sentido lógico tiene que llegar a la conclusión de que todas esas noticias e historias que nos han acompañado durante décadas, todos esos gráficos y estadísticas sobre la aparición, aumento o disminución de la difteria y de otras enfermedades infecciosas, todos los falsos mitos y leyendas que se nos han presentado como verdades, simplemente eran mentiras que mataban. Acabamos de saber que hasta hace tan solo unos pocos años, según la propia doctrina oficial, no se podía hacer el diagnóstico diferencial entre una amigdalitis

común de otra amigdalitis supuestamente diftérica. Por tanto, todo lo que nos han contado y mostrado durante todo el siglo XX sobre grandes epidemias de difteria no era, ni podía ser, otra cosa que una gran mentira. Y si ha sido mentira la causa del terror, es decir, la agresividad de nuestros propios gérmenes, si ha sido mentira el motivo de la paranoia, mayor mentira y engaño ha sido la “necesidad” de tomar los productos industriales de carácter tóxico que ha consumido la población de la “sociedad del bienestar” para defenderse de un supuesto enemigo, puesto que era mentira que lo fuera. Creemos que ha quedado bien claro que el consumo generalizado de esos productos tóxicos, que, como caballos de Troya, hemos incorporado a nuestro organismo como si fuesen un bendito regalo para nuestra salud, en realidad, ha resultado ser una grande, tóxica y macabra farsa.

LA PRENSA CÓMPLICE DEL NEGOCIO DEL MIEDO

Lo hemos estado repitiendo durante todo el ensayo para recalcar la grandísima importancia de la prensa, la radio y el cine en la elaboración de esta gigantesca alucinación, de esta gran mentira que mata. Los medios de comunicación de masas han sido y siguen siendo un factor importante en la creación de fraudes actuales como el COVID-19 y, desgraciadamente, lo seguirán siendo en los años futuros. Su capacidad de persuasión y de penetración en la intimidad de la sociedad actual con el poder de sugestión de las ondas y las imágenes... son capaces de crear realidades inexistentes, de impresionar hondamente e, incluso, producir paranoias de terror colectivo. La prensa ha sido un instrumento de mucho provecho al servicio de la *Bestia* y su C.C.I. en la creación de este gran fraude histórico e iatrogénico, la

paranoia irracional a nuestros microbios primero, y después la esperanza en los productos industriales que, supuestamente, proporcionaban la deseada y publicitada inmunidad. Todo era mentira; en realidad era publicidad de la buena para hacer negocio.

Como ejemplo histórico, conocido por muchos ciudadanos, del impresionante poder de persuasión de la prensa al servicio de los intereses comerciales de la medicina industrial, está la historia de la carrera de trineos en Alaska, tantas veces relatada y cinematografiada.

Esta es la historia: en el invierno del año 1924 todos los ciudadanos europeos y americanos, incluso los colonos europeos de Oceanía y Asia, estaban pegados a la radio y seguían con interés, angustia y tremendo suspense una historia dramática y heroica a la vez; un relato radiofónico de terror y esperanza, de vida o muerte, de valor y arrojo... que tenía todos los ingredientes idóneos para captar el interés de los ciudadanos y obtener la máxima audiencia, atención y seguimiento hasta el final.

Todo el mundo seguía con un nudo en la garganta, día a día y capítulo a capítulo, una historial "real" que estaba aconteciendo en Alaska, y que transmitían las radios públicas y privadas de todo el mundo. ¿Cuál era el motivo de tanta atención y suspense en todo el planeta Tierra? El motivo era que habían declarado una epidemia de difteria en una localidad del centro del país. Todas las emisoras radiaban que la gente de ese lugar de Alaska, sobre todo niños, se morían y no había suero antidiftérico disponible en varios miles de kilómetros de esa localidad. Todavía faltaban años para que entraran en escena los antibióticos. Los habitantes que continuaban vivos en ese pueblo habían logrado contactar por radio con la ciudad de Anchorage, pidiendo ayuda ante la epidemia que amenazaba

con acabar con toda la población, según decía la prensa. En todo el mundo mundial, todas las familias escuchaban, pegadas a la radio, la llamada de auxilio y terror de la población superviviente y todos pensaron que no había tiempo que perder y que había que hacer todo lo que fuese necesario para salvarlos.

Las autoridades de Anchorage, impresionadas por la muerte de los niños, se propusieron llevarles los sueros antidiftéricos "salvadores" costara lo que costara, a pesar de ser invierno y estar cerca del círculo polar. Pidieron voluntarios y se presentaron muchos jóvenes generosos que, para salvar las vidas de los niños, salieron con sus trineos en plena noche ártica hacia un viaje incierto en una expedición heroica. Había que salvarlos y no lo dudaron; prepararon los perros y los trineos y se dispusieron a llevar los sueros a los enfermos aunque les costara la vida. Todos los radioyentes del mundo compartían el dolor y el interés, el miedo y el suspense de la dramática aventura cargada de compasión y de valores humanos. Todos, como un solo corazón, compartían la esperanza, rezaban y daban ánimos a los héroes salvadores para que lograran llegar vivos y salvar a los pobres enfermos aislados. Todo el mundo, con un nudo en la garganta, contenía la emoción pidiendo a Dios, reunidos en familia junto a la radio, para que todo saliera bien. Después de unos días inciertos de travesía por el hielo y la nieve, llegaron a la localidad y, por fin, la radio pudo contar a todo el mundo mundial que con la llegada de los "benditos" y "maravillosos" sueros se habían salvado los habitantes de aquel remoto pueblo. El mundo entero lloró de emoción, gritó de alegría y satisfacción y, finalmente, recobró la tranquilidad emocional y, desde luego, aprendió la lección impresionante e imborrable de lo "peligrosa y despiadada" que es la difteria y lo "necesarios y benéficos" que son los sueros.

Como parte de la prensa incluimos, naturalmente, al cine[70]. De este acontecimiento de Alaska se han hecho varias películas, que han visto los ciudadanos de varias generaciones que vinieron después. En la ciudad de Anchorage se celebra una carrera de trineos cada año, desde entonces, para rememorar esta hazaña, y uno de los perros guía de los trineos salvadores tiene un monumento de bronce en Central Park, en la ciudad de Nueva York. Ese acontecimiento forma parte de la historia emocional de la mayoría de los ciudadanos del siglo veinte, de mayores y pequeños y de abuelos y nietos y, por ello, es ya un falso mito perfectamente asimilado.

Pero, mentiras y grandes películas aparte, el tiempo ha pasado y ahora sabemos, por la propia C.C.I., que la única prueba objetiva para afirmar que una amigdalitis se trata de verdadera difteria es el nuevo y reciente test diagnóstico, que, como ya sabe el lector, es la única prueba que se considera válida y sabemos que lleva menos de diez años en uso.

Ante semejante información que poseemos ahora, estamos seguros de que Sherlock Holmes se preguntaría, o quizá preguntara a su inseparable amigo Watson: ¿quién o quiénes afirmaron que había difteria en Alaska en el invierno del año 1924?, ¿en qué prueba o método de diagnóstico “válido” se basaron?, ¿quién pudo tener motivos o interés en afirmar que aquellos casos de amigdalitis eran una epidemia de difteria?

Para responder a la primera pregunta debemos decir que la prensa fue la que esparció el mensaje de terror, y, con esa mentira dramatizada y radiada a todo el mundo, hizo su negocio. Su ganancia fue su gran audiencia y prestigio vendiendo el suspense con el cual captó y luego mantuvo la atención de los ciudadanos de todos los países. En cuanto a la segunda pregunta, sabemos que, en ese tiempo, el único método diagnóstico en uso era el de detectar la presencia de la

bacteria en la garganta de los enfermos. Ahora sabemos, lo admite y afirma la propia C.C.I., que esa prueba no sirve, porque da positiva a casi todo el mundo. Todos poseemos no una, sino cuatro familias de bacterias diftéricas que conviven en y con nosotros en estado de salud total; estas familias de bacterias son un *endemismo* que poseemos los humanos. Por tanto, ahora sabemos que en 1924 no había, ni podía haber, forma humana o analítica para distinguir de manera válida si esos casos de amigdalitis en Alaska se trataban de difteria infecciosa (que no existe) o de una común epidemia invernal de anginas. Ahora tenemos la certeza de que aquella afirmación que conmovió al mundo entero, en el mejor de los casos, fue una opinión ignorante por necesidad o un bulo de terror de alguien que no podía basarse, realmente, sobre ningún síntoma específico, ni sobre prueba diagnóstica diferencial alguna, ya que al único test homologado que se da por válido para, supuestamente, hacer un diagnóstico "diferencial" (diferencia que en realidad no existe) entre la amigdalitis común y la diftérica le faltaban casi ochenta años para ser inventado.

Responder a la pregunta de ¿quién tuvo interés y pudo beneficiarse con la afirmación de que esas amigdalitis de Alaska eran difteria? es resolver el móvil del delito, que, en realidad, lo explica todo. El Dr. Watson, Holmes y el lector deben tener acceso a un dato del que les informamos en este mismo momento, una circunstancia histórica que quizá desconocen por completo y que, estamos seguros, sabrán valorar en lo que vale. Conociendo ese dato, quizá puedan responderse a esta última pregunta y al resto de ellas.

La información es la siguiente[71]: en el año 1923, es decir, un año antes de esa odisea histórica que llevó la supuesta inmunidad y la salvación a todo un pueblo, y que se radió a todo el mundo mundial, el **Instituto Pasteur**, que ya tenía categoría y

poder económico de gran firma comercial y multinacional, había sacado al mercado un nuevo suero antidiftérico, de segunda generación, que había requerido una gran inversión en su diseño y fabricación. ¡Interesante coincidencia! No sabemos si esa circunstancia “casual” influyó mucho o poco en la decisión de nombrar intencionadamente a esos casos de inflamación de garganta con el nombre de la temible difteria, en vez de utilizar otros sinónimos menos temibles y totalmente equivalentes. No lo sabemos con certeza y nunca lo sabremos, pero se lo dejamos al juicio y la reflexión inteligente del lector y al de los acompañantes literarios aludidos. Lo que sí podemos afirmar con rotundidad es que ese mismo año de 1924, inmediatamente después de que la historia radiada a todo el planeta llegara a su fin, “casualmente” hubo tantos pedidos del suero salvador por parte de todos los países a lo largo y ancho del planeta que el Instituto Pasteur no fue capaz de satisfacer tanta demanda. Con un poco más de tiempo, y con la propiedad del monopolio del suero antidiftérico, esta multinacional hizo una verdadera fortuna; y todo eso porque “alguien” utilizó “de manera inocente”, sin “ninguna intención” y sin ningún criterio científico posible, el nombre de difteria en lugar de utilizar el sinónimo de amigdalitis para designar a un brote de anginas en un lugar de Alaska en el duro invierno del año 1924. Casi ochenta años antes de que existiera un test diagnóstico inédito y nuevo considerado por la propia C.C.I. como el único criterio válido.

Para los buenos entendedores resultará evidente que la *Bestia*, su industria, su prensa y su C.C.I. nos han engañado, nos han mentido, y ahora dirigen con autoridad toda la salud de Occidente y ordenan y mandan. Nadie se les enfrenta, la población de cobayas está absolutamente entregada y confía plenamente en sus verdugos. La *Bestia* practica y sigue la “moral de los señores”, está “más allá del bien y del mal” y casi todos los

modernos ciudadanos de la "sociedad del bienestar" practicamos confiadamente la "moral de los esclavos". La población no lo sabe, ni siquiera lo sospecha, pero la realidad es que los hombres y mujeres cobayas no tienen escapatoria; están en peligro de extinción como consecuencia de todo el proceso de iatrogénesis tóxica que padecemos desde hace décadas. La *Bestia* y su prensa les han engañado y viven seguros y confiados en que están siendo cuidados, sin duda alguna, por la mejor medicina de la historia. ¡Qué digo la mejor!, la única medicina. Todo el mundo calla y otorga, todo el mundo está encantado y adora sin rechistar. Esa confianza total en el Sistema ha permitido que la casi totalidad de la población mundial haya consentido someterse a un "arresto domiciliario" de varias semanas ante el anuncio de una falsa pandemia llamada COVID-19; todo el mundo, sin distinción de ideología política, ni de religión, ni de cultura, ni de edad ni condición…, todo el mundo… está aterrorizado ante esta y cada nueva falsa amenaza, y se deja arrestar masivamente, por primera vez en la historia, con el propósito de salvarse. Se cumplen, al pie de la letra, las palabras del *Apocalipsis*, 13: "Hace que todos, pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y esclavos, se hagan una marca en la mano derecha o en la frente y hace que nadie pueda comprar nada ni vender, sino el que lleve la marca con el nombre de la *Bestia* o con el número de su nombre". Pero, en medio de esta sociedad enferma y atemorizada, unos pocos se preguntan… ¿nadie es capaz de escuchar la carcajada de la *Bestia*?

CAPÍTULO 18.
QUIMIOTERAPIA Y DAÑOS COLATERALES

LA QUIMIOTERAPIA TÓXICA E INDISCRIMINADA

Como hemos venido explicando al lector, en la "sociedad del bienestar" casi nadie ha osado poner en duda la bondad, la sabiduría y el poder demiúrgico de la nueva medicina industrial. Nadie ha dudado de su veracidad ni de su bondad intrínseca y todo el mundo, incluso el mundo religioso, ha aceptado como norma la "adoración" a la medicina industrial[72]. Este falso mito de la "infección" no tendría tanta importancia si se hubiese quedado en una teoría o hipótesis científica, o en una creencia que simplemente afirmara que nuestros propios gérmenes o microbios nos atacan, y, sin pasar del nivel teórico, se opusiera a otra teoría que afirmara que nuestros gérmenes siempre han estado ahí viviendo en simbiosis y que no producen ninguna enfermedad infecciosa, puesto que la gravedad que comporta el haberse creído la teoría de la infección radica en que esa creencia, además de falsa, ha comportado una práctica y un consumo de productos industriales que hemos ido incorporando o introduciendo en nuestro cuerpo, por primera vez en nuestra historia biológica. Esta práctica concreta y real se transforma en una gran tragedia si, al tener en cuenta la historia de estos productos, vemos que todos ellos, desde los primeros que se utilizaron a finales del siglo XIX y principios del XX a los de las últimas generaciones, todos han sido y son productos **tóxicos**. Dicho de otra manera, el haber creído y practicado la teoría de la infección durante más de 100 años y, sobre todo, de una manera casi total desde hace 60 años, ha obligado a la

población de la sociedad del bienestar a incorporar a su biología genuina, como caballos de Troya, una enorme y continuada cantidad de productos tóxicos en forma de vacunas y medicación química, produciendo una iatrogenia total que ha sido la principal causa de las nuevas enfermedades, que, por ser tan novedosas y desconocidas, se llaman *enfermedades raras*. Lo que hace pensar en la posibilidad de que estas enfermedades han sido causadas por estos productos de carácter experimental es la realidad innegable de que afectan exclusivamente a los ciudadanos de la "sociedad del bienestar", los primeros cobayas que han "disfrutado" y consumido los nuevos medicamentos industriales como un producto del "progreso". ¿Puede haber una circunstancia más evidente?

La medicina industrial de finales del siglo XIX y principios del XX animó y premió con la riqueza y la gloria social y académica a todos los investigadores que fueran capaces de "crear", descubrir o sintetizar en laboratorio cualquier producto que tuviese alguna acción punitiva sobre los "malditos" microbios. La C.C.I. y su incipiente industria prometía a los científicos emprendedores y productivos que descubriesen y fabricasen ese tipo de medicamentos germicidas que serían generosamente recompensados. Atraídos por la gloria y la riqueza que se les prometía, muchos médicos, químicos y biólogos europeos empezaron a buscar afanosamente en los modernos laboratorios nuevos medicamentos experimentales que la industria pudiese fabricar y distribuir masivamente y, con ello, crear patentes y hacerse millonarios. Los nuevos médicos y químicos europeos buscaron entre sales y compuestos de sustancias venenosas de arsénico, de bismuto, de cianuro; buscaron entre álcalis y ácidos orgánicos e inorgánicos, entre alcoholes y fenoles, entre toda clase de sustancias químicas... Y, como la industria tiene necesidad de producir, vender y ganar

dinero a la mayor brevedad, muy pronto salió al mercado una enorme cantidad de “remedios” nuevos y experimentales contra los gérmenes. Pero, durante los primeros años, los resultados eran tan catastróficos que todos ellos tuvieron corta permanencia en el mercado. En la mayoría de casos era peor el remedio que la enfermedad y esos venenos mataban a los gérmenes, sí, pero producían estragos imposibles de disimular entre los pacientes que los consumían.

No obstante, en el primer tercio del siglo se utilizaron, por primera vez, unos compuestos químicos llamados **sulfamidas**. Y aunque eran tóxicas, como no tenían una toxicidad fulminante ni aparatosa, la C.C.I. las presentó como una panacea contra los microbios y fueron bastante utilizadas en los sectores médicos adeptos a la teoría de la infección, que, como ya hemos dicho, entonces no eran muchos y se limitaban sobre todo a la clase médica militar. Unos años después, el médico alemán Dr. Ehrlich introdujo un producto químico muy tóxico, a base de arsénico, para tratar la sífilis que tuvo mucho renombre: el salvarsán. Medicación famosa y quizá conocida por el lector, puesto que ha salido en muchas películas y novelas y que le valió el Nobel a su creador; pero tanto las sulfamidas como el salvarsán, que en el momento de salir al mercado fueron presentados como la “solución idónea al problema”, fueron retirados y desaparecieron del mapa por su alta toxicidad, cuando unas décadas después otro premio Nobel, el británico Dr. Alexander Fleming, descubrió los **antibióticos**, que resultaron ser mucho menos venenosos, al menos a corto plazo.

Todos los diversos productos que salieron para protegernos de nuestros microbios, incluidos los antibióticos, fueron elegidos por los médicos que los introdujeron porque demostraban ser mortales para los temidos microbios en el laboratorio; es decir, *in vitro*. Se pensó que lo más sencillo era inundar el propio

organismo con esas sustancias que mataban a los gérmenes en los tubos de ensayo de los laboratorios. Y, si esas sustancias mataban a los *microbios in vitro*, también deberían matarlos *in vivo*, concluyeron nuestros geniales médicos. Con esta simplicidad mental se han introducido en la sangre de los ciudadanos cobaya una enorme variedad y cantidad de sustancias químicas industriales tóxicas, sobre todo desde los años 50 y 60 del siglo pasado, todas ellas presentadas por la prensa y los miles de contertulios “enteraos” como “verdaderas maravillas” que han salvado a miles de personas en todo el mundo mundial. Pero, a pesar de esa opinión generalizada, vamos a explicar al lector que esa idea de inundar nuestro organismo de sustancias venenosas para eliminar a nuestros gérmenes carece de la más elemental lógica.

EL PROBLEMA INSUPERABLE DE LA QUIMIOTERAPIA

Aunque esta administración de sustancias químicas (quimioterapia) haya sido y sea muy usual y normal, queremos mostrar el fallo que, necesariamente, tiene toda la quimioterapia tóxica, ya sea esta antibiótica, anticancerosa, antiviral o de cualquier otra naturaleza. Es un fallo de bulto que no debería permitirse una persona con sentido común que reflexionara mínimamente en ello. Se trata de una chapuza que resulta muy evidente, aunque quizá el lector profano en temas de medicina y confiado en que está protegido por la mejor medicina de todos los tiempos nunca haya pensado en ello y no se haya dado cuenta del poco sentido lógico y biológico que tiene la utilización de un antibiótico u otro germicida químico cualquiera; es decir, lo absurda que resulta ser cualquier tipo de quimioterapia.

Hay un error inevitable e insuperable en todo método de quimioterapia (incluso si admitiéramos que nuestros gérmenes son peligrosos y creyésemos en las infecciones, cosa que no hacemos): el mecanismo de acción de los antibióticos y quimioterápicos en su totalidad es tóxico y aniquilador. Actúan sobre los gérmenes de forma *nada selectiva*. La "fumigación" por quimioterapia afecta, sin discriminación posible, tanto a las bacterias como a las células normales de nuestro organismo y, por tanto, produce el mismo daño, es decir, envenena de igual manera al grupo de bacterias que supuestamente son su objetivo que a las propias células normales. Ese daño colateral, imposible de evitar y no deseado, o esa intoxicación innecesaria sobre nuestras células ha sido y es totalmente imposible de evitar en los tratamientos con antibióticos o con cualquier otro compuesto químico con carácter germicida, antiséptico o anticanceroso. Repetimos: *producen el mismo envenenamiento sobre las células y bacterias normales que sobre las que son su objetivo; y ese efecto tóxico colateral es totalmente imposible de evitar hasta el día de hoy*. La quimioterapia presenta el mismo problema que se tendría en una casa donde se fumigara insecticida tóxico, o un raticida como la estricnina, sin tener la precaución de sacar previamente a sus habitantes humanos.

Los antibióticos serían una medicación antiséptica aceptable, para los que creen en la infección, si limitaran su acción tóxica, exclusivamente, sobre la zona o área del organismo donde se encontraran los gérmenes que pretendieran eliminar y así, por ejemplo, al tratar una otitis, su acción se limitara a la zona anatómica del oído y allí, y solo allí, destruyera las células microbianas y solo a ellas, sin afectar al mismo tiempo a las neuronas auditivas y al resto de células del cuerpo. En caso de una muela infectada, si el antibiótico limitara su acción a las supuestas bacterias patógenas presentes en esa muela. Si ante

una cistitis solo afectara a las bacterias supuestamente patógenas de las vías urinarias..., y así sucesivamente. Pero resulta que eso no es así ni por aproximación.

Todos los estudiantes de medicina y de biología en general deberían saber la siguiente realidad fisiológica y biológica: los antibióticos y todos los demás productos químicos inyectados o ingeridos y, por tanto, incorporados a cualquier mamífero se distribuyen por la sangre y alcanzan a todas las células de todos los tejidos del cuerpo y, por tanto, ejercen su acción tóxica multisistémica, y muchas veces letal, sobre todas las células del organismo. Por eso, todos los estudiantes de medicina se ven obligados a estudiar en los libros de farmacología que los antibióticos, además de ser tóxicos para las bacterias, son nefrotóxicos y pueden matar o intoxicar las células del riñón, ototóxicos porque hacen lo mismo con las del oído[73]... De la misma manera y por el mismo mecanismo de acción de los antibióticos (que consiste en la distorsión, alteración y, a veces, destrucción de las moléculas que regulan el mensaje genético del ADN y ARN), afectan a todas las células del resto del organismo sin excepción alguna: las del hígado, las células germinales o reproductoras, las del intestino, las de la sangre.

Ni siquiera en la actualidad, setenta años después de su aplicación masiva sobre toda la población occidental, cabe la posibilidad real de separar o de hacer una mínima discriminación entre la acción tóxica sobre las bacterias y sobre las células de nuestro organismo. Eso que acabamos de explicar que ocurre con los antibióticos ocurre, igualmente, en los tratamientos contra el cáncer cuando se utiliza la quimioterapia, puesto que los productos altamente tóxicos que se utilizan son incapaces de hacer ninguna distinción entre las células normales y las cancerosas. Ante esta realidad insuperable, resulta increíble que se lleven más de 70 años utilizando quimioterapia contra el

cáncer y se tenga como la terapia indiscutible y dogmática, aun cuando este método se esté dando de narices contra la lógica biológica más elemental.

Al iniciar la quimioterapia, la *Bestia* y su C.C.I. introdujeron este tipo de tratamiento como un hito glorioso de la ciencia moderna[74]. Los ciudadanos nos hemos estado tratando con este burdo método de intoxicación indiscriminada las múltiples enfermedades, supuestamente infecciosas, de una manera masiva y casi total durante los últimos setenta años. La C.C.I. nos ha adoctrinado con empeño y profusión a médicos y ciudadanos, diciéndonos que esa medicación química eliminaba con facilidad muchas bacterias que nos amenazaban. La prensa nos ha estado predicando que los antibióticos han salvado muchas vidas, que han erradicado el peligro de las bacterias asesinas, pero ahora sabemos que nuestros microbios viven en perfecta simbiosis y son socios nuestros; por tanto, todo lo que nos han contado ha sido y es una gran mentira que nos ha obligado a desarrollar una guerra civil dentro de nosotros y contra nosotros mismos. Todo ha sido un grandísimo y satánico fraude: por una parte nos han mentido como a bellacos y, por otra, no nos han contado nada de los *daños colaterales que se han producido* necesariamente en el organismo del paciente después de cada tratamiento con quimioterapia. Nos han ocultado la acción iatrogénica sobre esas células normales nuestras a las que necesitamos para ser y existir como individuos y como especie. A la *Bestia*, a su C.C.I. y a su prensa no les ha interesado hablar de las consecuencias de la guerra civil que hemos mantenido contra nuestros microbios. Nuestras universidades y centros oficiales de educación y ciencia no premian a ningún médico que se interese en describir los resultados iatrogénicos provocados en los organismos en donde se ha producido el bombardeo indiscriminado. A la C.C.I. no le

interesa que se sepa cómo ha quedado el ciudadano tratado con quimioterapia y, con ese silencio intencionado, ha ocultado esa iatrogenia. Hacerla pública o enseñarla a los aprendices de médico sería reconocer su verdadera naturaleza rapaz y satánica, su falta de sentido común y biológico y su carencia total de bondad. Informar de la realidad biológica que suponen los antibióticos hubiera supuesto, para la *Bestia* y su C.C.I., perder su categoría de protectores bondadosos de la "sociedad del bienestar" y renunciar al grandísimo negocio producido por consumo de antibióticos y otros productos de quimioterapia, que desde hace unos 70 años consumen confiadamente todos los seres vivos de Occidente, ya sean estos humanos o animales.

La *Bestia* y su industria médica están muy interesadas en hacer todo lo posible para acallar a todos los impertinentes doctores nadie que les salen desde dentro de sus propias filas con la intención de denunciar esa iatrogenia innegable. Comprendemos que quiera acallar y hacer desaparecer del mapa a esos médicos "traidores" que no son nadie, a esos "mentecatos" que no se "enteran" y que parecen ignorar que, si se informa o se comunica al público lo que de verdad ha pasado y está pasando en la guerra contra nuestros microbios, la C.C.I. y la *clase médico-industrial* perderían su prestigio social e histórico. Prestigio logrado a costa de mucha prensa, mucha publicidad, películas, novelas y planes académicos. También podrían perder su prestigio académico y su gran poder económico. Si se supiera la verdad biológica, se acabaría la farsa satánica y el negocio, que, aunque fraudulento y letal para la población de la sociedad del bienestar, resulta muy rentable para la industria farmacéutica. Comprendemos, pues, que la *Bestia y su industria farmacéutica* carguen contra los pocos médicos disidentes, presentándoles como incompetentes, e intenten acabar con ellos.

QUIMIOTERAPIA MODERNA Y EL MENSAJE GENÉTICO

Nosotros, a pesar de todo, nos proponemos analizar los daños producidos por ese consumo generalizado de antibióticos que han ido apareciendo al cabo de varios años de consumo. Esas sustancias no suelen dar efectos adversos inmediatos, por lo menos a las dosis a las que se les suele administrar. De hecho, esa ausencia relativa y disimulada de efectos secundarios inmediatos o fulminantes[75] en los antibióticos es lo que sirvió para que la C.C.I. los presentara como una medicación "ideal" en los años cincuenta y, por eso, tanto los médicos como la confiada población de la "sociedad del bienestar" creyeron que eran bastante inocuos y accedieron al consumo de esas novedosas y tan laureadas medicaciones, porque parecían inofensivas. En realidad iban a ser sus caballos de Troya, puesto que, unas décadas después de esa confiada aceptación, se supo que el problema de los antibióticos no estaba, ni está, de una forma general, en sus efectos inmediatos a *corto plazo*, sino en los efectos colaterales que se presentarían a *medio y largo plazo*. Estos no se pudieron conocer en los años 50 y 60 del siglo pasado, cuando todo empezaba, sino que se supo de ellos unos años más tarde, cuando empezaron a verse sus efectos nefastos sobre los descendientes de la segunda, tercera y cuarta generación de humanos cobayas. Los efectos colaterales de espoleta retardada se empezaron a detectar en los años 70 y 80, cuando la población cobaya llevaba ya veinte o treinta años introduciendo en su organismo de manera recurrente y confiada la nueva medicación experimental y de fabricación industrial que la C.C.I. había propuesto como la mejor para matar a nuestros propios microbios.

Ese desconocimiento que se tenía en los años 50 sobre los efectos secundarios de los antibióticos a medio y largo plazo era totalmente inevitable, puesto que eran medicaciones novedosas e “inéditas” y, por tanto, *experimentales*. La única manera de conocer esos efectos secundarios retardados era esperar unos veinte o treinta años; pasado ese tiempo se iba a ver, claramente, que los antibióticos iban a alterar gravemente sus genes y, por tanto, iban a distorsionar su mensaje genético; es lo que tiene de malo, o de inconveniente, la medicación experimental: que hay que esperar a ver todos los resultados, tanto los que se producen a corto plazo como los que se producen a largo plazo, y, entre estos últimos, los que se pueden producir en los hijos y descendientes de aquellos humanos cobayas que hayan recibido la medicación experimental. Para poder conocer con seguridad todo el proceso al completo, no hay más remedio que esperar. Pero para la industria médica, como para cualquier otra industria, esperar era perder tiempo y dinero, y aunque fuera una medida prudente, necesaria y responsable, no cabía ninguna duda de que era antieconómica. Como ya estamos acostumbrados en esta historia, imperó el interés económico e industrial sobre el interés médico y el de la salud de la población. Esos productos médicos novedosos y experimentales (antibióticos) se aplicaron de una manera prematura, temeraria e imprudente, sin tener ningún tipo de consideración hacia el ciudadano. Lo verdaderamente prioritario para la *Bestia* y su industria era y es el negocio, la ganancia y el dinero, y por eso, durante ese intervalo de tiempo de obligado desconocimiento de sus efectos retardados, se vendieron y se introdujeron por toneladas esos “caballos de Troya” en el interior de los organismos de los confiados ciudadanos de la “sociedad del bienestar” durante los años 50, 60, 70 y 80. En esas décadas, los antibióticos estaban presentes en casi todas las

medicaciones: en las pomadas, los colirios, los jarabes para la tos, las pastillas digestivas, en los antipiréticos... Casi toda medicación de las décadas de los sesenta hasta los noventa, fuese para lo que fuera, llevaba su dosis de antibióticos, por si acaso. Incluso a los jóvenes aprendices de médico de esos años, como un servidor, se nos instruía en la facultad para tratar las mismísimas gripes con protección antibiótica, a sabiendas de que esa medicación era ineficaz para la supuesta causa de la gripe, que, según la C.C.I., es un virus.

En ese tiempo (años 50-80) en el que se impusieron masivamente los antibióticos, ya existía una rama de la medicina, llamada *genética molecular*, que estaba dando sus primeros pasos y que llevarían a revolucionar, en pocos años, el conocimiento de la genética y del engranaje bioquímico del mecanismo de transmisión del mensaje genético humano. La moderna genética había nacido en los años cincuenta, cuando Watson y Crick descubrieron por primera vez la estructura helicoidal del ADN. No vamos a extendernos en este tema tan apasionante por no dispersarnos. Queremos recalcar que durante las últimas décadas del siglo pasado, años 80 y 90, la genética molecular empezó a identificar una enorme cantidad de sustancias industriales que pueden alterar el mensaje genético e, incluso, destruir enzimas y biocatalizadores necesarios para la correcta transcripción de dicho mensaje, impidiendo o distorsionando el proceso y haciendo que ese mensaje sea *aberrante*.

El lector conocerá sin duda casos como la talidomida, el DDT, los defoliantes de la guerra de Vietnam, el fenol o las dioxinas, que fueron causa de distorsión del mensaje genético y de la aparición de los primeros niños deformes y fetos monstruosos; la televisión de los años 70 y 80 nos mostró a los primeros fetos

monstruosos nacidos de padres y madres intoxicados por estos productos.[76]

La genética molecular fue la que se percató de que existían sustancias químicas que actuaban sobre las enzimas que regulan la transcripción del ADN y que, por tanto, eran capaces de alterar el mensaje genético y, como consecuencia de esa alteración, eran capaces de producir enfermedades como: cáncer, leucemias, anemias aplásicas, oligocefalias, bicefalias, órganos y miembros aberrantes, organismos monstruosos. Es decir, se constató, por primera vez, que algunos productos químicos afectaban a los cromosomas y sus genes a nivel molecular, y, curiosamente, entre esas sustancias que pueden alterar la genética molecular estaban, cómo no, los entrañables antibióticos y demás productos de quimioterapia. La genética molecular delató que esos productos, los antibióticos, tan consumidos desde la infancia por todos los ciudadanos de la sociedad del bienestar, y que además están en alimentos como la leche, la carne, los huevos…[77], habían sido, y eran, unos verdaderos “caballos de Troya”. Una vez dentro del organismo de los ciudadanos, podían alterar o impedir su función genética y provocar enfermedades extrañas o raras, deformaciones monstruosas y esterilidad entre los jóvenes cobayas…, como estamos viendo.

Pero lo que más asombro debería causar al lector es que, a pesar de ese nuevo descubrimiento de la genética de los años 80, a pesar de constatar ese efecto secundario de los antibióticos, no se haya suspendido la administración masiva y constante de estos productos y de otras sustancias “*teratógenas*”[78].

Se mantiene en vigor hasta nuestros días, con total normalidad, la quimioterapia por antibióticos, método terapéutico erróneo, tóxico y *obsoleto*, a pesar de saber con

certeza su acción teratógena y aberrante sobre los hijos de los humanos cobaya. Es absolutamente increíble la negligencia que puede practicar la moderna medicina industrial, capaz de mantener como *dogmas médicos*, únicos e indiscutibles, ciertas teorías científicas, como la de la infección, y métodos de terapia aberrantes, superados por su propio conocimiento biológico y sus recientes hallazgos. Todo esto solo para realizar fabulosos negocios. Por esa razón se siguen utilizando los antibióticos en todo Occidente y en otras partes del mundo. Se utilizan con toda normalidad e impunidad, como si lo que sabemos con certeza científica fuera una broma. En realidad, lo que es una maldita y satánica broma es la absurda supremacía y monopolio de la medicina industrial que consumimos en nuestra sociedad moderna y aberrante.

CAPÍTULO 19.
UNA EFÍMERA RAZA HUMANA EXPERIMENTAL

EL EXPERIMENTO QUE NO PODÍA SALIR MAL

Como ya sabrá el lector que haya llegado hasta esta página, a mitad del siglo pasado dio comienzo en Occidente un macroexperimento que iba a utilizar de cobayas a toda la sociedad, con la promesa solemne, por parte de la *Bestia* y su C.C.I., de que esa experiencia colectiva y nueva en la historia iba a salir bien al primer intento. No cabía plantearse ninguna duda; la seguridad de los cobayas estaba garantizada puesto que, repetimos, la *Bestia* y su C.C.I., que poseía el don de la “infalibilidad”, aseguraba que tenía el poder de mejorar el diseño inteligente del organismo humano. La confiada y esperanzada población dejó que la *Bestia* introdujera todos esos nuevos productos industriales y experimentales en el interior de sus organismos sin abrigar ninguna duda de que todo era por su bien.

Los padres de esas generaciones de niños de los años sesenta, sumidos ya de manera total en la alucinación y la “cultura” de terror a los microbios, confiaron en las promesas de bondad y de protección que se les ofrecían. Quisieron otorgar esa inmunidad “superior” prometida a sus hijos y, por eso, los entregaron como cobayas del experimento que estaba empezando. La C.C.I. les informaba “sinceramente” de que todo era para su bien y que el gran experimento no podía salir mal; les decía que, después de consumir esos productos industriales experimentales, sus hijos serían mejores y más sanos de lo que habían sido ellos y sus antepasados. Ante estas ventajas

“aseguradas” por la *Bestia* y su C.C.I., publicitadas por la prensa y avaladas por todos los estamentos gubernamentales de todos los países avanzados, los confiados padres entregaban a sus hijos a esa experiencia novedosa. Lo hacían con la agradable sensación de sentirse afortunados habitantes de una sociedad más civilizada y de un nuevo mundo libre de enfermedades infecciosas y creyendo que estas pasarían, por fin, a formar parte de la historia pasada y obscura del hombre.

Con la ayuda de la prensa, de los contertulios “enteraos” y de numerosos documentales y películas, la *Bestia* y su C.C.I. convencieron a los padres de que esa entrega de sus “afortunados” hijos al gran experimento era una muestra de cultura avanzada, de responsabilidad y de esforzado cuidado. Tenían ya bien asimilado que la C.C.I. y su progreso médico es capaz de todo, incluso de acertar a la primera en el inédito intento histórico de mejorar el microcosmos humano. Ese poder demiúrgico se haría patente con la mejora que, sin ninguna duda, iba a experimentar el sistema inmunitario de sus queridos y “afortunados” hijos.

Pero, a pesar de esas promesas faraónicas y de esa confianza ciega de la población, al pasar el tiempo, en los años 70 y 80 del siglo pasado, cuando la sociedad del bienestar se sentía segura con la nueva cobertura sanitaria experimental y los primeros ejemplares de la nueva raza empezaban a tener 20 y 30 años, de manera extraña e inesperada, empezaron a aparecer entre ellos enfermedades nuevas e inéditos trastornos desconocidos para la medicina… ¿Qué estaba pasando? ¿Qué podía significar la aparición de esas nuevas enfermedades?… Los libros de patología de los últimos años 70 empezaron a describir unas enfermedades graves y nuevas que, curiosamente y en contra de lo que es natural y, desde luego, en contra de lo que se esperaba, estaban afectando, sobre todo, a los jóvenes cobayas

que habían participado y participaban, desde los primeros años de vida, en el gran experimento. Es decir, eran enfermedades *exclusivas* de los nuevos cobayas.

Los médicos y patólogos se dispusieron a investigar y a analizar las características de esas nuevas enfermedades que comenzaban a generalizarse entre la población joven. Lo que primero que les llamó la atención fue que **no se parecían en nada a los cuadros patológicos conocidos hasta la fecha**. Al empezar a analizarlas y describirlas, descubrieron que todos esos trastornos, todas esas nuevas lesiones e inflamaciones extrañas, los causaba el *sistema inmunitario* de los propios enfermos. La gran proliferación de enfermedades del sistema inmunitario propició e hizo necesaria la aparición de otra nueva especialidad, la *inmunología médica*. A los nuevos y flamantes inmunólogos no les cupo ninguna duda, al examinar las nuevas enfermedades, de que el responsable directo era el propio sistema inmunitario. Para los nuevos especialistas estaba claro que, por alguna razón desconocida para la C.C.I., en la nueva generación de humanos cobaya, cuyo sistema inmunitario había sido manipulado por la nueva medicina industrial, inexplicablemente este se había vuelto aberrante, traicionaba el propósito esencial de su función biológica y atacaba las propias estructuras orgánicas.

Los inmunólogos y patólogos, aunque sorprendidos ante aquello que veían, no tuvieron más remedio que admitir que estaban siendo testigos de la *alta traición* biológica que estaba cometiendo el sistema inmunitario humano. Una traición que se había convertido en un peligro grave para la supervivencia de los jóvenes cobayas y que estaba en el origen de todas esas *enfermedades nuevas* y tan frecuentes entre los jóvenes. Era tan evidente que la causa de esas nuevas enfermedades era el sistema inmunitario que los patólogos no dudaron en llamar a

estas enfermedades nuevas, graves e inexplicables que brotaban como setas con el nombre genérico y perfectamente apropiado de enfermedades *autoinmunes*.

La irrupción masiva y exclusiva en la nueva sociedad, es decir, el carácter *endémico* en el seno de la joven población cobaya de este tipo de nuevas y desconocidas enfermedades propias del sistema inmunitario en los años 70 y 80, debió detener esas campañas masivas de vacunación sobre la población infantil; debió detener la gran campaña de vacunas puesto que es imposible, desde el método científico positivista, incluso desde el sentido común más elemental, no relacionar de alguna manera la aparición masiva de enfermedades del sistema inmunitario con la simultánea manipulación masiva de ese mismo sistema con nuevos productos industriales de carácter inédito y experimental. Pero detener los planes de vacunación generales hubiese significado reconocer que la “divina” y “sabia” C.C.I. se había podido equivocar y, además, la *Bestia* y su industria habrían tenido que renunciar a su negocio. Ante semejantes razones no se interrumpieron las campañas de manipulación, o vacunación industrial, del sistema inmunitario, sino que se incrementaron de manera exponencial.

Lo verdaderamente macabro de esta historia real que acabamos de contar, y que nadie puede negar, es que si, en lugar de ser una realidad que estaba afectando a muchos hombres y mujeres cobaya, se hubiera tratado de un experimento normal con ratones de laboratorio u otros cobayas animales, realizado en cualquier facultad de biología, ante la aparición de estos numerosos casos de evidente y sonado fracaso, se hubiese detenido el experimento inmediatamente y se hubiesen replanteado el asunto. Ese hubiese sido el comportamiento coherente que se hubiera seguido en cualquier clase de prácticas de laboratorio que se hubiese realizado en una

facultad de ciencias que se precie. Pero esta vez no se trataba de un simple experimento de laboratorio en la universidad, y los cobayas no eran ratas sino ciudadanos consumidores. Esta vez era un fraude gigantesco que buscaba la ganancia en el negocio del consumo de productos industriales. Era un plan ideado por unas mentes desalmadas y diabólicas que se rigen por la “moral de los señores” y están “más allá del bien y del mal”. No era un experimento universitario, no; era y es un formidable engaño que utilizó sin misericordia a los ciudadanos con “moral de esclavos” para venderles unos productos tóxicos como si fueran elementos de salud necesarios. Esta vez se trataba de un plan con la única finalidad de crear y producir el gran negocio de miles de millones de dólares que ya lleva unas cuantas décadas funcionando y que ningún doctor nadie puede detener.

Desde entonces, la población de Occidente estamos inmersos, en calidad de cobayas con “moral de esclavos”, en un experimento incierto donde, para colmo, los verdaderos resultados no importan nada a nadie. La verdad científica y el conocimiento experimental no eran, ni de cerca, el objetivo. Por eso, sean cuales sean los resultados, por catastróficos, monstruosos y evidentes que sean, no son capaces de cambiar, ni poco ni mucho, la marcha triunfal y macabra del gran negocio de la medicina de la *Bestia*.

A NUEVAS ENFERMEDADES... MAYOR NEGOCIO

La *Bestia* y su C.C.I., ante la aparición repentina de los numerosos síndromes autoinmunes y ante el deterioro del sistema inmunitario de los nuevos cobayas, no quisieron detener su negocio y utilizaron su poder de persuasión para mantener su fraude dentro de la “sociedad del bienestar”. Es más, vieron

rápidamente que podían aprovechar la nueva coyuntura y aumentar el negocio sin ningún tipo de problema. Para la *Bestia* y su industria médica, la aparición de todas estas nuevas enfermedades no ha sido nunca, ni es, un problema, ni mucho menos una situación dramática que debiera interrumpir de inmediato la distribución de medicación industrial de carácter experimental sobre la población. La aparición de todo este conjunto de nuevas e inéditas enfermedades no es un contratiempo, sino más bien una simpática, beneficiosa y prometedora coyuntura que le ha permitido durante todo este tiempo ampliar el negocio. Con una favorable perspectiva para el futuro, puesto que, gracias al aumento del número de esas nuevas enfermedades exclusivas de la nueva "sociedad del bienestar", el volumen de clientes no deja de aumentar. Como tampoco la producción y el consumo de productos industriales. ¿Se puede pedir y desear algo mejor para una industria floreciente que no para de prosperar?

Y para calmar a la población cobaya cuenta con el poder de crear la "realidad", que todos aceptamos como "auténtica" e indiscutible, gracias a la dócil prensa y a la docencia. Ya sabe el lector de la capacidad que posee la prensa de convencer a todo el mundo de cualquier "realidad", por inverosímil que sea. Estos factores de persuasión tratan de calmar al personal enseñando que esas enfermedades nuevas y autoinmunes tienen un origen "desconocido" por ahora, pero que la moderna ciencia descubrirá en el futuro. Advierte a los ciudadanos, con persuasión, que no deben preocuparse ni alarmarse, nada de eso, sino que deben confiar, como siempre han hecho, en el "reputado" genio ilustrado de la medicina moderna, que ha "demostrado" repetidamente tener mucho poder sobre las mismísimas leyes de la naturaleza. La prensa de la C.C.I. afirma que todo se arreglará y que, por ahora, lo que tienen que saber

los ciudadanos de la sociedad del bienestar es que la *Bestia* y su C.C.I. han puesto en el mercado, a disposición de los nuevos médicos, otra nueva serie de productos industriales de nueva producción y recientemente descubiertos, que son capaces de controlar en parte, aunque solo en parte, a ese sistema inmunitario que se ha vuelto traidor sin más. Son los nuevos protocolos de medicación industrial a base de los conocidos antihistamínicos, corticoides sintéticos y los ya populares inmunosupresores, que, aunque tienen importantes y notorios efectos secundarios tóxicos, logran aminorar un poco, aunque sea solo un poco, los destrozos que ese sistema inmunitario distorsionado, enloquecido y traidor está ocasionando, "sin causa justificada", en su propio organismo.

El sistema oficial de salud y la docencia médica enseñan a los aprendices de médico que, ante la aparición de esas nuevas enfermedades del sistema inmunitario, no deben preocuparse ni extrañarse. Que, aunque sean exclusivas de la población cobaya, no deben hacerse preguntas, no deben establecer relaciones, ni mucho menos deben pensar o reflexionar si guardan algún tipo de relación con la simultánea manipulación industrial y experimental de ese mismo sistema inmunitario. No deben hacerse preguntas indiscretas; tienen que confiar en sus maestros y, simplemente, tienen que hacer aquello que se les ha "entrenado" a hacer: aplicar exactamente el protocolo que se les enseña y que está diseñado por la enorme "sabiduría" que no admite discusión ni disidencia de la "honorable", "bienhechora", "bienintencionada" y "sabia" C.C.I. Esta confianza plena en la *única medicina* debe quedar bien clara para todo aprendiz o médico en activo, porque lo que no permite la *Bestia* y su C.C.I., bajo pena de cárcel, despido, desprestigio o multa, es que ningún médico ni aprendiz piense o insinúe, mucho menos que diga algo o que escriba, sobre la posibilidad de relacionar dos acontecimientos

biológicos que se han sucedido uno a otro. La C.C.I. no permite que nadie relacione el hecho, objetivo e innegable, de haber manipulado el sistema inmunitario por primera vez en la historia biológica de la humanidad con la coincidencia en el tiempo de la aparición, también por primera vez en la historia de la medicina, de unas enfermedades propias de ese mismo sistema inmunitario. Enfermedades que no existían antes y que afectan, exclusivamente, a esa nueva población cobaya. ¿Qué tal? ¿Son necesarias más coincidencias exclusivas que demuestren la relación de causalidad entre los dos fenómenos o acontecimientos?

Pues, por muy claro que le pueda parecer al lector con sentido común, si alguien se atreve a preguntarse si hay alguna relación entre los dos acontecimientos sobre el mismo sistema orgánico, estaría cuestionando la infalibilidad de la C.C.I. Estaría sugiriendo que todos esos grandes científicos, que formaron y forman dicha comunidad, pudieron equivocarse la primera vez que intentaron, por medio de un experimento, mejorar el diseño ancestral del sistema inmunitario humano. Eso sería poner en duda su absoluta sabiduría, que les impide equivocarse, ni siquiera en el primer intento de una prueba experimental. Así pues, que el lector sepa que, aunque su sentido lógico le induzca a pensar que existe una relación causal, innegable y evidente entre la manipulación industrial y experimental del sistema inmunitario de la población de la “sociedad del bienestar” y la aparición de nuevas enfermedades autoinmunes entre los ciudadanos de esa misma sociedad, ¡no, no y no!, la C.C.I. y su única medicina industrial no comete errores. No pueden fallar en nada de lo que se propongan y no hace rectificaciones. ¡Lo sabe todo y lo puede todo! Y ese poder demiúrgico indiscutible le permite superar y mejorar el diseño natural de los propios sistemas biológicos en cuanto se pone a ello. ¡Sin posibilidad

alguna de errar! Ante esta dogmática proclama de la *Bestia*, todos callan y adoran, grandes y pequeños, libres y esclavos, políticos y sacerdotes... Nadie es capaz de escuchar su gran carcajada. Entre tanta algarabía y voces de alabanza hacia la única medicina moderna, nadie oye su satánica risa.

SÍNDROME DE INMUNODEFICIENCIA ADQUIRIDA: EL SIDA

Unos pocos años después de la aparición en escena de los primeros casos de enfermedades autoinmunes, en el corazón de la “sociedad del bienestar”, donde la población cobaya vivía el “*American Dream*” propio de la sociedad de la *Bestia*, en concreto en la ciudad de San Francisco surgieron unos casos de neumonía atípica, y desconocida hasta la fecha, en un grupo de homosexuales adictos a drogas lúdicas como el “popper” y a las anfetaminas, a la heroína, al alcohol, a la marcha nocturna y a la vida sexual promiscua, según relataron los propios pacientes gays a los médicos que les atendieron.

En los primeros análisis, los patólogos vieron que estos ciudadanos presentaban muchos casos de tumores de Kaposi, frecuentes linfopatías, alteraciones de la flora digestiva y neumonías atípicas. Además, presentaban signos que denotaban que su sistema inmunitario estaba muy deficiente tanto en los análisis como en la clínica: disminución de linfocitos en sangre, candidiasis pulmonares y digestivas, astenia intensa, alteraciones termostáticas, fiebres, anemias graves, diarreas crónicas... Enseguida aparecieron cientos, incluso miles de casos de jóvenes con las mismas catastróficas deficiencias orgánicas del mismo sistema. En los años 80 y 90 se le denominó *la pandemia* del siglo debido a los millones de casos que aparecieron en pocos años. A esa nueva enfermedad la llamaron

sida, que son las iniciales de **síndrome de inmunodeficiencia adquirida**, y se trataba de una más de las nuevas y desconocidas enfermedades del sistema inmunitario humano.

Ante esta nueva enfermedad que azotaba también a las generaciones cobaya de la nueva raza y que volvía a poner en duda el buen resultado del macroexperimento realizado desde hacía años sobre el propio sistema inmunitario, la C.C.I. tampoco propuso interrumpir las campañas de manipulación sobre el susodicho sistema. En vez de eso, en esta ocasión, salió anunciando que había encontrado un por qué o una causa "objetiva y real" de ese síndrome de inmunodeficiencia. Es decir, de ese nuevo y pandémico fracaso de la inmunidad de las nuevas generaciones cobaya. La prensa anunció a todo el mundo que la causa que estaba haciendo fracasar el gran proyecto de mejorar al sistema inmunitario, según la C.C.I., era ajena a sus métodos y a sus medicaciones experimentales y ajena, por supuesto, a la manipulación química e industrial del propio sistema inmunitario que se estaba operando desde hacía años.

La C.C.I. y su prensa se esforzaron para llevar a cabo una campaña gigantesca, formidable y mantenida durante más de diez años, para que todo el mundo quedara bien enterado de que el sida era algo no previsto en el macroexperimento, y de naturaleza totalmente casual y fortuita, un acontecimiento desafortunado e imprevisto. La causa era un nuevo y desconocido virus hallado en el Instituto Pasteur[79] al que llamaron VIH. La prensa de todo el mundo anunció, a finales de los ochenta, que ese nuevo virus que habían aislado era, sin ningún género de duda, el verdadero causante del colapso del sistema inmunitario de los jóvenes inmunodeficientes que había aparecido de repente en plena "sociedad del bienestar". La presentación por parte de la C.C.I. de ese nuevo virus probaba,

para la prensa y la docencia, que ese nuevo síndrome de inmunodeficiencia no tenía nada que ver con el macroexperimento que se estaba realizando desde hacía 30 años sobre el sistema inmunitario.

Pero la C.C.I. no pudo evitar que, como ya hemos contado en los primeros capítulos, algunos doctores nadie y otros científicos que sí eran alguien dentro de la propia C.C.I., entre ellos varios premios Nobeles y los mejores virólogos de ese tiempo, dieran una explicación diferente sobre la causa del sida. Se convirtieron inmediatamente en médicos disidentes de la versión oficial y se enfrentaron a la opinión de la C.C.I. Todos ellos coincidían en afirmar que la verdadera causa del sida no era un virus nuevo, que este en realidad ni existía, sino que era consecuencia de la acumulación tóxica de vacunas, antibióticos y drogas industriales en unas generaciones de jóvenes cobayas, que habían practicado y practicaban su consumo desde la más tierna infancia.

La explicación de la verdadera causa de esa nueva enfermedad que daban estos médicos disidentes, como comprenderá el lector, no le gustó nada a la *Bestia* y su C.C.I. Con esas afirmaciones disidentes, aunque evidentes y coherentes con lo que de verdad había pasado, estaban poniendo en duda la opinión y autoridad absoluta de la propia C.C.I. Estaban denunciando directamente la responsabilidad que, sin ninguna excusa posible, tenía esa C.C.I. en la producción y creación de la nueva enfermedad. Había sido ella la que había diseñado durante el siglo XX la distribución y la introducción de todos los productos industriales tóxicos que, como “caballos de Troya”, estaban aniquilando la vida de todos esos jóvenes.

Era evidente que la opinión de esos doctores nadie denunciaba directamente que el gran experimento sobre la población del primer mundo, que se estaba realizando por parte

de la medicina industrial, estaba resultando ser un fracaso y que la nueva raza de cobayas estaba mostrando sus primeros síntomas graves de distorsión y aberración biológica. Que, contrariamente a lo que se anunciaba oficialmente en todas partes, esa nueva raza no daba ninguna muestra de estar transformándose en una raza superior que gozara de mayor inmunidad, ni de mayor salud, sino todo lo contrario. La *Bestia* no podía permitir semejante mensaje, que la situaba en su verdadero papel de genuino depredador en esta macabra historia, y cargó su ira contra tales elementos "difamadores". Y, ante las evidencias y los datos contrastados que mostraban estos médicos "traidores", tuvo que utilizar todo su poder mediático, académico y político para vetar y silenciar la opinión disidente de estos doctores nadie en los medios de comunicación. Ya hemos explicado en capítulos anteriores que lo logró contando con su gran poder político y académico e, inmediatamente, fueron excluidos de todos los focos mediáticos y cesados de sus cargos científicos y docentes. Por eso, los ciudadanos no conocen a estos científicos, que, hasta el momento de enfrentarse a la opinión de la C.C.I., esta consideraba a algunos de ellos miembros suyos honorables y destacados. De la noche a la mañana fueron despedidos y eliminados de sus puestos y de sus rangos dentro de la C.C.I., dejaron de ser alguien y pasaron a ser unos doctores nadie. Quienes ya éramos nadie en esa época, los colegios de médicos se encargaron de mantenernos en silencio, bajo amenaza de sanción, en nuestro pequeño ámbito reducido y familiar.

Para cualquier Sherlock Holmes, sin necesidad alguna de ser médico, resulta evidente que la supuesta e irreal epidemia infecciosa atribuida al nuevo virus VIH fue una excusa perfecta para la C.C.I., puesto que, si lograba colar esa acusación al nuevo virus y presentarlo como la causa de la inmunodeficiencia de los

cobayas, evitaría tener que dar cuentas reales y replantearse estos sesenta años de iatrogénesis tóxica. Y podemos decir que ha logrado esquivar esa evidente responsabilidad hasta el día de hoy.

CAPÍTULO 20.
EL MUNDO FELIZ DE ALDOUS HUXLEY

LOS *HOMO COBAYA* CASTRADOS POR LA QUÍMICA

El autor de este ensayo, por el hecho de llevar muchos años en esta guerra, habiendo asumido la derrota como una realidad continua, definitiva y sin remedio, cree que es totalmente imposible vencer a la mentira que mata, impuesta por la *Bestia* y su industria. Solo espera que algunos lectores, aunque sean muy pocos, comprendan lo que se ha escrito aquí y puedan reaccionar. Sabe que solo es posible el cambio y la solución a esta situación de iatrogenia a nivel personal. No es posible la solución colectiva o social porque, como verá el lector, es demasiado grave, grande y monstruoso todo lo que esa C.C.I., con su medicina única, tendría que reconocer. Ha sido muy grande la mentira que mata, mucho el tiempo en el que se ha mantenido el fraudulento negocio, es extenso el daño provocado y es mucho aquello de lo que habría que desdecirse. Ni los gobiernos, ni las grandes facultades de medicina, ni los médicos, ni las ONG están dispuestos a reconocer tanta mentira y tanta equivocación mantenidas durante tantos años. Ni siquiera los que han actuado con buena intención, que son la mayoría de médicos en activo, van a admitir que han sido engañados por la *Bestia* y han sido los causantes de toda esta situación de iatrogenia. No lo van a poder reconocer y no lo han hecho ni lo harán, y la *Bestia* lo sabe. Este viejo médico que ha escrito este libro también lo sabe y lo tiene asumido, puesto que él sí que hace ya mucho tiempo, demasiado, que escucha con una

insoportable claridad la prepotente, cínica y descarada carcajada de la *Bestia*.

Pero para seguir con su oficio de médico y ofrecer a los pocos que sean capaces de escuchar y entender la verdad y que, con ello, se puedan curar de la locura iatrogénica que padece nuestra sociedad, este Doctor Nadie sigue invitando al lector a hacer un análisis racional de la verdadera situación de la población, más allá de la "ilusión" propia de esa alucinación colectiva y de esa euforia vana e indolente en la que se vive en la "sociedad del bienestar". Para ello, quiero dirigir su atención, para que tome en consideración los siguientes datos y estadísticas que le voy a presentar, para su conocimiento. Datos y estadísticas que, como viene siendo habitual en este ensayo, no son de este médico, sino de los mismos organismos oficiales.

Si se entra en las estadísticas del propio Ministerio de Sanidad de principios del tercer milenio (año 2000), cualquiera puede comprobar con facilidad que **la fertilidad** de los jóvenes varones de la nueva raza de humanos **se ha reducido a la mitad**. Este dato se traduce, en concreto, en la enorme cantidad de parejas jóvenes que, en nuestros días, son incapaces de reproducirse como lo ha hecho desde siempre la raza del *Homo sapiens*; es decir, por medio del coito y la cópula humana. El lector conocerá sin duda algún caso familiar, o puede ser él uno de esos casos incluidos en las estadísticas. Es posible que esté viviendo o, mejor dicho, sufriendo en persona la castración química propia y exclusiva de las generaciones de los jóvenes cobayas; es decir, la esterilidad de reproducción (*impotentia fecundandi*), que, repetimos, desde los años próximos al 2000, el propio Ministerio de Sanidad lleva constatando que afecta, más o menos, según qué regiones en España, a la mitad de los jóvenes en edad de reproducción.

Esta situación actual de castración química de los jóvenes varones de la nueva especie de *Homo cobaya* afecta también a las mujeres casi en el mismo porcentaje. Aunque en las féminas ha influido directamente también el uso excesivo de medicación hormonal industrial que se ha hecho común en nuestra sociedad, para tratar de manipular otro sistema orgánico con el fin de “mejorarlo” y de “controlarlo”: el sistema reproductor de la mujer. Como sin duda conocerá el lector, existe toda una formidable industria médica que basa su gran negocio en proporcionar a la mujer moderna todo un arsenal de productos industriales que le permiten actuar de manera contranatural alterando sus ritmos sexuales, retrasándolos, suprimiéndolos o abortándolos. Sin entrar en valoraciones morales, no podemos dejar de advertir que todas estas manipulaciones artificiales del ciclo sexual genuino de la mujer no quedan impunes desde el punto de vista de la salud física y psíquica femenina y del buen funcionamiento de los sistemas reproductores de la mujer. Estos productos hormonales logran alterar los ciclos hormonales propios de las mujeres sin aparentes efectos secundarios de carácter grave, a corto plazo. Pero, después de unas décadas de haberse implantado esta costumbre entre las féminas occidentales, se ha constatado un gran aumento de tumores mamarios y uterinos de carácter maligno. No se ha investigado demasiado la posible relación que pueda existir entre ese aumento del cáncer femenino y la manipulación hormonal de su sexualidad, puesto que a la *Bestia* no le interesa demasiado el tema del incremento de la frecuencia del cáncer entre las mujeres modernas. Por ello, no hay estudios y no se conoce si hay posible relación de causalidad, porque a la industria médica lo que le interesa es que cada día haya más consumo de productos hormonales en el mercado para aumentar el negocio

de interferir, con fines variados, en el funcionamiento del organismo de las mujeres cobayas.

En la actualidad, los análisis llevados a cabo en los cobayas varones demuestran dos deficiencias principales en su semen: falta o carencia de espermatozoides y/o alteraciones en la forma y movilidad de estos. Es decir, son escasos, paralíticos, deformes y aberrantes; características, todas ellas, que inciden directamente en que las fecundaciones que se logran llevar a cabo con ellos sean deficientes y de poca calidad genética.

En las mujeres los resultados son: partos anticipados (seismesinos, sietemesinos…), nidos vacíos, ovulaciones sin óvulo desarrollado, óvulos con su dotación de ARN mitocondrial y ADN nuclear impregnados de restos de antibióticos y otras sustancias teratógenas, alteraciones en el proceso de gestación y de anidación uterina, menopausia anticipada y aumento exagerado de la incidencia de miomas, papilomas y de cáncer de mama y genital.

Los médicos que ya somos veteranos y llevamos cerca de cuarenta años de ejercicio hemos sido testigos de primera fila de la silenciosa, rápida y solapada aparición y aumento exponencial de la esterilidad en los jóvenes cobayas. Cuando empezamos a ejercer nuestro oficio, a finales de los años setenta y principios de los ochenta, no existía la esterilidad en la población, salvo en casos muy excepcionales. Los varones y mujeres de hace 30 o 40 años de la especie *Homo sapiens* e, incluso, los de la primera generación cobaya, éramos rabiosamente fértiles. Nosotros, los primeros en someternos al experimento y que, en la actualidad, somos cincuentones los más jóvenes, éramos hijos de los últimos humanos de la raza *Homo sapiens*. Éramos hijos de aquellos que se quedaron a las puertas del gran experimento masivo y total, de los que tenían una biología humana normal y genuina, anterior al experimento. Fuimos, por tanto, los

primeros cobayas cuyos padres serían los últimos humanos cuyo ADN estaría libre de contaminación antibiótica. Por eso, ellos y la mayoría de nosotros éramos perfectamente fértiles. Pero, por haber nacido en el tiempo en que se estaba iniciando el gran experimento, el ADN de los que ahora tenemos alrededor de sesenta años iba a ser el primero, de toda la milenaria historia humana, en impregnarse de químicos industriales y antibióticos con capacidad de producir alteraciones en el mensaje genético. El experimento empezó con nosotros; los de mi generación fuimos los primeros españoles que empezamos a consumir antibióticos; por tanto, los primeros cobayas nacimos en la década de los 40 y 50. Desde entonces, esa introducción de antibióticos no ha hecho otra cosa que intensificarse en volumen y cantidad. A partir de la segunda y tercera generaciones (años 80 y 90), es cuando los ejemplares cobayas ya nacen de padres cuyo ADN está cada vez más impregnado de antibióticos y otros productos industriales, que han estado recibiendo desde el mismo nacimiento e incluso en algunos casos siendo fetos. Por tanto, ha sido a partir de estas segundas y terceras generaciones de cobayas intoxicadas desde la concepción cuando han ido surgiendo exponencialmente una gran cantidad de casos de esterilidad y de enfermedades raras.

Todo este aumento creciente obedece a que cada vez han ido apareciendo en el mercado médico más tóxicos industriales que los ciudadanos han ido in-corporando a su organismo en forma de vacunas, medicación y tóxicos ambientales. Los casos de esterilidad empezaron a emerger como hongos en los últimos años ochenta por todas partes, hasta llegar a las estadísticas del año dos mil, donde ya se constató que la mitad de la población de adolescentes actuales eran estériles. En el momento actual (2018) han pasado casi 20 años más desde que empezó el tercer milenio y hay que suponer que esa infertilidad, siguiendo el

mismo ritmo, puede haberse casi duplicado, y dentro de 20 años más, ¿quedará algún ejemplar de humano cobaya que sea fértil?

Si repasamos las fechas, podemos observar que esta castración química o esterilización de la población ha sido muy rápida. Se ha producido en treinta años, y por eso afecta sobre todo a los jóvenes. Se da el caso paradójico, pero muy lógico según lo que acabamos de explicar, que en la actualidad son más fértiles las poblaciones de varones de más de cincuenta años que los jóvenes de treinta. Esa circunstancia ha provocado algo curioso en la población actual española y europea, y es que los niveles de gestaciones y nacimientos naturales y, por tanto, concebidos mediante la cópula humana son mantenidos principalmente por parejas de padres mayores. Por primera vez en la historia de la humanidad, son más fértiles los abuelos que los nietos. A causa de la transformación industrial del *Homo sapiens* en *Homo cobaya*, en estos últimos años se ha llegado a invertir el orden natural de la reproducción humana en la "sociedad del bienestar", donde sus jóvenes cobayas están siendo castrados químicamente. Han perdido un poder ancestral que tienen todos los animales del planeta; pero, en su alucinación, los *Homo cobaya*, los ciudadanos modernos, se sienten confiados y afortunados habitantes de una "sociedad del bienestar" y se creen miembros de una raza superior.

Ante esta nueva catástrofe genética, que amenaza con la extinción de la propia raza cobaya, la *Bestia* y su C.C.I., como siempre, no se inquieta sino más bien la celebra y la aprovecha. Le ha dado la vuelta a la situación de tragedia biológica que supone la castración masiva de los cobayas, volviéndola un fenómeno favorable para la industria y el consumo. La industria médica amplía su horizonte comercial con cada nueva situación catastrófica convirtiéndola en una nueva fuente de negocio. Su capacidad de ganar dinero es insaciable y, como siempre, utiliza

la propaganda en la prensa y en la docencia, donde puede soltar su discurso y su bando: "No os preocupéis por estar un poco castrados y no poder engendrar hijos como lo hacían vuestros padres y abuelos. ¡No pasa nada! No hay que preocuparse, puesto que la medicina moderna os ofrece la nueva tecnología que os permite tener niños probeta, que son iguales que los naturales. ¡Qué digo iguales; mejores! En un futuro próximo podréis elegir cómo los queréis: guapos, altos, inteligentes, sin enfermedades y sin defectos. No hay que preocuparse, puesto que ser estéril no tiene por qué ser un problema. Con nuestra tecnología, lo podemos convertir en una ventaja. No perdáis la confianza en vuestra amada C.C.I., que, con su ciencia y su medicina industrial, os hace cada día mejores ejemplares humanos y os tiene reservado un futuro maravilloso, donde el útero maternal habrá pasado a la historia y seremos capaces de crear seres humanos perfectos en el laboratorio y, de ahí, a la producción industrial".

Firmado: La *Bestia*... muerta de risa.

LA MONSTRUOSA SOCIEDAD DE LOS NUEVOS HUMANOS RAROS

La prensa no deja de hacer proselitismo de los avances en ingeniería genética y reproductiva. A pesar de todos los intentos fallidos de mejorar los sistemas orgánicos, no cesa en su prédica de que, más allá de estas catástrofes, la ciencia y la medicina industrial nos conducirán y nos harán llegar a una "tierra prometida", donde los cobayas impotentes de hoy podrán tener, el día de mañana, a sus niños probeta sin problemas, por encargo y a la carta. Además, promete solemnemente (como

siempre) que esos niños probeta, gracias a la industria y la tecnología que desarrollará la C.C.I., serán superiores y más perfectos que lo fueron sus padres. A pesar de que millones de esos niños nacen con enfermedades raras, la población de cobayas cree firmemente en el poder de la medicina industrial. Sigue pensando que vivir en estos tiempos de progreso y en esta “sociedad del bienestar” ha sido una verdadera suerte.

La enorme proliferación de centros médicos de reproducción asistida y de infertilidad del momento actual es el gran negocio de la *Bestia*. Por eso, lejos de estar preocupada por la castración de los jóvenes cobayas, está encantada con la situación de esterilidad creciente que se observa día tras día. Estos centros de infertilidad, a pesar de dar servicios carísimos, están abarrotados de gente joven. Los cincuentones y sesentones actuales somos testigos vivos de que los centros médicos de infertilidad no existían ni se conocían hasta hace tan solo 30 o 40 años, porque, de haber existido, hubiesen estado vacíos y sin clientes. Todas esas situaciones catastróficas han ido apareciendo en las últimas décadas, al tiempo que la prensa y la cultura modernas nos han ido convenciendo de que vivimos en la mejor de las sociedades que la humanidad ha conocido. Con ello, han logrado ocultarnos la realidad de que estamos dejando de ser humanos y nos estamos convirtiendo en seres experimentales, en humanoides con función de cobayas de destino incierto. Que corremos el peligro de convertirnos en monstruos auténticos como resultado de haber querido perfeccionar y superar nuestra propia naturaleza humana genuina.

El médico y el científico tradicional mantenía ese gran respeto y veneración por la naturaleza o el cosmos del que ya hemos hablado. Sabía que no había impunidad para aquel humano o sociedad que osara oponerse a la naturaleza, o alterar sus

ritmos y sus leyes. La sociedad ilustrada moderna que hemos llegado a crear ha desafiado esas leyes cósmicas. Ha querido sustituir las funciones vitales de los humanos por procedimientos industriales luciferinos, y a los sistemas orgánicos por artefactos tecnológicos. No importan los evidentes fracasos que hemos descrito y que el lector puede constatar con facilidad. La tozudez de la ilustración humana insiste en querer superar al propio Cosmos y, a pesar de la aparición de nuevas enfermedades, no ceja en su vano empeño. Pero, como la acción contranatural no puede quedar impune, la sociedad industrial del bienestar empieza a padecer la que quizá sea la última de las epidemias que conozca la humanidad: la terrible pandemia de las enfermedades raras.

Esta monstruosa epidemia, que, como las demás que hemos descrito, es exclusiva de Occidente y que afecta solo a ejemplares jóvenes de la nueva raza cobaya, es de una magnitud sin precedentes en la historia de la medicina. En la actualidad (2020), según el Ministerio de Sanidad, hay 3.000.000 de casos de afectados en España y de 30 a 36 millones en Europa. ¿No son suficientes casos como para que la prensa apenas hable de ello?

¿Qué son y cómo son estas enfermedades raras? Son enfermedades cuya causa, sin ningún género de duda, es genética. Así lo afirma, incluso, la medicina moderna; es decir, todos los médicos afirman que son producidas por defectos en la calidad de los espermatozoides y/o de los óvulos que se encargan de transmitir el mensaje genético y que afectan exclusivamente a los hijos recién nacidos de *la tercera y cuarta generaciones cobaya*. Niños humanos que *nacen imperfectos*, nacen estropeados: en el lenguaje industrial propio de la industria médica moderna se diría, con toda propiedad, que esos desafortunados niños nacen con defecto de fabricación.

Esa inmensa cantidad de niños deformes y deficientes vitales son la consecuencia lógica de la presencia en el interior de los genes de sus progenitores de los terribles y despiadados “caballos de Troya”, en forma de productos experimentales tóxicos. Productos que fueron introducidos de una manera confiada, sin pensar ni querer saber que podrían tener consecuencias desconocidas y arriesgadas para las generaciones futuras. Ahora ya es demasiado tarde, ya han contaminado los genes, ya no puede haber marcha atrás. Después de varias generaciones de ciudadanos intoxicados, ha llegado el momento de la aniquilación y el sufrimiento, consecuencia de la transmisión distorsionada y monstruosa del mensaje genético. Como resultado de esos fallos en la estructura bioquímica de los genes de los nuevos fetos cobaya, los mensajes de herencia biológica no tienen la coherencia que corresponde a su propia naturaleza y son teratógenos. Los nuevos humanos cobaya, nietos y bisnietos ya de las primeras generaciones de cobayas, son el producto de unos códigos genéticos intoxicados y alterados, de un mensaje genético distorsionado; por eso nacen niños con sistemas digestivos que no digieren, con sistemas nerviosos que no coordinan los movimientos más básicos, como respirar o tragar o moverse normalmente, ni controlan las sensaciones, que se vuelven aberrantes y dolorosas; por eso, la piel de estos niños no resiste el contacto con el aire, sus huesos se rompen como el cristal, envejecen con rapidez, sus órganos y miembros pueden faltar o ser deformes, no pueden reír, no pueden respirar, no pueden hablar, no pueden oír, no pueden ver; no pueden..., no pueden vivir la vida. El simple existir resulta una tortura para el pequeño paciente y para sus familiares.

La C.C.I. dice desconocer la causa de que se produzcan tantos millones de casos de enfermedades genéticas, pero lo dice para no reconocer que la verdadera causa es la *iatrogenia tóxica* que

afecta a toda la población de jóvenes cobayas. No quiere reconocer el origen, porque esa iatrogenia la ha producido y propiciado la propia C.C.I. Huye hacia adelante, promete encontrar una solución en un futuro próximo. La prensa, cómplice de la *Bestia*, apenas habla de esta pandemia y prefiere hablar de los casos de ébola que aparecen en el Congo, de la gripe y sus nuevas vacunas, criticar a los padres y médicos que no vacunan a sus niños y, en su huida hacia adelante, prefiere crear nuevas alucinaciones de terror colectivo, como la falsa pandemia del COVID-19, con el fin de conseguir que no decaiga el gran negocio del terror a los microbios y la venta de inmunidad industrial que procurarán los nuevos medicamentos experimentales que ya mismo está anunciando. Eso es lo que le interesa a la prensa de la *Bestia* y, por eso, habla y predica de la existencia de miles de casos de supuestos fallecidos por coronavirus y calla la enorme cantidad de millones de casos de niños con enfermedades raras que se están presentando en la “sociedad del bienestar”. Sin embargo, están ahí y los ciudadanos solo se enteran cuando les ha tocado personalmente. Entonces descubren la horrible realidad de que estos casos tan desgraciados y crueles existen; en realidad, son la verdadera pandemia y, además, no la produce ningún microbio sino que es una realidad que ha creado la propia medicina industrial, es un producto de la iatrogenia. Cuando ocurre esto, ya es demasiado tarde para esos padres jóvenes que se creían afortunados habitantes de la “sociedad del bienestar”; cuando se vive esta realidad, solo la muerte temprana, que les suele sobrevenir a estos niños con enfermedades raras, resulta ser, paradójicamente, un dulce regalo para las criaturas y un descanso para el sufrimiento emocional y la impotencia de los padres.

El futuro de la sociedad occidental ilustrada es incierto. Lo que va quedando claro por ahora es que la raza *Homo cobaya*, en lugar de ser una raza superior como prometía la ilustración científica y su prensa, y como estaba previsto en los planes de la civilización industrial, está resultando ser una raza enfermiza, débil, aberrante, estéril y efímera. Esa nueva raza de humanos nació hace 60 años y desaparecerá antes de que pasen otros tantos. Pero quedará en los anales sociales que esa raza efímera, enferma y deforme, mientras existió, estaba plenamente convencida de que era una raza afortunada, que le había tocado vivir el tiempo histórico de culminación de la inteligencia humana y de la civilización. Que estuvo convencida, hasta la médula, de vivir en una nueva “sociedad del bienestar” y, cómo no, disfrutando del “primer mundo”, cuidada y protegida por la mejor y *la única medicina* que ha conocido la humanidad de todos los tiempos. La necedad, la ignorancia, la mentira y la degeneración fisica y mental de los ciudadanos han resultado ser la verdadera culminación intelectual de la Ilustración. La sociedad moderna que se jactó de no necesitar a Dios y de ser superior a la Naturaleza, que se creyó poseedora del poder demiúrgico de diseñar el cosmos a su antojo, ha resultado ser una sociedad enferma, estéril y monstruosa. Se ha convertido en la civilización de la *Bestia*, y su orgullosa población, aunque lo ignora, en su confiada presa.

CAPÍTULO 21.
LA MEDICINA DE LA BESTIA: EL FIN DE LA PELÍCULA

LA TELARAÑA DE LOS VALORES NORMALES

Todo este gran fraude infeccioso y tóxico, fruto de la paranoia a nuestros microbios, que ha transformado en pocas décadas a todos los ciudadanos en unos cobayas enfermos y que les ha sumergido en un proceso de iatrogénesis general, no ha saciado el apetito voraz de la *Bestia*. La medicina industrial ha desarrollado, además, unas “doctrinas médicas”, unos “modus operandi” y unas costumbres “higiénicas” con las que ha logrado “enseñar” una “cultura de la salud” que, en realidad, son un conjunto de verdaderas “trampas” comerciales. Y todo con el fin de que toda la población cobaya no pueda dejar de estar contaminada durante toda su vida, y no pueda escapar de ninguna manera de la iatrogenia.

Una de esas prácticas higiénicas, a las que nos ha acostumbrado la medicina moderna, es la realización de frecuentes análisis de sangre, radiografías, organoscopias, tests de alergias… y demás chequeos médicos de control de la salud: los *análisis de control rutinarios*. Esta peligrosa práctica es una recomendación de la *Bestia* y, desde luego, es otro hito de la medicina moderna derivada de la visión mecanicista del organismo humano. Esta visión, desconocida en la medicina tradicional, supone que todos somos máquinas más o menos iguales y que estamos formados por el mismo número y distribución de tuberías, líquidos, poleas, cables, lubricantes. Con esta visión mecánica del organismo humano, el sistema de

salud de la *Bestia* recomienda que nos hagamos esos controles y "chequeos" médicos con la misma naturalidad y mentalidad con las que llevamos periódicamente a nuestros vehículos a la ITV (Inspección Técnica de Vehículos). Esa forma de entender la naturaleza humana, propia y exclusiva de la única medicina moderna, ha llevado a la estandarización de los hombres máquina y, por supuesto, al desconocimiento por parte de los modernos médicos y aprendices del valor que tiene la diferencia individual en medicina y en el cuidado de la salud personal. La verdadera salud humana es una cosa muy diferente al concepto de equilibrio estandarizado y estadístico que se entiende en nuestra sociedad. De hecho, el moderno concepto estadístico de salud es algo totalmente imaginario y por tanto irreal. Ha sido inventado e introducido por la medicina moderna con el fin, plenamente comercial, de que los pacientes no dejen de consumir medicación industrial durante toda su vida. Vamos a explicar en qué consiste ese plan luciferino que obliga al ciudadano de la "sociedad del bienestar" a mantener unas constantes vitales dentro de unos valores medios o estandarizados y, para conseguirlo, tener la necesidad de consumir medicación industrial la mayor parte de su vida (y, para colmo, con la falsa sensación de estar totalmente cuidado por la mejor de las medicinas posibles).

Para la medicina tradicional y artesana, que se ha venido practicando durante miles de años aquí en Occidente, la diferencia individual de cada enfermo era una realidad de primera importancia para la buena aplicación y provecho de cualquier acto médico. Para esta medicina milenaria existían individuos, hombres y mujeres, que eran distintos entre sí y que podían estar enfermos. Dicho de otra manera: existían *individuos únicos e irrepetibles que estaban enfermos* y no existían enfermedades concretas y perfectamente definidas. Sin

embargo, esa diferencia individual, propia de cada cual, no parece tener la menor importancia para la medicina moderna. Para la medicina mecanicista moderna todos los humanos máquina somos iguales, así que debemos tener los mismos niveles de azúcar, de lípidos, de proteínas, la misma presión arterial, el mismo apetito sexual, la misma temperatura corporal… Además, debemos responder por igual a los estímulos, a las medicaciones y, en general, a cualquier maniobra que se realice sobre el organismo mecanizado; exactamente igual que pasaría con un vehículo mecánico o un electrodoméstico.

Esta visión uniforme de la vida humana es el resultado, consecuente y lógico, del interés exclusivo, por parte de la medicina industrial, por el estudio del humano a nivel mecánico y dinámico de la materia y de la energía. Este estudio y exclusivo interés de la medicina mecanicista por la anatomía y la fisiología humanas llevó a la conclusión, totalmente falsa y distorsionada, de que todos somos iguales, ya que todos, sin distinción, tenemos el mismo número de huesos, músculos y tendones, las mismas glándulas, los mismos órganos, las mismas vísceras, los mismos neurotransmisores. Todos, sin distinción, somos iguales, como lo son los vehículos, las máquinas de escribir o los frigoríficos, y que funcionamos de igual manera, como máquinas más o menos idénticas, con el mismo número de piezas, más o menos, y perfectamente sustituibles y estandarizables, puesto que funcionan igual.

Podemos entender perfectamente que a la medicina industrial le interese la visión uniforme e indiferenciada de las naturalezas humanas. Facilita y simplifica la aplicación del método industrial y la distribución, masiva e indiscriminada, de los medicamentos, así como el estudio y preparación de los

médicos. Los predispone a ser lo que son: técnicos y comerciales de una industria.

En contraposición a esta visión y a esta pedagogía médica igualitaria y mecánica, estaba la visión holística e individualizada de la medicina tradicional. Como ya hemos explicado, se basaba en la armonía integral del cuerpo y de la mente, por una parte, y de la relación equilibrada del individuo con su medio ambiente, familiar, social y cósmico, por otra. De esa interacción entre mente y cuerpo y del tipo de relación entre el individuo y el ambiente social y natural, resultaba que los humanos no eran iguales entre sí, sino que cada uno tenía una *constitución* física propia y un *temperamento* psicológico propio. Es decir, una forma de ser y de comportarse o reaccionar ante la realidad humana y cósmica de manera distinta, según quién es y cómo es cada cual.

No vamos a entrar en detalle de todo el conocimiento sobre las *tres constituciones* y los *cuatro temperamentos* que la medicina tradicional contemplaba en la realidad existencial y constituyente del individuo humano; necesitaríamos otro tratado completo para explicarlo. Pero sí vamos a recalcar que la combinación personal que cada individuo tiene de estos dos conjuntos de elementos, presentes en la naturaleza de cada ser humano, hacía que cada uno de los humanos fuera un individuo diferente a todos los demás. Con un tipo de comportamiento y de funcionamiento de sus órganos y sistemas vitales que le hacían distinto, en mayor o menor grado, a los de cualquier otro. Cada ser humano es único e irrepetible y, por eso, cada cual reacciona de distinta manera ante una misma situación existencial: la toma de una medicación, una situación de peligro, una comida o ante cualquier otra situación existencial real.

Esa diferencia en la naturaleza y en la conducta de los individuos es muy fácil de observar, incluso sin necesidad de ser médico. El propio lector o lectora podrá apreciar con facilidad, si

presta atención, que entre la gente que forma su entorno social hay individuos muy diferentes. Unos son delgados hagan lo que hagan, otros son obesos hagan lo que hagan, unos tienen movimientos rápidos y hablan y hacen las cosas con celeridad, otros son lentos y se mueven y hablan con lentitud. Unos son poco dormidores y tienden al nerviosismo y a la inquietud, otros son grandes sedentarios y se quedan dormidos apenas paran o ralentizan su actividad y no conocen las noches insomnes. Unos son precipitados y otros prudentes, unos son coléricos y otros son pacientes. Unos son altos y otros bajitos, unos son dominantes y otros sumisos. Las diferencias sicosomáticas entre individuos y su forma diferente de reaccionar a los estímulos del entorno y ante situaciones personales son completamente naturales, reales y fácilmente apreciables para cualquiera, médico o no médico, que se fije en ello.

Esa evidente diferencia de los individuos en cuanto a su actitud ante la existencia y su distinta y variopinta conducta psicomotora se ve igualmente reflejada ante los estímulos físicos y químicos. Unos aguantan el alcohol bastante y otros no lo resisten, unos pueden tomar, y toman, varios cafés al día y otros no se pueden permitir ni uno solo sin tener temblores, taquicardia e insomnio. Unos digieren todo lo que comen y otros son unos melindrosos que cualquier cosa les sienta mal. Ante una situación de peligro, unos chillan y corren y otros se quedan quietos. Unos tienen capacidad musical y/o talento para las matemáticas y otros lo tienen para la pintura y/o la habilidad manual. Unos prefieren el frío y otros viven mejor en el calor. Queda claro que somos diferentes unos de otros; y esa diferencia se basa precisamente en las distintas combinaciones de esas tres constituciones y de los cuatro temperamentos que concurren en la formación y estructura de la individualidad humana.

Estas diferencias eran tenidas en cuenta como muy importantes por los médicos tradicionales[80] en el momento de examinar a un enfermo y proponerle una conducta higiénica y unas medicaciones que, necesariamente, no podían ser iguales a las de otro con otras características y otra forma de reaccionar distintas. Por eso, las prescripciones que se hacían eran personales e intransferibles. En el argot médico tradicional se llamaban fórmulas magistrales y eran preparadas de distinta manera y en cantidades adecuadas para cada paciente.

A la medicina industrial no le es grata esta manera de ver y ejercer la medicina. Tantos matices y diferencias, tanto conocimiento y personalización de los pacientes, simple y llanamente, no permiten la fabricación industrial masiva y la distribución indiscriminada de medicación sobre grandes masas de población. No le salen las cuentas si tiene que fabricar medicación para cada paciente ni tampoco para pequeños grupos, puesto que, con tal ritmo artesano de producción y consumo, el negocio no es rentable. Esto es totalmente admitido en la cultura actual y las farmacéuticas no disimulan el desdén que sienten y practican ante enfermedades que no ofrecen un volumen comercial suficiente para obtener un buen margen de beneficios.

Ante la práctica médica tradicional de sutil diferenciación entre distintos tipos de pacientes, la *Bestia* y su C.C.I. decidieron cambiar el punto de vista. La visión integral y artesana de los antiguos médicos no admitía la estandarización de los pacientes ni se podía adaptar al ritmo industrial. Con su poder absoluto, suprimieron la mayor parte de ese conocimiento extenso que debían tener los médicos; hicieron desaparecer del mapa académico de los nuevos médicos industriales los clásicos estudios sobre la constitución humana y los temperamentos. Un conocimiento que había tenido una importancia capital, durante

miles de años, para los médicos tradicionales y su arte médica. Así, la moderna docencia, para facilitar el carácter industrial de la nueva medicina, hizo desaparecer el estudio de la diferencia individual de las constituciones y los temperamentos de los estudios médicos. A partir de mitad del siglo XX se estudió la naturaleza y la fisiología del humano como si todos los individuos fuésemos iguales y, además, reaccionáramos de igual manera ante los estímulos químicos, ante los fármacos y ante las situaciones existenciales. Esa gran parte del conocimiento médico tradicional, que estudiaba la *individualidad* real de cada cual, tenía que desaparecer de la formación de los médicos industriales. Había que simplificar los estudios de medicina y formar a los médicos como técnicos comerciales, y para ello, como había pasado con la historia de la medicina, se suprimió de un plumazo el estudio de las constituciones y los temperamentos humanos. De esa manera, los educandos en medicina que ya no tenían memoria de sus antepasados en el oficio fueron manipulados por la *Bestia* y su docencia universitaria. Adujeron que el estudio y conocimiento de los temperamentos y las constituciones no era importante, que eran distinciones y matices de los antiguos que no servían para nada, viejas supercherías y zarandajas de unos descerebrados que practicaban una medicina de curandero charlatán.

Con el poder de convicción que ya sabe el lector que tiene la C.C.I., los nuevos aprendices de médico de las modernas facultades aprendieron, por primera vez en la historia de la medicina, que ya no existían enfermos individuales que puedan ser diferentes. Esa diferenciación meticulosa, que era de mucha importancia para la medicina artesana de todos los tiempos y culturas, dejaba de tenerse en cuenta y pasaba a la historia que nunca sería contada. Lo que en verdad era interesante en la nueva medicina industrial, lo que tenía que saber el médico, era

que existían enfermedades y que no existían enfermos con nombre y apellidos y con una historia y circunstancias personales. Solo existían enfermedades y cada enfermedad tendría su *protocolo* de actuación y sus productos industriales concretos y precisos, que se aplicarían a todos aquellos, fuesen como fueran, que presentaran una determinada enfermedad.

A partir de entonces ya no era necesario tener en cuenta quién o cómo era el paciente, ni su temperamento ni constitución corporal; bastaba con el nombre de la enfermedad que se le etiquetaba. Si, por ejemplo, era diabético, se le prescribiría insulina, independientemente de quién o cómo fuera la persona; si, por ejemplo, era epiléptico, fuera alto o bajo, obeso o delgado, caluroso o friolero..., se le recetaría un anticonvulsivo genérico y estándar. La nueva medicina industrial resultó ser mucho más simple, menos complicada, más estandarizada y, desde luego, mucho más adaptada al comercio y a la distribución industrial. Tenía, además, la ventaja de ser muy fácil de aprender y, con esa simplicidad, se podían preparar una gran cantidad de médicos comerciales que iban a ser necesarios para distribuir, en cantidades industriales y en grandes protocolos, los nuevos productos y medicaciones a grandes masas de ciudadanos.

Este tipo de medicina masiva, una vez aceptada por la mentalidad industrial dominante, ha venido gustando mucho a los gobiernos de los países. Les ha permitido presumir de paternalismo ante los ciudadanos, llevando a cabo planes gratuitos de vacunaciones masivas e indiscriminadas. En estas, siempre aparecían algunos casos que no reaccionaban igual e, inesperadamente, presentaban alergias más o menos graves, shocks anafilácticos, reacciones adversas o, incluso, algunos morían al ser vacunados. Pero, para no interrumpir la marcha industrial de la medicina, estos casos atípicos se tomaban como

excepciones inexplicables que no eran tenidas en cuenta. Se aceptaba con toda naturalidad que eran “casos raros” que se tenían que asumir en beneficio de la inmensa mayoría, se olvidaban y a “otra cosa mariposa”. Esa medicina industrial indiscriminada ha permitido en el siglo XX los grandes planes nacionales de salud y la construcción de hospitales gigantescos que han distribuido, en cantidades industriales, todas esas medicaciones masivas que nos han intoxicado a todos con inusitada rapidez y eficacia.

Para lograr industrializar la medicina, la C.C.I. introdujo, en la enseñanza y la práctica de la medicina, unos nuevos parámetros, que serían los que iban a regular la actuación médica en el futuro. Aunque era innegable, la diferencia individual se debía obviar y facilitar la rápida aplicación de los métodos industriales en la nueva medicina y, por eso, el fin de esos nuevos parámetros fue uniformar los protocolos y hacerlo todo más fácil y rápido. Son lo que hoy en día se conoce por *valores normales*, cifras clínicas o valores analíticos referenciales.

Estos valores normales en los que se basa toda, absolutamente toda, la práctica de la medicina moderna son referenciales, abstracciones que no tienen existencia en la realidad. Están sacados a través de la media aritmética de los distintos valores reales que puede presentar la población, según las múltiples tipologías y estados mentales de cada individuo en concreto, y que cambian en un mismo sujeto a lo largo del tiempo y varían también según la situación, el estado mental y la emocionalidad existencial del paciente.

Tener en cuenta todas estas realidades variables de cada paciente es demasiado complicado para la medicina industrial. Su control y estudio ha quedado abolido en la enseñanza del nuevo médico técnico, para quien ya no existen los enfermos reales y palpitantes, con una vida personal e intransferible, sino

que existen enfermedades teóricas, fáciles de estudiar y de etiquetar, pero que no dejan de ser entelequias con un elevado grado de irrealidad. A la medicina industrial no le interesa la realidad concreta de cada paciente. Eso sería tomarse la medicina como una actividad artesana (*Ars medica*), y ya se sabe que no sería rentable. A la medicina industrial le basta con valores estadísticos aproximados, estandarizados y fáciles de controlar e incluso de uniformar, aunque estos, en realidad, sean variables por naturaleza y cambien con las circunstancias personales de todo tipo y, por ello, no puedan uniformarse sin faltar a la verdadera naturaleza de las cosas. Pongamos un ejemplo muy conocido: la práctica por millones de ciudadanos en la actualidad del tratamiento de una afección muy común: la hipertensión.

Todo el mundo sabe, puesto que así lo predican los médicos modernos, que los valores de la tensión arterial considerados normales son de 120 mm de Hg o, como es popularmente conocido, "tener 12 de tensión". La medicina industrial, al poner esos valores medios como referentes de normalidad, uniforma los protocolos y obliga a que toda la población que tenga su tensión arterial por encima o por debajo de esa cifra sea catalogada de enfermos hipertensos o hipotensos. Es decir, como sujetos que padecen una enfermedad o un trastorno detectado por medio de un chequeo y que tiene un nombre, y el protocolo dice que esa enfermedad necesita un tratamiento.

Naturalmente, con esos protocolos estandarizados resulta que siempre hay al menos dos terceras partes de la población que no llegan a los valores normales o que, por el contrario, se pasan. Son muchos los ciudadanos que no dan esos valores medios y que, como consecuencia, se tienen que poner a consumir medicación para normalizarlos. Como resultado, el mercado de consumidores de medicación siempre es positivo; la

industria tiene asegurada la venta de medicación. Negocio basado en la creencia en el valor real e indiscutible de esos parámetros que el protocolo médico ha definido como los que, necesariamente y por norma, hay que tener para saber que estamos sanos, seguros y protegidos.

Sin embargo, la realidad es que muchos de los ciudadanos son hipotensos por naturaleza; debido a su constitución y temperamento, nunca llegan a los valores normales. Otros, por las mismas razones naturales y constitucionales, tienen siempre valores superiores; pero, en realidad, tanto unos como otros, con esos valores distintos a la "normalidad" prescrita por la medicina industrial, pueden disfrutar de perfecta salud, sin síntomas ni molestias y vivir sin preocupación su vida saludable década a década, sintiéndose felices, sanos y despreocupados. Hasta que un día, la empresa donde trabaja, o el ministerio, ha programado unos análisis y chequeo médico para los empleados. De repente, "descubren" que tienen valores por encima o por debajo de los "normales" y, de repente, adquieren la consciencia, la "sensación" y sentimiento real de que están enfermos de hipertensión o de hipotensión. No lo sabían ni sentían nada y, en realidad, se sentían y se creían sanos, pero, mira por donde, como no llegan o bien sobrepasan el valor medio de 12, descubren que están enfermos desde hace tiempo y resulta que, según el chequeo, necesitan tratamiento inmediato.

Es el momento en el que el ciudadano ingenuo y desprevenido ha caído en la *telaraña de los valores normales*. De repente, aparece un elemento conocido por el lector desde los primeros capítulos y que ha sido el motor obscuro de la medicina industrial: el miedo a la muerte. El médico moderno, una vez vistos los resultados de la prueba, como está entrenado a reconocer enfermedades sin importarle la realidad personal

del supuesto enfermo, le dice al ciudadano que tiene una enfermedad que puede causarle la muerte o una parálisis grave, si no se medica. El resultado de esta *iatrogénesis psicológica*, producida por las palabras del médico moderno ante esos valores analíticos, provocan un efecto vudú sobre el confiado ciudadano, que, hasta ese momento, se encontraba la mar de bien. Después de esa advertencia del médico, aparece la preocupación en el ánimo del ciudadano, incluso a veces la hipocondría y la ansiedad. En muchísimos casos, esa revisión médica pagada por la empresa, ese análisis hecho por casualidad y ese pánico que le ha entrado desde que sabe la noticia se convierten en una seria paranoia y en el inicio de un tratamiento (tóxico) contra una "enfermedad" que desconocía hasta la fecha y que tendrá que atender durante toda su vida. Tratamiento que será el origen de una *iatrogénesis química* inevitable que le llevará a enfermar de otros sistemas orgánicos, por los efectos secundarios de la medicación que ha empezado a consumir de manera habitual. Para colmo, esa toma de medicación de por vida no le asegura, de forma total y definitiva, que no muera de esa hipertensión. El paciente no puede desprenderse de la sensación de miedo aunque se tome la medicación y, normalmente, entrará en pánico si en una situación anómala (un viaje, una pérdida accidental…) no la tiene, porque le han asegurado que no podrá vivir sin ella. Para rematar, puede suceder que se compruebe, al cabo de unas décadas, que esa medicación que el paciente ha estado tomando religiosamente tiene efectos secundarios graves en otro sistema biológico, que afecta a otros órganos o que produce cáncer. Circunstancia que va resultando ser muy frecuente en la sociedad moderna; de hecho, sale de vez en cuando en las noticias que se ha retirado tal o cual medicación después de comprobarse que causa cáncer; aunque el lector

debe saber que, cuando esto ocurre, es debido a que se trata de una medicación cuyos efectos secundarios nefastos resultan muy graves y muy evidentes. Y debe saber, también, que los efectos tóxicos ya no se pueden evitar cuando se lleva tiempo tomando la medicación que se acaba de saber que es tóxica.

Este ejemplo de la tensión arterial es aplicable por igual al resto de valores normales de las analíticas o chequeos médicos: colesterol, glucosa, urea, bilirrubina..., y a los variados test de los distintos sistemas. Los valores normales, la uniformidad de los protocolos y de los tratamientos propios de la medicina industrial son una gran tela de araña para que la gran masa de población, tarde o temprano, quede atrapada en la sensación de que está enferma y en la “realidad” ficticia de que necesita normalizarse. Para ello, debe aplicarse al consumo de medicación industrial que le promete mantenerle seguro y tranquilo dentro de los valores normales, siempre que mantenga la toma de medicación durante toda su vida.

Con la supresión del estudio de las constituciones y los temperamentos, con la supresión del estudio de las plantas medicinales, con la supresión del estudio de la historia de la medicina, con la supresión del estudio de los remedios naturales y con la aplicación de una medicina más simple, homogénea, indiscriminada, industrial..., el campo comercial se amplía y, con él, el gran y próspero negocio de la medicina industrial.

A causa de la importancia que la medicina moderna otorga a los valores normales y a los chequeos, todos los ciudadanos cobaya adeptos, tarde o temprano, serán atrapados en la telaraña de los análisis y de los valores normales y, una vez atrapados, les entrará el miedo a la enfermedad, a la decrepitud y a la muerte. Para “salvarse”, serán esclavos de las medicaciones industriales tóxicas de por vida y, con esa realidad, les será imposible escapar de la gran iatrogénesis. Esa realidad

tan asumida por la población de la “sociedad del bienestar” es la que motivó al médico y escritor Aldous Huxley a afirmar: “la medicina ha avanzado tanto que ya todos estamos enfermos”.

UNA MEDICINA CON OBSOLESCENCIA PROGRAMADA

Vamos por último a analizar, digamos, el último hito de la medicina moderna, que, como los demás que hemos explicado, no fue propio, ni podía serlo, de la medicina tradicional. Es propio y exclusivo de la industria en general y del comercio moderno de la peor calidad. Este hito es un nuevo y revolucionario método comercial, especialmente satánico, que ha adoptado la cultura industrial recientemente y que le ha procurado el aumento del margen de beneficio económico y, además, le ha permitido agrandar el negocio y mantenerlo próspero indefinidamente.

En la civilización del progreso industrial de Occidente, a medida que crecían las fábricas que producían objetos y cosas y se vendían, el comercio y el dinero corría en abundancia, todo el mundo estaba contento y la nueva ciudadanía se consideraba afortunada de vivir en la “civilización” industrial. Todos los países, occidentales primero, y después todos los demás que han podido, se han hecho adeptos a la Revolución Industrial y a la cultura moderna de la producción y el consumo. Como consecuencia de ello, la fabricación y venta de objetos y cosas se ha multiplicado y ha ido llenando toda la realidad existencial, y casi todos los afortunados habitantes de la “sociedad del bienestar” tienen de todo en los países del primer mundo. Esta saturación del mercado, que se produce cuando ya todo el mundo tiene de todo, de manera inevitable ralentiza la demanda y también la venta, la producción y el consumo y, por tanto,

disminuye la ganancia del codiciado dinero. Ya se sabe que dejar de ganar dinero es lo peor que puede pasar en esta civilización "avanzada" en la que vivimos.

Todo el mundo admite que la obtención rápida y abundante de dinero es la máxima motivación y motor de esta civilización moderna a la que hemos identificado como la civilización de la *Bestia*. Por eso, cuando se llegó a ese punto de saturación del mercado, la *Bestia* pensó una argucia para solucionar el problema que había surgido al ralentizarse el consumo. Se dio cuenta de que la industria, en su quehacer productivo, en su forma de trabajar y producir objetos, había intentado conservar, por error y falta de previsión, un valor antiguo y desfasado propio de la artesanía y de los artesanos tradicionales: el valor de hacer las cosas bien hechas o, por lo menos, hacerlas lo mejor posible. La *Bestia*, con su espíritu comercial, vio claro que, si quería seguir aumentando la ganancia de dinero, eso no podía seguir así, ya que la producción y venta de objetos industriales de gran calidad y larga duración paralizaba el negocio y saturaba el mercado. Y, para evitar esa detención de la fabricación y venta continuadas, a partir de la mitad de siglo pasado se introdujo en la cultura industrial de la "sociedad del bienestar" un nuevo método muy rentable y que aseguraba la ganancia de dinero en la industria de fabricación de objetos y cosas. ¿Qué nuevo método fue ese? Pues que se inventó por primera vez el "maravilloso" método de la fabricación de objetos y cosas con *obsolescencia programada*.

¿En qué consistía este nuevo hito? Pues se trataba de hacer los objetos útiles pero de corta duración, que funcionaran y resolvieran bien la necesidad para la que habían sido fabricados, pero con una breve fecha de caducidad o, por decirlo de otra manera, con un período de utilidad efímero. El objeto ideal, el colmo de la producción y la ganancia para la industria que

quisiera vender sin parar, era fabricar aquel producto destinado a funcionar una sola vez, o lo que se conoce popularmente como consumo de objetos de *usar y tirar*.

Hay que reconocer que ese método de fabricación de objetos útiles para una sola vez, y de los que duran poco y tienen que ser sustituidos por otros nuevos de tiempo en tiempo, ha dado nuevo impulso al comercio y a la industria, asegurando la producción y el consumo, y aumentando la ganancia y el poder del dinero. Pero, al mismo tiempo, y como consecuencia lógica, ha multiplicado por millones la cantidad de objetos obsoletos que deben ser retirados. Es decir, ese nuevo hito industrial y comercial ha dado nacimiento a otro hito desconocido por la sociedad tradicional: por primera vez los humanos conocemos y sufrimos la enorme realidad de la basura industrial en nuestro planeta. Esta producción de basura industrial incluye desde plásticos a residuos electrónicos pasando por productos químicos, gases industriales, residuos radiactivos, excedentes de productos bélicos…

Este es otro fenómeno propio y exclusivo de la civilización industrial y de la sociedad de consumo actual. Podríamos decir, con toda propiedad, que es la *iatrogenia planetaria* que la civilización de la *Bestia* ha provocado y que ha contaminado todos los rincones del planeta Tierra, que ha exterminado y está exterminando a muchas especies vivas de animales en nuestros océanos y continentes. Nosotros, los tataranietos de los pioneros industriales del siglo XIX, somos testigos directos del gran deterioro por la acumulación de basura industrial. Heredamos de nuestros ancestros preindustriales un maravilloso mundo; era un lugar en el Cosmos lleno de vida a rebosar, donde valía la pena vivir y reproducirse y donde se podía gozar de la vida de forma gratuita y genuina. Apenas 200 años después de haber inventado la civilización industrial, está agonizando; hemos

convertido a nuestro planeta también en un cobaya y está tan enfermo como sus animales, vegetales y humanos. Todos lo sabemos, cada vez es más evidente y asistimos impasibles a esta iatrogenia planetaria con un sentimiento de impotencia y parálisis cómplice.

Cuando la industria inventó la *obsolescencia programada* y comprobó cómo aumentaban sus ganancias, la medicina industrial no quiso renunciar a semejante chollo. El espíritu industrial y comercial dominaba y domina a la medicina moderna, que no ha querido privarse de ganar dinero con el método de la obsolescencia programada y lo ha introducido en todos los protocolos del sistema de salud oficial de la "sociedad del bienestar".

Para introducir tan ventajoso método, pensó que la medicación que produciría no tenía que curar las enfermedades; las aliviaría y las haría más soportables en el tiempo. De esta forma, el número de pacientes, es decir, de clientes y consumidores, no menguaría (lo cual sería contraproducente), sino que aumentaría y, como consecuencia lógica, la producción y el consumo no disminuiría, sino que iniciaría un interminable y apetecible incremento. Además, se podía introducir la obsolescencia programada de forma disimulada; es más, dando la impresión a los consumidores de que con esa medicación se les estaba cuidando mejor que nunca, como así ha ocurrido.

Como los aprendices de médico y los ciudadanos ya no conocen las plantas medicinales y los remedios naturales, puesto que ya no se estudian en las facultades de Occidente, la *Bestia* y su moderno negocio de productos con obsolescencia programada no tienen competencia en el mercado. Los médicos solo pueden utilizar los productos industriales que la *Bestia* y su C.C.I. les presenta y permite; no tienen otra opción. Están obligados a seguir los protocolos marcados por la industria

médica y aprender a practicar una medicina industrial con carácter de monopolio y con obsolescencia programada. ¡El negocio más redondo que se pueda imaginar! Para la industria médica, la obsolescencia programada ha resultado ser como la “gallina de los huevos de oro”; le ha proporcionado el enorme volumen de negocio y de dinero del que hace gala. Y, como consecuencia de llevar más de medio siglo de medicina industrial con obsolescencia programada y de iatrogénesis general, la sociedad cobaya actual se ha llenado de enfermedades llamadas incurables o crónicas; lo marcan todos los indicadores estadísticos oficiales. De hecho, las enfermedades incurables, que duran de por vida, son las más frecuentes y las que más incidencia tienen en la población adulta actual y, por tanto, requieren del consumo de medicación durante toda la vida del enfermo.

Pongamos ejemplos conocidos por todos: la diabetes, una de las enfermedades crónicas más frecuentes entre la población del primer mundo y que sigue una progresión creciente, no se cura nunca. El paciente (más de 5 millones en España) se ve obligado a consumir insulina toda su vida; la insulina que consume jamás le va a curar la enfermedad, solo es capaz de mantener los niveles de glucosa dentro de los parámetros aceptados como normales. Pero no curará su páncreas nunca y tendrá que consumir insulina industrial todos los días que dure su vida. La hipertensión (más de 9 millones en España y creciendo cada año) y las múltiples enfermedades reumáticas (más de 10 millones y creciendo el número de casos cada año), lo mismo. Igualmente: las migrañas, la epilepsia, las alergias (la mitad de la población española y creciendo), los trastornos psicóticos (más de 9 millones), las psoriasis y demás dermatitis crónicas, las enfermedades del sistema inmunitario que hemos nombrado y, por si fuera poco, todos los cánceres, que, sin excepción, están

aumentando entre la población cobaya. A estas enfermedades clásicas, y conocidas por la medicina de todos los tiempos, hay que añadir todas las nuevas enfermedades tóxicas propias y exclusivas de la raza cobaya: las enfermedades autoinmunes, la infertilidad y las enfermedades raras. La absoluta totalidad de ellas no tienen cura según los protocolos de la medicina moderna, y por tanto solo existen productos que, como la misma medicina oficial afirma y admite, alivian al enfermo temporal y parcialmente. La medicación industrial moderna, con obsolescencia programada, no pasa de ahí y tampoco lo pretende. De esa manera, los pacientes se acumulan y requieren del consumo constante de medicación de por vida.

Esa realidad innegable ha provocado que la formidable infraestructura sanitaria de la “sociedad del bienestar”, con más médicos y hospitales per cápita de la historia, esté siempre desbordada y con interminables listas de espera. Porque la población vive con la cultura del miedo a no ser normal, a no cumplir con todos los valores estándar. La medicación que se consume nunca llega a curar definitivamente y domina la demanda incesante de salud sobre la oferta; siempre hay superávit, los enfermos se amontonan por miles por muchos hospitales que inauguren cada año. Y, como la medicina moderna funciona con obsolescencia programada, la población nunca puede dejar de consumir medicación y el negocio prospera sin mengua posible.

La población infantil y juvenil, como es normal, no presenta tantas enfermedades crónicas y degenerativas como la población adulta, sino cuadros agudos, mucho más propios de la infancia. Pero esos niños cobayas jóvenes que no padecen enfermedades raras y que nacen sanos presentarán enfermedades crónicas en el futuro, sin ningún tipo de dudas, como la inmensa mayoría de sus mayores. ¿Que por qué

aseguramos que sufrirán de enfermedades crónicas la totalidad de individuos de las nuevas generaciones de población cobaya? La respuesta está en la medicación que están tomando en la infancia y adolescencia para protegerse de todas las enfermedades agudas que manifiestan en este tiempo de su vida y desarrollo. Toda la medicación común que manejan los actuales padres cobayas para resolver y curar las enfermedades agudas de sus hijos es tóxica y generadora de iatrogenia: los calmantes, los antipiréticos, los antibióticos, las vacunas, los corticoides… Todas las medicaciones cotidianas y populares conocidas por la mayoría de padres y administradas a sus hijos e hijas son tóxicas: una vez introducidas en sus tiernos organismos, serán “caballos de Troya” que mermarán en mayor o menor grado, o aniquilarán con el tiempo, sus capacidades vitales, como se puede comprobar que está ocurriendo de manera evidente y constatable desde hace unas pocas décadas; lo hemos explicado en los capítulos anteriores.

Esa toxicidad es reconocida expresamente, ya que no puede ser negada por la propia industria médica y, por eso, se ve obligada a advertir de los riesgos en el prospecto con el que acompaña cada medicación. Pero estos prospectos solo hablan de los efectos secundarios a corto plazo y no de los efectos tóxicos a largo plazo, que, como hemos explicado, son los más graves y mutilantes. Nuestros niños empiezan cada vez más temprano el consumo de medicación con obsolescencia programada (vacunas, antibióticos…), que les conducirá, irremediablemente, a tener efectos secundarios que se transformarán en enfermedades crónicas y degenerativas que ya requerirán medicación de por vida. Así que la única medicina a la que pueden acceder los niños de la “sociedad del bienestar” es con obsolescencia programada para dentro de 20 años, cuando esos niños cobayas presentarán enfermedades crónicas.

Con este futuro y con las enfermedades nuevas (experimentales y raras), el panorama de salud de la nueva raza cobaya deja mucho que desear, a pesar del sentimiento general de euforia que todo el mundo siente por pertenecer a la "sociedad del bienestar".

Otro método de obsolescencia programada que ha utilizado la *Bestia*, para asegurarse la fagocitosis de la mayor parte de la confiada población cobaya, ha sido el negocio del *narcotráfico legal*. Ya hemos comentado en capítulos anteriores que una de las notas características y exclusivas de la sociedad moderna es el gran número de casos de suicidios. Muestra evidente de la tristeza, la frustración y el escaso sentido de la vida con que transcurre la existencia de los ciudadanos modernos, inmersos en los "valores humanos", si es que se les puede llamar así, propios de la "sociedad del bienestar". A la *Bestia*, por supuesto, no le preocupa, ni poco ni mucho, esa desolación existencial y emocional, al igual que no le preocupa la proliferación de la esterilidad y de las nuevas enfermedades. No solo le trae sin cuidado esa desesperanza general, sino que ve en ella una oportunidad más de hacer negocio y ganar dinero, como sabe hacer y ha hecho con las demás situaciones catastróficas. Para aprovechar esa situación de depresión, tristeza y desasosiego emocional general, propio de las sociedades más "avanzadas", creó el mercado de la felicidad industrial. Con la misma facilidad que había creado el mercado de la inmunidad industrial, fabricó medicación capaz de cambiar temporalmente el estado mental y emocional de los que la consuman; medicación que, además de tóxica, produce dependencia física y psíquica. Son fármacos que se han vuelto muy conocidos y populares y que tienen un fuerte efecto calmante, sedante, euforizante o miorrelajante. Además, producen sus efectos durante el tiempo que se toman y desaparecen inmediatamente después, de manera que el

paciente tiene necesidad de tomarlos continuamente y, con ello, queda enganchado, supeditado o esclavizado a ese medicamento. Se transforma en drogodependiente.

En España, por ejemplo, hay más de 20 millones de consumidores de somníferos, ansiolíticos y antidepresivos que se sienten totalmente incapaces de dejar de tomar ese tipo de medicación. Si deciden dejar de consumirla, para poder liberarse de esa dependencia, les vuelve el pertinaz insomnio, la ansiedad, la tristeza y el miedo a vivir. Por eso, en la actualidad *más de la mitad de la población adulta* de cobayas es *drogodependiente* de uno o varios de estos fármacos y lo será de por vida. Como consecuencia de esta realidad, el negocio de este tipo de medicación industrial no deja de prosperar. Es narcotráfico puro y duro y, además, del más rentable, puesto que es legal, está apoyado por el gobierno, no tiene competencia posible, se retroalimenta con obsolescencia programada y cuenta con miríadas de médicos y farmacéuticos que, como verdaderos "camellos", distribuyen alegremente los productos entre la población. Es un negocio de narcotráfico que no puede fallar. Los países más adelantados, los de más renta per cápita, los más modernos, los que poseen mejores infraestructuras médico-sanitarias y, en definitiva, los países que viven más implicados en la civilización de la *Bestia* son los que más consumo de felicidad industrial practican.

Ese estado de infelicidad y angustia generalizados era una realidad paradójica hace años para el autor de este libro, cuando un peregrino del Camino de Santiago le hizo reflexionar sobre ella. Ahora ya no es una paradoja inexplicable; ahora todo está un poco más claro para este viejo y veterano médico.

Esperamos haber explicado al lector, entre otras cosas, lo que nos habíamos propuesto al inicio del ensayo: que la medicina moderna, la única que reconoce la C.C.I., es algo completamente

distinto a aquello que se ha conocido como medicina siempre y en todas partes. En realidad, si hay que llamarle medicina a lo que se practica como tal en la “sociedad del bienestar”, el nombre más apropiado, atendiendo a la sabia frase evangélica de “por sus frutos los conoceréis”, es el nombre de medicina de la *Bestia*.

EPÍLOGO.
¡QUE NO ESCAPE NADIE!

LA MEDICINA INDUSTRIAL Y SU DOGMA

Probablemente el lector que ha aguantado hasta aquí se habrá dado cuenta de que la única medicina que conoce o que consume o a la que puede tener acceso, en realidad, es una industria pura y dura y, como tal, lo que realmente le importa es hacer negocio y ganar dinero; también habrá comprendido que tal cosa no es medicina porque los "frutos" o resultados que ha producido en poco más de 60 años de monopolio de acción no han mejorado el nivel de salud de la población sino que le ha llevado a la situación de iatrogenia más grande de la historia, provocando una terrible pandemia de enfermedades desconocidas hasta ahora. Además, ha creado una situación de esterilidad en los jóvenes cobayas que va a comprometer seriamente la continuidad y la supervivencia de esta "sociedad del bienestar" y va a conseguir que esta "civilización ilustrada" de la que nos sentimos tan orgullosos sea la última de las civilizaciones.

Resulta muy evidente que a la medicina industrial o moderna no le interesa la salud de los ciudadanos de la misma manera que, por ejemplo, tampoco a la industria del petróleo le interesa para nada la salud del medio ambiente, la calidad del aire del planeta o lo mucho que contaminan sus gases de efecto invernadero, sus petroleros, sus plásticos y demás derivados químicos. El espíritu industrial es así por definición; es totalmente egoísta por su propia naturaleza, es pragmático y materialista y no puede entender ni tender a otro objetivo que

no sea la ganancia de dinero por encima de cualquier otra consideración. La civilización industrial en la que vivimos desde hace dos o tres siglos no nació con una finalidad altruista o filantrópica ni mucho menos; que nadie se engañe: nació para hacer ricos sin paliativos a los industriales y a las naciones industrializadas y no dudaron, ni dudan, ni pueden dudar lo más mínimo en contaminar el planeta, en destruir la naturaleza, en saquear las materias primas de los países poco desarrollados y en esclavizar a países y personas para hacerse ricos. La corta historia de la civilización industrial está repleta de casos de genocidios humanos, extinciones de especies y contaminación de grandes extensiones y paisajes planetarios con sus ríos, lagos y océanos; la posibilidad de arrasar y acabar con la Tierra no detiene su afán depredador y comienza a soñar, con avidez, en la posibilidad (de ficción por ahora) de explotar y arrasar a otros planetas.

Esta visión depredadora y capitalista es propia de la civilización de la *Bestia*, que no admite ningún tipo de discusión y que, además, nuestro “consciente colectivo” tiene asimilada como la cumbre de la evolución y perfección intelectual humana; todos lo aceptamos con naturalidad, por eso comprendemos sin problemas que la economía (el dinero) debe ser el valor más importante al que atenerse siempre, en todo lugar y en toda circunstancia, para dirigir tanto la política de las naciones como la de las empresas, la de las familias y la conducta personal. En la civilización de la *Bestia* el éxito humano personal, colectivo, doctrinal, político y cultural se mide y se evalúa según la riqueza material. Los civilizados de hoy en día admiran al rico, sea quien sea y como sea, porque todos estamos de acuerdo en esta “sociedad del bienestar” que el valor más importante, por encima de cualquier otro, es el dinero y el consumo.

Para la industria, sea la que sea, es importante que no haya competencia en el mercado; por eso, la medicina moderna o industrial ha luchado, desde que nació en el siglo XIX, para convertirse en monopolio y hacerse con el mercado de la salud en Occidente. A estas alturas, ya casi puede decirse que lo ha conseguido, puesto que todos los gobiernos de la modernidad la tienen y la reconocen como la única medicina, y no solo los gobiernos; también las universidades de Occidente, entidades privadas, los organismos internacionales de la salud, ONG occidentales, las iglesias y toda la prensa que se ocupa de la salud; todos los estamentos de la "sociedad del bienestar" están al servicio incondicional de la medicina que hemos denominado en este documento como la medicina de la *Bestia* y, por eso, se le ha otorgado a esta un poder social y político propio del absolutismo más rotundo.

La medicina moderna goza de una autoridad política y legislativa que para sí hubiesen querido dictadores absolutos y déspotas como Hitler, Stalin y Mao, entre otros. Si el lector cree que exageramos, no tiene más que observar la realidad actual que sufrimos los ciudadanos: en el momento en el que estamos terminando la última edición de este documento (abril del 2020), somos testigos de una situación totalmente inédita y desconocida en la historia de la humanidad que hubiera sido imposible de creer por nuestros antepasados de todos los tiempos e, incluso, por nosotros mismos si nos la hubiesen contado hace unos años atrás, cuando aquí en España, en Europa y en el mundo entero se valoraba y se luchaba por la libertad individual y colectiva y por la libertad de expresión y opinión de los ciudadanos.

No exageramos al afirmar que la situación que estamos viviendo los ciudadanos del siglo XXI sería increíble para nuestros padres y abuelos, que lucharon contra aquellas viejas

dictaduras y ganaron para ellos y para nosotros el mundo de libertad en el que nacimos y hemos crecido; un mundo de libertad que ha sido abolido por los políticos actuales de un plumazo puesto que, desde el mes de marzo del 2020, en un alarde de despotismo sin precedentes en la historia, nuestros políticos, que presumen de demócratas, han dictado un "arresto domiciliario" de cerca de dos meses (con poder para alargarlo cuanto consideren oportuno) a toda la población mundial... Lo han ordenado violando la libertad de libre circulación y de opinión de todos los ciudadanos, y aunque parezca increíble... ¡lo estamos cumpliendo! Sin ningún juicio previo, ¡todos los políticos han aceptado el arresto de la población!... Ningún partido político, desde la extrema derecha a la extrema izquierda, ni ninguna religión, ni ningún organismo social, ni ricos ni pobres, ni libres ni esclavos..., nadie... ha osado levantar ninguna protesta; todo el mundo calla y otorga, todos adoran a la *Bestia* y obedecen a sus políticos sin rechistar, tal y como está escrito en el capítulo 13 del libro del *Apocalipsis*: "***se le concedió poderío sobre toda raza, pueblo, lengua y nación***".

Ante esta situación de arresto y represión de toda la población mundial totalmente inédita en la historia, nuestros antepasados que creían en la libertad se preguntarían... ¿cuál ha sido la razón de tan tremenda y formidable imposición colectiva?, y también preguntarían... ¿quién ha sido la gran autoridad que lo ha dispuesto y con qué fuerza formidable ha contado abolir la libertad individual y colectiva para imponer semejante "arresto domiciliario" de extensión planetaria? (A nosotros mismos nos cuesta dar crédito a lo que estamos viviendo desde hace meses si no fuese porque lo estamos padeciendo). Las respuestas que tendríamos que darles a nuestros antepasados seguramente les parecerían tan increíbles que tendríamos que advertirles que, en una sociedad como la

que hemos llegado a crear, la de la *Bestia*, “la realidad supera a la fantasía” sin ningún género de duda y, por eso, es posible cualquier situación, por muy inverosímil que pueda ser.

Tendríamos que explicarles que la razón por la que toda la sociedad ha aceptado esta dictadura médica sin precedentes y el “arresto domiciliario” que ha impuesto ha sido por el terror provocado por unos científicos que han afirmado, con “infabilidad” de verdaderos faraones, que han detectado a un “nuevo” virus infeccioso (otro más en pocos años); un microbio que, aunque dicen que es nuevo y desconocido, no dudan en advertir, admitiendo a la vez que todavía no saben nada de él por ser nuevo, que es muy peligroso y mortal; por eso, han ordenado que todo el mundo se recluya en sus casas. La prensa se ha encargado de esparcir el terror y la alarma y los políticos han ordenado a la policía y al ejército que castiguen e impongan grandes multas a quien no cumpla con la orden de “arresto domiciliario”.

Además de esos científicos que han dado la alarma y han creado la “realidad” de que existe un “nuevo” virus que amenaza con aniquilar a la humanidad, el lector debe saber que existen, también, otros científicos y otros médicos que afirman que, en realidad, no existe tal amenaza y que esa alarma es un bulo al servicio, otra vez, de unos intereses espurios. Pero la opinión de estos médicos no interesa a la prensa de la *Bestia* por las razones de siempre; es decir, porque esa opinión no produce terror, no induce al consumo de productos industriales, no es productora de iatrogenia, está dentro de una visión con sentido común y procede de unos médicos que no tienen ningún interés más que la salud de los ciudadanos y, además, son unos doctores nadie... Por todas estas razones no interesan a la prensa ni a la civilización industrial ni a sus gobiernos ni a sus políticos; pero, como suele ocurrir en esta larga historia, estos doctores nadie

censurados por la prensa y los políticos tienen razón y la visión real de lo que verdaderamente está pasando; veamos:

Los doctores nadie afirman, con lógica elemental y método científico,[81] que en el caso hipotético de que ese “nuevo” virus exista en realidad, cosa que no está nada clara, hasta ahora solo parece producir un cuadro de resfriado o gripe invernal o, a lo sumo, una neumonía (perfectamente curable) en una parte reducida de la población; y decimos que en una parte de la población porque hasta ahora (llevamos 5 meses desde que apareció el nuevo virus) son muchos los casos de ciudadanos identificados como “infectados”, es decir, que según unos dudosos tests parecen tener el virus pero, a pesar de ello y curiosamente, no les pasa nada de nada; repetimos por si no se ha entendido bien: hay muchos ciudadanos que, según el test utilizado, están infectados y no tienen síntomas de ninguna clase; en España, por ejemplo, tenemos multitud de casos de gente conocida, y entre ellos están: la mujer del presidente del gobierno, Begoña López; Ana Pastor, expresidenta del Congreso; Irene Montero, ministra de Igualdad; media plantilla del Valencia CF; varios dirigentes del partido Vox… La lista se hace interminable y cada día se hace más grande con decenas de miles de ciudadanos que dan positivo al dudoso test y que, sin embargo, no presentan ningún síntoma; volvemos a repetir para que quede buena constancia que estas personas llevan semanas “infectadas”, según el test utilizado, y no les pasa nada de nada… Estos ciudadanos a los que no les afecta para nada el virus se les llama “portadores sanos”, que junto al gran número de otros ciudadanos (la inmensa mayoría), que parece ser que se han curado después de unos días de catarro o de neumonía, contradicen las nefastas amenazas de esos científicos que han presentado al nuevo virus como muy agresivo y mortal.

Los doctores nadie y algunos periodistas que no salen en los medios y que, incluso, son censurados en las redes exponen esta realidad, que demuestra que no existe ninguna pandemia mortal sino que, en realidad, se trata de los mismos casos normales de catarros que se producen a causa de la **gripe común** de todos los inviernos.[82] Pero esa opinión, que tranquilizaría a los ciudadanos y haría desaparecer de un plumazo la paranoia de terror y traería cordura y sentido común a los políticos para que suprimieran el "arresto domiciliario" de los ciudadanos…, ese punto de vista razonable y lógico… no interesa a la prensa de la *Bestia*.

¿Quién ha ordenado este arresto ciudadano y ha sido capaz de llevarlo a cabo? ¿Quién tiene el poder de anular la libertad de todos los ciudadanos sin que ningún partido político le ponga la más mínima pega? La respuesta a esta pregunta es fácil: la dueña y señora de esta sociedad, la *Bestia*; eso sí, por medio de una de sus más importantes cabezas: la medicina moderna, que es "adorada" por todos los líderes políticos y religiosos del mundo, los cuales han impuesto, con el uso de la policía y el ejército, el "arresto domiciliario" de los ciudadanos.

¿Y con qué extraordinario poder ha contado la *Bestia* para imponer esta formidable e inédita medida histórica? Con el falso mito de la teoría de la infección, que ha introducido en nuestro "consciente colectivo" durante el último siglo el terror a las epidemias que ya todos llevamos dentro y que ha hecho posible la amenaza de muerte a causa del "nuevo" virus; un terror irracional que se ha podido propagar de manera rápida y eficaz gracias a todos los medios de comunicación que lo introducen en cada hogar; es decir, el miedo a los microbios y ese falso mito que ya tenemos asimilado es lo que le da a la *Bestia* el poder más absoluto que haya existido jamás sobre la Tierra.

La medicina moderna está basada en la paranoia a los microbios, que viene siendo alimentada desde hace más de un siglo por la prensa, el cine, la literatura, la educación de los niños y la docencia médica, para hacer negocio; con este fin la medicina de la *Bestia* va sacando, periódicamente, nuevos virus que mantienen y renuevan la amenaza y, con ello, también el gran negocio de la inmunidad industrial o el negocio del miedo. Los ciudadanos, como creyentes y obedientes, van pasando sucesivamente del miedo a la confianza; de cada “nueva” amenaza a otra “nueva” solución industrial en una continua “liturgia” satánica que mantiene el negocio de la salud en esta “sociedad del bienestar” donde la *Bestia* y su doctrina satánica y iatrogénica imperan con poder absoluto.

Ese poder absoluto e indiscutible es una realidad peligrosa para aquellos ciudadanos que todavía se resisten a la doctrina de la *Bestia*, porque, si esta ha podido lograr el “arresto” de toda la población mundial con la connivencia de políticos y militares, es evidente que ya nadie podrá detenerla en su propósito de vacunar y medicar obligatoriamente a todos y, de esa manera, lograr la **iatrogenia total**.

LOS ÚLTIMOS *HOMO SAPIENS* SUPERVIVIENTES

Frente a esos gobiernos y políticos, e incluso frente a esos líderes religiosos adeptos y seguidores de la doctrina de la *Bestia* que la “adoran” y obedecen sus órdenes y frente a la gran masa de ciudadanos que consumen las medicaciones industriales y que padecen o padecerán tarde o temprano de enfermedades raras y de esterilidad..., frente a la sociedad de la *Bestia* y su poder absoluto, a pesar de todo eso, existe una reserva de ciudadanos que no creen o que no tienen “fe” en la doctrina de

la infección y, por tanto, no tienen miedo a las amenazas ante los frecuentes “nuevos” microbios y se resisten y se niegan a dejarse tratar y envenenar por esa medicina industrial y no quieren incorporar a su organismo y al de sus hijos esas novedosas y experimentales medicaciones de naturaleza industrial que el sistema de salud obligatorio les ofrece; son personas que no son adeptas a la doctrina de la *Bestia* y, por tanto, no temen sus amenazas ni creen en sus soluciones y remedios, no aceptan su “civilización”…, son hombres y mujeres que todavía creen en Dios y/o en la Naturaleza y a las que su inteligencia y/o su instinto agreste y natural les induce a pensar que el humano genuino y natural, el hijo de Adán hecho a imagen y semejanza de Dios, llamado también *Homo sapiens*, simple y llanamente, está capacitado para vivir en este planeta sin necesidad de incorporar a su persona ningún artefacto artificial, ninguna sustancia ni ninguna prótesis ni añadido industrial que no les haya dado gratuitamente el padre Dios o la madre Naturaleza, al igual que pasa con los animales y plantas que habitan este hermoso planeta; su espíritu libre y natural les anima a no temer a nada y a confiar en la vida genuina que Dios les dio y confían en que están perfectamente capacitados para vivir, crecer y reproducirse por sus propias facultades, como han hecho sus antecesores durante miles de años. Sin embargo y a pesar de ese optimismo vital que poseen gratuitamente, son conscientes de que empiezan a ser ejemplares raros o seres excepcionales en la “sociedad del bienestar”, donde cada día abundan más los ciudadanos aterrados, alérgicos, infelices, drogados, psicóticos, suicidas, enfermos y estériles; les cuesta esfuerzo, ingenio y muchas artimañas mantenerse al margen de la gran contaminación y de la alienación que domina en nuestra sociedad y, debido a esta dificultad creciente, este grupo de humanos sanos es cada vez más escaso en el mundo occidental;

con toda propiedad se les puede llamar los últimos humanos genuinos o los últimos *Homo sapiens* de la historia; son los últimos hombres y mujeres verdaderamente espirituales por pensar que Dios y el mundo son sagrados; son los últimos que se mantienen limpios y ecológicos o sin colorantes ni conservantes; y, por supuesto, todos ellos sin excepción son fértiles como sus antepasados, están sanos y se reproducen gratuitamente a través del coito y sus hijos están exentos de padecer enfermedades raras y autoinmunes; son amamantados por sus madres, no reciben antibióticos y no son vacunados, son niños sanos y no nacen con alteraciones genéticas o con defecto de fabricación.

Debido a lo arraigada y extendida que está la cultura dominante de la *Bestia* y el pensamiento único, hay que decir que la población actual de *Homo sapiens* o humanos naturales es reducidísima; en la actualidad no hay estadísticas, pero los últimos humanos ecológicos y más o menos limpios de contaminación industrial son una población muy escasa, que quizá no llegue al 5% de la población española. Como empiezan a ser ejemplares bastante escasos y en peligro de extinción, vamos a describirlos para que queden en la memoria y en los anales de la historia y, si llegan a desaparecer, podamos recordar, aunque sea por referencia bibliográfica, las características peculiares de estos humanos genuinos y naturales que habitaron este planeta y este país nuestro, durante miles de años, sin necesitar de otra cosa más que el aire y el alimento que la maternal Naturaleza les daba.

Para describirlos, tenemos que decir que estos hombres y mujeres viven de la manera más simple y natural que pueden permitirse, están perfectamente adaptados a vivir en este planeta sin ningún producto artificial añadido, comen productos biológicos exentos de químicos industriales siempre que

pueden, practican la agricultura y la ganadería ecológica, no se vacunan ellos ni vacunan a sus hijos ni a sus animales porque no creen necesitar de la incorporación de productos industriales en su biología genuina, no creen que sus gérmenes sean agresivos y se sienten capaces de vivir como siempre han vivido humanos, animales y plantas en este mundo, es decir, sin añadidos artificiales a su naturaleza. Conocen y utilizan todavía algunas hierbas medicinales, utilizan la arcilla, el agua de mar o de manantiales y otros elementos naturales en algunas de sus curas, y, cuando se sienten enfermos y no pueden solucionar sus problemas de salud por ellos mismos, acuden a médicos naturales o doctores nadie que, aunque escasísimos también, quedan algunos; estos les tratan con hierbas medicinales, homeopatía, acupuntura, hidroterapia, dietética, etc., pero nunca con productos industriales tóxicos; esos métodos naturales y tradicionales que utilizan estos últimos ejemplares de *Homo sapiens* les curan de todo tipo de enfermedades, incluidas las mal llamadas enfermedades infecciosas, sin tener que utilizar antibióticos.

En resumen, los pocos *Homo sapiens* que quedan se tratan sus dolores y enfermedades como se ha hecho durante milenios y, ante la gran presión social y medioambiental que ejerce el mundo industrial con sus gobiernos y sus leyes, mantienen de la mejor manera posible una actitud de defensa frente a la **cultura de la *Bestia*** y tratan de protegerse todo lo que pueden de las agresiones que esa cultura industrial ejerce sobre el planeta Tierra y sobre ellos mismos; hay que decir que esa voluntad que tienen de mantenerse al margen de la civilización de la *Bestia* y de salvaguardar su propia manera de existir y vivir la vida va resultando más difícil cada día.

Aunque los últimos *humanos genuinos* supervivientes son una reserva de población muy pequeña y reducida que, además de

no molestar a nadie, solo piden que se les deje vivir a su modo, resultan extremadamente molestos para la *Bestia*; esta no les soporta porque, con su vida y ejemplo y por no creer en su doctrina de terror ni en su “inmunidad industrial”, la ponen en entredicho a ella y a su pensamiento único y supremacista, implantado por la fuerza en Occidente; la *Bestia* no les soporta porque no la adoran, no le sirven sin rechistar ni la temen, se atreven a criticarla y no consumen sus productos tóxicos; no les soporta porque son los únicos que tienen consciencia del valor y la perfección de este mundo y se dan cuenta de que la civilización “ilustrada”, la civilización de la *Bestia*, es la responsable de que en menos de doscientos años de cultura industrial este maravilloso planeta se haya convertido en un lugar contaminado y casi inhabitable; la *Bestia* no soporta a este pequeño grupo de humanos libres y sanos que se niegan a tragarse su doctrina tóxica y que, con su actitud, sus críticas inteligentes, su sentido común y su falta de temor a sus fantasmas, la ponen en evidencia; les odia porque con el consumo de productos ecológicos y naturales y con sus métodos milenarios y tradicionales de curación se mantienen sanos y despreciando, con sentido común, los productos industriales que ella reparte entre los confiados, intoxicados y enfermos ciudadanos cobaya; pero, además, los quiere eliminar porque su optimismo vital y confianza en la vida agreste, su salud natural y la de sus hijos son la prueba inequívoca y elocuente de la maldad intrínseca y de la toxicidad nefasta de la civilización moderna y de la medicina industrial; porque, si ellos y sus hijos son los únicos que no padecen las enfermedades raras y autoinmunes y son los únicos humanos que mantienen su fertilidad intacta, resulta que, sin pretenderlo, están señalando la responsabilidad que la medicina moderna tiene en la **iatrogénesis general** y en la producción de esas pandemias

que, repetimos, son evidentes, exclusivas y propias de la sociedad moderna occidental.

En realidad, todos esos políticos que se autoproclaman demócratas, liberales y progresistas, y que dicen valorar la libertad humana por sobre de todas las cosas mientras imponen planes de vacunación obligatoria y dictaduras médicas con “arrestos domiciliarios” a la población, son adeptos a la doctrina de la *Bestia*, pretenden imponer su cultura satánica sin dejar testigos y no quieren que nadie escape a su barbarie tóxica para que nadie les acuse de su política de exterminio; no quieren que queden humanos genuinos y naturales, limpios de productos industriales, que actúen como testigos de su gigantesco genocidio; esos políticos, que en realidad son verdugos de la *Bestia*, quieren aplicar la política de ¡que no escape nadie!, ¡que no queden testigos!

Ante este apabullante poder absoluto de la *Bestia*, solo nos queda resistir en la clandestinidad, escondernos, camuflarnos y esperar a que acabe de fagocitar a toda esta “sociedad del bienestar”, porque, como parásito que es, morirá por sí misma cuando acabe con su propia presa; morirá cuando acabe con esta indolente y confiada masa de ciudadanos cobaya que la adora y que creen que ha traído la “civilización”. Si para entonces en algún lugar del mundo queda alguna pareja de *Homo sapiens* o *humanos auténticos* sana y con todas las posibilidades biológicas genuinas y naturales que siempre tuvimos, quizá se pueda empezar de nuevo y formar una nueva humanidad de hombres y mujeres sanos capaces de vivir una vida genuina y auténtica como la que durante milenios vivieron nuestros ancestros; una comunidad de hombres y mujeres que no les dé miedo serlo, que crean que son hijos de Dios y hechos a imagen y semejanza suya y/o hijos de la Naturaleza y herederos de su belleza y perfección; verdaderos y auténticos hombres y mujeres

que se amen y tengan hijos sanos como ellos y disfruten de una vida genuina, sencilla y feliz en este maravilloso planeta al que llamamos Madre Tierra.

Enrique Costa Vercher Doctor Nadie Enric Costa i Verger



ENRIC COSTA I VERGER es licenciado en medicina y cirugía por la Facultad de Medicina de Valencia; desde hace más de 40 años ejerce como médico de familia desde un punto de vista holístico, empleando conocimientos de medicinas tradicionales como la galénica, la acupuntura, la homeopatía o la ayurvédica, y métodos de terapia natural como la hidroterapia, la fitoterapia o la reflexología.

Autor de los libros *Sida, juicio a un virus inocente* (1993) e *Hijos de un dios terminal* (2001), y coautor junto a Jesús García Blanca de *Vacunas, una reflexión crítica* (2014).

---

[1] Jesús García Blanca es escritor e investigador social especializado en salud, educación y ecología. Ha escrito y coordinado secciones en las revistas *Mente*

Sana, *Cuerpomente* y *Tu Bebé*. Desde 2011 escribe regularmente para *Discovery DSalud*. Autor de los libros *El rapto de Higea* (Virus, 2010), *La sanidad contra la salud* (iEdiciones, 2012) y *Wilhelm Reich, inspirador de rebeldía* (Cauac Editorial Nativa, 2018). Web personal: http://saludypoder.blogspot.com

[2] La iatrogenia es un concepto clásico que define y describe las enfermedades producidas por la acción del médico sobre el paciente. Es decir, a las enfermedades causadas por el médico o por las medicaciones recetadas por este en su posible mala praxis. Iatrogénesis es el proceso de producir iatrogenia. En este ensayo utilizaremos estos dos conceptos de manera sinónima.

[3] Quiero llamar la atención del lector para expresarle de la manera más clara posible que en todo este libro en ningún momento ponemos en duda la buena voluntad y la buena intención de los médicos y personal sanitario en activo que están atendiendo en sus puestos de trabajo a los ciudadanos. Durante todo este ensayo insistimos en que tanto los ciudadanos como los propios médicos han sido engañados por la medicina industrial que aplica el sistema oficial de salud. Lo explicaremos sobradamente a lo largo del libro.

[4] Al decir el mundo occidental nos referimos a Europa, América y grandes zonas geográficas donde la cultura e influencia europea ha podido ejercer su carácter supremacista e imperial, como por ejemplo en grandes centros urbanos de África, Oceanía y en grandes áreas de Asia. Solo se han librado de esta influencia médica imperialista los países de cultura tradicional que se han mantenido más impermeables a la colonización europea, como por ejemplo los pertenecientes a la tradición china, a la tradición hindú y a la budista. En estas áreas culturales todavía se practica, en un porcentaje importante, una medicina tradicional de carácter natural y ecológico que está muy alejada de la medicina industrial moderna de nuestro ámbito cultural.

[5] Este texto se escribió en marzo de 2020, durante la orden de confinamiento ordenada por el Estado español a causa de la crisis del coronavirus.

[6] En este ensayo utilizaremos el término de **medicina moderna** como sinónimo de **medicina industrial**, y entendemos estos sinónimos como los apropiados para designar a la “medicina” que se practica en Occidente desde finales del siglo XIX y principios del XX; la contraponemos a la **medicina tradicional**, que es la medicina milenaria que se ha practicado en Occidente desde la noche de los tiempos hasta la época de la Revolución Industrial; el antiguo arte de curar que se basa en los conceptos cosmológicos de los cuatro elementos, los cuatro humores y las tres constituciones humanas. La

medicina tradicional se ha conocido con los nombres de medicina hipocrática o galénica y se ha practicado en Europa durante miles de años.

[7] La medicina moderna, lejos de respetar las leyes de la naturaleza, basa su fama y su negocio en actos contra natura que, sin embargo, satisfacen el deseo y capricho de sus consumidores: prótesis mamarias, abortos voluntarios provocados, gestaciones artificiales y forzadas *in vitro*, utilización de hormonas sintéticas con finalidades lúdicas, estéticas y deportivas, cambios de sexo, control de natalidad y contracepción, excitantes eróticos, *doping* deportivo, utilización comercial de hormonas en ganadería, experimentación humana... Todas estas actividades médicas son muy frecuentes en la medicina moderna, pero eran consideradas abominaciones por la medicina tradicional.

[8] Los antiguos médicos tradicionales tenían conocimientos de botánica, zoología, horticultura, conocían el efecto del clima y de la geografia sobre el cuerpo humano; en una palabra, eran cosmólogos, botánicos y naturalistas, y ellos o sus ayudantes boticarios eran los que fabricaban sus propias medicaciones, sus fórmulas magistrales, que eran productos artesanos personalizados para cada paciente según sus necesidades personales. La industria farmacéutica y las multinacionales son un fenómeno nuevo (150 años); nacieron cuando la medicina empezó a convertirse en industria y perdía su carácter artesano.

[9] Es muy significativo que en España sean los partidos políticos que se autodenominan progresistas y que abogan más que nadie por la libertad los que se han mostrado más partidarios de prohibir la libre elección del tipo de medicina a la que el ciudadano puede optar. El PSOE y los comunistas de Podemos son los que han impuesto el “arresto domiciliario” a toda la población y van a imponer la vacuna obligatoria del COVID-19. ¡Bravo por los demócratas y progresistas españoles!

[10] De esa mentalidad ilustrada que odiaba el orden cósmico y entendía a la naturaleza como un medio hostil y bárbaro, nos han quedado aquellas fotografías que retrataban a los ricos europeos y americanos de principios del siglo XX en sus safaris africanos, donde aparecían alegres y satisfechos al lado de un montón de cadáveres de animales a los que habían asesinado. En Europa las administraciones de los Estados ilustrados, entre ellos España, premiaban a los ciudadanos que traían cadáveres de animales salvajes como águilas, halcones, zorros, osos..., a los que consideraban alimañas. Esta práctica “civilizada” estuvo vigente en nuestro país hasta bien entrados los

años 60 y exterminó a varias especies de animales propios de la península y del resto de Europa.

[11] Pedimos disculpas al lector por el carácter repetitivo de esta y otras partes del texto; lo hacemos así para explicarnos bien dentro del lenguaje técnico que nos vemos obligados a emplear en este tipo de ensayo de divulgación científica.

[12] El concepto de "connatural" lo utilizamos como sinónimo de "simbionte", es decir, que vive en simbiosis. Solo que este concepto de simbiosis no fue conocido y definido por la biología hasta décadas después (años 60 del siglo XX).

[13] Durante los primeros tiempos, los científicos que inventaron la teoría de la infección no tenían ni idea de que los microbios viven en nuestro organismo en régimen de simbiosis y estaban convencidos de que eran alienígenas que acechaban en la naturaleza esperando infectar al humano. El biógrafo oficial de todos ellos, el Dr. Kruif, describe en su libro *Cazadores de microbios* los viajes que hicieron Koch, Neisser y los ayudantes de Pasteur a Egipto, la India e Indonesia para "descubrir" allí los microbios causantes del cólera y de la peste. No tendrían que haber viajado a tan lejanos países si hubiesen sabido que esos microbios los tenían a millones en su propio intestino, en su baño y en su cocina…, como se sabe perfectamente en la actualidad.

[14] Buscar en intemet el nombre y los trabajos de investigación de estos científicos.

[15] Si el lector se introduce en internet y busca el concepto de microbiota o microbioma, encontrará una gran cantidad de trabajos de médicos y microbiólogos de la actualidad que hablan abiertamente de los beneficios que nos aportan nuestros gérmenes. La mayoría de estos profesionales trabajan para el sistema oficial de salud y, aunque no tengan dudas en explicar las diversas funciones benéficas que realiza nuestra microbiota, tienen mucho cuidado en no poner en duda la teoría oficial de la infección, puesto que, si lo hiciesen y afirmaran que nuestros microbios no producen las enfermedades de las que se les acusa, perderían, sin ninguna duda, sus estupendos empleos. En estos momentos, el lector puede encontrar un simposio gratuito llamado Microbiota Summit, en la página web *Gut Microbiota for Health*.

[16] El lector puede rememorar estos datos en la numerosísima, incluso exagerada hemeroteca que hay al respecto a finales de los ochenta y principios de los noventa.

[17] La comunidad científica internacional es una entidad a la que se alude mucho en la prensa aunque nadie sabe lo que es, ni dónde vive, ni qué miembros la forman; mostraremos al lector que esta entidad fantasma, y muy influyente a la vez, es en realidad el altavoz de los intereses de la industria farmacéutica y de los grandes *lobbies* financieros que la controlan.

[18] Decimos "información" cuando deberíamos decir "campaña de propaganda paranoica y falsa", puesto que, como vamos a explicar, la realidad del sida ha sido creada de manera eminentemente mediática y totalmente distorsionada por intereses espurios de carácter comercial.

[19] El AZT-Retrovir es una medicación experimental que se había probado en cobayas animales (ratas) en los años 70 y no se había comercializado, precisamente, porque mató a todos los cobayas a los que se les inyectó. El AZT-Retrovir tiene una acción principal de antimitosis celular, es decir, impide la reproducción celular de toda célula con la que entra en contacto. Se administró a millones de jóvenes con el fin de impedir la replicación del nuevo virus y la consecuencia fue que **todos murieron**. Simplemente porque nadie, sano o enfermo, puede sobrevivir a un tratamiento continuado de esta sustancia antimitótica. Durante los primeros quince o veinte años que se utilizó esta medicación, el sida se consideró mortal de manera casi inmediata, como máximo unos meses de vida. Cuando posteriormente se retiró el AZT, el sida dejó de ser mortal y pasó a considerarse enfermedad crónica. El supuesto nuevo virus seguía siendo el mismo e igual de agresivo..., pero el tratamiento pasó a ser menos venenoso, circunstancia que alargó considerablemente la vida de los supuestamente infectados.

[20] Veremos a lo largo de este ensayo que esa costumbre propia y exclusiva de la medicina moderna de identificar como infecciones por virus, es decir, presentar como si fueran enfermedades víricas lo que en realidad son enfermedades tóxicas de origen iatrogénico o industrial ha sido muy utilizada en las últimas décadas. Es una práctica de la cual la medicina industrial se ha servido muchas veces y de forma descarada para camuflar los estragos provocados por el consumo, por parte de los ciudadanos, de tóxicos y venenos a gran escala.

[21] La intoxicación es un proceso patológico y, por tanto, productor de enfermedades y trastornos orgánicos que tiene su causa y origen en el contacto exterior y/o interior con sustancias tóxicas o venenos. Se pueden dividir en dos grandes grupos: **intoxicaciones agudas**, o de carácter inmediato, son aquellas en que la cantidad de tóxico ingerido o puesto en

contacto con el organismo es suficiente como para provocar “ipso facto” o en poco tiempo alteraciones graves, enfermedad o la muerte. Tomemos como ejemplo la ingesta de cápsulas de cianuro potásico que hemos visto en películas o la ingesta accidental por parte de niños de productos de limpieza corrosivos, o una reacción alérgica a una medicación.

Las **intoxicaciones crónicas o acumulativas** son aquellas en las que la cantidad de sustancia tóxica o veneno no es suficiente como para causar un cuadro inmediato de enfermedad. Eso no quiere decir que la sustancia no sea tóxica, sino simplemente que no posee la masa crítica suficiente como para causar una molestia o un cuadro grave. Pero, si vamos añadiendo en el tiempo cantidades de esa sustancia, se pueden ir sumando y a la larga causar sus efectos tóxicos. Por ejemplo, la intoxicación por polución ciudadana, las intoxicaciones profesionales..., pero también la intoxicación acumulada de muchas drogas y de muchos medicamentos que son tóxicos, como incluso lo advierte su prospecto, y que, no obstante esa advertencia, se administran en cantidades mínimas que están por debajo de las dosis soportables con el fin, precisamente, de evitar que esa toxicidad acabe inmediatamente con el paciente. Sin embargo, su acción tóxica se va acumulando con el tiempo y al cabo de años se hacen manifiestos los problemas de esa intoxicación.

Como explicaremos a lo largo del ensayo, el sida y todas las nuevas enfermedades aparecidas en los últimos años tienen como causa y origen este tipo de intoxicación crónica o acumulativa.

[22] El investigador Jesús García Blanca, en su magnífico libro *La sanidad contra la salud* (Ediciones i, 2015), relata, para el lector interesado, las exageradas cifras de afectados y muertos que en ese tiempo publicaba la prensa. Señala el autor, con toda lógica aritmética, que si hubiesen sido verdad las apocalípticas cifras de afectados y muertos que vociferaba la prensa y la C.C.I., en los años noventa, en la actualidad nos hubiésemos extinguido varias veces desde entonces. Ahora se puede ver claramente que la campaña de información y prevención del sida en los años 90 fue gigantesca hasta la exageración, pero en aquel tiempo sirvió para aterrorizar a la población e imponer la versión oficial, que afirmaba la existencia de una epidemia infecciosa mortal.

[23] Los tests de análisis del sida que se utilizaron durante la década de los 90 (Western-Blot) se retiraron por su carácter aleatorio e impreciso y se cambiaron por otros al final de la década (Elisa); pero ese cambio no salió en la prensa, aunque con esos tests iniciales e imprecisos se habían realizado

centenares de miles de diagnósticos positivos que motivaron a otros tantos pacientes a someterse al tratamiento con AZT y a morir de la consiguiente iatrogénesis. A pesar de que la C.C.I. admitió el carácter impreciso de los primeros tests y los cambió por los segundos (Elisa), estos últimos son tan imprecisos y aleatorios como los primeros (Western-Blot), es decir, cambiaron de test pero la farsa sigue adelante.

[24] *Juicio a un virus inocente*, Mandala Ediciones, 1993. Dr. E .Costa.

[25] Si el lector pudiera recurrir a la hemeroteca televisiva de la época (noticiarios de TV del año 94) y pusiera atención a la expresión facial de los y las locutoras de todos los noticiarios españoles que emitieron la noticia, observaría que todos sin excepción daban la noticia de la afirmación del Dr. Kary Mullis con signos evidentes de incredulidad, incluso de desagrado, con reservas. La noticia duró escasamente un día o dos, contrastando claramente con lo habitual en los noticiarios de la época, cuando se llevaban años afirmando cada día la existencia y agresividad del nuevo virus, con numerosos monográficos y programas de todo tipo dedicados a esparcir el terror y la paranoia.

[26] El Dr. Kary Mullis está considerado como uno de los mejores biólogos moleculares de la actualidad. Fue el creador de la famosa técnica del PCR; le dieron el Nobel en 1993 por ello. Se trata de un test de diagnóstico en medicina molecular que se emplea entre otras cosas para medir la “**carga viral**” en los enfermos de sida, aunque el propio creador de la prueba niegue que sirva para tal cosa.

[27] Son muchos los ejemplos políticos y sociales de nuestro tiempo que acreditan el poder absoluto del dinero. En estos mismos momentos en que escribimos este texto ocurre que un país como Arabia Saudita está masacrando civiles en Yemen con ayuda de los principales países democráticos de Occidente, los mismos países que se declaran los paladines de la democracia y los derechos humanos y que arremeten contra cualquier otro país que sea pobre y que demuestre carencias democráticas. Queda claro que ser rico en este mundo otorga inmunidad absoluta. El dinero manda por encima de cualquier otro tipo de consideración.

[28] Hemos sabido que en enero de 2018 la primera ministra británica Theresa May propuso al parlamento la creación de un nuevo e inédito ministerio: el **Ministerio de la Soledad**. Este reclamo de la primera ministra obedece a las grandísimas proporciones que ha adquirido este fenómeno social en el Reino

Unido. Parece existir una relación directa entre la cantidad de soledad de los ciudadanos y el mayor nivel de vida en nuestras sociedades modernas.

[29] Aunque a la prensa no le interese demasiado este tema de los suicidios, el lector puede introducirse en las estadísticas de Instituto Nacional de Estadística, donde podrá conocer que en España, sin ir más lejos, hay cerca de 4.000 suicidios al año, una cifra mayor que el número de muertes por tráfico, y es la mayor causa de muerte en gente joven… ¿Qué tal?

[30] Hace poco, en las noticias de tv, se reportaba que se había vendido un ejemplar de atún rojo por dos millones de dólares en Japón. En el actual estado de cosas, ¿cree el lector que se dejarán de cazar o pescar animales en peligro de extinción si hay ricos caprichosos y egoístas que son capaces de pagar verdaderas fortunas para satisfacer sus caprichos?

[31] En 2018 los países industrializados se reunieron por enésima vez en Katowice (Polonia) para llegar a un acuerdo sobre emisiones de gases de efecto invernadero a la atmósfera, y antes de ahora se habían reunido ya innumerables veces para lograr ese acuerdo en Estocolmo, en Río de Janeiro, en Johannesburgo, en Nairobi…, y nunca han logrado llegar a ese acuerdo; está demostrado que es imposible por muchas veces que se reúnan, puesto que el dinero, esa cabeza principal de la Bestia, es el verdadero dueño de las voluntades de los países modernos e industrializados y es el que manda por encima de cualquier otro poder. ¡No hay ni puede haber marcha atrás!… La aniquilación es inevitable.

[32] El lector puede encontrar información muy interesante sobre los médicos disidentes en www.positivelyfalsemovie.com, un documental de Joan Shenton y Andi Reiss.

[33] El ya mencionado investigador Jesús García Blanca, en sus ensayos *La sanidad contra la salud* y *Vacunas, una reflexión crítica* (el segundo compartido con quien esto escribe), así como el investigador David Gasset en su libro *Sin vacunas*, que el lector puede encontrar en internet, describen detalladamente, con nombres y apellidos y con cifras y letras, las multinacionales farmacéuticas y los grandes *lobbies* financieros que forman la matriz o el núcleo central de lo que en este ensayo llamamos **Comunidad Científica Internacional**. Estos autores han hecho una descripción detallada del poder político, económico y mediático que ha desplegado la C.C.I. desde la época de Louis Pasteur hasta las últimas décadas para poder crear el gran negocio de la teoría de la infección sin importarles para nada el tener que producir la

iatrogénesis mas formidable de la historia y convertir a toda la población del primer mundo y parte del extranjero en una población de cobayas.

[34] Este doctor nadie no ha tenido la menor inclinación a hacer una especialidad, ni a obtener ningún máster, ni a presentarse a oposiciones dentro del sistema académico. A cambio, ha disfrutado y se ha nutrido del estudio de la medicina de otras tradiciones del mundo, ha estudiado su propia tradición médica y ha aprendido que el saber médico es antiguo y universal, patrimonio de todos los tiempos y culturas; y que en realidad la medicina experimental moderna, la medicina oficial de la comunidad científica internacional, es una creación de la *Bestia*, un sucedáneo, un fraude de carácter tóxico y de unas dimensiones gigantescas que bajo el pretexto falso de la necesidad de consumo de productos tóxicos está llevando, sin remedio, a la humanidad cobaya de la "sociedad del bienestar" a la extinción.

[35] Que un premio Nobel descubriera que nuestros microbios no eran agresivos y que, por tanto, no producen las enfermedades que durante décadas se habían anunciado por la prensa… ¿no es una noticia importante para los ciudadanos y estudiantes de medicina? ¿No requeriría haberle dedicado ningún documental informativo? ¿No hubiese merecido difundirse con profusión en todos los medios de comunicación para que todo el mundo se enterase? Sin embargo, apenas tuvo difusión y nunca se explicó al público la importancia de tal descubrimiento. Y, así, la paranoia a los microbios siguió como siempre y la medicina de la *Bestia* y el gran negocio de las farmacéuticas no sufrió ninguna merma.

[36] "La inoculación preventiva contra el cólera morbo asiático" (1886). *Monografies sanitàries*. Serie B. núm 1. Generalitat Valenciana. Conselleria de Sanitat i Consum.

[37] Recientemente (año 2019) hemos indagado sobre la función docente de las actuales cátedras de historia de la medicina en las facultades españolas y hemos podido comprobar que siguen sin interesarse por la historia real de la medicina occidental; pero, como necesitan justificar la existencia de catedráticos y profesores adjuntos y sus respectivos sueldos, desarrollan algún tipo de actividad cultural; hemos averiguado que en las facultades no se dan cursos completos sino, como mucho, un semestre lectivo y, en vez de clases y exámenes como en las demás asignaturas, se dan seminarios y conferencias sobre temas de interés social relacionados con la medicina y la sociedad moderna, como por ejemplo: introducción de la mujer en la medicina, relaciones entre la medicina pública y la privada, áreas de la

medicina que cubre la seguridad social, legislación de indemnizaciones, política de trasplantes, planes de prevención, legislación y vacunas…, pero, sobre historia de la medicina, nada de nada.

[38] El lector puede disponer de esta información a través de internet y la Wikipedia, buscando títulos como: “Claude Bernard y la infección”, “Béchamp vs Pasteur”, “Terreno e infección”…

[39] El vibrión colérico que Robert Koch identificó con su rudimentario microscopio como causante del cólera, debido a que los microscopios actuales disponen de muchos más aumentos, se conoce hoy en día como una gran familia de bacilos llamados “coleriformes” (más de 200 variedades bastante difíciles de distinguir entre ellas) y viven en excelente simbiosis en nuestro intestino en estado de salud perfecta.

[40] El célebre bacilo de Koch, acusado de causar la tuberculosis, también fue identificado por este médico alemán, que contaba con un microscopio rudimentario y primitivo. En la actualidad, con muchos más aumentos, este bacilo es denominado *Entero-bacteria pseudotuberculosis* y es un habitante permanente e inofensivo de nuestro intestino. Lo mismo ocurre con el bacilo de la peste, descubierto a finales del siglo XIX por Neisser con su microscopio de la época. En la actualidad se le identifica con el nombre de *Enterobacteria pseudopestis*. El lector puede comprobar estos datos, visitando simplemente la Wikipedia en intemet y buscando “las enterobacterias”.

[41] Las placas de cultivo también se pueden preparar de manera casera: basta con disolver en agua caliente unas hojas de agar-agar que venden en los supermercados y dejarlas enfriar en platos de cocina; en algunos cultivos tenemos que incorporar suero o sangre de pollo, de cerdo o de algún otro animal.

[42] Buscar en internet: Concurso internacional de agar art, arte pictórico con bacterias. Bacterias y pintura moderna. Microbioma y arte.

[43] Al referirnos a la docencia médica queremos significar la docencia médica oficial, porque al margen de la universidad algunos investigadores, como por ejemplo Máximo Sandín, sí han propuesto explicaciones sobre la naturaleza de los virus que no coinciden con la idea general de que son entidades infecciosas; el lector puede encontrar en internet los interesantes trabajos de este biólogo español.

[44] Para que nos hagamos una idea de lo escasos que son estos centros de biología molecular y virología, hay que saber que en España, por ejemplo, hay

un solo centro oficial donde poder investigar la existencia de los virus: el Instituto Carlos III, ubicado en Madrid.

[45] El lector, sin duda, habrá visto alguna vez representado en maqueta tridimensional al mismísimo virus VIH del sida, puesto que ha salido varias veces en los medios. Sin embargo, **dicho virus VIH no existe**; así lo afirman el premio Nobel Dr. Kary Mullis, el Dr. Peter Duesberg, el Dr. Stefan Lanka y muchos más bioquímicos moleculares de primera línea, aunque quizá el lector o lectora no los conozca porque han sido silenciados por la prensa y relegados al ostracismo.

[46] A pesar de ese **monopolio** y de ese control casi absoluto que tiene la C.C.I. sobre los centros de biología molecular, algunos de esos superespecialistas biólogos moleculares han resultado ser rebeldes a la doctrina de la *Bestia* y a la C.C.I. y han intentado decir la verdad y denunciar los abusos que se han producido en estos centros "oraculares"; pero, por ser especialistas escasos, su disidencia y sus denuncias han sido inmediatamente anuladas con despidos fulminantes y descalificaciones inmediatas, como en los casos del Nobel Kary Mullis, Peter Duesberg o Stefan Lanka, ya mencionados en capítulos anteriores y de los que podemos encontrar referencias e información en internet.

[47] Buscar en internet: historia de los insecticidas y herbicidas.

[48] Si el lector o lectora quiere saber si la medicación que está tomando, sea la que sea, es tóxica, no tiene más que leer el prospecto. No existe medicación industrial que no tenga contraindicaciones y efectos secundarios, pero los antibióticos están entre los que más efectos secundarios presentan, sobre todo a largo plazo y sobre los descendientes de los consumidores.

[49] Durante todas estas décadas de consumo e introducción en nuestro interior orgánico de sustancias experimentales de carácter industrial, se han producido muchas mutaciones genéticas, y quizá el lector recuerde el caso de la talidomida, una medicación sedante que se utilizó en los años 60 y motivó el nacimiento de miles de niños deformes, que nacieron sin brazos ni piernas; muchas de estas personas todavía viven en nuestro país y la compañía farmacéutica no ha sido capaz de asumir su responsabilidad. Las enfermedades raras son enfermedades por malformación genética que afectan a muchísimos sistemas orgánicos, funciones, tejidos y órganos de las criaturas recién nacidas de la población cobaya.

[50] Habiendo sido testigos de cómo la nefasta información sobre el sida actuaba con un efecto vudú tóxico y con resultados mortales sobre muchos

pacientes, no nos cuesta pensar que este tipo de terapias piadosas actuaran por medio de una suerte de vudú en sentido positivo y sanador.

[51] Prueba de ese poder legislativo de la *Bestia* es el fenómeno, inédito en la historia de la humanidad, de "arrestar en su domicilio" durante más de un mes a toda la población europea con el supuesto propósito de parar la epidemia del coronavirus. Es decir, nos han "arrestado" a todos para parar a un supuesto nuevo virus que, parece ser, provoca catarros durante el invierno. Aunque hay médicos que opinan que el coronavirus no causa otra cosa que un catarro y que no ha causado más mortalidad que las gripes y catarros de todos los inviernos, la C.C.I. no admite discusión y ha convencido a los gobiernos para que "arresten a la población" cueste lo que cueste, incluso con ayuda del ejército. Ni el mismísimo George Orwell daría crédito a lo que está pasando en Occidente.

[52] Reducir todo el conocimiento cósmico y humano que tenían los médicos galénicos a la visión positivista científica era necesario, como hemos dicho, para poder desarrollar la medicina experimental; pero, además, tenía otras ventajas, como la de simplificar los estudios de medicina y facilitar el acceso de mucha gente a ellos. La medicina industrial no necesitaba de médicos filósofos y antropólogos con ética, que se hicieran preguntas sobre la verdadera naturaleza del hombre; le bastaba y sobraba con preparar una enorme legión de técnicos y de comerciales que no hiciesen demasiadas preguntas, y eso convirtió a las antiguas facultades médicas en factorías donde se producen, en serie y masivamente, centenares de miles de médicos y médicas que salen cada año a colaborar con la industria. Se fabrican tantos médicos que tienen que competir entre ellos para trabajar para el sistema y miles se quedan fuera, es decir, en la actualidad es tan fácil preparar a un médico que se producen excedentes en cantidades industriales; en España, cada año compiten decenas de miles de médicos para cubrir unos pocos centenares de plazas.

[53] Tanto los profesores como los alumnos padecían, sin duda, de una alteración mental y de una amnesia colectiva y cultural que les impedía saber, recordar y reconocer que esos científicos preindustriales y preilustrados habían sido capaces de construir las pirámides, las catedrales, escribir tratados de astronomía, de matemáticas, de medicina... desde hacía miles de años. La mentalidad supremacista, propia de paletos, de estos "ilustrados" les permitía hacerse la "ilusión" de ser los más listos y guapos de la historia y del mundo mundial.

[54] En ese tiempo de la Europa imperial de antes de la Segunda Guerra Mundial, los ciudadanos europeos medios estaban convencidos de que la única civilización que había existido era la europea; ahora sabemos, gracias a los documentales, que en el mundo "mundial" y en la historia general de la humanidad han existido civilizaciones con conocimientos científicos, matemáticos, médicos, astronómicos, arquitectónicos, técnicos... de un calado igual o, incluso, superior al que hemos alcanzado y se ha conocido en Europa.

[55] Como ejemplo de que este tipo de mentalidad está a la orden del día, tenemos a la ministra de Sanidad anterior, Carmen Montón, a la actual, María Luisa Carcedo, y al ministro de Ciencia y Universidades, Pedro F. Duque, que han intentado ilegalizar la práctica de la acupuntura en España.

[56] De la misma manera que el conocimiento científico, que describe las leyes del cosmos, es constante y no puede ser modificado en esencia por el paso del tiempo, así mismo ocurre con la ética; esta no puede variar, no puede quedar desfasada o anticuada.

[57] El lector puede disponer de este libro en internet.

[58] "La inoculación preventiva contra el cólera morbo asiático" (1885). *Monografies sanitàries*. Conselleria de Sanitat i Consum de la Generalitat Valenciana.

[59] El convencimiento general de que la población cobaya es mucho más longeva que las generaciones de *Homo sapiens* anteriores es total. A todo el mundo, no importa que sean historiadores, políticos, religiosos, les oímos asegurar sin vacilación que el hombre actual es más longevo que el hombre de toda la vida. Siempre se añade a esta afirmación que este aumento de longevidad es debido a los adelantos de la medicina moderna. Mucha gente cree que los hombres más longevos de antes alcanzaban como máximo 50 o 60 años y que los octogenarios y nonagenarios son exclusivos de la moderna población cobaya. Pero si el lector consulta cualquier enciclopedia podrá comprobar que muchos personajes famosos, como filósofos, artistas, papas, científicos... de la época preindustrial fueron octogenarios y nonagenarios: Hipócrates vivió 91 años, Platón 91, Sócrates se suicidó a los 72 en plena vitalidad, San Antonio Abad 105 años, Newton vivió 90 años, San Alberto Magno, maestro de médicos, vivió 87 años, Benedicto XIII, el Papa Luna, vivió 95 años; es decir, la historia nos revela que siempre han existido los nonagenarios. Es más, la afirmación gratuita de que la población cobaya es más longeva es falsa por necesidad matemática. Es una afirmación

prematura, puesto que, como hemos explicado repetidamente al lector, la población cobaya nació en los años 50 y 60 y, por tanto, los ejemplares cobayas mayores no pueden tener más de 60 años. Por tanto, decir que van a ser octogenarios es adelantarse a la realidad aritmética simple. De hecho, los actuales octogenarios y nonagenarios no son población cobaya; se trata de los últimos *Homo sapiens*, puesto que nacieron 10, 20 o 30 años antes de que diera inicio el experimento industrial masivo.

[60] La historia de la infección es un claro ejemplo de lo fácil que resulta la presentación de gráficos estadísticos falsos y manipulados con el objetivo de demostrar cualquier cosa. En los próximos capítulos mostraremos al lector que una afirmación estadística como la de que no ha habido casos de difteria en España durante 30 años es totalmente falsa, a pesar de que haya estadísticas de carácter oficial que así lo afirmen.

[61] Durante las décadas de los 50, 60 y 70, la especialidad de otorrinolaringología fue una de las más demandadas por los médicos de la época. Todas las capitales españolas, y las pequeñas ciudades capital de comarca, se llenaron de clínicas de esa novedosa especialidad. Los flamantes otorrinolaringólogos hacían su pequeña fortuna extrayendo centenares de miles de amígdalas inflamadas (difteria) de los niños españoles.

[62] En realidad, como vamos a explicar, la alta tasa de mortandad que se le ha atribuido a la difteria histórica era debida, entre otros factores, a la utilización de los sueros antidiftéricos como única y exclusiva medicación. El reciente caso de supuesta difteria infecciosa detectado en Olot es un ejemplo de lo que decimos. Se trató a un niño con amigdalitis con un suero antidiftérico, creyendo que era difteria infecciosa, y murió. Falleció porque alguien había cambiado los sinónimos en el sentido inverso al que hemos descrito que pasó en los años 50 y llamó difteria a la amigdalitis que tenía el niño. Murió a pesar de estar siendo atendido en la UCI de uno de los hospitales más modernos del mundo.

[63] En el año 2015, y a propósito del supuesto caso de difteria que se presentó en la ciudad de Olot, el Ministerio de Sanidad y la prensa española anunciaron que se trataba del primer y único caso de difteria que se había presentado en España desde hacía 30 años.

[64] Desde hace una década se emplea una técnica de biología molecular para hacer el único diagnóstico que admite la propia C.C.I. como válido. Es un test llamado de la PCR y que se utiliza en microbiología para hacer el diagnóstico de las antiguas infecciones de difteria, tosferina, cólera. Pero esta prueba

analítica se ha introducido en microbiología a partir de los primeros años 2000; por tanto, hay que hacerse la siguiente pregunta: sabiendo que este test de diagnóstico es el único que se considera seguro y que tiene poco más de 10 años de existencia, ¿cómo se hicieron los diagnósticos de difteria, tosferina, cólera en las supuestas epidemias que asolaron Europa en los años 20, 30 y 40 del siglo pasado?

[65] Este caso de difteria de Olot lo hemos tratado en otro ensayo: *Vacunas, una reflexión crítica*. Lo retomamos aquí por dos razones. Porque es un ejemplo perfecto para demostrar que todo lo que estamos afirmando es rigurosamente cierto y que la difteria nunca ha desaparecido ni siquiera temporalmente, ni de España ni de ningún sitio. Y porque la publicidad oficial hizo del caso una apología a favor de la vacunación, y un alegato en contra de los escasos médicos que criticamos semejante práctica.

[66] Pedimos disculpas al lector por ser tan reiterativos e, incluso, repetitivos en la descripción de los detalles de este caso, pero queremos estar seguros de que se entienden bien esos detalles y circunstancias, puesto que son claves para sacar las conclusiones finales que vamos a extraer de este caso.

[67] Curiosamente, si se hubiera dado el caso de que los padres del niño lo hubiesen llevado al servicio de urgencias del propio hospital, ni de lejos se les hubiera ocurrido ingresarlo en la UCI. Lo más normal hubiera sido mandarle a casa con antibióticos y guardar cama. Pero ese niño venía marcado por una enfermedad histórica maldita y los médicos del hospital, aterrados, pensaron que la UCI era el sitio más adecuado para afrontar esa desconocida enfermedad.

[68] Para los lectores que no hayan visto la película, esta trata del extraño caso en que se ve envuelto un portaaviones moderno de la clase Nimitz, que, por un raro fenómeno atmosférico, es trasladado en el tiempo con toda su tripulación a la época de principios de la Segunda Guerra Mundial, concretamente al día 6 de diciembre de 1941, a unas horas antes del ataque japonés a Pearl Harbour. El comandante de la nave no puede entender qué es lo que está pasando, pero finalmente decide asumir la extraña realidad transtemporal y vivir y actuar en ese tiempo pasado en el que, inexplicablemente, se encuentran él, su moderna nave de combate y su tripulación.

[69] Vaya por delante nuestro profundo respeto a este niño y a sus acongojados padres, que fueron acusados de irresponsables por los técnicos de la C.C.I. y las autoridades sanitarias nacionales. Pedimos para que el niño

descanse en paz y que los padres la encuentren también y, para ello, esperamos que se informen y comprendan, pues la verdad de lo que realmente ocurrió seguramente les reconforte en algo su ánimo y les alivie su sentimiento de culpa, aunque no les devuelva a su hijo.

[70] Queremos llamar la atención sobre la grandísima importancia que ha tenido el cine en la creación y desarrollo de la paranoia general contra nuestros gérmenes. Desde esta historia de Alaska, que empezó a salir en el cine en los años treinta y hasta nuestros días, las películas y novelas donde la trama central gira en torno a la infección y al peligro de los microbios han sido quizá miles. Todas ellas han contribuido a la creación del falso mito de la infección; han dado existencia y "realidad" a algo que nunca ha existido: las enfermedades infecciosas. Como consecuencia de todo eso, nos hemos sometido y convertido en los primeros humanos cobayas.

[71] Esta información la puede encontrar el lector en internet, buscando: Instituto Pasteur y sueros antidiftéricos. Historia de los sueros antidiftéricos…

[72] Este médico que escribe es un viejo cristiano que, conociendo lo que está comunicando al lector, sufre la impotencia y el dolor de ver que las iglesias cristianas son adeptas y casi idólatras, como los demás, a la pseudoreligión de la ciencia y a la medicina positivista e industrial; por eso, las iglesias misioneras se afanan en repartir, por todos los rincones del planeta, las vacunas y otros productos médico-industriales. Con el convencimiento y la buena intención de que lo hacen por amor a Dios y a los hombres; pero el diablo, lo sabe bien la Iglesia católica, se puede disfrazar de ángel de bondad y, por desgracia, esos cristianos bienintencionados han sido engañados, como los propios médicos, y todos ellos ignoran que, en realidad, con toda su buena intención, trabajan para la *Bestia*.

[73] Este médico que escribe, por llevar cerca de 40 años de oficio, ha tenido la ocasión de atender a muchos pacientes jóvenes de la población cobaya que se han quedado sordos en sus primeros 20 a 40 años (más de cinco millones de casos en España). En mi casuística personal de médico de familia he podido constatar que, en la totalidad de los casos de jóvenes que habían nacido sanos y que perdieron la audición en la juventud, hay antecedentes de haber sido tratados intensamente con antibióticos por algún motivo y en algún momento de la niñez o de la pubertad. Lamentaríamos que el lector fuera uno de esos casos…, pero no lo descartamos, debido al gran número de casos entre la población joven actual.

[74] Aunque en realidad ha sido un hito satánico introducido masivamente en los años 50 y una de las causas directas que más ha influido en el actual estado de acumulación tóxica de la humanidad cobaya.

[75] Las nuevas vacunas y los antibióticos, ya hemos explicado, son medicaciones tóxicas, pero sus efectos secundarios no suelen ser inmediatos, lo cual ha permitido su amplia distribución y consumo. Pero todos los médicos internistas, de pueblo o de ambulatorio, de más de cinco años de ejercicio, han tenido algún caso de reacción adversa inmediata tanto a las vacunas como a los antibióticos: reacciones alérgicas, dermatitis agudas, paradas cardiorrespiratorias, insuficiencias renales agudas, muertes por shock anafiláctico, autismos, tetraplegias… A la C.C.I. no le interesa hacer estudios serios y honestos sobre la verdadera incidencia de estos trastornos y solo tiene interés en censurar cualquier estudio sobre la existencia de estos casos de efectos secundarios inmediatos. Por eso, no tenemos ni podemos tener información de la frecuencia en la que se producen. Pero el lector tiene que tener la certeza de que se han producido y se producen casos de efectos inmediatos y nefastos, aunque nunca lograremos saber hasta qué punto han afectado y afectan a la población.

[76] El lector puede encontrar información bastante detallada de la utilización de todos estos tóxicos y de sus efectos tóxicos sobre la genética y la formación de fetos monstruosos en internet. Buscar en malformaciones fetales, talidomida, defoliantes…

[77] Aunque los detalles del efecto distorsionante de los antibióticos sobre el genoma humano se vieron en la década de los 80, nosotros, los estudiantes de mi época de los años 60 y 70, ya habíamos podido estudiar en nuestros manuales de farmacología que los antibióticos afectaban al ARN mensajero y al ARN mitocondrial de las bacterias. Debimos suponer que también afectarían al ARN de los humanos a los que se los recetábamos, pero nuestros maestros de patología no nos lo advirtieron ni, mucho menos, nos indujeron a pensar en tal posibilidad. Todo lo contrario: nos indicaron que los antibióticos eran la mejor medicación para tratar las infecciones; por tanto, no tuvimos casi ninguna posibilidad y, por eso, hemos estado haciendo aquello para lo que nos entrenaron: aplicar el protocolo sin pensar y, como consecuencia, trabajando para la *Bestia*.

[78] Del griego *tératos*: monstruo. Etimológicamente: sustancias productoras de monstruos.

[79] Recordará el lector que este muy "honorable" Instituto Pasteur es el mismo que fabricó los sueros antidiftéricos que "salvaron" a los habitantes del pueblo de Alaska en 1924. Ya hemos explicado el gran negocio que supuso entonces confundir los sinónimos de difteria y anginas. El negocio que se ha realizado con el "supuesto" virus VIH ha sido muy superior.

[80] Estas diferencias de constitución y temperamento son muy importantes, también, en las medicinas tradicionales de otras culturas. Cualquier médico que quiera aprender medicina ayurvédica hindú, o quiera aprender medicina taoísta china y acupuntura se encontrará con que estas medicinas, que se practican en medio mundo y que utilizan miles de millones de seres humanos en la actualidad, tienen muy en cuenta la constitución y el temperamento de los pacientes. Aunque también sabemos que las mentes supremacistas de los ciudadanos de la "sociedad del bienestar", que todavía creen en la superioridad de la "civilización" europea, están convencidas de que los pueblos asiáticos están por civilizar y son unos salvajes. Como comprenderá el lector, ante estos argumentos y estas mentes, no tenemos nada que decir.

[81] Los virólogos de primera línea Drs. Stefan Lanka, Eleni Papadopoulos y el patólogo Dr. Valendar Turner afirman que el equipo del chino Dr. Zhu no ha demostrado la existencia del susodicho COVID-19 ni presentado la secuencia del ARN ni purificado y aislado correctamente dicha secuencia como para poder afirmar que el virus existe. *Discovery Salud* n.° 236, pp. 22, 23 y 24.

[82] Si en lector se adentra, por medio de internet, en las estadísticas oficiales de cada año podrá observar, con mucha facilidad, que en el mundo se producen alrededor de 600.000 muertes por gripe cada invierno. En la actualidad (abril del año 2020) hay cerca de 200.000 fallecidos atribuidos al COVID-19, fallecidos por cuadros de catarro y de neumonías exactamente iguales a los que se producen a causa de la gripe. Pero la prensa afirma que son casos inéditos producidos por el "nuevo" virus SARS-COV-2. Pero el lector debe preguntarse: este año 2020… ¿ha desaparecido la gripe de todos los años?… Todos los años, hasta ahora, hay centenares de fallecidos por gripe, y este año… ¿dónde están esos fallecidos por gripe?… ¿Todos son víctimas del "nuevo" virus?

A pesar de que es un dato reconocido que la iatrogenia (daño causado por la medicina) es la tercera causa de muerte en los países desarrollados, este sigue siendo un tema de discusión tabú, y no es fácil encontrar una obra que realmente profundice en el origen, las causas y las maneras en las que se ha generado esta situación de iatrogenia generalizada y creciente, precisamente en las regiones más modernizadas del planeta.

El Dr. Enric Costa i Verger o Enrique Costa Vercher comenzó su carrera y el ejercicio de su profesión como cualquier otro médico, pero la terrible crisis del Sida supuso el comienzo de una durísima toma de consciencia que le llevaría a investigar y cuestionar los cimientos de casi todo lo que le habían enseñado desde la narrativa dominante sobre la ciencia, la historia y la medicina.

Cuatro décadas después, nos ofrece el relato de una búsqueda vital guiada por el impulso de ejercer con honestidad su profesión, y todo lo que a través de ella, a veces de forma muy dura, ha aprendido sobre los males sistémicos de la medicina y la sociedad moderna. Un testimonio tan impactante como necesario en estos tiempos de crisis sanitaria, política e histórica a escala mundial.



